

Los Fantasma del Tequendama

Novela Histórica

Joseph Berolo



Berolo Ramos, Joseph

Los Fantasmas del Tequendama / Joseph Berolo Ramos—Bogotá:
Editorial Ave Viajera, 2011.

276 p.; cm.

ISBN 978-958-44-8170-2

1. Novela colombiana 2. Novela histórica I. Tít.

Co863.6 cd 22 ed. A1316118

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

1a. Edición
2012

Joseph Berolo Ramos - 2012

Los Fantasmas del Tequendama

Copyright de esta edición: Editorial Ave Viajera S.A.S. 2012

<http://www.aveviajera.org/semillasdejuventuduniletras/id654.html>

email: editorialaveviajera@aveviajera.org

Bogotá, D.C., Colombia

Depósito Legal

ISBN: 978-958-44-8170-2

Ilustración de cubierta: *Sebastián Acero*

Diseño y diagramación: *Martha Sonia Herrera Muñoz*

Impresión por Demanda y Encuadernación: *Editorial Ave Viajera S.A.S.*

Esta es una obra de ficción basada en hechos reales. El verdadero nombre de los personajes y localidades, con algunas excepciones, ha sido cambiado. Queda rigurosamente prohibida la reproducción parcial o total o por cualquier medio impreso, copiado o virtual, o su traducción a otros idiomas, sin la autorización escrita del autor y del editor. Reservados todos los derechos. tanto nacionales como internacionales.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

A mi patria, Colombia

Eran las cuatro de la mañana del domingo 6 de abril del año gregoriano de 1930 cuando Matilde Cienfuegos, ama de llaves de la Casa Cural de Palmarito, un pueblo colombiano situado en el Valle de las Palmas, Provincia de Río Negro al oriente de Bogotá, entreabrió el postigo de la doble puerta del zaguán del lugar y tras de escudriñar las sombras, se dirigió hacia la estatua ecuestre de Simón Bolívar levantada en la Plaza Mayor sobre un pedestal de mármol negro escalonado que permitía alcanzar su elevada figura y treparse en ancas. Eso fue precisamente lo que hizo la temprana visitante del Libertador.

Abrazada frenéticamente a sus carnes marmóreas, Matilde apoyó una mano en la húmeda testa del corcel y con la otra acarició la fría superficie del rostro del prócer mientras posaba la mirada en el horizonte trazado sombríamente por la Cordillera Oriental. Hermana de Amadeo, Simón Tadeo y Calixto Cienfuegos, en orden de edad, el primero, alcalde militar de Palmarito, el segundo su cura párroco, y el último, abogado de poco brillo, Alcalde de Juntas del Valle, un caserío cercano de no más de quinientos habitantes, Matilde daba cumplimiento a la cita que este le había pedido que le cumpliera esa madrugada.

El tañido de las campanas de la iglesia parroquial que anunciaban la misa del alba, sustrajo a Matilde del letargo en que había caído mientras esperaba la ya tardía llegada de su hermano. Temerosa de ser vista por los pocos palmeños que vio pasar cabizbajos, Matilde se cubrió con el pañolón negro de largos flecos entrenzados que había dejado caer sobre sus hombros y se encogió como queriendo mimetizarse entre los pliegues de la capa de bronce del impasible Padre de la Patria. Los débiles rayos del sol naciente dejaron ver el claroscuro perfil de su rostro levemente inclinado hacia el horizonte de su espera. De

mirada profunda, cautelosa, con cejas pobladas, descuidadas, nariz aguileña, labios delgados apretados firmemente, mentón alargado, completaba su lánguida figura una protuberante moña suspendida sobre su enjutada nuca.

Evidentemente preocupada, Matilde sacudió su cabeza en gesto de incredulidad y luego de acariciar con sus entumidas manos los pétreos flancos de la bestia que montaba, se escurrió hasta la base del monumento y se apuró de regreso a su vivienda. Oculta entre los pliegues abiertos del largo y pesado cortinaje que cubría una de las ventanas de la sala consistorial, contempló el tranquilo escenario de su temprana incursión. Los palmeños despertaban a un día más de celebraciones domingueras que compartirían con gente de la capital y de los pueblos y veredas de la región. Todos asistirían metódicamente a las breves y sencillas misas horarias oficiadas por Simón Tadeo, la mayoría a la solemne de las doce en punto, notoria por la presencia de Amadeo y Matilde, el Consejo Municipal en pleno y no pocos personajes locales y sus invitados. Cumplido el rito sagrado, los ahora bendecidos asistentes, contritos y comulgados, darían la tradicional vuelta de plaza exigente de venias y saludos entre ellos, a cual más de zalameros y pretenciosos, antes de dispersarse y dedicarse cada cual a disfrutar el día.

Al congestionado escenario callejero, se unirían los cacharrereros ambulantes y se tomarían cuanto espacio libre quedara donde poder instalar sus puestos y exhibir sus baratijas. Con ellos, los agentes viajeros, competidores de los comerciantes locales establecidos formalmente; charlatanes de oficio con fama de embaucadores, venderían a plazos su carga de telas y paños finos y perfumes de toda clase, nacionales y extranjeros; hasta ofrecerían joyas preciosas y objetos suntuarios a las opulentas matronas de la sociedad local y sus opulentos maridos las complacerían contentos de poder dar muestra pública de su generosidad. Aparentando recato, no faltarían en escena las beatas de mantilla negra y oscuro traje largo conventual, con camándula y breviario en mano, criticando el buen o mal proceder de sus coterráneos.

Congregados alrededor de los toldos instalados en los cuatro costados de la Plaza Mayor, los festejantes se acomodarían apretadamente en los largos bancos de madera nudosa de las mesas cercanas a las cálidas hornillas en agitación de brasas humeantes. Hambrientos, contemplarían ansiosos las quemadas barrigas de las ollas de barro y el talle curvado de las olletas y cacerolas en rítmica ebullición de caldos de papa y de costilla, changua, peto y chocolate y grandes pericadas con cebolla y tomate. Todo eso les sería servido con acompañamiento de jugos de frutas exprimidos por sonrientes doncellas campesinas que así manipulaban el regreso de sus comensales.

Dispuestos a regodearse nuevamente, ellas atenderían con renovada gracia sus posteriores pedidos de picadas de carne y menudencias, pescuezos rellenos, tiras de morcillas y chorizos, todo eso acompañado de papas saladas, criollas quemantes, chicharrón cocho a falta de toteado, y largas tajadas de hartón verde aplanchadas con rabo de botella. Sin embargo, el plato fuerte del día consistía de enormes gallinas campesinas, descabezadas y despresadas, servidas en apetitosa desnudez dorada. Bajada tanta comilona con sangría, sifón y refajo, los glotones comensales sufrirían calladamente el ataque de sendos escuadrones de voraces moscas grandes y negras y el molesto deambular bajo las mesas de incontables perros callejeros, ojerosos y malolientes en espera de sobrados acompañados de patadas.

Otros entretenimientos tradicionales programados por la alcaldía de Amadeo Cienfuegos se cumplirían con la llegada de los estudiantes de los colegios de Nuestra Señora de la Merced y San José y sus bandas marciales en ruidosa competencia con los desafinados instrumentos de la Banda Municipal. Aquellas se acallarían eventualmente mientras que esta última no dejaría de tocar sino hasta bien entrada la noche cuando sus músicos, borrachos a costas de su feliz audiencia, se quedaban dormidos sobre sus instrumentos. Para entonces, los palmeños estarían de regreso en sus hogares, sus visitantes rumbo a sus lugares

de origen, y los comerciantes favorecidos por su presencia, contando sus ganancias y recordando que ese domingo había sido de tranquilidad y progreso.

No acababan de congregarse los pocos fieles asistentes a la misa del alba cuando unos cien hombres armados con rifles y machetes, enruanados, descalzos algunos, otros en alpargatas anudadas a sus embarrados pies, hicieron su aparición en las goteras de Palmarito. Parapetados tras de los muros de los solares por donde pasaban, los más escurriéndose por los pasadizos y atajos de las estrechas calles empedradas del pueblo, irrumpieron finalmente en el escenario de la Plaza Mayor.

Metidos en los recovecos de las puertas de las casonas, o agazapados bajo la carrocería de los vehículos estacionados aquí y allá, hasta montados sacrílegamente en la estatua del Libertador, los desconocidos asaltantes apuntaban con sus armas a los atemorizados testigos de su inesperada incursión. Sin embargo, todos parecían seguir órdenes muy precisas de no destruir cosa alguna ni herir a nadie, lo que hizo pensar a los indefensos en su mira que algo más siniestro estaba a punto de suceder. Efectivamente, un piquete de asaltantes se dirigió a la Casa del Ayuntamiento, la residencia oficial de Amadeo Cienfuegos.

Piadosamente ocupado en revestirse para officiar la misa del alba, y mientras Máximo Méndez, su fiel sacristán prendía cirios en el altar mayor, Simón Tadeo contempló con ternura paterna el pequeño grupo de fieles madrugadores que oraban monótonamente en sus puestos en las primeras filas de bancas del templo. Feliz de ver que no faltaba ninguno de los patriarcas centenarios que conocía y presentía cercanos a la muerte, pensó en su fortaleza física y espiritual; aún madrugaban llevando a sus hijos y a sus nietos y biznietos y tataranietos a cumplir

el sagrado deber de asistir a misa y comulgar en ayunas y dar ejemplo de fe cristiana; dando gracias a Dios por permitirle ser su pastor, Simón Tadeo se dirigió al presbiterio, seguido por Máximo en calidad de acólito, lo era de ocasión. Fue entonces cuando reventaron en la distancia unos cuantos disparos que hicieron saltar de sus asientos a todos los presentes dejándolo con el introito colgado en la garganta; consternado, hizo presencia inmediata en el atrio del templo en donde contempló el violento espectáculo que ofrecía la plaza.

Trepado en el pedestal del Libertador, aparecía un hombre que reconoció ser Lucindo Certero, guardaespaldas de su hermano Amadeo. «¡Mi amo está herido! ¡Nos lo mataron!», escuchó que gritaba el infeliz mientras era bajado violentamente de su posición por un par de hombres armados, desconocidos para él. «¡Dios del Cielo y de la Tierra! ¡Líbranos de todo mal!», imploró Simón Tadeo de regreso al interior del templo. Presintiendo la muerte de Amadeo, le llevaría el Santísimo, le daría la extremaunción, y llamaría a la cordura a los violentos que asediaban su curato.

Mientras esto sucedía, los ediles de Amadeo que se habían hecho presentes entre la gente que rodeaba a Lucindo, se disponían a interrogarlo. «¡Ande! ¡Cuenta! ¡Cuenta!». Acosado y tartamudeando, les respondió: «Claro que sí... patroncitos! ¡Claro que sí! A ver si me hago entender. ¡Miren que merezco que me fusilen! ¿No ven que me sorprendieron dormido? ¡Ay Dios santo! Y uno sin poder hacer nada... ¡Nada! ¡Nadita! ¡Imagínense! Se metieron en la alcoba de mi amo... y yo atontado, tras de ellos... ¡Ni siquiera pude alcanzarle su uniforme! Y él, Don Amadeo, ¡Piensen no más! que es tan modesto... ¡En camisola!... arrinconado en una esquina del cuarto... eso sí... ¡Desafiante como él solo! pese a que los miserables que lo asaltaban le hurgaban el vientre con la punta de sus machetes como queriendo destriparlo». Llevado por un súbito desfallecimiento, Lucindo calló solo para ser acosado por sus interrogadores, aparentemente más curiosos que interesados

en la suerte de Amadeo. «¡A ver hombre! deje de lamentarse y cuéntenos su historia sin tantos perendengues».

Visiblemente molesto por lo que oía, Lucindo continuó narrando su escabrosa historia: «¡Desgraciados! Menos mal que le permitieron ponerse los pantalones de su uniforme... lo demás se lo robaron... ¡Si señores! Su reloj de oro, el de bolsillo... y sus mancornas, y su dinerito, y todo lo que encontraron en su mesita de noche... y en su armario... ¡Hasta sus botas! Esas se las plantó en sus torcidas patas un rufián que se puso a exhibirlas dándole patadas al pobrecito... ¡Así lo fue sacando del cuarto!».

Buscando resuello, Lucindo dejó ver el afán que tenía de salir corriendo, pese a la instancia que le hacían los aún poco afanados ediles para que continuara hablando. «¡Vamos Lucindo! Cuente, cuente qué más pasó... ¡Hable! ¡Hable!».

«Pero... ¡Y mi amo! ¿Es que no van a verlo?», les dijo. «Noooo se preocupe... ¡No se preocupe Lucindo! que ya vamos, ya vamos... usted, ¡Cante! ¡Cante!».

Impotente para hacer lo que sabía que tenía que hacer que era correr al rescate de su amo, Lucindo dejó brotar a borbollones de angustia incontrolable el resto de su historia: «¡Fue horrible! ¡Horrible! ¡Pero no se saldrán con las suyas! Eso les dije cuando nos llevaban abajo... hacia las caballerizas... allí nos dejaron con un mugroso bandido. Y ahí sí que se acabó todo. ¡Todo! El miserable nos disparó a quemarropa... ¿Cómo no me dio a mí? Hubiese dado mi vida por la suya. ¡Pobrecito mi amo! Si todo lo que pretendía, era montarse en su propia yegua, la de paso fino... esa tan elegante que ustedes le regalaron, ¿Se acuerdan? ¡Si la hubieran visto! ¡Bestia al fin! Cuando el infeliz de mi amo cayó bajo sus patas... ¡Se vació de toda su porquería!».

«¡Nos lo mataron!».

se dijeron los asombrados ediles, afanados por fin. «Yo me encargo de buscar al médico Castillo... si es que lo encuentro», les gritó Lucindo al verlos correr hacia el Ayuntamiento y perderse entre la multitud de revoltosos que brotaban por todas partes.

Al escuchar los gritos y pasos atropellados que se acercaban, Matilde abandonó su escondite y se dirigió al zaguán que había dejado abierto. «Calixto... Calixto... Dios no permita que sea usted el responsable de lo que estoy viendo», musitó para sus adentros en contemplación incrédula del cuerpo de Amadeo caído a la entrada de su casa.

Asustados por el repentino estallido de unos disparos cercanos, los acobardados ediles que la miraban compasivamente, se alejaron rápidamente dejándola plantada en el charco formado por la sangre de su hermano. Nadie aparecería para ayudarla pese a sus gritos de auxilio. Tuvo que arrastrar su cuerpo y conducirlo a la Sala Consistorial en donde difícilmente logró colocarlo en un diván aterciopelado, de tres plazas, colocado a la entrada del recinto.

Impotente para detener la hemorragia que acababa con la vida de Amadeo, Matilde se arrodilló a su lado y se dedicó a implorar la misericordia de los personajes que la miraban desde los agrietados óleos colgados de largos alambres a las vigas del cielo raso. Pío XII y el Colegio Cardenalicio y todos los santos, beatos y beatas de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana, fueron entonces testigos y jueces de sus espavientos de bruja de amaneceres conspiratorios.

Montado en un brioso caballo negro azabache, muy bien aperado, Calixto Cienfuegos hizo su aparición en el escenario de la plaza en donde lo esperaban los revoltosos, claramente seguidores suyos. En contraste con la vestimenta de sus secuaces, Calixto vestía un uniforme militar verde oliva, zamarros de cuero y botas militares con espuelas plateadas. Su rostro, visible pese al enorme sombrero blanco alón con cinta roja ancha que lo cubría, dejaba ver la enormidad de su bigote de largas puntas

caídas y el profundo hueco de sus ojos perdidos bajo sus grandes cejas enmarañadas que le deban un aspecto feroz.

Con la mirada puesta en el inmortal Bolívar, Calixto templó con firmeza las riendas tachonadas de su alazán haciéndolo detener a unos pasos del pedestal; allí fue rodeado de inmediato por unos cuantos jinetes con rifles terciados sobre sus ruanas negras echadas sobre sus espaldas, todos en apretado montón encubridor de sus propósitos. Minutos después se escucharon los relinchos de las bestias que montaban los conspiradores, alebrestadas por el súbito alzarse sobre los cuartos traseros de la montada por Calixto, picada con fiereza en veloz carrera hacia la Casa Cural.

Reanimado por la súbita presencia de su hermano a quien no veía desde sus años de estudio en la capital, Amadeo trató de incorporarse y corresponder el sudoroso abrazo que le brindaba Calixto. «Por fin... has vuelto... Nooo... no sé qué quieres... pero sin violencia... tu gente... mi gente... que... queee... noo se maten... queee mee... dejen morir en paz...», le dijo Amadeo tratando de incorporarse.

Falto de palabras que dijeran algo a su favor, Calixto se arrodilló ante su agonizante hermano y se deshizo en llanto. «Así no me lo va salvar», exclamó Matilde postrada aún ante Amadeo; irguiéndose con inusitada altivez, lo increpó duramente: «¡Muévase! Vaya a ver cómo tranca la pelea que vamos a tener. ¡Ay Calixto! ¡Calixto! ¿Cómo fue que pasó esto? ¿Por qué no me cumplió esta madrugada? ¿Por qué?» Jamás lo supo. Calixto huía del recinto dejándola sumida en la incertidumbre de su extraño proceder.

La presencia de Calixto coincidió con la de Simón Tadeo en marcha por el atrio del templo, portando los santos óleos. Repartidor de bondades cristianas, concedía bendiciones a diestra y siniestra. Tras de él, Máximo se empeñaba en descargar sobre su grey una enorme cruz procesional, de plata labrada. «Hombre... ¡Cálmese! Lo que hace no es nada cristiano», le dijo Simón Tadeo induciéndolo a entonar la oración propiciadora de

paz y de confianza en su santo ministerio: «Padre Nuestro... que estás en los cielos...».

Inmersos en repentina miseria y descalabro humano, los palmeños se mostraron sordos al pedido que les hacía Calixto desde su posición de tardío pacificador. Trepado en la estatua del Libertador, tantas veces asediada, el atormentado hombre los llamaba al orden y la reconciliación. “¡Asesinos! ¡Magnicidas! ¡A Sangre y Fuego!” fue la estruendosa respuesta que escuchó a su patriótico llamado.

Entre la turba alborotada, con los brazos en alto, en gesto suplicante, Simón Tadeo semejaba la mismísima figura del legendario Moisés, desconsolado ante su errante pueblo. «¡Misericordia Señor! Sálvanos de esta horrenda mezcla de instintos asesinos. ¡No permitas que nos arrastre! ¡Libranos de la sinrazón y la locura!, exclamó ya de entrada a la Casa Cural.

Amadeo Cienfuegos falleció durante el rito de la extremaunción que le aplicaba Simón Tadeo. Segundos antes había pronunciado sus últimas palabras: «Simón... Matilde... Perdonen a Calixto... no lo juzguen mal... Él... él no sabe lo que hace». Dicho con un último dejo de su orgullo militar pasado, su ruego tenía la fuerza de la sangre fraterna que exige la reconciliación y el perdón entre quienes la llevan. Callados, Simón Tadeo y Matilde se dijeron con la mirada todo lo que sentían.

Abandonada a su suerte por su también desesperado hermano cura, Matilde corrió a refugiarse nuevamente tras las pesadas cortinas de la ventana que le habían servido de parapeto durante su misterioso ejercicio del amanecer. Desde allí contempló horrorizada el escenario de la Plaza Mayor. «¡Santo cielo! Calixto... Simón Tadeo... ¡Qué hemos hecho!» exclamó sintiendo que se ahogaba en un enorme lago muerto.

No fue sino hasta el oscurecer de ese trágico día cuando los violentos de uno y otro bando detuvieron sus fechorías. El poder de la iglesia, representada por Simón Tadeo, celebrante del rito sagrado en la base misma de la estatua del Libertador, hizo que los combatientes se rindieran a su llamado de paz y reconciliación y se entregaran a la noche que acogía el eco sepulcral de sus lamentos.

Las Damas de la Cofradía del Corazón de María que acudieron al llamado que les hizo Simón Tadeo, cumplieron sin malicia ni embeleco alguno, su deber de preparar el cuerpo de Amadeo para el funeral que daría comienzo a la madrugada del día siguiente. Ayudadas por Matilde, procedieron a remover su ensangrentada camisola y su pantalón destrozado y se dedicaron a refregar su tenebrosa desnudez con estropajos empapados en alcohol diluido en agua bendita antes de envolver su cuerpo en una enorme sábana blanca que le dio aspecto de momia. Amarrado con tan fúnebre atuendo, no les fue posible meterlo en el uniforme de parada que les entregó Matilde. «Gracias a Dios que me permitió conservarlo y arreglarlo... era para su próximo ascenso a General», les dijo. «¡Ascenso al cielo! Matilde. ¡Al cielo! ¡A la gloria de los bienaventurados!», opinaron las diligentes mujeres.

Extendido finalmente sobre la rigidez del cadáver de su dueño, el vistoso uniforme verde de pantalón estriado y guerrera con botones dorados repujados y docenas de medallas colgadas de su ostentosa pechera, acabó sostenido a su ya hinchado vientre con un cinturón verde oliva de hebilla pintado con los colores del tricolor nacional. Así fue colocado en un sencillo ataúd de cedro adornado con hojas de laurel recién cortado, de los reservados para los notables del pueblo.

Llegado el amanecer, los amanecidos ediles que habían permanecido en los corredores de la casa escucharon el llamado

que les hizo Matilde para que se apersonaran. Pronto después desfilaron una y otra vez alrededor del cajón abierto colocado a mitad de la sala consistorial sobre una mesa cubierta con un enorme paño morado. Finalmente lo levantaron y colocaron sobre sus hombros dando así comienzo al paseo funeral, el tradicional de vueltas de plaza concedido a todo fallecido ilustre. Sobre el cuerpo expuesto a la multitud de dolientes, aparecía un túmulo hecho de altas botas negras charoladas, espuelas plateadas y sable envainado la gorra aquella que Amadeo llevaba puesta cuando cayó como cayó. Tan ostentosa parafernalia sería conservada y exhibida en el Ayuntamiento como recuerdo de su trágico paso por la historia de Palmarito.

Indiferente a la luctuosa presencia de Matilde, de rodillas en su reclinatorio colocado al frente de la primera hilera de bancas, Simón Tadeo condujo las exequias de su hermano con asombrosa inmutabilidad de santo enyesado. A su espalda, hechos nudos de brazos y codos, sucios y malolientes, los palmeños desafiaban la barrera levantada por Máximo Méndez para impedirles llegar hasta la barandilla de mármol del comulgatorio, el sitio más cercano al catafalco colocado en el presbiterio.

La portada abierta del templo enmarcaba el callado escenario de la plaza repleta de gente estremecida por los campanazos repetidos en interminable cadencia de ecos repetidos en la distancia. Sobre el pueblo se desgajaba un torrencial aguacero acompañado de rayos y truenos, un fenómeno natural por esa época de Cuaresma, solo que para los palmeños, como debió sucederle a los judíos y romanos en su tiempo de infamia, era de recordación de la cometida en el suyo.

Simón Tadeo, con casulla y breviario en mano, condujo el enterramiento de Amadeo, interrumpido ocasionalmente por los lamentos y reclamos que lanzaban sus partidarios. Igual oficio cumplió ante otras de las muchas fosas abiertas precipitadamente. Allí los palmeños y emisarios enviados por Calixto, notoriamente ausente, cumplían su deber de sepultar debidamente a los suyos, y de hacerlo con los no identificados.

Fue entonces cuando juraron entre palada y palada y repique de campanas de todas las iglesias, ermitas y monasterios de la región, vivir en paz por siempre y para siempre. Igual promesa hicieron cuando se congregaron en el punto más alto de la Colina de los Recuerdos donde se alzaba el imponente obelisco de mármol negro erigido en conmemoración de la fundación de Palmarito, trescientos años atrás.

Pese al tenebroso clima reinante durante los tres días de duelo oficial decretados por Simón Tadeo, los palmeños regresaron a lo cotidiano de sus vidas el mismo día del funeral de Amadeo, dando así evidencia de querer cumplir inmediatamente lo pactado. Lo harían bajo la protección conciliadora de su amado pastor dispuesto a compartir sus propósitos y conducirlos por el sendero de la unidad cristiana.

El castigo divino previsto para el autor intelectual de la muerte de Amadeo ocurrió durante la misa de difunto del domingo 13 de abril, cuando Simón Tadeo se pronunció al respecto: «No existe ninguna autoridad legítima, ni aquí, ni en la región, ¡Ni en el mundo! capaz de perdonar al culpable de tan horrendo crimen, ¡Ni Dios mismo!», declaró solemnemente antes de enunciar las temidas palabras de expulsión de su hermano, *latee sententiae*, del seno de la Santa Madre Iglesia.

Ausente durante el acto de su excomunión, aunque notificado por la voz popular, Calixto halló consuelo en la levedad de la pena que le fue impuesta. Su hermano le permitiría asistir a misa y a todo rosario, novena y celebración religiosa, siempre y cuando no se atreviera a comulgar.

Conocedor de las mañas del poder, y muy habilidoso en el arte de embrijar a las masas, Calixto cumpliría fielmente lo ordenado sabiendo que en la obediencia estaba la clave de su perdón. Sabía que la manera más rápida de conseguirlo era

demostrar con hechos su arrepentimiento; de acuerdo se entregó a servir a los palmeños en la reconstrucción de sus negocios y como abogado que era, en la solución de sus problemas legales y de convivencia, por pequeños que fuesen, todo eso sin cobrar honorarios; solo les pedía que se acordaran de él y rezaran por su pronto regreso a la iglesia desde donde podría apadrinarlos en toda la extensión de la palabra. Bien sabía que de esa manera se ganaría la lealtad del pueblo tradicionalmente esperanzado en lograr para ellos y para sus hijos el padrinazgo de algún personaje importante.

«*Palmarito –Blanca Paz y Verde Esperanza*», fue el lema creado por los palmeños para simbolizar la promesa que hicieron al pie de las tumbas. Pintado en postes y cercados, en las tablillas colgadas en las partidas de caminos, y en todo tronco vivo o seco, lo fue también en las más altas cumbres de los cerros cercanos en donde quedó trazado con enormes piedras pintadas de blanco para que fuera visto por los viajeros de la cordillera. Insatisfechos con su misión de sembradores de Paz, sintieron que debían dar muestra de su voluntad de mantenerla, por lo que resolvieron tratar igualmente los zócalos, los portones, las ventanas y los balcones, y hasta el interior de sus moradas. Y como creían que la Paz se merecía un sendero apropiado para caminar sin caerse ni lastimarse, cubrieron la tierra pisada de las calles, con adoquines recién cocidos en los chircales de la región, y ampliaron y elevaron los andenes y les pusieron escalones, y encauzaron las acequias hacia las más anchas bocas de los desagüaderos.

Igual cosa sucedió a orillas de los torcidos y enfangados caminos vecinales que se desprendían de la carretera trazada a orillas del Río Palmarito, la única que unía el Valle de las Palmas con la capital del país. Finalmente, se propusieron desagruar al Libertador. Su negro pedestal, sin los escalones que permitían treparse en su cabalgadura, fue elevado unos cuantos metros más. Para entonces, la maltratada estatua, había sido rociada con agua bendita, acto que encabezó Calixto Cienfuegos, su más conocido agresor.

La Paz así mostrada creció rápidamente y sus resultados se hicieron visibles en la felicidad que sentían sus promotores por la cosecha nunca antes vista de flores y frutas y vegetales, y por lo inesperado del crecimiento comercial causado por la afluencia de visitantes atraídos por la tranquilidad reinante. Igual cosa sucedió con los fritangueros del pueblo, instalados nuevamente bajo sus toldas renovadas.

A su esmerada diligencia, se sumaron los panaderos locales que amasaron panes, galletas y colaciones en forma de palomas, y bizcochos y postres a cual más de exquisitos, delicias estas que daban a probar a sus clientes sin mezquindad alguna. Tan copiosa cosecha de sabores y venta de todo lo cocinado, aunada a la prosperidad general, sirvió para renovar la vieja costumbre de pagar diezmos y primicias a la Santa Madre Iglesia que serían enviados diligentemente por Simón Tadeo al arzobispado, dejando un pequeño monto para el sostenimiento de su curato.

Tramoyista consumado y habilidoso camaleón, Calixto hizo su más ruidosa aparición pública al mediodía del sábado 9 de agosto de 1930, fecha en la que deberían realizarse las elecciones para el nombramiento de un nuevo alcalde, que de haberse logrado, habría dado fin al mandato militar de su fallecido hermano. Acompañado por los viejos ediles, sus secretarios, jueces y policías miembros de la administración del finado burgomaestre, Calixto dominaba el escenario con imponencia de líder trajinado en los azares de la vida pública.

Vestido con traje negro completo, camisa blanca almidonada con cuello de pajarita, y a manera de corbata, una bufanda tricolor de puntas caídas sobre un saco ajustado con botones cuatro ojos; también llevaba puesto su conocido sombrero blanco alón; para completar, ostentaba un trapo colorado que asomaba por el agujero del bolsillo de su solapa izquierda, indicativo, según se le oyó decir, de su corazón sangrante por la muerte de Amadeo. En

contraste con su elaborada vestimenta, llevaba arremangadas las botas de sus pantalones, y calzaba alpargatas blancas. También portaba un nudoso palo de guayacán, no solo para apoyarse al caminar, que ya renqueaba, sino para apuntar al corazón de los asombrados testigos de su audacia.

Animado por el tranquilo recibimiento que le hacían los palmeños, Calixto dio unas cuantas vueltas de plaza antes de dirigirse al monumento del Libertador y treparse en la bestia que le tenía preparada un asistente suyo, aperada como la monumental del prócer. Mejor librado que en aquella trágica ocasión de la muerte de Amadeo, cuando su llamado a la cordura fue ignorado, el olvidadizo pueblo estaba presto a escucharlo. «¡Compatriotas! Hemos logrado afianzar la Paz y mantenerla sin rencores ni venganzas. Es mi deseo más ferviente servirles como su alcalde y trabajar para conservarla. ¡Ustedes deciden! ¡Que viva la Paz! ¡Que viva Palmarito!», gritó una y otra vez con el puño en alto, cerrado, desafiante.

Hecho cumplido, y con la aprobación multitudinaria de los lugareños, el presuntuoso acto se convirtió en ruidosas celebraciones callejeras auspiciadas por Calixto. El Club Social de Palmarito fue esa noche el escenario de la cena bailable ofrecida por los notables del pueblo en celebración de la Paz que habían logrado.

Máximo Méndez amaneció ese domingo 10 de agosto, colgado de los lazos de fique trenzado de las campanas del templo, haciéndolas tañer repetidamente con lo que logró despertar bruscamente a los habitantes del pueblo que abandonaron sus recintos y se precipitaron a las calles en paños menores, y no pocos en cueros, arrastrando sábanas y cobijas y hasta almohadas con las que trataban de cubrirse.

Trepado en su elevado perchero de piedra en cumplimiento de sus funciones de gallo maestro de ceremonias del diario acontecer local, y a punto de vomitar el succulento desayuno que había ingerido antes de trepar las cuarenta y tantas vueltas en espiral que conducían al campanario del templo, Máximo contempló el

tumulto que formaban los camadeistas, así había apodado a los viejos rivales políticos hechos migas en la actualidad. Disgustado por su bajo proceder de borrachos amanecidos, escandalosos, quiso desahogarse sobre ellos queriendo convertirlos en acuoso remolino bilioso que los arrastrara de regreso al abismo de la maldad de donde provenían.

El eco angelical del coro de monjas que entonaban los maitines esa madrugada de sentida paz cristiana, logró acallar el ruido causado por los asustados palmeños que se precipitaban hacia el interior del templo seguidos por los evidentemente ebrios secuaces de Calixto, este vestido con su reconocido atuendo, tratando de controlar a su gente, soportando las miradas torcidas que le lanzaban las escandalizadas esposas de Jesucristo.

El rito sagrado dio comienzo luego de haber imperado el tenso silencio que se impusieron los asistentes ante la presencia de su pastor. Visiblemente molesto, Simón Tadeo se abstuvo de saludarlos como era su costumbre antes de la celebración. Sin embargo, primó su nobleza cristiana cuando llegó el momento del saludo de proclamación de la Paz, que generó un ambiente de armonía popular, visible en los gestos conciliadores que se dieron sin recelo los palmeños y sus supuestos nuevos amigos. Hasta Máximo Méndez, sintió que Calixto y sus hombres no eran tan feroces como parecían serlo. «Ovejas tampoco», se dijo mientras echaba a vuelo las campanas de la iglesia, como le pidió Simón Tadeo que hiciera durante todo el día.

La misa mayor del domingo 31 de agosto de 1930 presidida por Simón Tadeo desde su encumbrado solio de madera tallada, fue oficiada por el joven presbítero Moisés Feliciano Mendoza Montero, su recién nombrado coadjutor. Presentes, de rodillas, en dos de los reclinatorios reservados para el alcalde y sus concejales, se encontraban Calixto y Matilde, ambos en aparente estado de arrobamiento espiritual. Tras de ellos, la mayor congregación de

feligreses jamás vista, atraída por la manifestación pública del perdón que esperaban le sería concedida al descarriado hermano de su pastor. Nada sorprendente fue entonces la Antífona que escogió Simón Tadeo para enunciar el perdón concedido a Calixto, de quien había recibido, en privado, su confesión y concedido la bendición apostólica que lo perdonaba: *“Pero el Señor se despertó como de un sueño, como un soldado vencido por el vino, hirió a sus enemigos en la espalda, infligiéndoles una derrota perdurable... los pastoreó con corazón íntegro y los guió con mano inteligente”*.

Dando muestra de la legitimidad de su regreso al seno de la iglesia, Calixto presidió la larga fila de comulgantes que recibieron la sagrada hostia ese día de su reconciliación con Dios y los hombres a quienes pronto abrazaría luego de la invocación que haría el cura oficiante para que todos se dieran la mano en señal de paz y armonía entre ellos. Habiendo estrechado la mano de quienes lograron acercarse a su reclinatorio, Calixto aprovechó la circunstancia para dirigirse a la concurrencia en general. «¡Hermanos! Que la Paz sea nuestro único destino. ¡Cuenten conmigo para conservarla! ¡Que Dios nos bendiga!».

Al escucharlo, Matilde se levantó de su puesto dando muestras de querer decir algo. A duras penas pudo abrir la boca que no logró cerrar por el asombro que le causó la furiosa mirada que le lanzaron Simón Tadeo y Moisés Feliciano, y hasta el propio Calixto. Humillada, les lanzó una airada mirada de reproche y desdén antes de abandonar el templo, lentamente, como pasando revista a los fieles que parecían desafiar su sacrílega arrogancia.

Simón Tadeo Cienfuegos era un libro abierto en cuyas páginas se podía leer el rico contenido de su vida cristiana al servicio de su feligresía. Tierno y compasivo, nada ostentoso, vestía una vieja sotana sucia y raída que ocultaba sus viejos zapatos negros con hebilla de plata deslucida. Elocuente

orador, de palabras sabias y oportunas enriquecedoras del Santo Evangelio, Simón Tadeo ejercía fielmente su derecho sacerdotal de permutar el paraíso celestial prometido a los seguidores de la fe cristiana, por el infierno de la excomuni3n a quienes la transgredieran. De profundas convicciones religiosas forjadas durante sus a3os de estudio en el Seminario Mayor de Bogot3, su vida estaba dedicada a hacer cumplir los c3nones y dogmas de la Santa Madre Iglesia, ligados tozudamente a los estamentos pol3ticos de esa 3poca suya de grandes divisiones partidistas, sentidas b3licamente, no solo en Palmarito, sino en el pa3 y el mundo en general.

Docto tal de acendrada conducta y lealtad a las leyes humanas y divinas solo pod3a ser merecedor del m3s profundo respeto y confianza popular. Tamb3en pod3a serlo del rencor y la venganza de quienes calificaba, sin precisar nombres, “Ateos, zorros camuflados de ovejas entre nosotros”. No sab3a que alguien muy cercano conspiraba contra 3l. Eso fue lo que pens3 M3ximo M3ndez cuando visit3 a Matilde un d3a cualquiera, para entregarle el producido de las limosnas recibidas 3ltimamente.

Dado a curiosear m3s de lo debido, se atrevi3 a hojear un diario con apariencia de misal que encontr3 en el caj3n de un escritorio colocado en una esquina de la Sala Consistorial. Comenzado muchos a3os atr3s, seg3n la anotaci3n que ley3 en una primera p3gina, “*El Alto 1905 MC*”, su contenido mostraba encabezamientos tales como, El General, Los Generalitos, Do3a Justa y Yo, y un 3ltimo escrito que lo preocup3: “Sim3n Tadeo y Calixto... Sordos jumentos de carga... acomodados en sus puestos dorados, mamando a *topa tolondro* de las tetas de la parroquia y de la alcald3a... aprovechados... y desagradecidos... Ya ver3n de qu3 soy capaz... ¡Yo tambi3n soy una Cienfuegos!”.

«¡Esta qu3 se trae! ¿Ser3 que se larga de aqu3 con todo lo que le doy?»), pens3 M3ximo mientras acomodaba en su lugar, tal y como lo hab3a encontrado, el diario delator de las intenciones de Matilde. No acababa de hacerlo cuando apareci3 su due3a sorpresivamente; al verla, se apresur3 a entregarle la bolsa que le

traía y se alejó rápidamente sintiéndose blanco de sus miradas. Un último vistazo le permitió observar que Matilde colocaba su diestra sobre el escritorio con gesto de desconfianza protectora de sus bienes.

Los asistentes a la misa de mediodía del domingo 21 de diciembre de 1930, no supieron si dejar sus lugares y correr fuera del templo, o apurarse hacia el presbiterio en donde Simón Tadeo y Moisés Feliciano, copón en mano, se preparaban para repartir la sagrada comunión. Su dilema lo provocaba Matilde Cienfuegos con su inesperada irrupción batiendo el tricolor nacional ensartado en un palo de escoba. Envuelta en un pañolón negro, desflecado, caído sobre su larga vestidura negra, parecía ser la aparición de la Parca en visita de cobro anticipado de alguna vida que quería escapársele. «Vaya si está loca... atreverse a semejante barbaridad», pensó Máximo, de pie cerca del bastidor que separaba el presbiterio de la sacristía, antes de precipitarse hacia ella y sin contemplación alguna, alzar en hombros su convulsionado cuerpo y apurarse hacia el exterior del sagrado recinto.

Azuzado por los consternados testigos de su infamia que le gritaban: «¡Cuélguela del campanario! ¡Cuélguela!», pudo más la cordura que le imponía su deber de respetar y cuidar la vida de un Cienfuegos, que la voluntad popular. Con Matilde ridículamente atravesada sobre su espalda, pataleando y exhibiendo sus debiluchas piernas, Máximo abandonó el templo y descargó su desbaratada figura sobre unos cuantos bultos de papa arrumados en el atrio; temeroso de su reacción, permaneció bajo el portón de la iglesia escuchando el Padre Nuestro que Moisés Feliciano entonaba en ese instante en el sagrado idioma de la iglesia católica: «*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum... Panem nostrum quotidianum... dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostri... sed libera nos a malo*». Acostumbrados a desear en lengua

extraña que se cumpliera la voluntad divina, los aterrados fieles repitieron la oración al Supremo Hacedor y muchas veces más el “*Aaameeeen*” de aceptación de lo incomprensible.

Inmutable, en posición de Nazareno caído entre los abombados pliegues de su casulla, Simón Tadeo se mantuvo así hasta que concluyó la celebración de la misa oficiada por Moisés Feliciano. Terminado el rito, los conmocionados palmeños escucharon el ruego que les hizo el recién llegado coadjutor, para que regresaran a lo cotidiano de sus vidas y se amaran los unos a los otros y olvidaran las injurias de sus semejantes.

No fue sino hasta bien entrada la noche de ese horrendo día, cuando Simón Tadeo, en oración ante el ara del altar, con los corporales a medio doblar entre sus manos como si no comprendiera que el santo oficio había terminado, se inclinó ante el Santísimo expuesto y con una última genuflexión, se apoyó en el brazo que le tendía Moisés Feliciano y se dirigió a paso lento al locutorio, su acostumbrado lugar de recogimiento situado en una esquina de la sacristía.

Moisés Feliciano y Máximo Méndez amanecieron desvelados ese lunes 22 de diciembre sentados en una banca cercana al locutorio, cabeceando y asustándose mutuamente con sus codazos para no quedarse dormidos. «Y ustedes... ¿Qué hacen que no están cumpliendo con su deber? Usted Máximo... debería estar repicando... y usted señor coadjutor... a celebrar la Santa Misa... quiero asistir... comulgar ¡Vayan! ¡Vayan! Yo sé cuidarme», escucharon el sorprendente llamado que les hacía Simón Tadeo.

Ese día no sería de toque de campanas ni de ruidos de trancas removidas ni de vecinos acomodándose en espera de la misa del alba; Moisés Feliciano decidió celebrarla en privado y para beneficio de Simón Tadeo, quien arrodillado ante el altar mayor no dio señal alguna de haber notado la ausencia de su grey; apenas si se movió para santiguarse durante la lectura del evangelio,

y nuevamente a la hora de la elevación cuando se tendió tan largo cual era, sobre las lozas de mármol del presbiterio, como debió haberlo hecho en su ordenación sacerdotal, con los brazos extendidos y sus manos ungidadas, palmas abajo, pálidas como el amarillento cirio prendido que sostenía Máximo Méndez sobre su derrotada figura.

Llegado el momento de la comunión, Simón Tadeo, de rodillas, recibió la hostia mayor partida en dos que Moisés Feliciano colocó entre sus labios, y bebió el sorbo de vino que su tembloroso coadjutor dejó correr del inclinado cáliz que acercó a boca. Enorme fue entonces la transformación que sufrió su achacada figura que pareció crecer en estatura y como envuelta en un místico resplandor.

Nunca antes se habían apurado tanto los fieles cristianos de Palmarito al febril llamado de las campanas del templo para que asistieran a los oficios religiosos vespertinos de ese miércoles 24 de diciembre de 1930. Esperaban ver a su amado pastor celebrando la Santa Misa. Efectivamente, Simón Tadeo dio comienzo al rito con el introito que hizo de manifestación de su pena: «Oremos, amados hermanos en desagravio a Nuestro Salvador por el sacrilegio cometido en este sagrado recinto». Conmovidos por lo inaudible de su voz, los palmeños comprendieron que su reconocida fortaleza física y espiritual estaba menguada irremediablemente. De ello se convencieron cuando recibieron la sagrada comunión y escucharon el debilitado eco de las palabras de su entrega: «*Corpus Domini nostri Jesus Christi custodiat animam meam in vitam aeternam. Amen*».

Concluida la misa, y luego de remover los ornamentos sagrados que se había puesto sobre su vieja sotana, Simón Tadeo se dirigió a su coadjutor y lo abrazó paternalmente hablándole al oído mientras lo urgía a seguirlo. Alerta a lo que ocurría, y

mientras se ocupaba en cerrar la portada del templo, Máximo los vio escurrirse por entre las filas de bancas y perderse en la penumbra del altar de la Virgen del Carmen, situado a un lado de la nave lateral derecha; preocupado, se acercó lo suficiente para observar la escena que ofrecía Moisés Feliciano impartiendo su bendición a Simón Tadeo, este oculto en el confesonario que había allí. El leve movimiento de cierre de la cortina morada que colgaba del marco del recinto, fue entonces el comienzo de una nueva vigilia que mantuvo arrodillados y en oración a los abrumados testigos de su desaparición.

Serían las nueve de la noche cuando escucharon un extraño rumor como de suspiros entrecortados que salían del interior del confesonario. El viento helado, penetrante, de tumba abierta, que sintieron al descorrer la cortina que ocultaba a su amo, les reveló que la Parca estaba presente. Con su noble cabeza reclinada sobre una almohadilla colocada sobre la rejilla del recinto, Simón Tadeo daba la impresión de haber fallecido mientras rezaba el santo rosario. Aún sostenía su larga camándula de cuentas negras apretada entre sus dedos. «¡Aparta Señor... de mi esta copa de amargura!, imploró Moisés Feliciano. En su memoria resonaban las palabras que Simón Tadeo le había dicho unas horas atrás: «Hermano mío en Cristo Nuestro Señor... Ven conmigo... escúchame». Solo él conocía el postrer ruego del finado cura, y Dios, que le había otorgado su perdón y dado su absolución a través suyo. Máximo, a su lado, mudo, petrificado, no lloraba. Se había secado la fuente; la había agotado el dolor; solo le quedaban fuerzas para devolver a su amo a la tierra que abonaría ricamente, libre al fin del infierno terrenal en el que había vivido.

El largo pasillo central del templo devolvió el eco del fúnebre paso marcado por Máximo Méndez llevando entre sus brazos el cuerpo de su amo. De rodillas ante el altar mayor, en sumisa aceptación de la voluntad del Creador, Moisés Feliciano, creyó escuchar címbalos tocados por duendes mitológicos en

duelo anticipado al dolor de los palmeños aún dormidos en la inconsciencia de su inesperada orfandad.

Distraída en su oficio de preparación de la tradicional cena de media noche, Matilde agitaba la despedazada *china* que usaba para oxigenar las llamas que brotaban por entre los huecos de los cuatro fogones de la hormilla prendida de la cocina de la Casa Cural. Mientras lo hacía, y en voz alta, oraba angustiosamente: «¡Divino Niño Jesús! Tráeme a Simón Tadeo. Concédeme la gracia de su perdón. ¿Acaso no lo hizo con Calixto?», pareció preguntarle a las gallinas que dormitaban en una esquina. Mirándolas fijamente, y sin motivo aparente, se les lanzó encima haciéndolas cacarear y revolotear dándose golpes contra las negras paredes del lugar, tratando de escapársele. Envuelta en humo enrojecido, su desmandada figura parecía ser la encarnación misma de las furias infernales en vuelo de maldades solo concebidas por ella.

El repentino crujir del portón de la casa que giraba sobre sus artríticos goznes, seguido por un extraño frufú como de ropas que rozaban el piso del zaguán, y el sordo golpear de pasos apresurados que resonaron macabramente en sus oídos, sacó a Matilde de sus enredados pensamientos de arrepentimiento. Asustada, se precipitó fuera de la cocina llevando un candelero que recogió de los muchos que mantenía prendidos. Ya en el corredor que conducía al primer plano de la casa, pudo observar la silueta abultada de alguien que avanzaba hacia la sala consistorial. Ajeno al llamado de: «¿Quién va?», que le hizo Matilde, Máximo continuó su marcha hacia el oscuro recinto en donde descargó el cuerpo de Simón Tadeo sobre el diván en el que había fallecido Amadeo Cienfuegos.

«¡No! ¡Noo! Noooo... ¡Noooo!», fue el grito que escuchó Máximo que lanzaba Matilde muy cerca de él. Creyendo que lo golpearía con el candelero que portaba, se lo arrebató y lo

extendió sobre el cuerpo de Simón Tadeo diciéndole: «¡Ahí lo tiene! ¡Muerto! ¡Como quería!», y sin más, abandonó el recinto dejándola postrada en pose de crucificada, atada al madero de su propia hechura.

De rodillas ante el altar donde oraba Moisés Feliciano, Máximo pudo llorar su orfandad en compañía del heredero de un curato condenado a la violencia y el desatino de sus dirigentes. Fue entonces cuando apareció Calixto Cienfuegos, curiosamente ausente de Palmarito desde un tiempo atrás. Indiferentes a su presencia, elevaron sus voces en pausada entonación de los responsorios propios de la hora que vivían: «Dale Señor el descanso eterno, y que brille para Simón Tadeo la luz perpetua», fue su manera de enterar a Calixto de la muerte de su hermano.

El eco de los villancicos que entonaban los palmeños ante el pesebre montado con todos sus gajes y artificios en el atrio del templo, llegaba a sus oídos convertido en notas funerales, y el destello de las luces de bengala que acuchillaban la noche con el trazo pasajero de sus órbitas de fuego, se colaba por las cristales de los ventanales del templo iluminando la escena de su duelo.

Siempre listas para atender con igual esmero un parto o un entierro, las damas de la Cofradía del Corazón de María que atendieron el llamado que les hizo Máximo Méndez, encontraron a Matilde abrazada al cadáver de su hermano, poco dispuesta a retirarse. «Tranquila, tranquila...no llore más... cálmese por favor. ¡Vamos! Ayúdenos... ¡Retírese que nosotras nos encargamos de todo!», le dijeron con firmeza de monjas de claustro suficiente para hacerla gemir estruendosamente, acurrucada en una esquina del fúnebre recinto.

Desnudo sobre su lecho de postes de madera y cabecera bocelada, el cuerpo de Simón Tadeo fue lavado por las piadosas mujeres con aguas aromáticas y ungido con óleos sagrados antes

de envolverlo en una sábana blanca y vestirlo nuevamente con su arrugada sotana estirada pacientemente por una de ellas. Luego le colocaron el alba y el cingulo que encontraron en el armario del cuarto, y un cuello romano que reemplazó el amarillento que usaba. Tras de peinar delicadamente su tonsurada cabeza sacerdotal, le impusieron un solideo negro, y para que se viera a la altura de su dignidad sacerdotal, una casulla bordada con tres cruces gamadas. Finalmente, cambiaron sus gastados zapatos negros por unas finas zapatillas de terciopelo morado con entrañas de lanilla. Así, ungido y revestido, acertaron a colocarlo en el sencillo cajón de madera tallada que hallaron bajo su cama, ordenado por él mismo, al mejor carpintero del pueblo. Llevado a la sala consistorial, el ataúd fue colocado sobre una enorme mesa de centro, en espera de la comitiva de notables que no tardarían en llegar.

La escena adquirió entonces un carácter melodramático con la súbita presencia de Matilde convertida en plañidera; cubierta por una chalina negra, como el resto de su atuendo, y portando entre sus manos un crucifijo de plata montado sobre madera de olivo legítimo que fue reconocido como el desaparecido recientemente de la sacristía del templo, los sorprendidos testigos de su proceder la vieron colocar el extrañado objeto entre las manos del muerto para luego caer de rodillas exclamando: «*¡Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa! ¡Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa...!*» y dándose golpes de pecho que le arrancaban el aliento y la hacían toser típicamente. Creyendo más en su dolencia que en su arrepentimiento, causada muy posiblemente por el humo perfumado que salía de los incensarios agitados por los monaguillos que entraban en ese momento seguidos por Calixto Cienfuegos y sus ediles, alguien se apresuró a levantarla y conducirla al corredor exterior de la sala en donde la abandonó en solitario desarrollo de sus inacabables lamentaciones.

Sumidos en la oscuridad causada por la tormenta de truenos y rayos que se desató súbitamente sobre la región esa tarde de Navidad de 1930, los palmeños que seguían el cortejo fúnebre

en vuelta de plaza, creyeron ver levantarse de su ataúd al desaparecido cura, convertido en erráticos destellos celestiales. Asombrados, no dudaron en atribuirle su primer milagro: el de su resurrección que les deparaba la luz que necesitaban para sortear el abismo moral en el que los había dejado.

Rigurosamente vestida de luto, con traje sastre de falda larga, chaqueta cruzada, apretada a su voluminosa cintura, y blusa blanca de lino cerrada al cuello, y sosteniendo entre sus manos un largo rosario franciscano, Matilde se hizo presente durante las exequias de su difunto hermano que se cumplirían ese primer día de su ausencia definitiva y que durarían hasta el atardecer del 26 de diciembre. Sentada en un sillón colocado cerca del féretro, muda, inmóvil, cubierta por un enorme manto ceniciento salpicado de puntos negros que parecían moscas de carnicería atrapadas por el engomado papel usado para exterminarlas, su presencia no pudo ser más ominosa para los palmeños: La Paz que habían logrado, estaba en peligro.

Llegada la tarde del sepelio, Matilde asustó a los presentes cuando se alzó repentinamente del sillón donde había permanecido sentada desde el comienzo del funeral, y se acercó al catafalco que portaban sobre sus hombros doce campesinos descalzos vestidos de blanco. En actitud de cabecilla de alguna banda de fantasmas solo visibles para ella, Matilde encabezó la marcha de dolientes entre los que aparecía Calixto Cienfuegos, visiblemente abrumado por la tragedia que como una maldición se repetía una vez más, dándole a comprender que estaba muerto para la continuidad de su audacia política.

Simón Tadeo fue sepultado a pocos pasos del obelisco de mármol donde reposaba Amadeo, en la cima de la Colina de la Paz, llamada así desde aquellos pocos días de bonanza que siguieron a su trágica muerte. Arrodillada al pie de la fosa, Matilde parecía ajena al ir y venir de los dolientes, igualmente indiferentes a su

presencia; callada, doblada su espalda, arrodillada, miraba de reojo el lento y piadoso desfile de gente que cumplía su deber de despedir a su pastor con sus lamentaciones y lloriqueos y ofrendas florales de toda clase, las más vistosas y costosas, hechas de coronas montadas en sendos esqueletos de madera que lanzaban a su tumba abierta.

Matilde permaneció postrada ante la tumba de su hermano hasta cuando los sepultureros encargados de finalizar su oficio, se le acercaron y quisieron ayudarla a levantarse. Viéndolos esgrimir sus herramientas, y a uno de ellos apuntarle con una garlancha, Matilde creyó que el hombre se preparaba para enterrarla; trémula de susto, le lanzó una mirada desafiante, y sin más, huyó del lugar seguida por una manada de perros que la acompañó aullando macabramente, hasta que se desapareció tragada por el portón de la Casa Cural, enmarcado por la mortecina luz de una lámpara de gas colgada en el dintel.

Matilde fue vista por los fieles madrugadores a la misa del alba del miércoles 31 de diciembre de 1930 cuando abandonaba la Casa Cural y se trepaba a la cabina de un camión, precisamente en el que había llegado a Palmarito un par de años atrás, que debió haber sido cargado al amparo de la noche. Bajo los deformados contornos de una lona mal amarrada, se notaba el saqueo que Matilde había hecho de los bienes de la parroquia.

La tupida neblina que cubría el pueblo esa madrugada, formaba extrañas figuras fantasmales que azotaban los postigos de las puertas y ventanas de la Casa Cural haciéndolos girar en luctuoso vaivén acompasado por el viento helado, aullante, cargado de esencias malolientes que enrarecían el ambiente. Igual cosa ocurría con la carpa del destartelado camión que avanzaba culebreando montaña arriba por entre los recodos de la polvorienta carretera. Tras del vehículo, que muy pronto en

el camino comenzó a borbollonear por entre las grietas de su carcomido radiador, corrían dos perros callejeros, jadeantes y babosos.

Acusado por los palmeños de ser el causante de sus desgracias, Calixto Cienfuegos abandonó Palmarito unos días después de la partida de Matilde. Dicen los que lo vieron perderse entre la maleza al otro lado del río, que iba renqueando apoyado en su palo guayacán con zurriago colgante, y que de su vestimenta negra resaltaba un trapo rojo que agitaba sobre su cabeza, y que nunca miró hacia atrás.

Encalambrada en su rincón en la cabina del vehículo que la transportaba, Matilde llegó a eso de las dos de la tarde de ese día de su furtivo viaje, al inhóspito paraje del Páramo de San Benito. Recibida por la pesada neblina que cubría la zona, se aventuró a lo largo de un estrecho sendero de piedra rodeado de matorrales trazado a mitad de un potrero que bordeaba la carretera que luego de un largo y tortuoso antepecho se convertía en un plano moderado antes de descender en más graciosas curvas hacia el cercano caserío de San Benito.

Había regresado a la cuna de su origen: El Alto. Construido sobre las rocas que se elevan en peligrosa verticalidad al borde opuesto del Salto del Tequendama, el hogar de los Cienfuegos era testigo mudo del desplome del Bogotá, que tras de escapar del trueno y dar en el relámpago se convierte en tumultuosos y peligrosos rápidos antes de perderse en los misterios de la geografía colombiana.

De un piso solamente, El Alto había sido levantado a finales del Siglo XIX sobre enormes bloques de piedra que sostenían sus gruesas paredes de adobe y tapia pisada con parches de bahareque y ladrillo cubiertas por la mampostería de soporte del techo de tejas acanaladas, musgosas. Unas cuantas puertas

y ventanas con postigos de madera sólida, enmarcadas por hileras de ladrillos oscuros, aparecían a espacios irregulares como sombríos agujeros hechos en la tosca superficie de los muros. Uno de estos, sobresaliente, mostraba los contornos de un balcón encerrado, un tejado voladizo de dos aguas, desde donde se divisaba el prodigioso desplome del Tequendama. Así construida, la casa estaba rodeada de corredores hechos de anchos tablones con rendijas abiertas al oscuro fondo de roca y tierra apisonada, posible nido de sabandijas y misterios soterrados.

Largo y tenebroso fue el camino que recorrió Matilde esa última noche de 1930 que agonizaba cargado de infamias y desaciertos. Hasta el quejido de los goznes de la puerta de entrada a su viejo hogar, y el sordo remover de los candados y cadenas del portón de entrada, acompañado por el lúgubre aullido de los perros que la habían seguido desde Palmarito, parecía decirle que había llegado la hora de cohabitar con sus recuerdos.

Con la mirada perdida en el conocido escenario de su dolorosa infancia, Matilde contempló el ambiente aquel relevador de épocas pasadas de holgura y acomodo material de la familia Cienfuegos, ahora, entre las sombras de su propio deterioro. Los vetustos paredones cubiertos por delgados paneles de madera que sostenían el techo de tejas de barro, y el cielo raso de guadua pintada de blanco, atravesado por troncos al natural, fueron mudos testigos de su infeliz regreso, Igualmente lo fueron las enormes y pesadas cortinas cerradas que parecían cubrir la casa entera, y el papel tapiz, desprendido, húmedo, hecho trizas, y las cenefas decorativas que enmarcaban los aún vistosos gobelinos suspendidos sobre los amplios sofás franceses, cubiertos de polvo, y los sillones aterciopelados, con sus bordes de tachuelas doradas, deslucidas, y las muchas mesitas esquineras con sus lámparas hechas caperuzas adornadas con borlas hechas de finos hilos de seda. Notoriamente colocados entre tanto olvido, aparecían testigos otros de su desventura, poderosos testigos

de ajetreos paternos, entre ellos, el secretaire de su padre y su biblioteca de madera con ventanillas de cristal, y la enorme mesa redonda montada sobre gruesas bases de madera tallada, y sus doce sillas de asientos y brazos forrados en terciopelo, con espaldares de mimbre y postes de madera tallada donde se sentaba a discutir cosas de hombres, con sus hijos y sus amigos. Allí, aún extendida, se veía la pesada alfombra persa, deshilachada, sobre la que descansaban los imponentes muebles. Imponentes en su sombrío desaparecer de la escena, los oleos de santos y de jerarcas de la iglesia parecían observarla con su mirada adusta, perseguidora, ¡Todo perdido en un presente de humedad y desprendimiento de bases, marcos, textura, esencia!

¿Qué será de mi vida?, fue el angustioso reclamo que se hizo Matilde, sentada en el sillón de terciopelo con dosel marcado con las iniciales de Simón Tadeo que había sustraído de su alcoba y que acababa de colocar a su lado el hombre que la había traído. Tras de ella, tapiada, se veía la parte superior de una gran puerta, incrustada a mitad de una de las paredes de la misteriosa sala. Solo ella sabía que tras esa puerta cancelada, se escondían las habitaciones de sus padres y las de sus hermanos, y el oscuro rincón de su cuarto donde había crecido, prácticamente sola. Evidentemente conmovida en contemplación de su pasado en ruinas, presente en el laberinto de cosas en mejor estado traídas con ella, Matilde creyó ver a sus padre y sus hermanos sentados a la mesa del festín de acíbares preparado por su conciencia, obligándola a enfrentarse a su sórdida existencia. Entre ellos habían sembrado la semilla de sus discordias y abonado el terreno de nuevas y peores tragedias.

El gruñir de los perros seguidores suyos que la contemplaban con ferocidad, y el sordo correr de las ratas y comadreja que se deslizaban por los vericuetos de su imaginación, acompañó su negra jornada hacia su pasado fantasmal. *Única hija y último retoño de Simón Patricio Cienfuegos del Valle y su esposa Justa Montero Méndez, Matilde fue prácticamente ignorada por su progenitor a quien solo le importaban sus hijos varones, criados a su manera de militar de mucha andanza. Según contaban los*

conocedores de su historia, Simón Patricio fue herido y hecho prisionero en la acción militar de Nocaima librada en defensa de la frontera de la patria el 5 de noviembre de 1899, cuando compartió celda y penurias con quien sería presidente del país, un joven boyacense de apellido Olaya Herrera, y que todo aquello le había servido para llegar a ser quien fue en la vida política y militar de su época.

Aunque solo alcanzó el rango de coronel, Simón Patricio se hizo llamar General luego de su retiro voluntario en 1910 cuando estableció su fuerte de campaña paterna en El Alto, heredado de su padre y este del suyo, ambos militares de carrera. Empeñado en mantener el legado familiar, Patricio se dedicó a encauzar el destino de sus hijos varones, el mayor de ellos, Amadeo, a las armas, Calixto a las leyes, y Simón Tadeo, al sacerdocio.

Cinco años menor que Calixto, Matilde creció ignorada por su progenitor, tanto como para no reconocerla. «¡Doña Justa! ¿Quién es esa mocosa que anda por ahí como polla suelta?», le preguntó un día cualquiera. «No ve que ya tenemos suficientes sirvientas», concluyó, ordenándole que la despidiera. Indignada, Doña Justa le respondió: «¡Don Simón Patricio! Esta... esta... ¡Mocosa!, como la llama usted, es Matilde, su hija legítima, y tiene cinco años. ¡No se le olvide!».

La fruncida de hombros de su padre, su mirada de comprador de yeguas, y su evidente desprecio, hicieron protestar a Matilde por primera vez en su corta existencia: «Doña Justa... por supuesto que soy una sirvienta, para él y para mis hermanos. ¡Solo me quieren para brillar sus botas, prender sus enormes cigarros y mantener limpios sus malolientes escupideros!». «Matilde...él es así», explicó su madre. «¡No se le puede decir nada!... tenemos que obedecerle... recuerde que su padre es militar y a un militar no se le discute. Matilde... Yo pasé por todo eso y aprendí, como usted tiene que aprender... ¡No es fácil! ¡No lo es hija mía!».

Enorme fue entonces la angustia que Matilde sintió a partir de ese instante de revelación de su destino familiar. Doña Justa lo había definido con su historia de hija de padres esmerados en educarla bajo los más estrictos principios cristianos y de alta clase social; según ella, su matrimonio había sido arreglado por su propio padre, otro militar, no menos “alzado en armas”, que Simón Patricio. «Matilde... No puedes imaginar mi suerte de mujer forzada a casarse con un hombre como su padre, violento, irracional, siempre apurado a someterme entre palabrotas e improperios de tropas borrachas retozando en las afueras de la carpa de mi entrega forzada de esposa castrense», concluyó Doña Justa, en esa ocasión de revelación de su dolorosa historia íntima. Matilde creyó entonces que estaba marcada para siempre por la indiferencia y el desprecio de su propia familia.

Matilde fue llevada por su padre al Colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón, un día a comienzos de enero de 1920. Situado en un apacible lugar llamado Torca, al norte de Bogotá, entre arboledas y riachuelos cercanos a las coyunturas de las lomas nororientales que se prolongaban en verdes retazos de onduladas crestas vegetales, el lugar era propicio para el desarrollo de valores humanos y espirituales propios de la vida conventual. En semejante ambiente poco amable para su pobre entender de mujer agraviada por la indiferencia paterna, Matilde dio comienzo a su vida de interna sin privilegio de salida otro que no fuera de paseo, el tradicional de la congregación por la sabana de Bogotá, y ocasionalmente a tierra caliente.

De su consagración a la vida religiosa se encargaban las monjas docentes del colegio, motivadas no solo por aumentar sus filas sino por la dote que recibían por cada una de las pupilas que dedicaran su vida al servicio de Dios. Difícil tarea tratándose de una persona como Matilde, huraña y caprichosa, no solo con las impacientes monjas, sino con sus compañeras.

Estas y aquellas jamás olvidarían su manera de refunfunar sin motivo aparente mientras se santiguaba y desgranaba las cuentas de un largo rosario que mantenía colgado al cuello,

enredado con escapularios desteñidos y sebosos que le daban un aspecto de abandono y desaseo nada agradable. De hecho, y para aislarla de alguna manera, sus profesoras le asignaron un pupitre de una sola plaza, que colocaron al fondo de su salón de clases, y decidieron concederle a petición suya, un cuarto privado de los reservados para las novicias en vías de profesar.

Fue precisamente por esa época de marcada indisciplina y desafío a la autoridad de sus mayores, cuando Matilde comenzó a experimentar los quebrantos de su transformación física, sufridos desde la llegada del castigo, eso fue lo que creyó que era su primera menstruación; su ignorancia del síntoma más natural que podía ocurrirle a una mujer de su edad, solo era el resultado de la educación puritana de una sociedad heredera de principios religiosos que hacían de lo natural de la carne y sus deseos algo vergonzoso que tenía que ocultarse. Inimaginable pensar entonces que a Matilde pudieran verla sus compañeras como víctima de algo natural que a ella mismas les sucedía. No. Quienes de ellas la vieron correr fuera de su alcoba la madrugada de un día de noviembre de 1922, se sintieron avergonzadas igualmente aunque nada extrañadas de ver a sus docentes conducirla de regreso a su cuarto mientras se santiguaban implorando a los cielos que librasen a su enajenada pupila de los demonios que se habían apoderado de ella. Nada hicieron para ayudarla a comprender y manejar lo que ellas mismas llamaban: “flagelo inconfesable”.

Sin comprender aún la causa de los sudores y escalofríos y desmayos que le ocurrían, ni las placenteras sensaciones físicas que le sobrevenían, Matilde conoció el encanto de su sexualidad un mediodía de mayo de 1923 cuando disfrutaba de un paseo escolar por los alrededores de Chía, un pueblo precolombino situado a orillas del Río Bogotá, al norte de la capital. Habiendo eludido la vigilancia de sus maestras, se llegó a un remanso sombreado por unos cuantos sauces llorones, y removió su uniforme y su zapatos de tacón tres cuartos y se sumergió en las tranquilas aguas que la acogieron con suavidad de amante clandestino. Envuelta en su camisola blanca ceñida

a su tembloroso cuerpo, Matilde convirtió sus manos en copas receptoras de sus amplios senos atrapados por un burdo sostén de dulce abrigo. Extasiada, dejó correr sus dedos sobre la tersa superficie de la tela y acarició los contornos de su esplendorosa redondez de mapamundi mojado. ¡Oh! El esplendor del volcán de su sexo en erupción, el estallido de sus fumarolas abiertas en su cumbre virginal tendida sobre el lecho donde copulaba en complicidad con ella misma. Ella crecería en permanente ansiedad por encontrar el amor humano que sentía le faltaba desde que le fue negado por su progenitor y sus propios hermanos.

Algo importante para Matilde, ya con veinte años cumplidos sucedió cuando le manifestó a su profesora de matemáticas, Sor María de los Ángeles, su deseo de hacer algo útil para ella y el colegio. Su petición de ayudar al Padre Serafín, administrador de los bienes de la comunidad, no pudo ser más oportuna. Con el permiso concedido por la Madre Priora Teresa de Jesús, Matilde fue asignada inmediatamente al oficio que solicitaba, en cuyo desempeño aprendería a llevar libros de contabilidad y hasta podría acompañar a su instructor en sus diligencias fuera del colegio, algo que Serafín le prometió hacer parte de su educación.

Efectivamente, su oferta no se hizo esperar. «Prepárese que mañana nos vamos de compras. ¡Y mire a ver si duerme bien porque nos espera un día muy ocupado!», le dijo Serafín una tarde de octubre de ese año de su iniciación en lo secular de la vida religiosa. Conducidos por Abraham Rodríguez, chofer, jardinero y mensajero del convento, al timón del recién importado Chrysler de propiedad de la comunidad, Serafín y Matilde llegaron al centro de Bogotá a eso de las 8 de la mañana del último sábado de junio de 1928. Dispuesta a cumplir su compromiso de aprender todo lo que su instructor tuviese a bien enseñarle, logró sorprenderlo con su astucia para regatear precios y su habilidad para obtener rebajas sustanciales que lo satisfacían a Serafín, no solo por el ahorro que lograba, sino porque le evitaba discusiones pueriles.

Ameno y prolongado fue entonces el recorrido que hicieron por la angosta y muy concurrida calle 10, atiborrada de negocios abiertos a lado y lado de la zona, cercanos a la Iglesia de Santa Inés y el Convento de Santa Clara. Colindando, con este, se alzaba una enorme plaza de mercado, y el matadero de reces que apestaba tanto como para no querer conocerlo. «Sin compromiso... sin compromiso padrecito... usted tampoco niña bonita» les gritaban los matarifes apostados en las afueras de sus carnicerías, esgrimiendo sus largos cuchillos ensangrentados.

Asustada por el horrible espectáculo que ofrecían, Matilde se refugió entre los brazos abiertos del también conmovido Padre Serafín, y se dejó llevar hacia los intrincados laberintos del mercado al aire libre de frutas y verduras y vituallas de toda clase. Así llegaron a la concurrida calle Florián, la más comercial de la ciudad. Repuesta del susto sufrido, Matilde se dispuso a descubrir la maravilla de las mercancías exhibidas en las estanterías de los negocios abiertos a lado y lado de la vía y en los pasajes cercanos. «¡Oh mundo bello! ¡Todo mío!», gritaba Matilde. Padre Serafín... ¡No se quede mirándome, venga... acompáñeme! ¡Qué elegancia! ¡Venga! ¡Venga!

¡Dios mío! ¡Paciencia! ¡Paciencia! se dijo Serafín. La necesitaba para seguirla y aparentar compartir su desmedidos deseos de adquirir todo lo que veía: Elegante mantelería bordada; enormes cortinas de raso; vistosos juegos de cama bordados; mesitas esquineras de madera tallada; enormes estatuas de dioses griegos y espléndidas vestales parnasianas; rollos y rollos de papel de colgadura; gobelinos franceses, alfombras persas, en fin, suntuosidades de toda clase que la atraían sobremanera. «Que gusto se dan... mírelos Padre Serafín... cargados de compras», exclamaba Matilde contemplando la multitud de compradores entre los que circulaban. «Plata que tienen... eso ayuda...», le dijo Serafín. «Vamos jovencita... a ver si compramos lo que necesitamos comprar... que no tenemos dinero para esa clase de lujos».

Detenida nuevamente ante las amplias ventanas de un lugar llamado Emporio de Paños, Matilde logró convencer a Serafín para que ingresaran al elegante negocio. Apenado ya que sabía muy bien que ni él ni ella estaban de compras de esa clase, lo hizo tímidamente viéndola tocar y desenvolver con aire de compradora los incontables cortes de finos paños importados colocados con precisión matemática a lo largo de lujosos exhibidores de madera. Seguidos por unos cuantos señores de aspecto extranjero, muy bien vestidos, con metro en mano y ojo avizor, Serafín resolvió agarrar de un brazo a la inoportuna Matilde y abandonar el lugar, él rojo de vergüenza, y Matilde riéndose a carcajadas diciéndoles a los frustrados vendedores de oficio, que un día vendría a comprarles algo.

«¡Qué contrastes estos!», reflexionó Serafín en voz alta mientras se alejaban del lujoso negocio. «¡Qué contraste!, repitió Serafín. Se lo digo para que piense y no diga que todo esto es muy bello... y suyo». «Dígame Padre ¿Le molesta que yo sea así?» le respondió Matilde. «¡No! Por supuesto que no. Pero debe entender que hay una gran distancia entre ricos y pobres», le dijo Serafín mostrándole el escenario callejero por donde avanzaban. Amontonados en los andenes o recostados contra los muros empapelados con toda clase de afiches comerciales y sombríos anuncios funerales, aparecían los mendigos de su caridad; suplicantes, alargaban sus manos de largos dedos torcidos, muchos con llagas supurantes, malolientes, amputados, sin oficio alguno fuera de pedir y pedir y guardar y guardar entre los trapos que los cubrían, las pocas monedas que recibían.

Otros seres más afortunados que ellos, se ocupaban en sencillos menesteres de venta callejera de loterías y chucherías, muchos con ventorrillos de andén en donde exprimían naranjas a mano limpia, tasajeaban frutas y preparaban salpicones y hasta fritaban empanadas y asaban pollos y pedazos de carne en burdas hornillas de carbón de palo montadas sobre ladrillos.

Eso vio Matilde que hacían anunciando a la par sus cocidos y bebedizos a los zutanos que se les acercaban, escogían,

regateaban, compraban o se alejaban bostezando. Ninguno parecía ir a ninguna parte. Solo hacían venias a cualquier desconocido, lo seguían respetuosamente, pretendían hablarle, eran ignorados, alzaban los hombros, se detenían, miraban en todas direcciones. Uno de ellos, un hombre que la había llamado Ama, y a Serafín, Padrecito, se metió a un lugar señalado en su entrada por dos tacos y tres bolas. ¡Una pocilga! «¡Pobre gente! Solo saben carambolear y encabritarse con cabuya pura, y perder el juicio...», masculló Serafín apurándola a seguirlo hacia su auto estacionado frente a la Catedral.

«¡Padre! ¡Padre! ¡Espere! ¡Espere! Tenemos que visitar la Catedral. Mire que hay que pedir las Tres Gracias». «¡Ahora si me la ganó! No pretenderá que también la lleve a conocer al Arzobispo», le contestó Serafín soltando una sonora carcajada: «Mire jovencita. ¡La Catedral!, otro día. Por hoy, rece desde aquí... pida lo que quiera... que la deje ir al Capitolio, por ejemplo. Allí dejan entrar a cualquiera...de pronto conoce al Presidente de la República», concluyó ya cuando Matilde corría alegremente hacia las escalinatas de ascenso al majestuoso Partenón colombiano.

Según le contó Matilde cuando regresó una hora después, no pudo encontrar el salón del Congreso. «¡Eso sí! Anduve por todos los corredores...hasta me metí en un salón con murales de pared a pared, amoblado con enormes sillones... ¡De puro cuero! Imagínesse Padre, el sitio estaba lleno de señores apoltronados como reyes... bebiendo, fumando sus largos cigarros...como mis hermanos. ¡Eso si no me gustó! ¡Ah! y como yo soy como soy... me les acerqué y los saludé y me presenté y les conté quién era mi padre». «¡Ya! ¡Basta! Ahora me va a decir que la invitaron a que les contara verdades de mentira. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Dios la libre de sus vanidades! ¡Vaa... nii... da... des... jovencita!», le dijo Serafín visiblemente cansado y molesto. Se culpaba de lo inútil que había sido el viaje. Había transcurrido corriendo tras de Matilde sin poder comprar nada de lo indispensable, ni siquiera algo de comer, como ella, que parecía no sufrir esa necesidad.

Sentado en el asiento trasero del auto que lo había traído esa madrugada, con Matilde al lado de su conductor enfrascada en discusiones sin sentido para él, Serafín no pronunció palabra alguna durante el trayecto de regreso al colegio. «Ya veré de controlarla... si es que se me ocurre traerla nuevamente», pensó, observando a su aún alborotada compañera de viaje.

El fallecimiento de Simón Patricio Cienfuegos ocurrido a finales de 1928, precipitó los acontecimientos que llevarían a Matilde de regreso a su casa paterna. «Doña Justa, no se encuentra en condiciones de viajar, mucho menos de asistir a un funeral. Usted debe prepararse para cuidarla...», fue la orden que recibió de sus hermanos Amadeo y Simón Tadeo durante el breve instante que le concedieron antes del funeral de su padre. Llevada y dejada por Amadeo en la primera fila de bancas de la nave central de la Basílica del Voto Nacional en Bogotá, Matilde experimentó una vez más la indiferencia de sus congéneres. «No me conocen... aquí nadie me conoce. Si Calixto estuviera conmigo», se dijo, preocupada por su ausencia.

Simón Tadeo, entre los diáconos asistentes del obispo oficiante, fue el encargado de pronunciar la elegía a su padre: «Abanderado de la Paz, recibimos su legado de militar y de hombre de bien, cuya vida fue ejemplo de lealtad a la patria en defensa de las leyes humanas y divinas. Hoy nos comprometemos a continuar su obra», concluyó luego de otras manifestaciones de duelo y ensalzamiento de su casta.

Pronunciada la elegía en el lugar donde la patria había sido consagrada al Sagrado Corazón de Jesús después de la Guerra de los Mil Días, cuando los partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador reconciliaron sus diferencias y decidieron vivir bajo la protección divina, sus palabras no pudieron ser menos sentidas ni menos ponderadas por los asistentes. Todos sabían que carecían de líderes capaces de restablecer la paz y que los Cienfuegos, con su poco conocida trayectoria política no parecían ser los llamados a gobernar. Hasta su apellido les

recordaba las llamaradas de violencia partidista que brotaban por todas partes en ominoso despertar del letargo político en el que estaba sumida la nación.

El regreso de Matilde al Alto, ocurrió unos días antes de la Navidad de ese año del fallecimiento de su padre. Ya antes había notificado a la madre priora directora del colegio, que no volvería a las aulas, que ella ya sabía lo suficiente para poder defenderse. «Mire Madre Teresa. Las probabilidades que tengo de ser monja... son muy pocas... pero las de ser útil a mi familia... muchas, ¡Muchas!, fue su despedida a la vida religiosa. Estaba segura de que sus hermanos no tendrían reparo alguno en permitirle administrar El Alto y usufructuar sus haberes. Se lo había asegurado Doña Justa recientemente: «Amadeo es ya oficial del ejército... creo que está cumpliendo funciones castrenses en algún lugar del país; Simón Tadeo, ya se ha ordenado y muy posiblemente sea nombrado párroco de algún pueblo, ojalá cercano. De Calixto, puede que se gradúe... de abogado... ¡No sé! Es tan raro...». «Vaya si van lejos los Generalitos», pensó Matilde cuando se enteró de tales cosas. «Ojalá me dejen tranquila... yo sabré qué hacer con mi destino al frente de nuestra herencia».

Matilde encontró a su madre reducida a su lecho y sin compañía alguna que le sirviera en tan lamentable estado. La única persona que se ocupaba en visitarla ocasionalmente era Anita Alfonso, esposa del jefe de estación de San Benito, dueña de la única tienda cacharrería del lugar. «Anita puede servirle a usted como lo ha hecho conmigo... ella surte la despensa y cuida de mis necesidades personales... debe estar por llegar», le dijo Doña Justa precisamente cuando Anita cruzaba por el corredor exterior de su alcoba. Sorprendida, Matilde se precipitó a alcanzarla, increpándola duramente: «¡Cómo se atreve a entrar aquí sin mi permiso! La próxima vez que venga... ¡Espere afuera hasta que yo le abra la puerta! ¡Qué abuso!», concluyó, dándose de vuelta en evidente actitud de despido de la sorprendida samaritana.

La muerte de Doña Justa ocurrió antes de la media noche del 31 de diciembre de 1928. Acompañada en su tranquilo final por Anita, incapaz de abandonarla pese al mal trato que le daba Matilde, la noble mujer agonizó en los brazos de Matilde a quien dirigió sus últimas palabras. «Matilde... Hija... cuida bien tu hogar... consérvalo para ti y tus hermanos... es lo único que les queda... ¡Cuidate hija!... y se buena con Anita... »».

Al escuchar a Doña Justa y verla morir, Anita experimentó una rara sensación de estar presenciando la disolución del mundo de los Cienfuegos. Con la reciente desaparición de Don Patricio, y ahora la de Doña Justa, y la ausencia de sus hermanos, Matilde tendría que mantener el antiguo ritmo de vida de la heredad de sus ancestros. «Ojalá regrese alguno de ellos y la ayude porque esta no tiene cara de dueña capaz de serlo», pensó Anita.

El enterramiento de Doña Justa se cumplió al atardecer del 1o. de enero de 1929. Acompañada por Anita y Don Alejandro quien trajo consigo cuatro ferrocarrileros para que transportaran el sencillo ataúd comprado meses atrás por Doña Justa misma al guardagujas local, sepulturero de ocasión, y desde lejos por unos pocos viajeros asomados a las ventanillas del tren, molestos por la tardanza de su partida, Matilde condujo en voz baja, casi inaudible, el santo rosario y los responsos del caso. «Que brille para ella la luz perpetua», repitió una y otra vez arrodillada al pie de la fosa abierta en un espacio cercano a la carrilera.

Concluido el acto fúnebre, privado del ritual cristiano por falta de un cura que lo hubiese oficiado, Matilde permaneció postrada, en oración, ante el montículo de tierra apisonada, formado sobre la tumba de su madre. Olvidada por sus hermanos, sin dinero, sin educación superior y en posesión de bienes ajenos, experimentó aún más su soledad cuando vio partir a sus acompañantes, poco dispuestos a compartir su pena. De hacerle saber a sus hermanos lo ocurrido, se encargó Anita a quien pidió que enviara un telegrama al Seminario Mayor de

Bogotá, dirigido a Simón Tadeo que dijera: «Doña Justa murió. Punto. Matilde. Punto».

Habiendo forzado la cerradura del escritorio de su padre, Matilde comprobó lo que presentía respecto a su herencia. Según leyó en los papeles que encontró amarrados con una cinta negra, ella tendría el derecho de vivir en el Alto al igual que sus hermanos y disfrutar de su tenencia hasta que ellos decidieran venderlo en cuyo caso ella recibiría una partida mensual que ellos le asignarían para que pudiera sostenerse. Desconcertada, contempló el reloj de cadena de su padre y una bolsa de cuero con unas pocas morrocotas que halló en el cajón central del mueble, que de no hallar otras cosas de valor, serían su único haber aprovechable.

Simón Tadeo llegó al Alto a eso de las nueve de la mañana del 17 de febrero de 1929. Había sido nombrado cura párroco de Palmarito, un pueblo situado a un par de horas de San Benito. Eso fue lo que le dijo a Matilde, cuando la visitó. Apurado por llegar a su destino, se limitó a observar la sala en donde fue recibido por su hermana; de pie bajo el dintel de la puerta de entrada al lugar, Simón Tadeo se mostró callado, pensativo, impaciente. Al verlo actuar como si no le importara el estado de su casa paterna, Matilde se dijo: «Simón... Simón... ¿Qué va a hacer conmigo... con nuestra casa?... Ahora se va... y ya... como si yo no existiera ¡Salve mi General Simón Patricio! ¡Resucitado!», especuló Matilde. Fue entonces cuando Simón Tadeo la sorprendió con las pocas palabras que le dijo. «Usted... prepare sus cosas... y me llega a Palmarito, mañana mismo si puede... y no se preocupe por El Alto. ¡Yo me encargo! Ahora... la dejo... Voy a visitar la tumba de su madre».

Aún sin marcar, excepto por una cruz de leños atados con ramas de laurel, puesta por Anita, Simón Tadeo la reemplazó por una lápida de mármol negro que había traído consigo, grabada con el nombre completo y fechas de nacimiento y defunción de su madre. Cumplido su oficio y bendecido el lugar y encargado

al sepulturero que lo acompañó, de fijar la lápida con cemento, Simón Tadeo partió hacia su destino a bordo de un camión cuyo conductor se deshizo en venias y pedidos de bendiciones que el complacido cura le concedió sin medida.

Matilde llegó a su destino cinco días después de haber recibido la orden dada por su hermano. Atrás había dejado la casa paterna con sus puertas y ventanas trancadas por dentro y el portón de entrada a la sala de la casa, asegurado con cadenas ensartadas en un par de enormes candados. Sin otro haber a la vista fuera de lo que pudo guardar en una maleta que llevaba consigo, descendió hasta la carretera en donde la esperaba el camión que la llevaría a Palmarito, de propiedad de los hermanos Almonacid, dueños de la maderera de Aguas Buenas, cercana a San Benito; ya acomodada en la cabina del vehículo que partió unos segundos después, lanzó una última mirada a su hogar: «Que Dios cuide el Alto... y Simón... ¡Allá él!».

Matilde encontró natural y merecido el recibimiento que le hicieron las numerosas personas de gran porte y aparente holgura social y económica que la esperaban en la Plaza Mayor del pueblo, a pocos pasos de la estatua ecuestre del Libertador; entre ellos sus hermanos, de repente muy amables y afectuosos con ella, tanto como para que Simón Tadeo la bendijera y abrazara cariñosamente, algo que jamás había hecho. Igual cosa sucedió con Amadeo. Este a su manera. Con un saludo militar. «¡Vaya! si toma en serio su uniforme» le dijo Matilde, añadiendo: «Y usted... ¿Qué hace aquí?». «Soy el alcalde militar del pueblo, Matilde, y estoy a su disposición» le respondió Amadeo. «Razón tienen de tratarme como me tratan», se dijo entonces al escuchar el enredado murmullo que producía con su chismorreo la entusiasmada clase alta de Palmarito. “¡Bienvenida Doña Matilde... mis respetos Doña Matilde... para servirle Doña Matilde!”; saludos que la esponjaron como un pavo real.

Acompañada por sus hermanos, y luego de unos otros saludos de bienvenida que recibió cada vez más convencida de ser un personaje de gran importancia, Matilde llegó a la Casa Cural situada en el marco de la plaza, a media cuadra del Ayuntamiento. «Mi residencia», le dijo Amadeo señalándole el lugar con naturalidad y sin tanto estiramiento como el mostrado anteriormente. «¿Sabe algo de Calixto?», le preguntó Matilde. «No. No sé nada ¡Dios lo cuide donde quiera que esté!» «¡Dios lo cuide donde quiera que esté!» repitió Simón Tadeo.

El cacareo de las gallinas que se movían impacientes en la jaula que había traído de Palmarito, reveló la llegada del nuevo año. El viejo se había ido, mas no la historia de su vida. Matilde la había recreado esa noche de su más profunda desolación material y espiritual.

Matilde decidió abandonar el Alto una lluviosa mañana a principios de ese mes de enero de 1931 cuando emprendió viaje hacia Bogotá. Previamente había cubierto con sábanas blancas los muebles de la sala y de igual manera los óleos de los tantos curas y obispos y pontífices que colgaban de las paredes empapeladas de la sala principal de El Alto.

Satisfecha de su trabajo, se dirigió al desteñido retrato en sepia de Simón Tadeo, ricamente enmarcado en madera tallada recubierta con cintilla dorada, que no se había atrevido a cubrir, y le habló como orando ante algún santo de su devoción «¡Perdón! ¡Compasión! Concédame lo que le pido venerable hermano mío... ahora que tengo que dejarlo... a ver si encuentro algo que hacer que me permita honrar su memoria», fue su ruego al inmutable personaje.

Acto seguido se dirigió a su alcoba situada al fondo del corredor posterior de la casa, el cercano al abismo, y luego

de revolver una y otra vez el contenido de un enorme armario con espejo de cuerpo entero, se vistió con un traje negro de dos piezas, se acomodó unas medias pantalones de lana gris y se calzó con botas de media caña para luego empacar en una vieja maleta de madera forrada en cuero, tachonada, su ropa íntima y cosas otras de uso personal. Su misal y su rosario y unos papeles amarillentos que extrajo de una mesita de noche, fueron a parar a una cartera de mano que colgó de su larga correa a su hombro derecho. Finalmente levantó una esquina del colchón de su cama y extrajo una pequeña bolsa de cordobán que palpó minuciosamente asegurándose de su contenido antes de esconderla entre sus senos.

Dejando atrás el desorden causado por la búsqueda de lo que cargaba, Matilde abandonó la alcoba que cerró con cadena y candado sin lograr que las hojas descuadradas de su puerta se cerraran completamente. Luego se dirigió al extremo del corredor arrastrando con ella su equipaje sobre los tablones desplazados que crujieron bajo su peso. Cerca, el Tequendama, testigo de sus ruegos y promesas, se desplomaba estruendosamente, azotado por ráfagas de viento y de llovizna que Matilde había aprendido a ignorar.

«¿Qué le pasa a esta?», se dijeron una pareja de campesinos que por allí pasaban, cuando vieron a Matilde descender por el sendero trazado en la pendiente frente al Alto y oyeron los gritos y maldiciones que profería mientras lanzaba piedras a los famélicos perros que la seguían. Ignorada por los asustados hombres, Matilde los vio pasar de largo. «¡Imbéciles! ¡Es que no ven que necesito cargueros!», les gritó en vano. Tuvo que arreglárselas para arrastrar su maleta, apretar su cartera de mano y abrir un enorme paraguas que le dio apariencia de ave de mal agüero. Tras de ella, posados repentinamente en sus cuartos traseros, parpadeando, despidiendo vaho, batiendo sus largas lenguas, chorreando babaza, los maldecidos canes le lanzaron una última mirada cargada de gruñidos antes de escurrirse de regreso a los misterios del páramo.

Solitaria y pensativa en el último asiento del vagón que trepó sin que Don Alejandro ocupado en lo suyo, ni Anita distraída en su tienda, se percataran de su viaje, y sin prestar atención a los pocos viajeros que dormitaba en los suyos, Matilde se abrazó a sus pertenencias, y con la cabeza envuelta en una chalina negra, permaneció con la mirada perdida en la profundidad de sus pensamientos, indiferente al rápido pasar del horizonte de ese día de su regreso al mundo de los vivos.

Ya en Bogotá, en las afueras de la Estación de la Sabana, y luego de sortear el mundo de gente y de vehículos de toda clase que invadían la plaza frente al imponente terminal de los ferrocarriles nacionales, Matilde se dirigió hacia el oriente de la ciudad; su destino la llevó a la esquina de la carrera séptima con la Avenida Jiménez de Quesada en donde se detuvo frente a la Iglesia de San Francisco para santiguarse antes de atravesar la congestionada calle, cruce de líneas tranviarias, y encaminarse hacia la esquina oriental del parque de Santander.

La sorpresa no fue poca para las Señoritas Dolores y Angustia Deo Gracias, dueñas del Hotel Reina María cuando respondieron al insistente llamado de Matilde. Nada extraño fue entonces el desagrado que mostraron al reconocerla como una de sus compañeras de estudios, recordada por sus rarezas y beligerancia escolar. Sin embargo, tuvieron la amabilidad de invitarla a seguir, dispuestas a escuchar la razón de su visita. «¡Solo por unos días! Mientras vendo mi casa de El Alto... luego veré en qué me ocupo», les dijo Matilde con tono nada convincente.

Cuentan quienes la vieron salir ocasionalmente al pequeño balcón de la habitación que le asignaron las Deo Gracias en el segundo piso de su posada, que se cubría el rostro con el velo de un pequeño sombrero negro, y que vestía de luto y usaba muchas enaguas, una sobre otra, y que sobresalía curiosamente el borde rojo de una. También contaban que permanecía con la

mirada fija en la distancia y que poco o nada parecía interesarle el agitado mundo que corría bajo sus pies, ni el ir y venir de los tranvías eléctricos, ni los coches tirados por grandes caballos percherones, muchos de ellos estacionados a un costado del parque.

No faltaron entonces las malas lenguas que aseguraban que coqueteaba con los galanes de oficio apostados en las aceras por donde pasaba. Era tal su desfachatez, comentaban, que se descubría el rostro y se soltaba su enorme moña trenzada, dejando flotar al aire sus largos cabellos lacios. Solo había imaginar, opinaban sus detractores, que se dejaría invitar del primer atrevido que le propusiera acompañarlo, y que lo seguiría con melindroso enojo y descarado remilgo, como cualquier mujerzuela. Si algo de lo que se imaginaron fue cierto, debió ocurrir en algún paraje boscoso de los cerros, con un solo testigo: El taciturno cochero, cómplice de sus travesuras. Su mal juzgada conducta estaba lejos de ser lo que parecía.

El Señor de Monserrate a cuyo templo llegaba los domingos, muy temprano, fue testigo de su pudor, callado escucha de sus ruegos. Maltratada por las asperezas de la empinada cuesta trazada por el paso de incontables peregrinos descalzos esperanzados en obtener favores divinos y devolver con sangre los recibidos, Matilde permanecía postrada ante el Redentor desgranando las cuentas de su rosario y dándose golpes de pecho, y por lo que hacía, en serias dificultades económicas ya que no se le vio depositar limosna alguna en las cajillas receptoras de óbolos ni probar bocado alguno durante su estadía en el cerro.

Preocupadas por la aparente mala condición económica de Matilde, sus anfitrionas encontraron la forma de librarse de ella. Don Faustino de La Rosa y Morales, prestigioso hombre público, Senador de la República, conocido suyo, les había pedido que le recomendaran una señorita distinguida, de muy buena familia, que quisiera emplearse como dama de compañía de su única hija, Magda de la Rosa.

Lejos estaba de la mente de Matilde algo semejante. «¡Yo! ¡Yo! ¡Una Cienfuegos! ¿Trabajar? Eso Nunca...¡Nunca!», fue su inmediata reacción a la propuesta hecha por sus ya molestas benefactoras. No obstante, Matilde pareció reflexionar sobre el asunto y luego de una breve pausa se dijo para si misma y beneficio de su pequeña audiencia: «Que se haga la voluntad del Señor...iré a ver al tal Senador... ¡Siempre y cuando se trate de hacerle compañía a su hija!...¡No para otra cosa!... Porque de sirvienta... ¡Nunca!». «Que haga lo que quiera... pero que no vuelva», se dijeron las Deo Gracias..

Matilde fue recibida por Don Faustino en la sala de su residencia de Teusaquillo, al norte de la ciudad, para conocerla y considerar su empleo que le fue concedido de inmediato. «Ama de compañía, ¡Nada más!», quedó bien clara la posición que Matilde asumió ante el poderoso senador.

La legendaria Sierra Nevada de Santa Marta contempla desde su vertiginosa altura los caudalosos ríos, valles y cuchillas, depresiones, planes y ciénagas del litoral norte colombiano. Allí, las olas caribeñas enamoradas del exuberante trópico andino se agitan en convulsionado encuentro con el Gran Río de la Magdalena. Pasada la barra de despojos arrojados a su turbulento cauce por el descuaje de las selvas y los deshechos de las ciudades, pueblos y caseríos levantados a sus orillas, el legendario río rompe en Bocas de Ceniza la frontera marina y se confunde con la inmensidad del Caribe.

Aparentemente quietos en el horizonte, los majestuosos buques de la Grace y de otras grandes empresas navieras europeas y norteamericanas, marcaban con su enorme penacho de humo el lento navegar de sus enormes cascos punteados por los ojos de buey de las escotillas y el trazo perfecto de los mástiles y botalones, rumbo al fabuloso muelle de Puerto Colombia, imponente testigo del ajeteo migratorio universal en marcha por esa década de 1930 marcada por las furias bélicas que azotaron la humanidad durante la I Guerra Mundial. Para entonces, América toda se había convertido en poderoso imán de atracción salvadora del precario destino de los sufridos europeos que buscaban recrear y conservar esa *Belle Époque* cuya encubridora de la insurgencia militante socialista y el ominoso crecer del nazismo precursor de la II Guerra Mundial.

La pujante ciudad ribereña de Barranquilla situada a unos cuantos kilómetros del fabuloso puerto, representaba por esos tiempos el mayor centro de crecimiento industrial y comercial de Colombia. Allí surgían toda clase de empresas manufactureras y comercializadoras, incluyendo las pioneras del transporte aéreo, en competencia con las férreas, fluviales y viales que unían precariamente la Costa Norte con el resto del país. En perenne

crecimiento, Barranquilla recibía sin distinción de origen patrio, raza o credo, a quienes de sus visitantes extranjeros, turcos, libaneses y europeos de todo origen decidieran quedarse o continuar hacia el interior adonde llegaban bordo de lujosos barcos de río, el principal medio de transporte del país.

Según cuentan los narradores de la historia del Gran Río de la Magdalena, el mayor atractivo a bordo eran los pasajeros de primera clase, ocupantes de los camarotes y facilidades otras propias del puente superior de los barcos. Garantizados sus caprichos por los *capis*, de cuya destreza para navegar su impredecible cauce dependía que llegaran a su destino sin contratiempos, las comodidades que les proporcionaban compensaban sus dificultades.

Luciendo trajes livianos, salían de sus lujosos camarotes cuando querían, y se tendían en las hamacas colgadas a lo largo de los corredores del puente superior. Meciéndose despreocupados, somnolientos, refrescándose, las mujeres con sus abanicos españoles, los hombres con sus costosos sombreros Panamá, todos eran atendidos por fornidos camareros de piel morena y amplia sonrisa prometedora de un buen servicio, prestos para hacer su larga jornada fluvial, placentera e inolvidable; llegada la noche, los atenderían pomposamente durante la cena que con entretenimiento musical poético les ofrecía el capitán del barco. Vestidos elegantemente, los señores, de blanco completo, y sus esposas embutidas en apretadas fajas anudadas bajo sus largas batas sueltas, llegaban al amplio comedor del barco acompañados de sus amigos de a bordo, y con ellos, sus prometedores hijos, todos encantados por el seductor ambiente de paz y armonía incomparable que los rodeaba.

Testigos de ese mundo privilegiado, aunque no menos favorecidos por la naturaleza del mundo fluvial que a todos cubría, aunque en un plano de acomodo social y económico diferente, los viajeros de los puentes inferiores, los de petaca, llamados así por su forma de viajar con sus pertenencias guardadas en grandes maletas de cuero, madera o mimbre, formaban parte

del escenario ese de gestación de una Colombia generadora de progreso y pacífica convivencia entre sus pobladores.

Maestros de quiribillo y chuco, sonajeros de carraca de burro, con todo y muelas y dientes, lo eran igualmente en el arte de tocar arpa y guitarra, tiple, guacharaca y tambora. Nadie a bordo, en particular los extranjeros, podría olvidar sus interpretaciones de música colombiana y otras extravagancias musicales de origen africano. Tampoco olvidarían a los poetas bohemios de indiscutible aspecto trágico que nunca faltaban a bordo, siempre dispuestos a declamar a los cuatro vientos sus versos de amor, feliz o desdichado, y compartir con sus compañeros de puente sus frugales distracciones alimenticias plenas de bebidas embriagantes

Embarcados peligrosamente en largas y angostas canoas, los alegres viajeros descansaban ocasionalmente de la rutina de a bordo, en lugares previamente escogidos por los capitanes para recoger provisiones, dejarse atender de sus amantes de ocasión, y dejar que sus invitados fueran atendidos por los ribereños con largueza gastronómica de exquisito sabor nativo.

Motivados por la ebriedad que les causaba el recién descubierto aguardiente que les ofrecían sus anfitriones, con pinta de “se lo toma o se lo toma”, los desprevenidos viajeros se encontraban viendo el mundo al revés y deambulando locamente por los playones infestados de lagartos o metidos en los tupidos matorrales espinosos, frescos bajo el techo verde creado por las ceibas, los macondos, los cedros, los algarrobos, guayacanes y quiches florecidos aferrados a las ramas de los árboles, como ellos, al encanto vegetal de la tierra que pisaban.

Poseídos por los duendes de la selva, no faltaban quienes persiguieran a las doncellas ribereñas de piel morena y voluptuoso andar, capaces de embrujarlos y hacerles creer que los amarían en el nido de sus hamacas tendidas entre las palmas; en su delirio no comprendían el engañoso embrujo que los poseía y enceguecía. Nacidas para amar, su tentadora naturaleza no las

hacía indiferentes al celo de sus machos vigilantes que bien sabían protegerlas mientras lanzaban sus atarrayas al azar de la corriente y vapuleaban el enredo de las cuerdas en serpenteos celosos de fieras en acecho.

A tan furtivo y pasajero encanto, se agregaban los buscadores de fortunas, caminantes de los puertos y parajes selváticos, dispuestos a ganarse su patrocinio para localizar guacas y descubrir minas de oro y plata y esmeraldas y hasta petróleo, el oro negro de impredecible flujo. Según ellos, brotaba donde menos se esperaba y se consumía por arte de magia en enormes lengüetadas de fuego que teñían el horizonte con su resplandor. Solo ellos, aseguraban, conocían la fuente de su origen y podían llevarlos a descubrirla. De no guiarlos, no podrían evitar que sufrieran el trágico destino de otros que se habían aventurado solos y se habían perdido para siempre, o regresado hechos huesos descarnados enredados en la marisma de las infinitas ciénagas.

Lejos ya del encanto tentador de la selva y sus misterios, los viajeros se preparaban para su arribo al puerto fluvial de la Dorada, en la región conocida como el Magdalena Medio, epicentro de intrincadas rutas férreas que servían para el transporte de pasajeros y de mercancías hacia los cuatro puntos cardinales del país. Dolorosa separación era entonces la sufrida por los viajeros conmovidos por el atropellado río, testigo de su gran jornada humana, aún por completar. A sus orillas regresarían a recordar la hora que los trajo a Colombia, agradecidos sembradores, con los nativos, de sus propios sueños.

El estruendo del brutal estiramiento coyuntural de los enganches de los vagones, y el resoplido de la locomotora, ahogaban la gritería de la gente arremolinada a lado y lado de los vagones del tren del Ferrocarril de Girardot ese día 10 de enero

de 1933, detenido en la estación construida sobre la margen occidental del Magdalena. A bordo, los pasajeros lanzaban una última mirada de despedida a sus amigos mientras los asediaban los vendedores ambulantes que se disputaban sus favores en desordenado tumulto bajo sus ventanillas.

Ya en marcha, el tren se hacía sentir con el repetido pitazo de su locomotora desafiante del imponente puente tendido sobre el turbio oleaje de las aguas arremolinadas en la curva del Paso de Flandes. Bajo sus ruedas, al vaivén de la corriente, se mecían las canoas y los bogadores parecían dormitar sobre sus remos; en las escarpadas sinuosidades de las riberas violadas por los cimientos del colosal puente, los ribereños se aprestaban al cimbronazo producido por el monstruo de hierro en apabullante marcha sobre sus chozas de tablas y latas clavadas al aire.

Kilómetro a kilómetro, en acelerada y cadenciosa marcha, cubierto por el noble penacho de humo de su locomotora, el monstruo de hierro conquistaría las cordilleras y descendería al mágico escenario de los valles y planicies del interior del país; jadeando en las pendientes, veloz en los descensos, con gallardía de cóndor andino, abarcaría las campiñas punteadas por los rebaños de ganado triste y pensativo en su frugal pacer entre las lomas. Detenido muchas veces frente a grandes portadas solitarias de acceso a legendarios feudos, sus vagones de carga se llenarían de productos del campo, vegetales y animales de toda clase, hasta de gente que se trepaba en ellos a falta de espacio en los de pasajeros, para luego continuar su marcha de portador de vida y de riquezas.

Fabuloso mundo ese de carrillera, lleno de sorpresas que hacían latir apresuradamente el corazón de los extranjeros. Quienes vivieron la experiencia férrea, recuerdan la fascinación que les causaba el *leñateo* y la *aguada* de las locomotoras y las faenas de desvío a una línea alterna, en espera del paso contrario de un tren hermano. Era entonces cuando reinaba la algarabía ventanera entre los viajeros de uno y otro tren, deseándose un pronto y feliz reencuentro. Algunos de ellos, aprovechaban la

parada para descender de sus vagones y correr hacia la maleza cercana a descansar sus vejigas hinchadas. Para vergüenza suya, y no disimulado gesto burlón de la gente que los veía, regresaban ajustándose la bragueta de sus pantalones en apurada carrera hacia el tren nuevamente en marcha.

Apasionante viaje era ese de mágico transcurrir por entre prodigiosos cafetales, tupidos platanares, largas hileras de árboles frutales, pastizales sin fin, imponentes mansiones, chozas humildes, campesinos doblados sobre las eras, largas filas de recuas de mulas cargadas de trastos, esos que los pobres gustan de llevar consigo a la par con su miseria humana; indiferentes a los adioses que les gritaban los pasajeros asomados a sus ventanillas, los siervos de la tierra proseguían su melancólica marcha, conscientes quizá de la posibilidad de encontrarse con ellos en una próxima parada, una de las tantas que se alzaban a orillas de la vía.

Hambrientos y sudorosos y necesitados de estirar sus adoloridos huesos, algunos viajeros descendían de sus vagones y se unían al bullicioso mundo de las estaciones. Otros permanecían a bordo disputándose entre ellos el pequeño espacio de las ventanillas, todos contemplando el agitado ir y venir del mundo campesino compuesto de gente bonachona, de melancólica mirada en contraste con la altiva de los hacendados fornidos, locuaces, de porte autoritario que discurrían entre ellos, dueños de su destino.

Imposible sería para los viajeros olvidar el agitado pero encantador escenario de las estaciones con nombre de santos y de dioses nativos, o simplemente poéticos, trazados en tablillas rústicas colgadas sobre sus amplios corredores extendidos al borde mismo de la carrilera; inolvidables les serían sus tejados de dos aguas, su ventanilla de venta de tiquetes, su paciente jefe de estación, siempre alerta, pito en mano para hacer cumplir sus órdenes, no solo a los viajeros sino a los locales apoderados de su fuero.

Ocurría que las estaciones y sus alrededores se transformaban en plazas de mercado, lo que ocurría especialmente los fines de semana y otros días festivos cuando se tornaban en fabuloso exhibidor de riquezas naturales creado por gente capaz de producir el milagro de la multiplicación de los panes y volverlo inacabable; para muestra, los incontables puestos de venta de flores, de frutas y legumbres y de animales caseros, desde gallos de pelea, gallinas, pollos y polluelos para engordar, hasta pájaros cantores de todas las especies codiciados por los ciudadanos por la belleza de su plumaje y sus trinos celestiales.

A tanta riqueza natural se agregaban las obras artesanales campesinas muy llamativas por su originalidad y uso práctico que incluían ollas y platos de barro cocido y toda clase de vasijas y utensilios de uso casero: también se ofrecían confecciones de telas de colores incluyendo tejidos de lana natural creaciones de las abuelas, y muebles rústicos hechos de madera o de mimbre trabajados por los abuelos. Era tanta la abundancia y variedad de productos de esta clase que agregado todo a los naturales daba para llenar una y otra vez las bodegas de las estaciones que se desocupaban con la llegada de los trenes con su cola de vagones de carga. Bien podía decirse que así se vendiera todo, sus cultivadores y creadores volverían a llenar sus puestos y de nuevo las bodegas y todos los vagones que llegaran.

Al paisaje de la abundancia gozado así por los viajeros llegaba entonces la danza popular coreografiada para ellos por las alegres y bulliciosas marchantas embozadas, de brazos fuertes y caderas generosas, con sus tentadoras ofertas de viandas nativas. Fascinante y novedoso era el regateo y disfrute de las enormes gallinas cocinadas en su jugo, acompañadas de papa salada o amarilla criolla, yuca hervida, patacones, morcillas y chorizos, y para bajar todo eso, jugos de frutas en temblor de garrafas desbordadas, de no mediar alguna bebida alcohólica.

Sorprendidos con el colmillo hincado en una buena presa, los glotones sentirían el repentino arranque del tren y verían a las ingenuas mujeres correr desesperadas demandando el olvidado

pago de sus compras. Algunas lograban recibir lo debido, otras se rezagaban y se resignaban a perder. No faltaban las más vivas que se trepaban al último vagón y se las arreglaban para encontrar a su deudor, así les costara pagar el pasaje que no les rebajaría el divertido conductor del momento. Al fin de cuentas, regateo y acomodo, unas ganaban y otras perdían y todas aprendían a no ser tan confiadas.

Pronto después de tan agitadas partidas, los satisfechos viajeros gozaban de la obligante siesta causada por su llenura y el arrullador traqueteo de las ruedas que como un reloj metido entre las traviesas, marcaba los segundos del fascinante viaje; tranquilos, sentían llegar el repentino frío de las serranías cubiertas de neblina por donde trepaba el tren patinando y despidiendo chispas en furioso martilleo de pistones y atronador escape de purgas abiertas. Pronto después experimentarían el veloz descenso del tren por las laderas del cerro Manjuí hacia el Valle de las Piedras de Tunjo. Contados sus nombres por los nativos que los acompañaban, también aprenderían el de Facatativá, el pueblo cercano en donde el poderoso monstruo se detenía brevemente antes de cubrir el recorrido hacia su destino final.

Ya en marcha, los asombrados viajeros contemplarían extasiados el bucólico paisaje sabanero que los recibía con los tonos multicolores de sus campos y dehesas, sus tapias de tierra pisada, las grandes haciendas rodeadas de humildes casitas campesinas levantadas a campo abierto, sus escapes de humo blanco, símbolo de paz interior, sus jardines de rosas, de claveles y hortensias y grandes materas colgadas de los aleros, sembradas igualmente. Para completar, nada más hermoso que los plácidos remansos pintados de azul celeste metidos entre las frondosas arboledas y el verde esplendor de los maizales, la más rica fuente de alimentación del pueblo americano.

Llegados de lejos, sus ojos de viajeros esperanzados en hallar un escenario capaz de inspirarlos y motivarlos, se llenaron de luz y de confianza ante el prodigioso lienzo que encontraron creado

con esmero de pintores renacentistas. Bañada por el manso y tortuoso cauce de aguas puras, amarillas como oro líquido de su legendario Río Bogotá, con sus sauces llorones vigilantes de su paso precursor de estruendos mitológicos, la sabana recibía a los viajeros para entregarles pronto el maravilloso mundo de la ciudad que la presidía con majestad de reina andina.

Recostada plácidamente sobre el lienzo de tonos impresionistas de sus cerros orientales, la noble capital colombiana recibiría a los viajeros con su don de ciudad amable y culta y les entregaría sin recelo alguno su riqueza de oportunidades de paz y de progreso enmarcadas por su prodigiosa estampa colonial de iglesias milenarias y casas señoriales entejadas en parches irregulares de rojo quemado, todo envuelto en un aire de apacible playa mediterránea. Para entonces, el recuerdo de la aventura vivida por los recién llegados, comenzaría a olvidarse y en el diario de su nueva existencia se escribiría el relato de su emocionado arribo a la Estación de la Sabana.

Entre los recién llegados a la capital colombiana a principios de 1933, se encontraba Giuseppe Bresni, un joven suizo de 24 años de edad. Nacido en un villa alpina situada en el Passo della Novena, Bellinzona, sobre la vertiente sur de los Alpes, Giuseppe creció ligado íntimamente a la tierra que cultivaban sus padres, sin descuidar sus estudios universitarios, suficientes para ser aceptado como miembro de la guardia de honor de su Santidad Achille Ratti, Pío XI. Los dos años de servicios distinguidos prestados en la legendaria guardia, le ganaron el cargo de agregado cultural de la legación de su país ante el gobierno colombiano, cargo que ocuparía una vez que se estableciera en la capital.

Monsieur León Foudoix, un carismático hombre de empresa encargado de recibir a los europeos y darles posada, recibió a Giuseppe en la Maison Centrale, situada en el Camarín del

Carmen, su residencia y casa de huéspedes. Animado por la amistad que le brindaba su anfitrión, Giuseppe vio posible la realización de sus sueños de adquirir fama y fortuna. «¿Acaso no lo había logrado Foudoix y otros como él?», se preguntó el día que conoció a Monsieur Mounic, importador de paños ingleses, dueño del Emporio de Paños, y a su amigo Monsieur Donneaux, delicado estilista de gran prestigio entre las bellas de la sociedad bogotana, dueño del Institute Française de L'Haute Coiffure. Igualmente conoció a muchos otros extranjeros, entre ellos, George, dueño de Le Croissant, un elegante Salón de Té situado en la esquina oriental del Parque Santander, a espaldas del Hotel Granada.

Invitado por George a conocer su villa en Sopó, un pueblo sabanero situado al norte de Bogotá, Giuseppe llegó al lugar un domingo a finales de febrero de ese año de su llegada a Colombia. Sembrado en las ondulaciones de los cerros que se extienden en gentil desmayo sobre el valle del mismo nombre, Sopó era el retrato vivo de su lugar de origen. Trasladado al escenario de la Sabana de Bogotá con todo su encanto original, el lugar le ofrecía el escenario de sus casitas pintadas de colores vivos, con balcones enmarcados por enredaderas tupidas de flores, techos de paja caída, tejas y jardines de apacible encanto sembrados de flores y árboles frutales. Prendidos a los riscos o pastando en los potreros, los ganados punteaban el horizonte en apacible estar bucólico.

Según la leyenda que le contó el mayordomo de George, el rostro del Nazareno tallado en una piedra había sido encontrado al fondo del arroyo que corría por el centro mismo del valle. Fiel cristiano creyente de milagros, Giuseppe regresaría al lugar y sería devoto del aparecido Señor de Sopó y prendería muchas velas ganadoras de indulgencias ante el nicho donde se conservaba su imagen.

Ansioso por echar raíces y dar alivio a su nostalgia de patria, Giuseppe pernoctó muchas veces en la única posada que había por esos rumbos, situada en la plaza de “*Mi Bilitio*”, como bautizó

el hospitalario pueblo que le inspiraba el deseo de habitarlo. Allí, soñó, construiría un refugio campestre y lo compartiría con una doncella sabanera de piel rosada y largos cabellos en trenza, de pies blancos, blanquísimos, metidos entre alpargatas amarradas con largos cordones negros. «¡Cuán feliz seré, desamarrándolos! Soy un privilegiado de la suerte. Habito el paraíso mismo», se dijo muchas veces contemplando el escenario de sus fantasías.

Tranquilo y confiado en su capacidad de adaptación, Giuseppe no descuidó sus deberes profesionales que cumplió no solo en el campo diplomático sino en el cívico de servir a sus recién ganados amigos campesinos. Conocedor de la vida campestre, les ayudó a mejorar sus cultivos de frutas y vegetales y sus productos derivados de la leche que ordeñaban. De su esfuerzo resultarían nuevas empresas de producción de queso, mantequilla, y exquisitos manjares que endulzarían el paladar de los visitantes que llegaban a la región atraídos por su encanto rural y sus posibilidades comerciales.

Dentro de ese escenario de progreso, el tranquilo del campo, y el sorprendente de la capital donde se respiraban aires de desarrollo urbano, comercial e industrial, jamás imaginado, los ciudadanos se mostraban ansiosos de vivir sin afán alguno. Su noble y ancestral ciudad, Atenas de América, como era llamada, parecía marchar como los relojes de la Catedral Primada y de la Iglesia de San Francisco, situadas a pocas cuadras la una de la otra, en los extremos de la Calle Real, aorta vial, vibrante y agitada de la vida capitalina. Enfrentados desde lo alto de sus elevadas torres, los caprichosos instrumentos tenían la peculiaridad de dar la hora a deshora, razón por la que fueron desmontados y ajustados un día cualquiera, y reinstalados poco después, para diversión de los bogotanos que al oírlos funcionar unísonamente opinaron que así deberían arreglarse sus cerebros desajustados.

Conscientes de su papel en la historia de su ciudad, y para conservación de esa hora suya de grandes transformaciones, los bogotanos aprendieron a mostrar su lado bueno y permitir

que fuera conservado de la forma más novedosa: Capturados por las recién importadas cámaras fotográficas de cajón que poseían los fotógrafos ambulantes que circulaban por las calles principales de la ciudad; fascinados por la oportunidad de ser inmortalizados, así fuera en película, y de paso, el panorama urbano, los ciudadanos se detenían y posaban solemnemente para los acuciosos fotógrafos, hasta formaban grupos de amigos y familiares, todos sonriendo para el futuro. Así quedaba registrado el paso de esa generación de bogotanos llamada del Centenario, precursora de una nueva Colombia.

El club campestre, La Belle Epoque, construido en las lomas de Yerbabuena, al norte de Bogotá, era el sitio de reunión de la colonia extranjera que allí celebraba veladas de recordación de las tradiciones y festejos propios de sus lugares de origen. El evento que se cumplía esa noche del 5 de mayo de 1933, era ofrecido por Monsieur Foudoix para presentar a Giuseppe Bresni al sofisticado mundo social de la capital.

Vestido de negro, con pañuelo de tres puntas asomado al bolsillo izquierdo de su elegante saco cruzado, inmaculada camisa blanca, corbatín, mancornas de oro y zapatos de charol negro, Giuseppe se encontraba entre las personas reunidas en el vestíbulo del lugar cuando llegó Don Faustino de la Rosa, acompañado de su familia. Presentado por Foudoix, Giuseppe se apresuró a saludarlo. «Giuseppe Bresni... Encantado de conocerlo». «Doctor Faustino de La Rosa y Morales, Senador de la República», le respondió este antes de dirigirse a su familia alejada prudentemente de la escena. «Mi esposa, Doña Magda de la Rosa y Morales Castillo Porras y mi hija Magda de la Rosa y Morales Castillo Porras». «Encantado de conocerlas Señora... Señorita», fue el saludo que les hizo Giuseppe, inclinado respetuosamente ante las sorprendidas mujeres apuradas por Don Faustino para que lo siguieran.

Inquieta por el gesto de reproche que le hizo su padre al verla sonreír coquetonamente al joven Giuseppe, Magda acarició el crucifijo que ostentaba suspendido entre sus erguidos senos asomados levemente a la curiosidad del joven que la contemplaba con evidente admiración callada; tras de ajustarse la resbalosa capa de armiño, terciada sobre sus alabastrinos hombros, se alejó de su lado como flotando en un aire de serena complacencia romántica.

Absorto, Giuseppe contempló su rostro angelical, sin artificio alguno, de cejas delgadas, levemente curvadas, grandes ojos negros llenos de bondad y de ternura, como sus labios de mujer en flor a punto de brotar, apenas se fruncían para dejar entrever su deseo de hablarle. Lo hizo con su andar de reina, con el arreglo de un girón de sus delicados rizos caídos sobre su frente, con el ajuste de su bonetillo de diminutos pétalos de rosa entrelazados, con el delicado remover de su velo, con el vuelo de su traje largo de seda blanca sobre fondo azul celeste, con el estirar de sus guantes rosados en brocado alargado hasta el codo, y el leve apretar de su pequeño bolso de tafetán recubierto de pequeñas perlas que sostenía en su diestra.

Sin lograr reunirse y socializar a gusto y sin prohibiciones, mucho menos perderse entre las felices parejas de enamorados que danzaban bajo el embrujo musical del Danubio Azul, interpretado por el grupo de violinistas que animó la velada, Giuseppe y Magda, él desde su lugar en la mesa que compartía con los Foudoix, y ella en la suya con su familia, no dejaron de hacerlo con sus miradas envolventes reveladoras de su enamoramiento.

Eran exactamente las once de la mañana del 20 de julio de 1933, dadas por las campanas de todas las iglesias de la ciudad en armónico encuentro de bronces al vuelo, cuando los asistentes al Te Deum celebrado en la Catedral Primada con motivo del día de la Independencia, abandonaron el majestuoso

templo y se dispersaron por los alrededores en son de paseo de estiramiento de piernas y reconocimiento de amistades. Pronto se congregaron en las tribunas instaladas en el atrio que se extendía de esquina a esquina sobre el costado oriental de la plaza, y desde allí presenciarían el tradicional desfile militar de las fuerzas armadas de la nación, precedido por los saludos y homenajes rendidos al Presidente de la República, Doctor Enrique Olaya Herrera y los miembros de su gabinete.

Acompañada por sus padres y Matilde, Magda se encontró con Giuseppe y Monsieur Foudoix a su salida por la Puerta Falsa de la Catedral, en donde se cumplió el protocolo de abrazos y saludos de rigor y la rápida presentación que les hizo Don Faustino de la nueva ama de compañía de su hija.

Haciéndole un guiño prometedor a Giuseppe, Magda se dirigió a su padre para pedirle que les permitiera dar un paseo por los alrededores. Concedido con un no disimulado gesto de indecisión, Magda extendió coquetamente su mano enguantada a su sorprendido admirador, sin importarle la exclamación de asombro que lanzó Matilde, apurándose a seguirlos.

Indiferentes al tumulto y bullicio de los festejantes que invadían la estrecha Calle Real, Magda y Giuseppe llegaron a la congestionada esquina de la Avenida Jiménez, y se dirigieron al Parque Santander, seguidos de cerca por Matilde; indiferentes a su inoportuna presencia de Matilde, recorrieron pausadamente los senderos de piedra del histórico lugar animado por el constante sonar de las campanas de las iglesias cercanas y el regocijo de los festejantes del evento patrio.

De no haber sido por la imperiosa orden dada por Matilde para que regresaran inmediatamente, los felices paseantes no se habrían apurado a hacerlo. Seguidos de cerca por la irascible mujer, se encaminaron hacia la carrera sexta, una cuadra arriba de la Calle Real, conocida por sus joyerías y almacenes de venta de antigüedades, ornamentos sacerdotales y símbolos religiosos de toda clase. Resignada a su voluntad, Matilde los siguió

muy de cerca viéndolos detenerse ante las vitrinas repletas de gemas preciosas, las más atractivas, los anillos de compromiso, de oro puro que parecían decirles cosas que los hacían sonreír discretamente.

Visiblemente molesto por su tardanza, Don Faustino, en espera suya en la esquina de la Calle Once, bajo el balcón de la Casa del Florero, les ordenó seguirlo hacia el sitio en donde Doña Magda los esperaba al cuidado de sus respectivos puestos en la gradería instalada en el atrio de la Catedral. Pronto después, se escucharon los acordes del Himno Nacional de Colombia interpretado por la Banda del Batallón Guardia Presidencial; acto seguido, el Primer Mandatario pronunció su discurso de proclamación de ciento treinta y tres años de independencia nacional, prometedora de paz y progreso social y económico, su conocida marca de hombre de estado en pleno ejercicio de sus facultades.

El majestuoso desfile militar que se inició inmediatamente después del discurso presidencial, encabezado por oficiales y cadetes de la Escuela Militar, en traje de parada distinguido por altos penachos blancos extendidos sobre brillantes cascos prusianos, alcanzó proporciones mayúsculas con la subsiguiente llegada de interminables columnas de tropas de infantería, seguidas por unas cuantas tanquetas de una sola torre, amenazantes, aun en la mudez de sus cañones. Igualmente aparecieron los grandes camiones de la brigada de transporte militar, cargados de soldados rasos armados con ametralladoras de cañón recortado, acomodados en largas bancas laterales, como enfrentados entre ellos.

No menos espectacular, fue el siguiente paso equino de los jinetes de la Escuela de Caballería, orgullosos de su transcendental perfil histórico en la gesta libertadora de la patria. El golpe metálico de las herraduras de las descomunales bestias que montaban, marcado sobre los rieles de la línea tranviaria que corría a lo largo del costado oriental de la plaza, parecía ser el preciso de los segunderos de los relojes de las iglesias de la

ciudad en interminable tic tac sobre el cuadrante de las horas patrias.

Igualmente desfilaron, uno tras otro, los soldados motorizados con fusil terciado, al mando de ruidosas motos perfectamente sincronizadas que parecían rugir como centauros milenarios, en contraste con el paso marcial pero más humano, de los jóvenes estudiantes de los colegios y escuelas de la ciudad y del departamento, que los seguían ondeando la bandera nacional, tantas que parecía ser una sola extendida sobre las interminables filas de esa nueva generación de futuros soldados de la patria.

Terminado el solemne acto marcial, los bogotanos, patriotas convencidos de su libertad duradera, se aprestaron a correr hacia su líder para demostrarle su admiración y gratitud. Algunos lograron acercársele y estrecharle su mano extendida generosamente hacia ellos. Afortunados. Se jactarían de por vida y hasta dirían que nunca se lavarían sus manos porque estaban ungidas por la majestad del poder. ¡Viva Colombia! ¡Viva la Paz! ¡Viva el Excelentísimo Señor Presidente! fue entonces la estruendosa despedida que el pueblo bogotano le hizo a su magnánimo presidente.

Los fuegos artificiales patrocinados por la Alcaldía Mayor, dieron testimonio de la celebración. Su eco y el vitoreo de la gente, llenó y llenaría los espacios todos de la grandiosa urbe. Igual cosa sucedería a lo largo y ancho de la patria. En el trasfondo, sonaban y sonarían hora tras hora las campanas de las iglesias de la ciudad y las de los conventos, seminarios y monasterios, ermitas y grutas de la apacible Sabana de Bogotá. Cabía suponer que el poderoso eco llegaría a los cuatro puntos cardinales del país y cruzaría las fronteras y sería uno con los de aniversario de la independencia de todas las naciones del continente.

Magda y Giuseppe volvieron a verse una semana después de su reciente encuentro cuando el joven Bresni fue invitado por Don Faustino a cenar en su residencia de Teusaquillo. Restringida al entorno familiar, Magda disfrutó plenamente de la visita de Giuseppe, pese a la estricta vigilancia de Matilde, siempre dispuesta a entrometerse en sus asuntos. Sin embargo, su fastidiosa manera de ser no fue impedimento para que los jóvenes amantes continuaran viéndose y hasta obtuvieran el permiso de Don Faustino y Doña Magda para salir de paseo por la ciudad siempre y cuando fuesen acompañados por Matilde.

Celosa cumplidora de su obligación, Matilde sabría arreglárselas para impedirles el pleno disfrute de su apenas iniciado romance. Sucedió un domingo a finales de 1933, cuando Magda y Giuseppe, con el permiso de Don Faustino, salieron a pasear por el Parque Nacional, situado a pocas cuadras de la residencia de la familia de la Rosa. Habiendo dejado atrás a Matilde, avanzaron tranquilos a lo largo de uno de los tantos senderos del parque, cubierto de enredaderas en flor y melancólica umbría tejida por la frondosa arboleda desprendida de los cerros cercanos a la histórica Carrera Séptima, arteria vital de la ciudad en amplia proyección vial hacia la inmensa planicie sabanera.

Luego de trepar las empinadas calles adoquinadas del elegante barrio La Merced y de admirar sus enormes mansiones de estilo inglés, de ladrillo desnudo y altas chimeneas alzadas sobre los techos de tejas acanaladas, Magda y Giuseppe llegaron a la Ciudad de Hierro, el moderno centro de diversiones instalado entre las arboledas para diversión del pueblo bogotano. «¿No se te hace espectacular todo esto? Sería divertido treparse y dar vueltas y vueltas de carrusel. ¡Míralo! Es parisino... ¡Magda! Ven... nos divertiremos mucho... y luego en los carritos de choque... Tú manejas... ¡Ah! y en la rueda de Chicago. ¡Y no nos bajamos nunca!». Al escucharlo, Magda le respondió tímidamente que lo único que deseaba era volar en alas de su amor. «¡Giuseppe! ¡Oh mi Giuseppe! Con las vueltas que da la vida... ¡Sobra y basta!».

Conmovido, Giuseppe se apresuró a consolarla diciéndole que no se preocupara. «Tú y Yo... daremos vueltas menos peligrosas... más elevadas... de amor eterno...», susurró a su oído antes de besarla apasionadamente. Ensimismados en lo suyo de amantes en trance de salir volando, no se dieron cuenta de la presencia de Matilde sino hasta cuando se les plantó a su lado respirándoles en la nuca. «¡Solo Dios sabrá qué más hicieron a mis espaldas! ¡Pero como nada malo se queda sin castigo...!», masculló sin completar su evidente amenaza.

El mundo de Magda cambiaría drásticamente con la llegada de las vacaciones de fin de año que ella y su familia, en esta ocasión, llevando a Matilde, tomaban en su finca La Esperanza, en tierra caliente, no muy lejos de Facatativá. Largos y aburridores fueron para Magda esos días de fin de año en espera de Giuseppe. Le había prometido que la visitaría en Año Nuevo. Eso fue lo que le oyó decir cuando se despidieron en la Estación de la Sabana, al pie de la escalerilla del coche en el que viajaría.

En ese tren, hasta en ese mismo coche, había llegado a Bogotá, recordó Magda que le había contado Giuseppe cuando se asomó a la ventanilla de su asiento y alargó su diestra hacia la de su admirador, y escuchó su promesa de consagrar su amor. «¡Lo juro!» En este tren partiremos un día, ojalá cercano, hacia la Costa, y de allí, en un gran barco, a Europa, a Roma, ¡Sí! ¡Sí! Magda mía... ¡Para que nos case el mismísimo Santo Padre!». El breve roce de sus dedos, fue suficiente para que Giuseppe los besara, y con sus ojos, sus temblorosos labios, en gesto premonitorio de sus íntimos deseos.

El incumplimiento de las promesa de Giuseppe de visitarla durante sus vacaciones, terminó por arruinar el estado de ánimo de Magda, tanto como para querer regresar a la capital antes de lo previsto por su padre. Afortunadamente para ella, y sin explicación alguna, Don Faustino decidió su viaje para el miércoles 3 de enero del 1934, veinte días antes de lo previsto,

cuando le pidió a Matilde que se encargara de Magda y de atender los asuntos de su casa, que él regresaría oportunamente.

Curiosamente amable y habladora durante el viaje de regreso a Bogotá, Matilde se mostró dispuesta a escuchar la súplica que Magda le hizo de permitirle ver a Giuseppe, a solas, ese próximo sábado, luego de asistir a la Misa de Reyes en la Catedral. «Pronto se cumplen seis meses de habernos conocido y ya es hora de formalizar nuestra relación. ¡No me niegue este favor! ¡Mi vida depende de ello!», le dijo Magda, esperanzada en la aceptación de su pedido. La sorpresiva y casi inmediata respuesta de Matilde la dejó suspendida de un hilo de felicidad paralelo al de su angustia causada por el paso que pensaba dar. «¡Concedido! Pero le advierto. ¡Que su encuentro sea corto!, y el lugar ¡Público y respetable!», le advirtió Matilde agregando: «Aténgase a las consecuencias... si no hace lo que le ordeno».

El reloj de la Ermita de la Virgen de Yerbabuena cercana a los predios de La Belle Epoque, anunciaba las dos de la tarde cuando Magda y Giuseppe descendieron del coche que los había traído desde el Parque Santander, en Bogotá, y se dirigieron al portalón de entrada a los jardines del recién convertido club social, en hospedaje de uso exclusivo de sus socios y sus amistades.

En el sendero de piedra que conducía al interior del lugar, aparecía detenido el vehículo de su furtivo viaje, con su paciente cochero sentado parsimoniosamente en lo alto de su trono de conductor de enamorados. Entre sus manos, las enlazadas riendas de cuero torcido formaban un arco desgonzado sobre los flancos del enorme percherón ayuntado, y la corta capa negra que lo cubría, se agitaba levemente, sacudida por la brisa de las frondas cercanas.

Anochecía ese 6 de Enero, cuando Magda estuvo de vuelta a su hogar al que aún no habían regresado sus padres. «¿Qué hora es esta de aparecer?», le gritó Matilde al ver que trataba de evitarla apurando su entrada a su habitación del segundo piso. «¡Descarriada! ¡Desvergonzada! ¡Indigna del apellido que lleva! Ya le llegará el castigo que se merece... que ojalá le sirva para enmendar sus pasos antes que le sobrevengan peores calamidades», concluyó mientras la mechoneaba y forzaba hacia el interior de su recámara.

De nada sirvieron los ruegos posteriores de la desdichada Magda para que Matilde le permitiera salir de su habitación. No fue sino hasta el regreso de sus padres, tres semanas después, que la atormentada joven comprendió que algo fatal le sucedería. «Si vuelvo a ver rondando por estos lados al joven ese con quien parece estar enredada, ¡Voy a tener que encerrarla en un convento!», amenazó Don Faustino el mismo día de su llegada. Al escucharlo, Magda sintió que su proceder solo podía ser causado por la maledicencia de su infame chaperona. Muy seguramente le había revelado su escapada del día de Reyes. Hasta Doña Magda lo sabría, porque se encerró en su alcoba, y sin dejarse ver de nadie, ni siquiera de los sirvientes que le traían su comida, que tenían que dejar en una mesita del corredor, fuera de su habitación, se negó a escuchar el llamado diario que le hacía Magda, arrodillada, llorando, ante la puerta de su impenetrable alcoba.

Privada de todo contacto social, incluyendo la asistencia a los oficios religiosos de los domingos, solo Giuseppe podía salvarla de su desgracia. Confundida por su inexplicable ausencia, Magda vio pasar con creciente angustia los días y meses de ese año que parecía ser ominoso para su felicidad de mujer en espera del fruto de su entrega que ya sentía crecer en sus entrañas y no podría disimular por mucho tiempo. Ignoraba que Giuseppe, desde el día siguiente a su febril aventura sabanera, se había acercado a visitarla como era su costumbre, y que lo había hecho muchas veces después solo para ser amenazado por Matilde con

denunciarlo ante las autoridades de policía por merodeador con intenciones de hacer daño a la familia de la Rosa.

Convertida en carcelera a la vista, amenazante, peligrosa, y en aparente confabulación con sus padres, Matilde era su única compañía, y muy cercana. Se había trasladado del cuarto que ocupaba en el piso inferior de la casa, a una esquina de su propia alcoba. Para completar su no disimulado plan de someterla a sus caprichos, Matilde despidió a la sirvienta que la atendía y se encargó ella misma de traerle sus alimentos. «¡Coma mujer...! ¡Mírese al espejo! Parece una vela sin mecha... flaca y pálida... y así quiere parir. ¡Vaya desgracia suya!...», fue entonces su diaria cantaleta. No contenta con su maldad, Matilde obligaba a su infeliz víctima a rezar el santo rosario, precisamente después de la cena, cuando también hacía que le leyera pasajes completos del Año Cristiano, una mohosa serie de libros apergaminados y descuadernados que había traído consigo. «¡Oh Dios mío! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo?», suplicaba calladamente la infeliz Magda, insomne en su lecho, enfrentada a las tinieblas que sentía se habían posesionado de ella. «Esta horrorosa mujer no parece dormir jamás. Con razón sus horribles ojeras de búho. Así me veré yo misma un día de estos».

Magda dio a luz sin dificultades al amanecer del 16 de octubre de 1934, asistida por una partera contratada por su padre bajo juramento de silencio, quien partió furtivamente, tal y como había llegado, luego de recibir el pago que le hizo Matilde por sus servicios, diciéndole, «Y olvídense de lo que pasó aquí... ni usted me conoce, ni yo a usted», le dijo. «¡Ahora!, vamos... la acompaño... no sea que no encuentre el camino a la calle».

Único otro testigo del nacimiento, Matilde regresó de su diligencia unos minutos después. Impávida, de pie cerca del lecho donde Magda amamantaba a su hijo, apenas si mostró un

leve interés por el recién nacido. «¡Agradezca que es un varón!», fue lo único que dijo. «¡Oh! Matilde, Matilde. Nuestro destino está en sus manos. ¡Ayúdeme! Se lo suplico», escuchó el pedido que Magda le hacía extendiéndole una esquila blanca, cerrada, atada con una cinta azul que extrajo de su mesita de noche. «Para Giuseppe... Por lo que más quiera, ¡No nos abandone! Tómela... llévesela, dígame que lo necesitamos... Matilde... ¡Oh Matilde!, tráigalo con usted... ¡Se lo ruego!».

La noticia del nacimiento de su hijo recibida de boca de Matilde la tarde del 17 de octubre, fue devastadora para Giuseppe. «Señora ¡Por favor! Interceda ante Don Faustino, usted sabe, siempre se lo he dicho... mi intención es cumplir con mi deber de casarme con su hija... formar un hogar...». Inmutable, arrogante, sin responderle, detenida a mitad del zaguán de entrada a la Maison Centrale luego de haber empujado bruscamente el portillo que le abrió Giuseppe, y de anunciarle a gritos la razón de su visita y lanzarle al rostro la misiva de Magda, Matilde se abrogó el derecho de ejercer justicia en nombre de la sociedad a la que creía pertenecer: «¿Cómo se atreve usted, Señor? ¡Ni más faltaba! ¡Ni se le ocurra! ¿No sabe acaso que soy la encargada por Don Faustino para hacer cumplir su orden de impedirle que se acerque a su desdichada hija? ¡Recuerde que él es su padre! ¡Y padre de la patria! para que sepa. ¡Maldito! ¡Su castigo será ejemplar! ¡Miserable aparecido!», masculló Matilde antes de abandonar a su víctima. «Señora... espere por favor... ¡Espere buena Señora! ¡Ayúdeme! Por Magda, por mi hijo, por usted a quien respeto mucho...», fue el ruego que Giuseppe hizo al vacío dejado por Matilde en precipitada partida.

Pasos de sentenciado a muerte sin haber sido llevado a juicio, fueron esos que Giuseppe Bresni dio al anochecer del 17 de octubre cuando abandonó la Maison Centrale y se dirigió a la Plaza de Bolívar. Allí, envuelto en su capa negra, aparentemente dormido en el asiento de su coche, encontró al hombre que había contratado nueve meses atrás, único testigo de su febril aventura de Reyes Santos –le llegaba la brisa, el rocío de las fuentes de

la plaza, parecía contar desde la invisibilidad de su mirada, sus pasos de padre en búsqueda de ser reconocido, rumbo al norte, a lo largo de la Calle Real. Ya no estaba solo. Alguien era testigo de su jornada por los senderos de su frustrado idilio. Estaba detenido nuevamente ante las vitrinas repletas de joyas de la Carrera Sexta; posaba para un fotógrafo escondido bajo el velo de su máquina. Él y Magda, sonreían, se abrazaban para la posteridad, y luego, corrían hacia el Parque Santander y de allí, hacia el Nacional, y se perdían en sus laberintos verdes, y contemplaban largamente la enorme silueta de la Rueda de Chicago, queriendo volar, huir de Matilde, creer que no existía.

Giuseppe llegó a la casa de Magda a la media noche de ese día de su insondable pena. Escondido entre los arbustos del jardín, aguzó el oído en espera de algún sonido que le dijera que su amada percibiría su presencia y lograría escapar de Matilde y nada les impediría huir y salvarse de su maldad. Nada de eso sucedería; la pérdida que sufría era tan fría y torcida como los laberintos de las empinadas calles por donde regresó a la Maison Centrale. Matilde había logrado su propósito de destruirlo.

Una última mirada al largo callejón empedrado por donde había llegado; el sombrío orificio de la cerradura del portón; la pesada llave que lo abría; el sordo gemir de los goznes; el empujón al postigo, el estruendo de las trancas mal puestas desplomándose sobre las piedras del zaguán; el rosal con sus espinas a flor de tallo; los desgonzados helechos del jardín; la rigidez de la pila de piedra, la sequedad de su vientre, las materas suspendidas de las vigas del corredor, el velo nocturnal tendido sobre el espíritu del infeliz viajero de la soledad, todo susurraba incógnitas y pesadumbres.

Atrapado en los confines de una rara inconsciencia cerebral, Giuseppe continuó su entristecida marcha hacia la escalera que conducía a su habitación. Sentado al borde de su lecho, se perdió en el escenario de otra hora, de otra alcoba. Aún ardían para él los troncos puestos en la chimenea que aromaban con su olor a eucalipto el ambiente de la habitación nupcial que había

reservado en la Belle Epoque. Él, de pie, sobre una alfombra de lana virgen, vestido de novio, con un ramo de rosas rojas en su diestra, dispersaba pétalos sobre las blancas vestiduras del lecho de consumación de su boda secreta.

¡Cómo olvidar ese instante de dicha presentida cuando Magda se despojó de su largo vestido blanco, de su corpiño de seda, de sus medias negras veladas, de sus zapatos de tacón alto, y se vistió de pena, sonrojada como la rosa que él le entregaba. ¡Oh!, la dicha del deshoje, la gloria de su entrega, el éxtasis del vuelo aquel, alto, muy alto lejos de las vueltas de la vida, que soñaron cumplir bajo el embrujo de la Rueda de Chicago. De aquella última y única ronda de amor, no quedaba sino el vendaval que lo azotaba en ese instante de inconsciencia. Había llegado a la cima de la desesperación, al infierno mismo. Solo poseía un único recuerdo. Los guantes blancos de su amada Magda.

Alimentado por las fúnebres musas de su enfermizo romanticismo medieval, Giuseppe comprendió la enormidad de la infamia de Matilde, miserable instrumento de venganza de la impía sociedad bogotana: «¡Magda Mía! ¡Hijo mío!», exclamó desesperado, «¡Abandonados! ¡Abandonados! ¡Abandonados! Víctimas de mi incierta manera de amar. ¡Qué ironía! ¡Oh mundo cruel! ¡Oh Magda Mía! Congregado no estará en la Catedral para nuestro desposorio... las monjas no cantarán el Ave María, ni se oirá nuestra marcha nupcial. ¡Oh Magda Mía! ¡Magda Mía! Sin ti, ¡Estoy perdido!».

Marcado por la revelación de la existencia de su hijo, Giuseppe escuchó el justo reclamo que le hacía Magda, grabado en su memoria luego de leer y releer y desteñir con lágrimas la esquila trazada con sus lamentos: «*Giuseppe... Soy Magda... te escribo desde la soledad de mi alma perdida en la desesperación, aunque animada por la esperanza de tu regreso. Estoy encarcelada por la maldad humana, viendo tu rostro en el rostro de nuestro hijo, ¡Tu hijo!, se llama ¡Mío! como te llamo a ti porque lo eres para siempre. ¿Dónde estás Giuseppe? Tú, mi única pasión, mi tormentoso rayo, mi permanente herida,*

bálsamo negado. ¿Por qué llegaste de tan distantes tierras a traerme en un solo encuentro, la luz y la sombras? ¿Por qué brillaste tan fugazmente? ¡Tú! a quien entregué mi vida toda, ¡Ven a mí! Ven a compartir mi suerte maternal... mi amor eterno, y el de tu hijo. Mío no te culpa como no te culpo yo—los dos sabemos que nos amas, que habrás de volver y nos llevarás contigo y viviremos lejos de este infierno. ¡Oh! mi Giuseppe, faro escondido en algún lugar de este incierto e inhóspito mar de mi soledad. ¡No te apagues! Vuelve a iluminar mi pobre vida ensombrecida por tu ausencia. No te digo ¡Adiós! Nunca lo haré, porque sé que pronto te hallaré—en este mundo que sin ti no valdrá la pena vivirlo, o en el otro, cuando me vaya, donde pueda amarte por toda la eternidad. Magda... ¡TU MAGDA!».

El tañido de las campanas que anunciaban el alba, sustrajo a Giuseppe de su melancólica andanza cerebral, solo para llevarlo a otra de peores y más tenebrosos rumbos. Eran los presentidos del juicio que lo condenaría por su desliz. Estarían presentes el Arzobispo Primado y sus monseñores y todos los monjes y monjas de los claustros de la ciudad. Con ellos, los miembros de la colonia extranjera y los ministros y los senadores de la patria encabezados por Don Faustino de la Rosa. Azuzado por altivos oradores sagrados, el vengativo hombre sería el encargado de proclamar la sentencia condenatoria y el fallo, no otro que morir en la estaca ya alzada a mitad de la plaza de Bolívar. Allí vio una corte de Nazarenos avivando la hoguera donde moriría por su pecado de lujuria y cobardía. Poseído por tan horrendas visiones, Giuseppe contempló en el horizonte de su ejecución la silueta de Magda con Mío entre sus brazos, transformada en un pálido cirio mortuorio.

El fatídico eco de un sordo y rápido tiro de revólver repercutió en el sombrío escenario de la Maison Centrale. Al escucharlo, la gente vecina despertó asustada y se lanzó a la calle buscando respuestas. Desvanecido el ominoso eco, las sombras de la muerte cumplidora del veredicto dictado por la locura del infeliz suicida, comenzaron a diluirse en huida ante la madrugada.

La muerte de Giuseppe fue revelada por Foudoix a sus más cercanos amigos llamados por él horas después de haber hallado muerto a su infortunado huésped esa madrugada del 20 de octubre de 1934, a reunirse en su negocio de la Calle Real. «Giuseppe Bresni, nuestro querido amigo, falleció», comenzó diciéndoles. «Hallé su cuerpo cuando regresé esta mañana de mi casa de Yerbabuena. Por fortuna dejé allí a mi familia – estaba tendido sobre la estera de la habitación que ocupaba en mi posada. Parece que... que se suicidó ¡Estoy consternado! No logro entender la causa de su decisión... ¡Jamás me imaginé que sería capaz de hacer lo que hizo!».

Foudoix cumplió solitariamente con la diligencia del levantamiento del cadáver de Giuseppe luego de haber autorizado su traslado al anfiteatro de San Diego para su autopsia. Su despedazado cuerpo le fue entregado unos días después, envuelto en una bolsa de cuero negro maloliente que transportó a un terreno cercano al Cementerio Central de Bogotá, llamado el Lote de los Suicidas.

Creando ser el único testigo del oscuro enterramiento de Giuseppe, Foudoix fue sorprendido por el poema fúnebre que apareció en un folletín publicado por anónimos bardos sentimentales, titulado: *El Suicida de la Candelaria*. Así concluyó el poco notado drama de la muerte de Giuseppe cuyo único epitafio fueron esos versos tan pasajeros como la vida del amarillento papel en el que fueron impresos.

Los pocos objetos personales que halló Foudoix en la habitación de Giuseppe incluyendo la estera manchada de sangre y hasta el lecho con todo y vestiduras que el infeliz hombre había dejado intacto, fueron arrojados al fuego prendido en el solar de la casa. Un ciprés sembrado por Susana en el lugar de la incineración de su memoria material, le recordaría a los Foudoix el trágico paso de Giuseppe por la suya de anfitriones marcados para siempre por su nefasta muerte.

Languidecía el último día de 1934 cuando Magda fue sorprendida en su alcoba por la visita de su padre, ausente desde el comienzo de su embarazo. Sin preámbulos ni gesto alguno de consideración por su estado ni el de su nieto que Magda quiso poner en sus brazos buscando su corazón de abuelo, el indignado hombre le comunicó su decisión de recluirla de inmediato en un convento cuyo nombre no mencionó. «Obviamente... sin ese... ¡Bastardo que pretendes mostrarme!», le auguró, ordenándole a Matilde, su mortífero instrumento de castigo paterno, que hiciera saber a quien preguntara, que su hija se encontraba de vacaciones en su finca de la Esperanza. Ya antes le había ordenado no revelar a Magda el trágico final de Giuseppe.

Anunciado su infame designio, Don Faustino abandonó la habitación haciendo caso omiso del angustioso pedido de compasión que le hacía su hija: «De ser necesario, abandonaré mi hogar... desapareceré, me iré adonde nadie sepa de mí... pero no me separe de mi hijo... ¡Padre! ¡Padre! ¡Escúcheme! ¡Tenga misericordia de nosotros!», clamó en vano la infeliz madre. El golpe de la puerta de su alcoba que cerró tras de él, fue la respuesta que recibió Magda a su angustioso pedido.

Decidida a impedir que se cumplieran las amenazas de su padre, Magda se arriesgó a confiar en Matilde. «Llévenos lejos de aquí... No lo haga por mí... hágalo por mi hijo... solo por él... yo asumo los gastos que pueda tener... mientras... mientras... veo qué hacer con mi vida... usted no tiene que responder por nada...». —«¡Ni más faltaba!» le respondió Matilde mirándola fijamente con un gesto de compasión extraño en ella. «A ver mujer... a ver. ¡No sufra! Acepte lo que Don Faustino quiere. ¿Qué más puede hacer? ¡Ah! Y no se preocupe por su hijo... que hasta yo me encargo de criarlo... ¡Váyase para el convento! Es lo que le conviene», concluyó.

Sentada en su lecho, Matilde permaneció un largo tiempo, callada meditabunda, parecía ignorar el dolorosa estado de Magda. «Viéndolo bien», le dijo repentinamente: «Yo ya no tengo nada que me detenga en esta casa. Lo mejor será ayudarla... eso

si... ¡Aténgase a las consecuencias!». Con esta última promesa que más parecía una amenaza, y el pesado bolso tintineante que Magda le entregó, diciéndole: «¡Dios la bendiga!». Matilde se apuró a salir de la habitación.

Eran las once de la noche cuando un coche encapotado tirado por un caballo negro se detuvo al frente de la casa de la familia De la Rosa. Para entonces, Magda, con su hijo dormido entre sus brazos, esperaba en el oscuro espacio del corredor de entrada cuya puerta aparecía entreabierta. Aparentemente instruido por Matilde, el sombrío cochero descendió de su silla y abrió la portezuela del vehículo para dar paso al apurado grupo que surgió de las sombras y se precipitó a su interior. Sobre la escena, serpenteaban fantasmagóricamente las luces de bengala y se escuchaban las explosiones de la pólvora quemada en celebración de los últimos minutos del año viejo.

Engalanada así la víspera del año nuevo, el colorido ambiente se tornó repentinamente tempestuoso y los juegos pirotécnicos que iluminaban la noche, se convirtieron en la mente de Magda en rayos mortales que la llenaron de pavor; aferrada a su hijo, y sintiendo la diabólica mirada de Matilde posada en ella, se cubrió aún más con la mantilla que llevaba puesta como tratando de acallar el desafinado rodar del vehículo sobre la tortuosa senda por donde avanzaba hacia un lugar desconocido para ella.

Aún no amanecía cuando Magda fue sorprendida por el repentino detenerse del coche en un lugar escarpado envuelto por la neblina que le impedía escudriñarlo. «¡Oh Dios del cielo! Cuánto tiempo... por fin... ¡El Alto! ¡El Alto!», exclamó Matilde, rompiendo el silencio que había mantenido durante el viaje. ¡El Alto! ¡El Alto!», repitió Matilde al apearse. Asustada, Magda descendió del coche y observó el quehacer del cochero ocupado en descargar y dejar a su lado sus pertenencias. «¡Señor! ¡Buen Señor! No se vaya todavía. ¡Espere! Quizá deba regresarme a Bogotá», le suplicó. Vano empeño. El repentino ¡Arre! ¡Arre!,

y el fustigar de las riendas sobre el lomo de la bestia urgida por su conductor, acompañó el sordo girar de las ruedas del coche enterradas en el fango.

«¡Oh Dios santo! Protégeme de todo mal... en tus manos encomiendo mi vida y la de mi hijo», gritó Magda mientras arrojaba a su hijo aún dormido como si no quisiera despertar al mundo que ella contemplaba atemorizada. Su pedido debió ser escuchado por Matilde, desdibujada entre la neblina produciendo un ruidoso desmontar de candados y remover de cadenas. ¡Y en las mías! ¡Magdaaaa...! ¿Dónde anda? ¡Muévase! ¿O quiere que vaya a buscarla?». El Tequendama que Magda recordaba desde sus días de estudiante cuando fue traída a conocerlo por las monjas del colegio privado donde se educó, le reveló con su rugido el lugar donde se encontraba.

Ya al interior de la casa, sobrecogida por lo fantasmal de la sala por donde avanzaba tropezando con los bultos cubiertos de trapos blancos que la llenaban, Magda se dejó guiar por la voz de Matilde, en su espera al fondo del lugar. «¡Apúrese mujer! ¡Apúrese!» le dijo cuando llegó a su lado, instándola a seguirla a lo largo de un ancho corredor levemente trazado por la incipiente aurora.

La claridad del amanecer que se colaba por una pequeña claraboya abierta en lo alto de la habitación que Matilde le mostró diciéndole que era su alcoba y la de ella, le permitió acercarse al pequeño lecho que encontró colocado cerca de otro de postes de madera tallada y alta cabecera oscura bocelada. Allí descargó a Mío sobre el desordenado montón de cobijas malolientes que lo cubría. Pronto después se hizo a un par de almohadas sin fundas que halló en un armario de cuerpo entero. Reflejada en el deslucido cristal de su amarillento espejo, se dijo asustada de sí misma: ¿Qué he hecho? ¿Qué voy a hacer ahora?». Mío, en furioso pataleo sobre la cama donde había sido colocado, le dio la respuesta que necesitaba, con su llanto de niño hambriento acabado de despertar.

Magda se entregó a la crianza de su hijo sin desprenderse de él un solo instante, temerosa de lo que pudiera sucederle si llegase a caer en manos de Matilde, omnipresente aun cuando se desaparecía y le dejaba la sensación de saber qué hacía, como que estaba dotada de un poder diabólico para conocer lo que sucedía a sus espaldas. Eso experimentaba Magda, aun cuando le permitía salir de su cuarto para llegarse al que le había asignado para su arreglo personal. Parcamente amoblado, oscuro, empapelado, el lugar contenía un aguamanil y una palangana montada en un tocador sin espejo, y un mueble de varios cajones que servían para guardar toallas y otros elementos de aseo. Con Mío metido en una cuna de mimbre que le trajo Matilde, Magda lo distraía con las maromas que tenía que hacer para enjuagarlo y cambiarlo de ropa, y ella misma para arreglar su desteñida figura, sin la fastidiosa presencia de Matilde que sabía desaparecerse de vez en cuando en algún lugar de la misteriosa casa adonde nunca le permitió llegar.

Matilde se las arregló para arrebatarle a Mío una tarde lluviosa de febrero de ese año de 1935 cuando Magda se preparaba para alimentarlo: «¡Ya es hora de destetar a esta criatura!... No se agote mujer... ahora que ni come ni duerme y parece secarse irremediamente. ¡Será que piensa darle agua que es lo que le chorrea! Claro. ¡Para producirle gases que lo revienten!», le dijo en esa ocasión mientras forzaba a su hijo a recibirle el chupo amarillento y gelatinoso de un tetero de agua de panela envasado en una botella cervecera.

Impotente para impedir el asedio de Matilde a su libertad de madre, Magda sintió que algo vital moría dentro de ella, diluido en flujos maternos declarados inútiles para sostener el fruto de sus entrañas. Su destino no podía ser menos trágico ni mayor su debilidad para confrontarlo. Sin embargo, era tal el esmero con que Matilde atendía a Mío, que terminó aceptando que lo alimentara. Hasta le permitió bañarlo y cambiarlo de ropa y distraerlo con sus propias ocurrencias de nodriza empeñada en ganarse su cariño. Así transcurrieron unos cuantos días de

aparente tranquilidad y armonía. Ocupada en sus asuntos, Matilde iba y venía, llevando y trayendo su comida y la de ella y los teteros de Mío, y de paso atendiendo los pedidos que Magda le hacía de materiales para tejer escaarpines y otras prendas de vestir, cosas que conseguía de alguna manera desconocida para ella.

Magda dio comienzo y término a un suéter que tejió pensando que le serviría a Mío más allá de los seis meses que edad que cumpliría ese próximo mes de mayo. «¡Oh Dios del cielo! Protégelo...concédame que Giuseppe aparezca...que nos saque de este encierro...», se dijo contemplando la prenda terminada, que tuvo que anudar a los pies de Mío, de lo grande que le quedaba.

Preocupada por no poder ayudar a Matilde con los gastos de su sostenimiento, pese a la considerable cantidad de dinero que le dio cuando abandonó su casa paterna, Magda creyó necesario viajar a Bogotá en donde podría dar con el paradero de Giuseppe, el único ser que no le negaría el consuelo de su amor y la seguridad que necesitaba para enfrentarse a su destino.

«Matilde, no le he dicho nada hasta ahora... no porque sea indiferente a sus cuidados... es que no hallaba una solución a mi dilema. Quiero que sepa que entiendo que mi estadía aquí es costosa... que yo debo hacer algo para aliviar su carga», le manifestó al atardecer del 2 de mayo de 1935. «Usted sabe muy bien que Giuseppe es un hombre importante. ¡Permítame ir a buscarlo! ¡Se lo ruego! Él no va a dejar de cumplir con su deber. Si no ha aparecido debe ser por algo grave que se lo impide, puesto que usted le hizo llegar la esquila que le entregué cuando nació mi hijo, ¿Verdad Matilde?».

Magda no comprendió, o no quiso comprender el gesto de Matilde cuando sin contestarle, se encogió de hombros y le dijo: «Claro que ya no aguanto más su inútil y fastidiosa existencia... ¿O es que le parece suficiente el dinero que me dio? A duras penas sirvió para pagarle al cochero. ¡Bien caro que me cobró el

viajecito! ¿Con qué cree que pago los trapos y la lana que le doy para vestir al muchachito este? ¡Cagón! ¡Tragón! ¡Nada lo sacia! ¡Como a usted! Y sin remedio. ¡Usted no es ni la sombra de lo que fue! ¡Noooo! ¡Noooo! es que ya no alcanza para los tres. Así que mire a ver qué es lo que va a hacer con su vida... pero irse para Bogotá... ¡Nunca! ¡Nunca! ¿Me oye?».

Acto seguido, procedió a cometer su peor afrenta contra la infeliz Magda. Inmisericorde, asiéndola de su cabellera y abofeteándola con saña desmedida, le gritó: «¡Y deje de pensar en su miserable enamorado de cuento, que ya está bien muerto! ¡Si, mujer! Y por su propia mano... su adorado... ¡bre... bres...! No sé ni qué infiernos de apellido era el suyo, supo arreglárselas para suicidarse... ¡Cobarde... irresponsable...!»), concluyó antes de abandonarla.

Delirante, Magda se alzó de su miseria para acunar a su hijo caído sobre la estera del cuarto, llorando y pataleando como si sufriera en carne propia los golpes que había recibido su progenitora. Refugiada bajo las cobijas de su lecho, con Mío dormido sobre su pecho, Magda contempló la inmensidad de las sombras que cercaban su existencia. ¡Giuseppe ya no existía para disiparlas!

Amanecía el día siguiente a la infamia que Matilde cometió contra la infeliz Magda, cuando aquella despertó sobresaltada por los gemidos de su víctima, a quien vio sentada al borde de su lecho con Mío entre sus brazos, ambos iluminados por la llama de una veladora que despedía aletazos rojizos temblorosos sobre la escena. Inconmovible, se encogió de hombros y se dio vuelta sobre sí misma ovillándose bajo las cobijas que arrojó sobre su cabeza.

Indiferente al breve ajeteo de su acomodo, Magda continuó arrullando el sueño de su hijo con el cauteloso vaivén de su cuerpo cubierto por una larga camisola blanca. Aferrado a su seno, Mío lo exprimía con la diminuta yema de sus dedos, tanto que el precioso líquido materno se regó sobre sus mejillas y se mezcló con las lágrimas que rodaban del rostro de su madre. Cumplido

el sublime acto, Magda recorrió con su mirada la sinuosa silueta del cuerpo de Mío, trazado por el dulce abrigo que lo cubría, y mientras lo hacía, dobló su cabeza y se desprendió de su cadena con el crucifijo latino que colgaba de ella, y la puso al cuello del pequeño. Luego extrajo del interior de su almohada un papel enrollado atado con un hilo negro y lo colocó en la mesita de noche, bajo el candelero cubierto de cera goteante desprendida de su casi extinguida veladora.

Convertida en sombra proyectada sobre el lecho de su hijo, Magda se irguió decididamente y abandonó el cuarto sin otro gesto que el de una breve mirada al rincón donde Matilde roncaba ruidosamente. Afuera, a campo abierto, el gélido viento paramuno envolvió de inmediato su desvalida figura haciendo temblar las cumbres de sus amplios senos trazados por la delgada tela de lino que cubría los contornos de su hermoso cuerpo; parecía ir buscando la bienvenida aurora que ya teñía con sus visos la tormentosa caída del Tequendama. Tras de ella regurgitaban en su cárcel de musgo y de roca las hundidas huellas de sus pies descalzos.

El tenebroso velo de nubes grises que surgían de la profundidad del abismo cercano, cubrió la región hasta las más altas horas de ese 3 de mayo de 1935. Los pocos vecinos madrugadores que por allí pasaban, creyeron escuchar quejidos y lamentaciones extrañas que flotaban sobre las tenebrosas cumbres dominantes de su existencia. «Los Fantasmas del Tequendama están inquietos», se dijeron.

Conocido por ser la última parada del Ferrocarril de la Sabana, el caserío de San Benito estaba habitado por cuatro familias, la de Don Alejandro Barriga, “El Jefe”, como lo llamaban respetuosamente los lugareños por serlo de la estación

del tren, su esposa Anita, la “*cacharrera del Páramo*”, proveedora de víveres y cachivaches, y su hija Blanquita de solo tres años de edad. Las tres restantes, una, la de Don Pastor Jaramillo y su hijo Pastorcito, quienes gastaban en escopetas y perdigones y atrevidas incursiones de cacería lo que su esposa y madre, Doña Lucrecia, ganaba en su panadería; las otras dos, una, la formada por las jóvenes hermanas profesoras Graciela y Sofía Ardila encargadas de la escuelita del lugar, y la compuesta por Nicanor Espejo y su mujer Carlina, dueños de la posada Brisas del Salto, construida al borde de la estrecha carretera paralela a la vía férrea, donde pernoctaban los viajeros adelantados al tren y los pocos vendedores ambulantes, de paso hacia otros lugares de la región. El hogar de los Espejo servía igualmente para la celebración de ruidosas fiestas de fin de semana cuando sus huéspedes rumbeaban estruendosamente a ritmo de música tropical brotada de un gramófono de la Víctor que producía magníficos ingresos logrados a punta de raye y repite de los mágicos discos de pasta que la pareja había adquirido junto con el fabuloso aparato.

Protegido de incursiones ajenas a la voluntad de sus pobladores, San Benito era conocido por las historias que estos contaban de cosas que ocurrían en la casa de El Alto. Según ellos, de su interior brotaban extraños quejidos y lúgubres lamentaciones, y que en las noches, cuando por allí pasaban, veían una luz temblorosa que se movía entre las sombras, que creían ser el alma en pena de algún suicida que por allí rondaba; era la misma, decían, que flotaba entre la neblina del páramo y se posaba en La Piedra de los Suicidas, llamada así porque que desde allí se lanzaban al abismo seres desconocidos que se desaparecían para siempre.

Así, entre especulaciones y chismes cada vez más enredados tejidos a la luz de las hogueras prendidas en las afueras de la estación del tren donde pernoctaban los viajeros, el mundo de San Benito no cambiaba substancialmente. Los Jaramillo seguían amasando pan y preparando postres de toda clase, y los

Espejo alquilando piezas por horas y vendiendo licores baratos y ensordeciendo a sus vecinos con sus ruidosas fiestas. Por su lado, las Ardila cumplían con sus deberes escolares y Don Alejandro, su vecino más cercano, con los suyos de amo y señor de su pequeño feudo de carrilera.

Muy trabajador, nunca fatigado ni apurado, siempre metido en su impecable uniforme de jefe de estación, el buen hombre gozaba del aprecio de sus vecinos y el de los ferrocarrileros a su servicio que veían en él un magnífico conductor de multitudes; dado a cultivar su voz, grave, resonante, Don Alejandro gustaba de congregar a los viajeros para contarles historias y cuentos de su invención asegurándoles que algún día lo escucharían por radio y podrían ufanarse de haberlo conocido y escuchado *La Voz*, esa que tanto les gustaba.

Callada y prudente, Anita se mantenía alejada de las pretensiones teatrales de su marido, dedicada a la crianza de su hija Blanquita y al cuidado de su tienda; siendo la única en el caserío, su prosperidad estaba basada en la confianza que les tenía a sus clientes, vendiéndoles al fiado y hasta con ñapa, que era precisamente lo que había hecho con Matilde, desaparecida unos días después de la corta visita que le hizo su hermano Simón Tadeo.

Anita divisó a Matilde en las afueras de su casa una mañana de julio de 1935. Creyendo prudente y oportuno visitarla inmediatamente, se apresuró a recoger un racimo de velas y una caja de cerillos y algunas provisiones, y se dirigió al Alto, ansiosa por saber lo que allí pasaba.

«Doña Matilde, vengo a traerle algo que sé que necesita...», gritó Anita desde el corredor principal del Alto. «Ya era hora de que se acordara de mí... que de no ser porque sé arreglármelas sin ayuda de nadie, ya me hubiera muerto....y... usted, ¿Qué? ¡Claro! Como le debo dinero... no querrá acomedirse», gritó

Matilde desde algún lugar al interior de la casa. Luego de una larga pausa que Anita interpretó como de insolencia hacia ella, Matilde refunfuñó muy cerca de ella, parecía estar apostada detrás de la puerta de entrada a la sala de la casa: « ¡Deje por ahí lo que traiga...! ¡Y no deje de volver a ver qué se me ofrece! ».

Los últimos meses de ese año de especulación popular cargada de consejas de caserío y extrañas ocurrencias nacidas de la imaginación de los vecinos de San Benito, transcurrieron sin mayor cambio en la rutina que se impuso Anita de servir a la misteriosa dueña del Alto. Pese a su conocida maña de no pagar oportunamente, Anita no dejó de llevarle todo lo que le ordenaba, desde alimentos hasta purgantes suaves y jarabes para la tos y el estreñimiento y en una ocasión un corte de paño y unas cuantas yardas de tela de franela. Todo eso le era dejado por Anita al pie de la puerta principal de su casa, en donde encontraba de vez en cuando unas pocas monedas envueltas en un pañuelo anudado junto con largas listas de nuevos y más costosos pedidos.

El permanente rechazo de Matilde a no dejarse ver, al menos para recibirle personalmente lo que le encargaba, hizo pensar a Anita que la extraña mujer ocultaba algo siniestro. Eso fue lo que le contó su marido. «Ya está usted como la gente que pasa por aquí...¡Urdiendo historias sin fundamento! ¡Vaya si desvarían! Será por los novelones que les narro...», concluyó Don Alejandro, con tono de actor engrandecido.

Como era su costumbre, Anita llegó al Alto a eso de las nueve de la mañana de un día de marzo de 1936, cuando se encontró con la realidad que ocultaba Matilde. Un niño que parecía tener un par de años de edad, acurrucado cerca de unos matorros enredados en una verja de alambre de púa desde donde se divisaba la tormentosa caída de las aguas del Tequendama.

Sorprendida, Anita permaneció a prudente distancia del pequeño contemplando su gran mata de pelo recortado burdamente, vestido con un saco de pana torcido que le quedaba corto, puesto sobre una burda franela embutida entre calzones recortados a media pierna, y calzando alpargates anudados a sus tobillos con largos cordones negros. Abriendo huecos a mano limpio en el espacio de tierra mojada sobre la que estaba sentado, el pequeño parecía no querer saber nada de lo que sucedía a su alrededor.

Embobada por lo que ella creyó ser una aparición, Anita fue sorprendida por Matilde, roja de ira no contenida, dispuesta a agredirla. Sin atinar a comprender su furia, Anita se le encaró dispuesta a preguntarle quién era la criatura, desaparecida de la escena segundos antes de la llegada de Matilde. «¡Lárguese! ¡Lárguese! Y no se atreva a volver», fue la orden que recibió acompañada de empujones que la hicieron retroceder temerosa de algo más violento. De regreso a su casa, Anita se propuso confrontar nuevamente a Matilde y averiguarle el origen del pequeño, así tuviera que dejar de cobrarle lo que le debía y hasta regalarle todo lo que le ordenara.

Anita cumplió su propósito al día siguiente de su encontronazo con Matilde, quien acabó de confundirla con el recibimiento que le hizo: «Gusto de verla ¡Señora Anita!», distinción que jamás le había concedido. «Me alegra verla... tan sonriente... y con mis encargos». «No es nada, ¡Señorita Matilde!», le contestó Anita haciendo énfasis en el calificativo. «¡Ah! El camioncito... es... para... el niño...». «¡Vaya! muy amable que es usted... a ver si Mío se distrae y deja de andar por ahí escarbando la tierra como si no tuviera otra cosa que hacer», le respondió Matilde.

Fue así como Anita supo el nombre de la criatura. ¡Mío! Así no más», le respondió Matilde esquivando su mirada cuando su noble proveedora de bienes le preguntó quiénes eran sus padres. «No tiene padres que yo sepa... Yo le di ese nombre el día que lo encontré abandonado... recién nacido...», balbuceó Matilde antes de despedirla con un rotundo mandato: «Y no se meta en mis asuntos... no sea que me vea obligada a echarla para siempre»,

concluyó, esta vez sin empujarla como ya lo había hecho en otra ocasión... «Dios sabrá que maldad ha cometido esta mujer. Y eso de que lo encontró abandonado... ¡Que se lo crea ella! ¡Mío! ¡Mío! ¡Creo que mío si es!, y no voy a dejar de verlo, ¡Cueste lo que me cueste!», se propuso Anita cuando se alejaba del Alto, sintiendo que estaba destinada a ser la madre que no conocía la infeliz criatura.

Halagada por el creciente afecto que despertaba en Mío, siempre tímido, callado, pero alegre de verla llegar con más frecuencia que antes, cuando corría a encontrarla a mitad del tortuoso camino de llegada al Alto, Anita aceptó sin protestar la malévola actitud de Matilde hacia ella. Siempre lista a cortar en seco su generosa visita, le recibía lo que le ordenaba, cada vez más y en mayores cantidades, y sin chistar palabra sobre su costo ni sobre lo que le debía. Tal proceder hizo pensar a Anita que era ella la que tenía que pagarle para que le permitiera ver a Mío. «Pues le pago... pero no voy a dejar de venir a ver a mi muchachito». El agradecido niño se había ganado su amor y despertado sus instintos maternales con su manera de ser, con su rostro de perfiles finos, con sus hermosos ojos verdes cargados de tristeza que la miraban fijamente con temor y curiosidad.

«Mamá Anita, yo siempre estoy esperándola», fue el regalo de amor que le prodigó Mío una madrugada cuando al verla llegar, corrió hacia ella y se colgó a su cuello y le dio un beso dejándola en trance de alegría materna solo comparable con la que le deparaba su hija Blanquita. «¡Hijo! ¡Hijo!», le dijo conmovida, llorando, apretándolo fuertemente, acariciando su embarrado rostro, secándole sus lágrimas, escuchando sus confidencias: «Mamá Anita... le prometo que voy a ser muy juicioso para que no me lleven los demonios que quieren llevarme». «¡Mío! ¡Mío! No temas. Yo te cuidaré. Tú no has hecho nada... ¡Nada! ¡Nada malo! Nadie te va a llevar a ninguna parte... para eso estoy aquí... no llores... no llores... ven... vamos a jugar... ¡Ah! y déjate espulgar antes de que los piojos hagan hueco permanente en las honduras de tu cabecita», susurró al oído de Mío dormido en su regazo, tranquilo y confiado.

Deseando alegrar la vida del solitario Mío, Anita llegó al Alto al mediodía del 24 de diciembre de 1936 llevando con ella una cámara fotográfica que había adquirido recientemente. Haciéndolo blanco de su anhelo de conservar su imagen de niño cavador de huecos, en esta ocasión, usando un martillo a punto de soltarse del cabo que lo sostenía, Anita sostuvo a dos manos el pequeño aparato mientras le pegaba un ojo a uno de sus lados como buscando algo en su interior; eso fue lo que creyó Mío que hacía cuando su amada Anita le pidió que la mirara y le obsequiara una sonrisita de Nochebuena. Sin dejar de cavar, Mío se enfrentó a su suerte de modelo, regalándole la mejor de sus sonrisas que Anita le devolvió con la suya diciéndole: «Pronto verás lo guapo que eres».

La corta visita que Anita hizo a Bogotá durante ese fin de año a llevar el rollo usado para que fuera revelado, tuvo que repetirla a comienzos de enero de 1937, cuando descubrió que no habían salido buenas sino tres de las doce tomas que había hecho, una, la de Mío, otra de Don Alejandro y su hija Blanquita posando frente a la estación, y la última, la de ella y su hija, captada a su vez por su marido.

Llevando con ella a su hija Blanquita, unos meses mayor que Mío, Anita se hizo presente en el Alto el 6 de enero, día de los Reyes Magos. La bondad del momento que le brindaba la hermosa criatura que le sonreía, sonrojada como él, pareció influir en su decisión de invitarla inmediatamente a seguirlo hacia su conocido lugar de juego, dispuesto a demostrarle sus dotes de cavador de hoyos profundos y su habilidad de conductor de carritos de madera, los que le regalaba Anita, que cargaba con tierra y piedras de quebrada, redonditas y jaspeadas.

Empujándolos por el camino que trazó en redondo suyo con una rama suelta que tenía a mano, Mío logró que Blanquita

se acurrucara a su lado encantada con su proeza. Contenta de verlos tan felices, Anita los dejó jugar a sus anchas mientras se ocupaba en alisar y doblar algunas prendas de ropa que halló tiradas en el corredor de la casa. Así transcurrieron las horas de ese día inolvidable para ella, viendo a Mío y Blanquita compartir no solo sus travesuras sino las fotografías que les regaló, que terminaron arrugadas de tanto pasárselas entre ellos.

Llegada la hora de partir, Anita tuvo que hacer uso de su paciencia materna para no regañarlos por el estado en que encontró a sus “muchachitos”, como los llamaba. «¡Mi amor! Tenía que ser el vestido nuevo, el que copié de una revista», le dijo a Blanquita mientras sacudía su atuendo, bastante enlodado y rasgado en uno de sus extremos. Poco hizo por componer el irremediable estado de Mío a quien se limitó a mirar con ternura para luego observar a Blanquita diciéndole: «Ya ni se parece tu vestidito al de la Temple», le dijo, dejándola pensativa. «¿Quieren saber quién es la Temple?», se apuró a preguntarles. «¡Sí! ¡Sí! Mamá Anita» le respondieron unísonamente. «Pues es una niña muy linda, que baila y canta y hace piruetas en una tela enorme... eso me contó un payaso que se me atravesó... allá en Bogotá... Un día de estos vamos a verla. ¡O de pronto viene para conocerla!», concluyó, dejándolos boquiabiertos.

La belleza de Blanquita y su impecable estado, y el sueño de conocer a la Temple, sirvieron para que Mío se esmerara en cuidar el suyo, descuidado sobremanera. De mejorar su apariencia se encargó Anita durante sus visitas, día por medio, que aprovechaba para peinar sus desordenados cabellos y trazarlos con amplia carrera de medio lado. Ocasiones eran esas de indescriptible alegría para Mío, no solo por los regalos que le traía sino porque ella se encargaba de curar las heridas que le causaba el mal trato de Matilde y las que sufría en codos y rodillas empujando sus camiones a gatas, que Anita se esmeraba en limpiar y curar. «Sana que sana culito de rana», canturreaba la compasiva mujer mientras le aplicaba pomadas o simples pasadas de sus cariñosas manos capaces de curarlo por si solas.

Mío vio cumplido su deseo de verse mejor vestido, el día que Anita se propuso remendar los rotos de sus pantalones, y como le daban a las rodillas de lo cortos que le quedaban, le prometió su reemplazo y le ofreció que le regalaría un par de zapatos de cuero para que dejara de usar las alpargatas que usaba. «A ver si no tropiezas tanto y dejás de lastimarte.». Fue precisamente en esta ocasión cuando Mío, deseando contribuir al cuidado que Anita hacía de él, le trajo el suéter que sustrajo del cajón donde Matilde lo guardaba celosamente. «No me lo pongo porque ella no me deja», le dijo Mío pidiéndole que se lo probara a ver si le quedaba bien. Al verlo y colocárselo, Anita sintió un raro escalofrío que le dejó la sensación de estar siendo observada por alguien, quizá un fantasma de esos que ella sentía habitaban el Alto. Mío regresaría la curiosa prenda al lugar donde la guardaba Matilde, y solo la usaría a las escondidas, temeroso de ser descubierto y castigado. Ignoraba que la prenda había sido tejida por su verdadera madre.

Feliz por el esmerado cuidado de las pocas prendas que poseía, que aunque viejas, lucían frescas, y sin rotos, gracias a Anita, Mío sentía que olía mal porque no podía bañarse de pies a cabeza. «Si solo pudiera oler como huele Blanquita... a flores... Yo... ¡Qué asco!», se dijo, recordando los malolientes trapos que usaba para refregarse con el poco de agua que Matilde mantenía en un platón que vaciaba de vez en cuando.

Mío vio llegado el momento de satisfacer su deseo el día que acompañó a Matilde al riachuelo que corría por una hondonada cercana al Alto. Allí lavaba su ropa y la de él. Sin embargo, la suerte no estaba de su lado esa tarde de recordación de otras no muy agradables cuando era obligado a permanecer desnudo entre los matorrales cercanos mientras Matilde enjuagaba rápidamente las prendas que le había quitado, incluyendo su crucifijo que guardaba en su regazo y le devolvía a su antojo. «Jovencito... hoy se queda por ahí... que no lo voy permitir mojarse como quiere... con esa tos que tiene... y fiebre además...» le dijo Matilde. «De razón que tengo calentura... de sucio será... como ella... ya

quisiera verla limpia... que no huela como huele, y desvestida y encalambrada», pensó Mío, imaginando esa posibilidad.

Fue un día a principios de 1938, cuando Mío aprovechó el malestar que mantuvo a Matilde encerrada en su alcoba, para correr derecho a la quebrada que tanto lo atraía. Luego de desvestirse y dejar sus ropas apilada sobre una piedra, se sumergió en la transparencia de la corriente y tentó con la punta de sus pies el lecho de piedrecillas resbalosas sintiendo que no pesaba nada, que era parte de la naturaleza, que le hablaba con el eco sensual de sus raíces en encuentro vegetal de crecimiento orquestado por el siseo de los copetones y el zumbido de los colibríes suspendidos en moción perpetua sobre el cáliz de las ásperas flores paramunas.

¡Oh! su dicha en libertad para gozarla como las mariposas en esplendoroso revoloteo por entre los altos pastos punteados de clavellinas y margaritas y brotes de totes blancos. La disfrutaría en su propio espacio, su propio río. El aprendería a crecer libre, alado como los pájaros que acompañaban sus ensayos de cantor de la felicidad, como el aire puro que respiraba, como los peces plateados que se escurrían por el resbaloso lecho de la quebrada. Como ellos, nadaría y llegaría lejos, y alcanzaría un lugar enorme que imaginaba que existía al final de sus travesuras acuáticas, donde solo vería agua por todas partes, solo agua.

Tan felices escapadas de la realidad de su existencia lo llevaban igualmente a las más altas cimas del páramo en búsqueda de la paz que le brindaba el mullido lecho húmedo de las hojas desprendidas de las arboledas. Tendido de espaldas, con los brazos cruzados bajo su cabeza, Mío contemplaba los retazos de cielo enmarcados por las copas de los árboles y pensaba en convertirlos en un lugar donde construir una casita que fuera suya y de Anita y Blanquita, y que allí vivirían y nadie los separaría jamás.

De ello se encargaría su amigo de confianza, el Niño Jesús, metido en su gruta a la orilla de la carretera, donde prendían

velas los camioneros antes de iniciar el peligroso descenso hacia las zonas bajas de la región. Mío prendía la suya, una apagada, que siempre encontraba y hacía revivir con su propia fe de niño sin prejuicios. Desafortunadamente, el divino infante no lograba salvarlo del castigo que se ganaba muchas veces cuando se desaparecía de Matilde y era sacado de sus distracciones por el llamado de loba que le hacía desde algún en el bosque sacudido por sus gritos.

Era entonces cuando corría de regreso al Alto, confiado en sus pequeños pies que creía que estaban hechizados porque lo llevaban velozmente y parecía que se cruzaban los dedos y se contaban cosas entre sí, como que conspiraban para llevárselo muy lejos de su perseguidora. Bien sabía que de no poder escapar de su ira, sería encerrado y privado de alimentos y maltratado sin compasión alguna. Cómo poder olvidar el látigo punzante que Matilde mantenía colgado a su cintura y hacía reptar sobre su cabeza, como las culebras y sabandijas que se escurrían por entre las grietas del piso del oscuro y tenebroso cuarto donde dormía.

Aterrado por lo que imaginaba ser el tenebroso rejo, Mío se aferraba a la única prenda que poseía, su crucifijo, sintiendo que despedía luces que lo envolvían y protegían. Siempre cerca, amenazante, el Tequendama lo acompañaba con su rugido. Él no dejaría de aventurarse por sus orillas ni de arriesgarse a desafiar el peligroso río, espumoso, violento, en inminente desplome abismal.

“*Hijo de la Catarata*”, concibió Anita llamarlo cuando lo vio un atardecer a finales de 1938, balaceándose peligrosamente sobre la resbalosa piedra de los suicidas. Desnudo, en actitud de orador en vuelo de palabras hacia el sol poniente, parecía querer perderse en el misterio de la neblina que lo envolvía. De haberlo hecho, nadie sabría jamás que había existido. ¡Solo ella! su “Mamá Anita”, ya que ni Dios mismo sabría que era una de sus criaturas.

El lunes 9 de enero de 1939 marcó para Mío, de solo cuatro años y unos meses de edad, el comienzo de su vida escolar. Llevado de la mano por Anita, llegó muy temprano a la escuelita del caserío donde fue recibido por las Ardila cuyos nombres había aprendido por el camino; solo le faltaba saber quién era quién. «Bienvenido Mío... soy su maestra de español. Me llamo Sofía y esta es mi hermana Graciela. Ella se encargará de educarlo en otras materias», le dijo antes de conducirlo a un pupitre de dos plazas ocupado por Blanquita.

Sin más pupilos que los hijos de las pocas familias que habitaban el lugar, y los venidos de las veredas cercanas que raramente asistían, Sofía y Graciela podían dedicarse a educarlos casi que individualmente. Haciendo énfasis en el conocimiento de las primeras letras y la interpretación de los cuentos y poemas ilustrados que contenía una cartilla llamada *Alegría de Leer*, las Ardila cumplían igualmente su deber de iniciar a sus alumnos en lo elemental de las matemáticas, la geografía y la historia patria. Sin embargo, su verdadero anhelo era inculcarles sólidos principios religiosos que pudieran ser comprobados por el cura que visitaba el caserío, usualmente los domingos, cuando celebraba la Santa Misa y evaluaba el conocimiento de los pequeños sobre el catecismo del Padre Astete, de obligante aprendizaje por esos tiempos. Así transcurrieron los primeros meses de la educación primaria de Mío, sobresaliente por su habilidad para escribir y leer rápidamente y sorprender a sus maestras con poemas que memorizaba al pie de la letra y declamaba con gran elocuencia.

La llegada a finales de abril de las vacaciones de Semana Santa no fue recibida por Mío con la alegría natural que debía experimentar toda criatura de su edad ante la perspectiva de su disfrute. Solo, sin Anita y Blanquita, de viaje a Bogotá, y creyendo que aprovecharían el viaje para ir a conocer a la Temple, Mío decidió creer que la niña del cuento no existía, tampoco la ciudad donde se presentaba.

Aburrido sobremanera, tuvo que resignarse a compartir con Matilde las ocupaciones caseras que le encomendaba, fuera de someterse a sus caprichos, cada vez más extraños, el más raro de todos, su exigencia de tenerlo a su lado, orando sin pausa hasta altas horas de la noche, arrodillado ante el nicho repleto de estatuillas de santos chorreados de cera que mantenía en una esquina de la sala. Mío no olvidaría el espectáculo que le ofrecía Matilde cuando gritaba dándose golpes de pecho, «¡Mea Culpa! ¡Mea Culpa!», pretendiendo que él hiciera lo mismo.

El regreso a clases el martes 11 de abril transformó el debilitado ánimo de Mío, en alegría desbordada en abrazos a Blanquita cuando la vio esperándolo a la entrada de la escuelita. Su encuentro de risas abrazos y noticias mutuas, no dejó de darse hasta que dio comienzo a la primera clase de ese día de regreso de vacaciones. De vuelta al Alto al final de la jornada escolar del día, llevado por Anita y Blanquita, Mío les ayudó a cargar los regalos que le habían traído incluyendo los de sus profesoras, una caja de lápices amarillos que olían a madera fresca, y un sacapuntas que empacó en su cartera. Su regalo para ellas, el poema que declamó ese día durante la clase de lectura que llamó: “No me dejen solo nunca”.

Su talento natural como autor y declamador lo llevó a ser escogido para que interpretara El Gran Señor Marqués de Carabas, el Gato con Botas, durante la sesión solemne de fin de año. El acto se cumplió el domingo anterior a la Navidad, ante un público compuesto por los padres y padrinos de sus compañeros de clase, entre los que se encontraba Matilde, en una de sus raras apariciones en público. Ni él ni su audiencia olvidaría jamás lo que sucedió durante su iniciación como actor. Con los ojos puestos en la hermosa Princesa del cuento, Blanquita precisamente, Mío se fue de espaldas al fondo trasero del escenario de donde no tuvo miedo alguno en regresar y concluir su papel con el aplauso de todos los concurrentes.

Al fin de cuentas, su debut como actor fue exitoso e inmenso su orgullo por la mención de honor que recibió de manos de Blanquita ese mismo día de su accidentada presentación teatral. Emocionado con la entrega que él también le hizo de su respectiva mención, Mío aprovechó el momento para declamarle el poema que le había compuesto: “La quiero mucho”, que concluía con otro: “La quiero mucho”, luego de otros tantos querer entre líneas.

Derrochando amor igualmente, Mío se despidió de sus profesoras y compañeros de clase y de los curiosos apostados en las afueras de la escuelita, y con beso y abrazo, y repetición de su cariño, de Anita, de Don Alejandro, de los Espejo, de los ferrocarrileros y camioneros, y de paso, con un guiño, del cura visitante cuando le colgó al cuello un escapulario, bendijo su crucifijo y le recomendó que se apurara a hacer su primera comunión, que él vería de encaminarlo debidamente hacia la vida religiosa. El optimista cura no sabía que aún no había sido bautizado.

No faltaron quienes al oír la predicción del clérigo buscador de seminaristas, se dijeran que Mío estaba poseído del demonio, que de qué otra manera podían interpretarse sus arrebatos de popularidad y todas esas cosas raras que hacía, la más extraña de todas, sus peligrosos ajeteos suicidas al borde del Tequendama. «¡Cura no será! Pero... como de todo se da en la viña del Señor...», comentó uno de ellos.

Aún no amanecía ese lunes 3 de enero de 1940 cuando Mío fue despertado bruscamente por Matilde y sin explicación alguna se lo llevó derecho a la quebrada de sus diversiones secretas en donde lo despojó de sus deshilachadas ropas de dormir y se dio a la tarea de enjabonarlo a restregones y sumergirlo en las heladas aguas como queriendo ahogarlo. Terminado su temprano oficio de lavandera, Matilde emprendió camino de regreso al Alto

conminándolo a que se apurara a seguirla. «Apúrese jovencito... antes de que lo acabe a fueite... así se calienta», le dijo imitando su tembloroso gesto de entumecimiento. El hecho fue que Mío se encontró minutos más tarde tiritando sobre su lecho, mientras era medido de pies a cabeza con un largo cordón amarillento que le causó renovado espanto al sentir las heladas manos de Matilde que recorrían los más íntimos recovecos de su cuerpo.

Creendo que le arrancaría su delicado miembro, Mío se apuró a cubrirse a dos manos solo para sentir que Matilde se la retiraba y procedía a colocarle las prendas que tenía preparadas sobre su lecho: un juego de ropa interior de franela, una camisa con mangas de puños almidonados que se tragaron sus brazos y le llegaron más allá de los dedos y una otra prenda roja que llamó corbata, por cierto bastante olorosa a alcanfor, que anudó fuertemente al cuello de la camisa con un par de torcidas vueltas, tanto que Mío creyó que lo que quería hacer era estrangularlo.

Confiado en su salvación si se manejaba bien, se propuso no averiguar las razón de las ocurrencias de Matilde. Simplemente permitió que continuara vistiéndolo, esta vez con un pantalón negro de paño con botas tan largas como las mangas de la camisa que le había puesto; viendo lo grande que le quedaba, decidió recortar el pantalón y respuntarlo, sin removerlo. «Ayayaaay», se quejó Mío mientras trataba de sacarse la prenda que Matilde arreglaba. «A ver... ¡Chiste algo y verá que lo ensarto de veras!», fue la amenaza que escuchó de su peligrosa costurera. Finalmente, Matilde se dedicó a observarlo de tal modo que Mío creyó que lo que hacía era prepararlo para que sirviera de estatua, como las que tenía distribuidas por toda la casa. «Nuestros protectores... usted tiene que pedirles que lo liberen de los demonios que lleva metidos en el cuerpo», recordó Mío que le decía cuando lo obligaba a rezar y prender velas a los misteriosos personajes de yeso.

De pie sobre el desordenado lecho que le servía de plataforma para dejarse manipular de Matilde, Mío la vio metida de cabeza en el fondo de su enorme armario como buscando cosas que

creyó complicarían aún más su ya enredada suerte de trompo. Efectivamente, Matilde reapareció cargada de prendas que acomodó a su lado. «A ver...muchachito... a ponerse los chagualos estos que le regaló Anita. ¡Menos mal que no tuve que pagar por sus baratijas! ¡De mala calidad que son! ¡Póngaselas!», le ordenó arrojándoselas a la cara.

Cumplida su orden, Matilde lo envió de un empujón al centro de la cama y acaballada sobre él se dedicó a embadurnarle el pelo con una crema aceitosa verde oscura y peinarlo con su viejo peine desdentado. Así tratado, Mío, vio desaparecer del marco de sus ojos la mata de pelo que le impedía ver el mundo con claridad. «¡Ese no soy yo!», se dijo parpadeando ante su propia imagen retratada en el espejo de cuerpo entero del armario que le mostraba un ente delgado y sonrojado y muy bien vestido que no reconoció. «¡Ay Mamá Anita! ¡Ay Blanquita! Ahora no me van a conocer», pensó pidiéndole al Niño Jesús que lo regresara a la realidad de su estado original sin tanto adobo ni remozamiento. Extasiado ante su propia imagen, Mío fue sorprendido por el abrazo que recibió de Matilde, acompañado de un beso frío e incómodo puesto en su mejilla antes de acomodarle su cadena de oro y centrar el crucifijo que pendía de ella, y ocultarla bajo la pechera de la camisa.

Ocupada en lo rutinario de abrir su negocio y muy pendiente de lo que sucedía en el andén de la estación en donde aparecían unos cuantos viajeros madrugadores, Anita no pudo dar crédito a sus ojos cuando vio a Matilde y a Mío, ambos vestidos elegantemente, pasar de largo y treparse al coche de primera clase del tren sin acercarse a la ventanilla donde Don Alejandro atendía lo suyo de vender tiquetes.

«Jesús Niño divino... llévalo y tráelo contigo... no permitas que nada malo le suceda», imploró Anita, contemplando el horizonte teñido por el humo de la locomotora que avanzaba velozmente en competencia con un camión proveniente de la tormentosa altura del páramo. Su instinto materno la hizo correr

hacia el interior de su vivienda a estrechar a Blanquita que la esperaba en su amanecer de ángel ajeno al acontecer del mundo.

La inmensidad de la llanura sabanera que aparecía cubierta por la neblina del Páramo de San Benito, sorprendió a Mío con su deslumbrante esplendor de pradera vestida de aurora tendida sobre las mansas aguas del bucólico Río Bogotá. Alimentada por su cauce, la verde planicie le ofrecía el encanto de sus frondosas arboledas y sembradíos extendidos hasta los límites de la cordillera lejana. En el plano circundante, se enredaban los caminos trazados por largas hileras de postes alambrados, casitas de bahareque con techos de paja, y grandes portales solitarios abiertos a la vastedad de los potreros; allí pastaban los ganados contra un fondo de colinas verdinegras, retratadas en el espejo de los remansos teñidos por los rayos del sol naciente.

Todo esto era observado por Mío sin sorprenderse. En su mente poblada de imágenes descubiertas en los libros de la pequeña biblioteca de su escuelita ya existía lo que veía, acomodado a su leal saber y entender. Lo que sí lo atrajo sobremanera fue el desorden humano de las estaciones donde se detenía el tren. Invasadas por gente apurada y bulliciosa y vehículos atravesados desordenadamente, le hacían añorar la estación de Don Alejandro. Tan diferentes a San Benito», pensó. «Cuando vuelva voy a pedirle que no permita que suceda lo mismo con la suya».

Viendo alejarse esa última parada, Mío descubrió una edificación pintada de rojo, de tejares negros y musgosos que se alzaba no muy lejos de la trocha. Llevado por la curiosidad, se atrevió a sacar a Matilde del letargo en el que estaba sumida, para mostrarle con su mano estirada y sus ojos preguntones el lugar que lo intrigaba. Molesta por su impertinencia, Matilde le respondió que ese era el manicomio donde encerraban a locos de atar, como él, que se quedaba dormido rezando el rosario,

y se escapaba sin pedir permiso, y se metía quién sabe dónde. «Libranos Señor de todo mal y a esta criatura del diablo que lleva por dentro», fue su elaborada respuesta a la inocente pregunta de Mío. Confundido por aquello de “loco de atar”, sintió extrañas inquietudes que le hicieron pensar seriamente en lanzarse del tren y huir a campo traviesa, a donde Matilde no pudiera encontrarlo.

Olvidado el incidente aunque no la amenaza, Mío se dedicó a contar los muchos postes negros que se alzaban a orillas de la trocha del ferrocarril que le parecieron ser guardianes celosos de su primer andanza por el mundo. Aunque ya sabía contar hasta cien, perdió pronto la cuenta que hacía de los supuestos vigilantes del camino, y los contados, se le enredaron y se volvieron dudas en su precoz imaginación de viajero creador de fantasías.

Fastidiado por los carboncillos despedidos por la locomotora, que le hacían ver candela, Mío logró remediar el problema poniendo en práctica lo que le había enseñado Anita para que se librara de cualquier incomodidad visual que le ocurriera. Según ella, lo que tenía que hacer era encomendarse a Santa Lucía patrona de los ciegos. «Ella te cuidará de la ceguera siempre y cuando le ruegues devotamente que guarde en su petaquita todo que lo que te impida ver el mundo». Así lo hizo en esta ocasión, oportuna para cumplir lo aprendido y comprobar el milagro. Efectivamente, el hollín que lo molestaba desapareció de inmediato dando paso al paisaje de la fe cristiana que Mío experimentó en su interior.

Los primeros barrios de casas y construcciones de gran tamaño dispersos desordenadamente a lado y lado de la vía, hicieron que Mío experimentara nuevas emociones acrecentadas por el eco del silbato de la locomotora y el furioso rechinar de las ruedas mezclado con el estruendo de vagones a punto de detenerse en el amplio corredor de la Estación de la Sabana, en Bogotá.

Emocionado por lo novedoso del arribo y el ajetreo de los pasajeros que abandonaban sus asientos y se amontaban en

el pasillo, Mío sacudió la ceniza que cubría sus desordenados cabellos y se apuró a seguir a Matilde. Extrañado de ver que se le adelantaba, agachada y como evitando ser vista por el conductor apostado a la salida del vagón, Mío se acogió a la mano de un último pasajero que lo condujo cariñosamente dejando atrás al adusto hombre que batía en su dirección un manojo de boletos perforados como preguntándole dónde estaba el suyo.

Mío logró alcanzar de un brinco el congestionado andén de la estación repleto de gente por entre la que corrió desorientado y asustado como nunca lo había estado. El fuerte tirón de orejas que le aplicó Matilde, surgida repentinamente ante él, lo hizo pensar que debía ser encerrada. «Loca... loca... de atar... que se la lleven al manicomio...», pensó pretendiendo no escuchar su malévolos llamado a seguirla.

Temiendo que se le extraviara nuevamente, Matilde lo mantuvo a su lado y con él de la mano se aventuró a cruzar la plazoleta que rodeaba la estación; sorteando el congestionado ambiente callejero que encontraron repleto de gente y vehículos de toda clase estacionados aquí y allá, no logró detener a Mío cuando se le escapó y se perdió de su vista, solo para verlo aparecer trepado en un automóvil negro cuyo conductor, muy elegante, de traje negro completo, con camisa y corbata y gorra con visera, le mostraba, trajo en mano, cómo limpiar los cristales de su carro y el emblema montado en su capota, parecido al enorme cóndor de piedra que se alzaba en el imponente frontispicio de piedra de la estación de la Sabana.

De vuelta con Matilde, Mío se acogió a su mano extendida nuevamente, esta vez como garra ponzoñosa que lo lastimó con el apretón que le dio antes de emprender camino nuevamente, afanada y distraída en su afán por llegar a donde quiera que fuera que se dirigía. Ya sobre la calle trece, según le contó Matilde que se llamaba la amplísima vía por donde avanzaban, Mío se vio forzado a aplicarle un brusco tirón de faldas cuando vio que se les venía encima una zorra tirada por una mula al parecer cegatona, «¡Uste... bestia fea...!», gritó más a Matilde que al

animal, epíteto que fue ignorado por ambas criaturas, aunque celebrado por la gente que escuchó su oportuna alerta a la mujer que lo apuraba sin darse por aludida.

Orgullosa de su hazaña, Mío se aventuró a seguirla, esta vez esquivando los nuevos monstruos que aparecieron en su camino, echando chispas que saltaban de las cuerdas de donde parecía que se sostenían. Repletos de gente, mucha colgada a sus lados, Mío los contemplaba estupefacto, boquiabierto lo que hizo que Matilde le contara que esos carros que veía se llamaban tranvías y eran el transporte más moderno que existía en el mundo, y que algún día montarían en uno de ellos para ir a conocer la ciudad entera.

Convertida repentinamente en cariñoso guía suyo, Matilde continuó mostrándole los lugares por donde pasaban, y contándole lo que sabía de ellos. «Esa es la Gobernación... y... allá... en la esquina... donde ve tantos tranvías dando vueltas, la Iglesia de San Francisco y más allá, el Panteón Nacional, La Veracruz... ¡Allá están los huesos de mis antepasados!», le dijo, dejando a Mío pensativo.

Absorto en la contemplación de tanta maravilla, Mío aprendió a no mostrarse sorprendido más de lo necesario, por lo que la siguió callado, escuchando su ya cansona narrativa: «¡Mire! ¡Mire! Mire... y aprenda jovencito... Ese edificio... es el Hotel Granada... y allá... el Regina... al otro lado del parque... y aquí, en esta esquina, ¡El Tiempo!, un periódico muy ilustrado que va a tener que leer cuando sea grande. ¡Ah! Y sepa que por aquí viven personas muy importantes que me quieren y respetan mucho. Algún día vamos a visitarlas». «¿Algún día?... Algún día vuelvo y averiguo si es cierto lo que dice la loca esta... debe serlo para andar metida entre tanta gente. Si me dejaran ver por dónde voy», se dijo Mío mientras sorteaba los charcos dejados por la pertinaz lluvia que caía sobre la ciudad.

Mío nunca supo cuándo se lo tragó la multitud que lo rodeaba en apretado tumulto de sombreros, ruanas y grandes paraguas

negros. Lo único que supo fue de empujones y pisotones y desconcierto en carrera ciega a lo largo de un pasadizo igualmente atiborrado de transeúntes que lo condujo de regreso a la misma calle de su confusión. «Menos mal que pude ver por dónde se me desapareció... ¡No me haga eso... que me va matar del susto!», le dijo Matilde cuando lo vio llegar. Contento por su preocupación, lo fue aún más cuando lo atrajo con inusitada ternura y se lo llevó, esta vez bien agarrado pero con suavidad y tratando de esquivar la inevitable marea humana que invadía la transitada Calle Real.

Detenida brevemente bajo el balcón de la Casa del Florero, y sin prestarle atención a Mío, extasiado ante el espectáculo que le ofrecía la enorme mole de la Catedral Primada de Colombia, Matilde torció rumbo al oriente de la ciudad y se dirigió, a la altura de la carrera 4ª con la calle 9ª. Detenida frente a una casa de dos pisos, con altos balcones sombríos bajo el protuberante alero que los cubría, se santiguó y respiró profundo y descargó el golpeador de bronce con figura de león bostezando que colgaba del centro mismo del portón de la casa. “La Maison Centrale”, leyó Mío la tablilla empotrada en el dintel.

«¡Matilde Cienfuegos! Vengo a ver al Señor Foudoix», oyó Mío la respuesta que le dio a la persona que le contestaba desde el interior de la vivienda. Pronto se escuchó el trajinar interior de trancas removidas y cerraduras descorridas y el quejumbroso abrir del portón de entrada. «¡Alabado sea Dios!» exclamó Matilde dirigiéndose a la mujer que se asomaba cautelosamente. «¡Alabado sea! Mi nombre es Perpetua. ¿En qué puedo servirla?». «Ya le dije», le contestó Matilde bruscamente. «¡Vengo a ver al Señor Foudoix!». «No tiene que molestarse... ¡Señora!, ¿Cómo me dijo que se llama?», le dijo Perpetua haciéndole un guiño a Mío que este le devolvió desde la profundidad de su temor de niño desconocedor de saluciones enredadas.

Finalmente, ya a mitad del zaguán, Mío corrió hacia la fuente que se alzaba en el patio de la casa, sin percatarse de la presencia de alguien que parecía ser el dueño del lugar, en cuya mira se

hallaba Matilde. «¿Usted? ¿Usted aquí, en mi casa? ¿Con qué cara se atreve?», exclamó aquel viéndola acercársele. Asustada, Matilde le respondió en voz baja: «Perdóneme Señor Foudoix... no vengo a causarle ningún problema... solo quiero que...», explicación que Matilde no alcanzó a dar del todo; Foudoix se dirigía a Mío, ignorándola. «Y...tú, ¿Quién eres?». «¡Mío! ¡Mío! Señor Foudoix... el hijo de Magda», se apresuró Matilde a responderle.

Azorada, carraspeó y respiró profundamente antes de continuar. «Magda... Magda... su madre... ¡Pobrecita Señor! Yo no pude ayudarla. ¡Imagínese la deshonra! ¡La suya y la de su familia! Don Faustino... usted lo recuerda... el Senador... su padre... no pudo hacer otra cosa que internarla en un convento de monjas de claustro. ¡Nunca supe cuál! Su hijo... ese que usted ve... me... me... me lo entregó para que lo criara. ¡Así fue Señor! A mí... me dio un dinerito para que me lo llevara... que él me ayudaría para su sostenimiento. ¡Dios lo cuide en su reino! Supe que falleció... y su esposa, Doña Magda... también». Así concluyó Matilde su versión de los hechos, dejando a Foudoix asombrado ante el niño que se le acercaba llorando, asustado, triste.

«¿Es eso cierto... lo que dice... ella?» fue la pregunta que le hizo Mío acogiéndose a su abrazo. «No. No es cierto. ¡No temas... yo te protegeré!», le respondió Foudoix alzándolo paternalmente. «¿Cómo se atreve a contar esas cosas delante del niño? ¡Vaya si serán ciertas! Ahora, si es que necesita ayuda, Señora Matilde, pase un día de estos por mi negocio. Hoy no quiero saber más de usted. ¡Perpetua! ¡Saque a esta mujer de aquí!», concluyó Foudoix, rojo de furia.

Empujada prácticamente hacia la calle por la igualmente molesta ama de llaves de la familia, Matilde se detuvo un momento y contempló la escena que le ofrecían Mío y Foudoix hablando entre ellos. Pronto después, los vio despedirse de abrazo y beso, y a Mío correr hacia los brazos de Perpetua que lo esperaba en el andén frente a la casa. Poco afanado, Mío le

sonrió amablemente y con un sonoro saludo de despedida, le dijo: «¡Adiós Señora... muchas gracias por todo!». «Espero que vuelvas a verme. ¡Y apúrate... no sea que te regañen!», le respondió, viendo a Matilde a punto de torcer la esquina cercana.

«¿Qué tal que me le pierda?», pensó Mío mientras caminaba deliberadamente lento. «¡A ver si se apura!», escuchó el grito lanzado por Matilde. «Esa tiene ojos en la nuca», pensó Mío. «A ver quién corre más», se propuso, feliz de adelantársele y dejarla rezagada. Ya no le temía. Foudoix le había dado valor para vivir y defenderse.

Sentado en las escalinatas de la Catedral en la Plaza de Bolívar, Mío vio llegar a Matilde visiblemente agotada aunque no lo suficiente para no darle unos cuantos coscorrónes y llevárselo a rastras hacia la estatua del Libertador. Cerca, unos hombres uniformados de verde oscuro, con casco apretado bajo sus mandíbulas y con fusil al hombro, repartían hojas sueltas desde las tanquetas que montaban. Traída por la ventisca que se cernía sobre ciudad, una de ellas fue a parar a manos de Mío. “Tío Sam te necesita”, leyó el remate trazado bajo la curiosa figura del personaje con elevado sombrero pintado con estrellas y franjas de colores, barba en punta, flaco y desconocido para él. «Y a mí... ¿Para qué?», se preguntó Mío mientras corría a sentarse al borde de la enorme pila de agua, una de las cuatro que adornaban la plaza por donde ya volaba el descartado papel arrastrado por el viento que soplaba fuertemente.

Rebosantes de agua en cascada de oleadas de brisa helada esparcida sobre los curiosos embebidos en su contemplación, las hermosas fuentes eran no solamente monumentos de gran valor histórico sino que servían de recreación acuática a los rapazuelos que abundaban en los alrededores. Distráido con las acrobacias que hacían unos cuantos de ellos metidos en las heladas y malolientes aguas, Mío fue sorprendido por el estrujón que le propinó Matilde sacándolo de su aparente actitud de echarse al

agua, nada raro en él que venía de su propia fuente de embelecocos infantiles.

De no haber sido por la llegada de un par de soldados que se detuvieron cerca de ellos, Matilde lo habría golpeado públicamente. Trémula de ira, se limitó a darle un par de nalgadas antes de agarrarlo de un brazo y alejarse en dirección a la esquina norte de la plaza. Llevado por la curiosidad que le causó el portillo entreabierto del enorme portón lateral de la Catedral, sobre la calle once, Mío se atrevió a preguntarle a Matilde si podían entrar por ahí y conocer el templo. «¡Andando! ¡Andando! Vamos a comer algo, que no vinimos a pasear», le gritó Matilde apurándose hacia la entrada de un lugar abierto unos pasos más arriba, al otro lado de la angosta vía.

Acomodado en una de las pocas mesas colocadas en un altillo de techo bajo atravesado por enormes vigas cuadradas, Mío devoraba un succulento tamal y hacía sopas de pan con el chocolate que había ordenado Matilde. Enfrascado en satisfacer su voraz apetito, poco o nada le importó lo que Matilde le contaba hasta que la vio alzarse de su puesto y dar comienzo a la más extraña de todas las peroratas que jamás le había escuchado: «¡Yo!, Matilde Cienfuegos del Valle Montero Méndez a mucho honor», la oyó gritar, «Digo que aquí... ¡Aquí!, en este balconcito y en esta misma mesa de madera con nudos, y en estas mismas bancas y bajo este mismo techo, estuvo el Libertador Bolívar y todos los próceres de la Independencia. ¡Como oyen! Y yo, a mucha honra, ¡Soy parte de su historia!».

Irritada por la indiferencia y risas de burla y una que otra mirada de soslayo de los comensales y las meseras que la escuchaban, Matilde les lanzó una última mirada de complacencia con ella misma y procedió a sorber estrepitosamente de su taza de chocolate e incursionar atrevidamente en el revuelto tamal que Mío no había podido acabar, no por no querer consumir hasta las hojas de chisgua que lo envolvían, sino por estar ahído de pena.

Pasado el mal rato, Mío tuvo que vivir una nueva y penosa experiencia, al menos para él que no sabía pedir que le regalaran nada. Eso sucedió cuando escuchó a Matilde decirle a la dama que atendía a los comensales, metida detrás del mostrador del primer piso, en donde se exhibían toda clase de postres y golosinas: «¿Cuánto le debo Señora? Y no olvide mi ñapa... para el camino... que sean brevitas con ariquepe y una tajadita de queso...». «Hasta tamales querrá que le regalen», se dijo Mío mientras se escurría hacia la calle.

Recostado contra la muralla de piedra de la Catedral, frente al comedero de su vergüenza, aprendió el nombre del “histórico” lugar que aparecía trazado sobre una placa colocada a su entrada: “*La Puerta Falsa*”.

Era ya bien entrada la noche de ese día de su primera salida al mundo de Matilde, cuando Mío despertó del profundo sueño en el que había caído luego de haber abordado el tren que los trajo de regreso a San Benito. Afiebrado y somnoliento, Mío descendió del vagón, tranquilo porque había visto a Matilde entregarle su tiquete al conductor, evitándole la vergüenza que había sentido ese mismo día. Contento, apretó el tiquete perforado que llevaba en su mano derecha, que le había regalado el sonriente conductor diciéndole que podía conservarlo como recuerdo de su viaje, que de verlo nuevamente le regalaría uno que le sirviera de veras. Extrañado de no ver a Don Alejandro, ni a su amada mamá Anita, ni a Blanquita, Mío atravesó el solitario espacio del andén de la estación en donde dormitaban unos cuantos campesinos recostados sobre bultos de cosa, y se apuró a seguir a Matilde sin afanarse por alcanzarla.

«¡A rezar antes de acostarnos que ya durmió lo suficiente!», fue la orden que le dio Matilde cuando lo vio llegar bostezando y refregándose los ojos. Oyéndola trasegar en la oscuridad preguntándose dónde estarían las velas y los fósforos, Mío se

apresuró a correr hacia su alcoba, trastabillando a lo largo del corredor envuelto en la neblina de ese anochecer cargado de recuerdos inolvidables. Habiéndose desvestido rápidamente, quedándose en calzoncillos y franela, y luego de lanzar lejos los incómodos zapatos desteñidos y embarrados que sentía le habían llagado los pies, y sin remover las medias que sintió pegadas a su piel, se acogió al abrigo de sus pesadas cobijas, frías en extremo como para volverse un ovillo tembloroso en espera de lograr algo de tibieza natural. Así permaneció despierto temeroso del castigo que seguramente le aplicaría Matilde. Pronto después la vio llegar y ocuparse en acomodar los leños que había en una hornilla colocada al pie del armario cercano a su cama. Tranquilo, se arropó y se perdió en la inconsciencia del profundo sueño que lo acometió, reparador de todas sus cargas. Perdido en su mundo de ángel dormido, no sintió el cauteloso acercamiento Matilde ni su acomodo apretándose a su cuerpo.

Aún no amanecía cuando Matilde despertó sobresaltada por el inquieto dormir de Mío. Al verlo destapado, se apresuró a cubrirlo con esmero, demasiado esmero. Lo hizo acariciando con sus temblorosos dedos los contornos de su cuerpo en posición de feto. Visiblemente inquieta, se cubrió con el pañolón enredado entre sus manos —aún estaba vestida con la ropa que había usado el día anterior— y apoyó su brazo izquierdo en el borde de la cama mientras escudriñaba el ambiente de la habitación iluminada levemente por los últimos fulgores de los leños en extinción.

Cualquiera que la hubiera visto, habría dicho que contemplaba el pasado que había vivido en ese mismo lugar varios años atrás cuando vio a Magda por última vez y permitió que abandonara el cuarto sin haber hecho nada para detenerla. Peor aún, ella había precipitado su muerte con su macabra revelación. Eso no se lo perdonaría jamás pese a estar haciendo lo posible por criar al hijo que había dejado en sus manos para que lo entregara al único ser que ella creía podría encargarse de su destino, Monsieur Foudoix.

El sordo e ininterrumpido eco producido por la caída del Tequendama no logró acallar el lamento que Matilde creyó le hacía Magda con su fantasmal presencia. Su ruego, escrito en la esquila que encontró en su mesita de noche, que había aprendido y repetido muchas veces, repercutía en su interior con mayor fuerza que nunca: «Matilde... en sus manos queda mi hijo... llévelo y entréguelo al Señor Foudoix... por amor de Dios, testigo de mi súplica, llévelo a su cuidado... entrégueselo para que interceda ante mis padres... quizá logre convencerlos para que lo críen. Ellos sabrán amarlo como lo amo yo, que por quererlo tanto no puedo vivir sin honra alguna que darle. ¡Matilde! ¡Oh Matilde! Cúmplame lo que le pido... Nada puedo ofrecerle fuera de librarla de mi presencia. Solo Dios sabrá darle lo que se merece por su ayuda. Yo la perdono por lo que me hizo... Me voy sin guardarle rencor alguno... Adiós. Magda».

Si la tormentosa noche era el reflejo de lo que podía estar sucediendo en la mente de Matilde, sería entonces una leve brisa comparada con la borrasca interior que reflejaba su rostro cuando abandonó el lecho bruscamente y se dedicó a avivar el fuego de la hornilla que aún despedía chispas encenizadas. Satisfecha de ver prender la leña que arrumó descuidadamente, abandonó la habitación no sin antes cerrar su desgonzada puerta y atar sus postigos con el lazo que colgaba de uno de ellos. Ya en el oscuro corredor, Matilde se apuró a llegar a la sala en donde terminó sentada en el sillón de su amaño, contemplando las sombras que envolvían su miserable mundo. Simón Tadeo, Amadeo y Calixto, presentes desde sus óleos colgados de las paredes del recinto, parecían devolverle su lánguida mirada. Imperaba el silencio y la soledad sobre el dormido mundo del Alto.

Las llamas que se extendieron rápidamente sobre la agrietada superficie de madera de la sala en donde dormía Matilde, comenzaron a lamer los flecos de su pañolón que pronto comenzó a humear. «¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Sáquenme de aquí!», fue el grito que escucharon los mudos personajes colgados de los muros de la sala que la aterrada mujer abandonaba en ese instante de su escape hacia el corredor que crujía en tenebroso concierto de

clavos liberados por el fuego de sus secas prisiones de madera. Sin importarle su seguridad expuesta al abismo que se abría bajo sus pies, Matilde llegó a la alcoba donde había dejado a Mío. Desesperada, viéndolo correr hacia ella, lo alzó y se precipitó de regreso al infierno que se había convertido su casa. En la distancia, el Tequendama parecía orquestar con su rugido la hecatombe que le ocurría a la casa del Cienfuegos.

El incendio de El Alto fue visto de inmediato por los viajeros que a esa hora temprana permanecían en las afueras de la estación del tren en donde Don Alejandro se disponía a cumplir su diaria tarea de despacharlo. Pito en boca, haciéndolo sonar como si en verdad estuviera sucediendo y no quisiera que el monstruo dejase atrás a nadie, Don Alejandro logró despertar a Anita y a los vecinos que salieron de sus casas y lo rodearon con su propio bullicio. Para entonces se les había adelantado un grupo de personas extrañas que merodeaban por los alrededores del incendio. Algunos de ellos fueron vistos correr hacia el interior del Alto de donde salían pronto después echando humo cargados de cosas que dejaban al cuidado de otros de ellos solo para regresar nuevamente a continuar su infame cometido de saqueadores aprovechados del infortunio ajeno.

Un camionero cansado y somnoliento al timón de su enorme camión Mack cargado de madera, proveniente de Palmarito, observó con curiosidad el extraño halo rojizo que bordeaba la cima del páramo; extrañado, apuró el recalentado motor de su vehículo que pareció detenerse ante el sacudón que le causó el cambio hecho por su conductor para trepar sin colgarse la empinada y peligrosa pendiente, la última antes de llegar al Alto.

«¡Ayúdelos Señor! Allá adentro hay una mujer y un niño» le suplicaron las personas que se acercaron a su vehículo detenido a la orilla de la carretera. «¡Demasiado tarde!», gritó alguien. «¡Ya no hay nada que hacer!», murmuraron otros. Sin embargo, el compasivo hombre descendió de su cabina, se despojó de la enorme ruana negra que llevaba puesta, la torció y se la colgó al

cuello y se lanzó al infierno en que se había convertido la casa del Cienfuegos.

Un grito de proporciones volcánicas sacudió a los espectadores que esperaban un desenlace mortal para el intrépido samaritano cuando lo vieron regresar trayendo un pequeño bulto arropado en su humeante ruana. Seguido por Matilde arrastrando con dificultad un sillón humeante, el valeroso hombre buscó el abrigo de unos matorros alejados de la casa y descargó suavemente la carga que llevaba. Con los ojos puestos en la figura de su salvador, Mío apareció en escena, prácticamente desnudo. Parecía un ángel a medio vestir que abría sus brazos como alas protectoras del hombre que lo abrigaba con la cobija que alguien le entregó y lo colocaba cuidadosamente en brazos nada menos que de Anita, antes de alejarse y sin mirar atrás, treparse en su camión que pronto después arrancó y se perdió carretera abajo. Sorprendida gratamente por los curiosos que se le acercaban, Anita, aferrada a Mío, y rodeada por Don Alejandro con Blanquita alzada, les permitió hablarle y hasta tocar a su adorado Mío y así acabar con las dudas que tenían sobre su existencia.

Erguida sobre ellos, Matilde convirtió la delicada escena en una de arrebatos personal melodramático. Con el puño en alto y la mirada puesta en la ardiente heredad de sus ancestros, lanzó un grito desgarrador: «¡Dios del cielo! ¡Señor Todo Poderoso! ¡Juro hacer cualquier cosa! Llegar a donde tenga que llegar, a la misma muerte si es necesario, antes de permitir que nadie me arrebate a mi hijo. ¡Mi hijo!». «Tiene que ser suyo... pero concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. ¿De quién más?», comentaron burlescamente los asombrados escuchas de su exabrupto.

Los primeros rayos del sol de ese trágico amanecer del 4 de enero de 1940, se colaron por entre la eterna neblina paramuna y el Tequendama tamboreó con los palillos de agua de su corriente apurada, el calcinado cuero de la tierra donde se alzara El Alto, convertido ahora en rastrojo ceniciento.

Ayudado por unos cuantos testigos de lo ocurrido, Don Alejandro dirigió ese mismo día la construcción de un modesto rancho hecho de tablones, de los arrumados en un lote cercano a la estación del tren para su despacho a la capital. La modesta vivienda, de un solo cuarto, fue cubierta con vigas atravesadas y estas con pedazos de tejas rescatados de las ruinas del Alto. Finalmente, ya al atardecer, los generosos campesinos que le ayudaron a levantar el nuevo hogar de Matilde, aplanaron el piso de tierra de su interior y lo cubrieron con un par de esteras chamuscadas.

Ya antes, Matilde se había negado rotundamente a pasar la noche en la casa de los Barriga, oferta que le hizo Anita creyendo que así podría recuperarse rápidamente. «Nada de eso... Ni más faltaba... ¡Yo! ¿Pidiendo posada? Ya verá más bien qué hace usted para recuperar mis pertenencias... ¡Como conoce a todo el mundo por aquí!», le dijo Matilde, más ordenándole que pidiéndole el favor. «Ah! y gracias por las cobijas y la almohadas... a ver si se le ocurre traerme algo de comer. ¡No querrá que me muera de hambre!».

Conocedora de quién era quién en la región, Anita no dejó de llegar a las más remotas veredas ni de intimidar a los sospechosos de haber sustraído los bienes de los Cienfuegos para que se los devolvieran. Lo cierto fue que Anita logró recuperar un arcón de madera aún repleto de ropa y algunos objetos que halló abandonados en un potrero cercano a la estación del tren, entre ellos, una cantina, una bacinilla, un jarrón de porcelana, una sopera y dos cujas.

Impávida ante los esfuerzos de Anita para encontrar sus pertenencias, Matilde no tuvo para con ella un solo gesto de gratitud. Sentada en su maltratada silla colocada por ella misma a la entrada de su miserable albergue, Matilde vivía sumergida en un enfermizo estupor y desfallecimiento físico y moral, estado que no le impedía exigirle a Anita que siguiera buscando sus pertenencias, que aún le faltaban muchas cosas que sabía que no se habían quemado porque las vio bien puestas a la

orilla de la carretera. «¡A no ser que usted se las robe!» fue la maligna acusación que le hizo en una ocasión propicia para que Mío escuchara su desenfreno de odio y egoísmo. «Dios la perdone... ¡Aunque no se lo merece! Pero que Mío sea la causa de su rencor... ¡Eso no tiene perdón!», se dijo Anita, sin atreverse a responderle por temor a perder su confianza definitivamente. «¡Señor Mío Jesucristo! Permíteme estar siempre al lado de Mío», oró mientras observaba el ir y venir de Mío ocupado en recoger astillas y pedazos de oleos quemados con los que trataba de construir casitas y muebles que se derrumbaban como el Alto, de donde provenían.

Anita no pudo dar crédito a sus ojos cuando vio el camión que descendía del Alto esa mañana a finales de marzo de 1940, cargado de trastos que reconoció ser los de Matilde. Inútiles fueron los gestos que hizo para que su conductor detuviera su marcha cuando llegó al frente a la estación donde ella se encontraba. «Debí habérmelo imaginado. ¿Cómo no caí en cuenta que esto iba a suceder», se dijo Anita recordando haber visto recientemente el pequeño auto negro conocido por ella, de propiedad de los hermanos Almonacid, detenido en la carretera frente al Alto, y a Matilde conversando con su ocupante. «Jamás lo volveré a ver. ¡Mío! ¡Mío... ¿Qué será de ti?!» fue su lamento de madre abandonada.

Mío permaneció encerrado en el cuarto sin ventana que Matilde alquiló en el primer piso de una posada situada a dos cuadras al occidente de la Plaza de Bolívar en Bogotá luego de haber dejado sus pertenencias al cuidado del conductor que los había traído. No habían transcurrido unos minutos después de haberse instalado y dejado la maleta de mano que traía con ella, cuando Matilde se dispuso a salir. «A ver si encuentro quién

me ayude a conseguir un lugar decente donde vivir» le dijo sin importarle la súplica de Mío para que lo llevara. «¡Usted se queda! ¡No quiero estorbos!», fue su airada respuesta.

Sin nada que hacer fuera de tender la enorme y desvencijada cama arrimada contra una esquina del cuarto, y asearse con el poco de agua que contenía un aguamanil de porcelana colocado sobre una mesita de noche, y leer una y otra vez un pedazo de periódico que encontró en su cajón, Mío terminó recorriendo a gatas las interminables rutas marcadas por los incontables listones del piso de la habitación, imaginados caminos suyos por donde ir y venir empujando camiones solo presentes en sus recuerdos. Así pasó ese primer día de su nueva existencia, y muchos otros, cuando, sin despertarlo, Matilde abandonaba la habitación muy de madrugada. Cansada, malgeniada, regresaba antes del anochecer trayéndole algo de comer y ocasionalmente una que otra prenda usada. Según ella, eran obsequios de Señor Foudoix y de sus amistades. «Así no traiga nada... con tal que se vaya todos los días», pensaba Mío recordando lo bien que le iba en solitario.

Mío vino a saber la razón de los apuros de Matilde el día que regresó más temprano que de costumbre, portando un enorme globo inflado sostenido con un hilo blanco que soltó de inmediato para abrazarlo, sonriente, amable como nunca. Encamado, pese a lo tarde que era, Mío escuchó pacientemente lo que Matilde, sentada al borde de la cama, le revelaba: «¡Mío! ¡Ya tenemos casa... y nueva... y vamos a ocuparla muy pronto! ¡Así como me oye! Me adjudican una casita de las que construye la alcaldía. ¡Imagínese lo bella que debe ser! ¡Imagínese! Me la dan porque el alcalde es un viejo amigo de mi familia. Mire que estudió con mis hermanos. ¡Qué tristeza! Me dejaron sola, sin un centavo para sostenerme, ¡Para criarlo a usted! ¡Educarlo! Nada fácil con lo caro que cuesta todo. ¡Dios proveerá!». Así concluyó su larga narrativa dejando a Mío hilvanando en su imaginación lo que le había contado, pasajero sin importancia para él. Más la tenía el cadencioso vuelo del globo que descendía sobre su cabeza.

El acto de inauguración del Barrio de la Independencia, se cumplió el 20 de mayo de 1940 con la presencia de las autoridades municipales y religiosas de la ciudad, incluyendo un alto funcionario de la Alcaldía Mayor de Bogotá encargado de representar al burgomaestre oficial. Construido al final de la línea del tranvía de franja blanca que cubría la ruta de ida y regreso a la Plaza de Bolívar, el barrio tenía una pequeña plaza de mercado, en obra negra, proyectada para servir de parque y sitio de llegada de buses y camiones. Igualmente existía un centro de atención médica atendido por las monjas de San Vicente de Paul, y un pequeño templo dedicado a la Virgen de la Valvanera, construido a campo abierto sobre la incipiente carretera del Sur.

En cuanto a las *quintas* recién entregadas, llamadas así por sus dueños, pese a no tener nada en común con las casas de los elegantes barrios del norte de la ciudad, constaban de un antejardín con verja, dos pequeñas cuartos, con piso de cemento, el de entrada y otro contiguo, el primero con puerta de madera cruda, estrecha y alargada, y una ventana de vidrio a cuadros, empotrada en un marco de hierro; un pequeño patio trasero encerrado por paredes bajas, de ladrillo destapado, daba espacio para una alberca con lavadero inclinado y desagüe abierto al piso de tierra a su alrededor. En un segundo plano de proyección de los cuartos de la casa, aparecían dos recovecos, uno con hornilla montada sobre bloques de cemento, y un estante colgado de la pared que lo separaba del inodoro. Este, aún sin taza ni regadera, solo mostraba un hueco abierto, nada atractivo. Sobre los techos de todas las casas se alzaban sendos tanques de cemento listos para ser conectados a la tubería que traería el agua de la Regadera del Sur, el nuevo embalse del acueducto de la capital.

Ese fue el ambiente que encontró Matilde cuando se posesionó de su nueva vivienda luego de haber recibido la llave que le entregó un edil encargado de hacerlo, acto que cumplió igualmente casa por casa. Ya al interior de la suya, Matilde colocó su maltratada maleta en un rincón del cuarto de entrada y se dirigió a la pequeña ventana de la sala en donde permaneció contemplando fijamente la calle repleta de festejantes. De no

haber sido por el hombre que tocó a la puerta de la casa a eso de las cuatro de la tarde de ese mismo día, Matilde no se habría alejado de la ventana ni preocupado por la suerte de Mío a quien ahora si necesitaba. «Jovencito... a ver si se apura que tenemos trabajo», gritó, sacándolo de su escondite en algún lugar de la casa vacía. Aclarada para Mío la razón de la presencia del hombre que reconoció ser Salustiano, el conductor del camión que los había traído desde San Benito, se apresuró al llamado que este le hizo para que lo ayudara a descargar lo que traía, que había dejado a una cuadra de la casa.

Con Matilde dedicada a esculcar los bultos que le dejaban Mío y Salustiano, estos terminaron su oficio antes de que oscureciera cuando Salustiano partió de regreso a la finca de sus amos. «Me les da muchos saludos a sus amos», le dijo Matilde, haciendo caso omiso a su gesto de cobro. «¡Ah! Se me olvidaba», agregó estrechando la mano abierta palma arriba del hombre: «Me le dice a Don Francisco... que muchas gracias por su generosidad... siempre tan servicial», y sin más lo fue empujando hacia la calle.

Poco después, Matilde condujo a Mío al cuarto donde dormirían en las cujas que había colocado, ambas con un par de almohadas sin funda, y sendas cobijas mal extendidas. Habiendo prendido una vela que colocó en una grieta del piso, que pronto después apagó de un soplo, Matilde se apresuró a recostarse tal y como estaba vestida sin importarles lo que hiciera o no hiciera Mío. Estirada y sin taparse, comenzó a orar alta voz hasta que se quedó dormida dejando a Mío en contemplación de las sombras que dominaban su recién descubierto mundo.

El amanecer del 21 de mayo de 1940 fue uno de grandes quehaceres domésticos para los recién llegados pobladores del barrio. Ocupados en el arreglo de sus viviendas, cada uno de ellos se esmeraba por mejorar el aspecto de la suya, bien sea cambiando el color blanco pañete original lo que resultó

en un escenario urbano multicolor con predominio de rojos y azules, muy posiblemente la marca de sus preferencias políticas. También se propusieron sembrar sus antejardines con toda clase de matas de flores incluyendo yerbas aromáticas; igualmente plantaron buganvillas para que prendieran en las verjas que encerraban los pequeños espacios de entrada a sus casas, dándoles la belleza de su frondosidad; sin embargo, no todas las mejoras fueron de jardinería; algunos de los dueños se limitaron a cementar o baldosar el piso y colocar mesitas y asientos que les proporcionarían un ambiente social privado. En cuanto a la nomenclatura del barrio, que no existía pero si se conocía por aparecer en las escrituras de propiedad de las viviendas, alguien tuvo la brillante idea de modelar el número de cada una de las casas sobre placas de aluminio que vendió con instalación incluida a los vecinos todos.

A todas estas y por no quedarse atrás, Matilde se las arregló para comprar un pino candelabro que le ofreció un vendedor de plantas instalado en la calle frente a su casa, quien le ayudó a plantarlo a mitad de su jardín junto con una veranera que le regaló como ñapa exigida por su compradora; finalmente, viendo que sus vecinos colocaban las placas de su dirección sobre la puerta de sus casas, decidió hacerse la suya de una manera peculiar: ignorando el número que le correspondía y usando las iniciales de su nombre y apellido, M.C., talladas por ella misma en un trozo de madera que halló entre los escombros del patio, algo poco usual en un ambiente urbano tan humilde como era el nuevo vecindario. Eso pensaron los vecinos que la vieron colocarla. Para mayor extrañeza suya, Matilde se las arregló para tapar su ventana con una pesada tela arrugada, maniobra que vieron que hacía sostenida precariamente de algo que podría ser algún palo o alambre, mientras se asomaba desafiante como diciéndoles: “¿Qué miran? ¡Metidos!”. Lo último que vieron fue el rostro de Mío asomado bajo los pliegues de la improvisada cortina.

La construcción de una enramada que serviría de comedor fue hecha por un albañil de los que habían construido el barrio, contratado por los vecinos para que les trabajara. Estos le

pagaban el costo de sus servicios que también incluía la hechura de muebles caseros, en cómodas cuotas mensuales. Pese a la tardanza de Matilde en pagar la suya, el hombre no tuvo inconveniente en ayudarla a obtener una mesa de comedor y dos asientos de madera cruda y una pequeña alacena que sirvió para colocar los pocos utensilios de cocina traídos de San Benito.

En cuanto a comida preparada, Matilde se las arregló para recibirla de Doña Mercedes quien hacía su agosto como proveedora de comidas a domicilio suficientes para almorzar y cenar y hasta desayunar al día siguiente. Sin embargo, Matilde decidió suspender los servicios que le prestaba la ingeniosa mujer, el día cuando sin recibirle lo que le traía, le dijo con aire de autosuficiencia: «Mire Señora... con lo que le que pago... ¿Cuánto hace ya?, hago mercado y me sobra». Para tranquilidad de Mío, Matilde se apuró a salir de compras inmediatamente después de su decisión: «Ande... que vamos a la plaza... ahora si vamos a comer mejor y más barato», le dijo apurándolo a seguirla.

Poco interesado en el regateo que Matilde hacía con los humildes marchantes que trataban de complacerla, Mío se dedicó a correr libremente por entre los puestos a la intemperie, de comida y de frutas y hortalizas en abundancia jamás imaginada por él. Poco fue lo que le duró su infantil esparcimiento. Cargada de compras, Matilde lo había encontrado y llevado a sentarse sobre unos bultos de papa apilados en una esquina de la plaza. «Ahí le dejo la compra... y no sea que se deje robar... o se coma algo... o que se le vuele la *saraviada* que le dejo encostada...», le dijo apuntándole a los ojos con mirada amenazante.

Mío regresó a casa cargando un par de canastos nuevos llenos de compras, seguido por Matilde hecha un lío con el costal que escondía la gallina de su encargo y unos cuantos paquetes más que dejaba caer aquí y allá y recogía renegando de su suerte. Al fin de cuentas logró alcanzar a Mío en su espera en el antejardín de la casa en donde descargó su problema de carga para abrir la puerta y ordenarle que entrara lás compras.

«Y no es que ahora crea que va a tragarse el mercado... ¡Muérgano este!», fue lo dicho por Matilde al cansado y hambriento Mío, cuando se dispuso a colocar lo traído en el estante de la cocina, bien contado por cierto. «Cuatro naranjas maduras, seis curubas biches, doce guayabas agusanadas, dos puchos de arroz blanco, una libra de harina de maíz, una libra de papa criolla, un ramo de cilantro que tengo que poner en agua, dos mogollas negras, media panela, cuatro bolas de chocolate de harina... un rabo de cebolla larga».

Distraída con su oficio, Matilde no se dio cuenta de la ausencia de Mío. Cansado de hacer sus propias cuentas, se había acurrucado cerca del costal que contenía la gallina del cuento, que ahora pujaba por escaparse. A punto de quedarse dormido, Mío escuchó la continuada retahíla de Matilde. «¡A ver qué tenemos aquí! Lo más caro... a ver si aprende a usarlo. Un reverbero, una botella de alcohol, una olla de aluminio, una cacerola, una olleta, dos cucharas, un cucharón, un molinillo, una plancha usada, una bolsa de carbón de palo, un atado de velas, una caja de fósforos de madera... una escoba. ¡Ah! Y lo que ya tengo... mi sopera esmaltada y mi cantina, quemadas y con abolladuras, ¡Pero sirven! Mío, ¿Me oye?», concluyó para bien de nadie porque Mío dormía profundamente.

Sacado bruscamente de su tranquila siesta por los gritos que lanzaba Matilde en persecución de la gallina que había logrado escaparse de su encierro, Mío halló muy divertido imitar sus gestos de bruja en trance de salir volando montada en el palo de su nueva escoba. «¡Pobre gallina! ¡Ahora sí que la mata!», exclamó sorprendido por la rabia con que Matilde batía su instrumento de tortura azotando el aire con su rejo de cuero anudado, el mismo que usaba cuando era él a quien perseguía. Cuando por fin lograron entre ambos atrapar el escurridizo animal, Matilde se dedicó a tantearla atrevidamente: «Ojalá que esté clueca... porque ponedora de huevos parece, ¡O se convierte en presas!».

El incidente no pasó a mayores, solo que la asustada gallina no resultó ser lo que se esperaba de ella. Nunca puso un huevo,

pero si se tragaba en segundos la manotada de maíz que Matilde le arrojaba de madrugada luego de espantarla de la despensa donde amanecía trepada picoteando los talegos de granos que su dueña mantenía cerrados y contados. El caso fue que el animal logró escapar de sus escobazos y alaridos, peores que su cacareo, cuando se trepó a una de las paredes del patio, y en azaroso vuelo, se perdió en algún patio vecino. Desde entonces, Matilde no dejó casa alguna del barrio adonde no fuera a reclamar su, para ella, “costosa ave ponedora”, que nunca apareció.

La llegada al barrio de un par de hombres vestidos con overoles grises trepados en grandes camiones marcados con el escudo de la alcaldía municipal, fue motivo de curiosidad para Mío y Matilde, ambos en la ventana de la sala, cuando los vieron descargar lo que traían y a un par de ellos dirigirse a su propia casa. «Ya era hora de que aparecieran... a ver si acaban de terminar el inodoro», le dijo Matilde. «Vaya y ábrales... y no los pierda de vista... no sea que se roben algo...». Dicho y hecho, Mío se apresuró a obedecerle sintiéndose orgulloso de ser el encargado de atenderlos. «Venimos a trabajar en el *guater* de la casa», le dijeron. «¿En el qué?», les preguntó Mío, y sin esperar explicaciones, los invitó a seguirlo: «Que bueno... que bueno... sigan... sigan... yo los voy a ayudar si me dejan ver ...¡El guater... el gua...ter.. el gua....gua...guater », canturreó jocosamente para diversión de los obreros, encantados con sus maronas verbales.

Aunque su deseo de colaborarles no se cumplió, si le fue permitido acompañarlos de cerca mientras colocaban el inodoro y lo conectaban al tanque colocado en el techo de la casa. Igualmente instalaron un tubo rematado por una tapa redonda agujereada protuberante que pegaron a la pared del recoveco. «Para que se bañe... es una regadera», mostrándole la forma de hacerlo.

Cumplida su tarea, uno de ellos le pidió a Matilde que leyera y firmara unos cuantos papeles. «Son de aceptación del trabajo que hicimos» le dijo amablemente. «No sé si deba... de pronto me cobran algo después...No... mejor déjelos por ahí... ya veré si los leo», le dijo Matilde. «Que conste Señora... que conste», le contestó el sorprendido obrero haciendo anotaciones en su libreta de apuntes. «Aquí dejo constancia de su rechazo... y sepa de una vez que nuestro trabajo es gratis... ni más faltaba... tan pobre como se ve que es usted...y para completar, ¡Desagradecida», concluyó el hombre, dejando a Matilde horrorizada por su ofensa.

Mientras esto ocurría, Mío se había apresurado a dar uso inmediato a la regadera recién instalada que parecía llamarlo con el gorgoteo que brotaba de su extraña boca agujereada. Descalzo y sin desvestirse y brincando bajo el chorro de agua helada que corría libremente por su tembloroso cuerpo, Mío revivió el encanto de otros días cuando era dueño de la naturaleza del páramo y el encanto de la quebrada que aún lo llamaba a regresar a su cauce. Encantado con la experiencia, su alegría no duró mucho tiempo. Empapado y vuelto un ocho, Mío fue sorprendido por el fuerte tirón de orejas que le propinó Matilde. «¡Vaya criatura endiablada! ¡Ahora se desviste y se queda ahí hasta que se tulla de frío! ¡Ahí!, donde tanto le gusta», enfatizó mientras le rapaba el bulto de ropa que Mío acababa de quitarse. Desnudo, acurrucado en el pequeño espacio de su accidentada diversión, Mío contempló durante un par de horas el bamboleo de sus prendas colgadas de una cuerda tendida de pared a pared en el patio de la casa. Solo pudo vestirse cuando Matilde se las alcanzó, a medio secar.

Mío no dejaría de bañarse diariamente, al despuntar el alba, eso sí, desnudo y sin malabarismos, ejercicio que Matilde le acolitaba y hasta se divertía viéndolo tiritar bajo el ramalazo de agua helada que le arrancaba quejidos escandalosos como los que lanzaban sus vecinos metidos bajo sus propias regaderas.

El prometedor desarrollo del barrio siguió siendo visible día tras día en el crecimiento desordenado de sus bloques de casas reconstruidas para dar espacio a segundos pisos que nunca se acababan y terminaban convertidos en troneras abiertas a las calles y carreras igualmente inconclusas, llenas de huecos y obstruidas por amontonamientos de tierra y materiales de construcción y pilas de basura maloliente.

Aunque limitada a unas pocas horas, la llegada de la luz eléctrica a mediados de 1940 fue suficiente para alimentar los electro domésticos de la General Electric que poseían unas pocas familias encantadas de poder conservar sus alimentos en frío, hacer jugos de frutas y mezcolanzas batidas de toda clase de alimentos, hasta podían gozar de agua caliente, un verdadero lujo por eso días. El prodigioso servicio eléctrico también les permitió disfrutar de los *Telefunkens del Káiser*, así llamaban sus dueños presumiendo de conocedores de su historia, los enormes radios alrededor de los cuales comenzó a girar un nuevo entorno familiar propiciador de intimidad hogareña sana y constructiva; su diminuta ventana iluminada y sus grandes botones giratorios serían el centro de sintonización de toda clase de noticias y programas culturales, novelas y concursos prometedores de jugosos premios, hasta de porvenir radial para los participantes.

Estos y otros portentos inimaginables llamados rocolas, permitieron a los dueños de muchas de las viviendas, convertirlas en bares y tabernas de mala muerte que dieron al traste con la otrora tranquila existencia del barrio. A tan apurado manejo de bienes y aprovechamiento de las mejoras urbanas que les brindaba el gobierno municipal, se agregaba la diaria y prometedora llegada de lujosos autos negros oficiales con anchos boceles deslumbrantes que traían personas de porte altivo, adustas, sombrías, vestidas de negro, enchalecados, con sombreros alones que ocultaban sus rostros; acompañados de policías que detenían y cacheaban a quienes se acercaban, los muy notados personajes se apeaban y pretendían escuchar a quienes querían hablarles, solo para dejarlos con la boca abierta

cuando partían apresuradamente sin decirles quiénes eran ni la razón de su visita.

«Son los Concejales. Gente de muy alta clase social, ¡Alta! ¡Muuuyy Alta!, a la que pertenece el Honorable Señor Alcalde, el que me concedió esta casita. ¡Pidamos a Dios que lo conserve y repita y nos visite y lo conozca a usted a ver si me ayuda con su educación! Que ya se está pasando de bruto», fue la perorata que armó Matilde de la pregunta que le hizo Mío.

Mío vio llegar y pasar los últimos meses de 1940 en relativa tranquilidad y rápido crecimiento en edad y juicio proporcional a sus ocho años, los que sabía que tenía aunque ignoraba el día de su nacimiento. Fueron varias las veces que quiso averiguarlo preguntándole a Matilde, solo para verla reaccionar furiosamente, como si le preguntara qué edad tenía ella. Sin embargo, su imaginación le dictaba que él cumplía años todos los días, y que lo acompañaba su inseparable amiga, la tristeza que no lo abandonaba jamás, ni siquiera cuando sus vecinos celebraban los cumpleaños de sus hijos y estos lo invitaban a treparse con ellos en las paredillas divisorias de sus casas queriendo asombrarlo con sus brincos y peripecias. Conocedor de juegos abismales, que bien podía demostrar, nunca se atrevió a desafiarlos. Su mundo no era el suyo, pensaba Mío.

El amanecer de la Navidad de 1940 sorprendió a Mío sintiéndose como si le hubiera caído un volador de los que vio surcar el espacio celeste de su desvelo navideño. Había pasado la noche entera sin poder dormir a gusto, preocupado por Matilde que no dejó de gemir ni de darse golpes de pecho hasta bien pasada la media noche, sentada en su silla hecha un ovillo envuelto en su pañolón, algo que para Mío era como si el mueble y su dueña fueran una sola cosa inseparable.

Atraído por el jolgorio que ocurría en la calle, y no viendo a Matilde por ninguna parte, Mío se asomó a la ventana de la sala y descubrió el mundo navideño de los niños que disfrutaban de sus triciclos con globos de colores colgados de sus manubrios, una novedad que le hizo soñar con su posesión. Apesadumbrado, se encogió de hombros, regresó a su lecho, tranquilo de no ver a Matilde, solo la oyó trasegar en el patio de la casa, y se refugió en su tristeza tratando de olvidarla con un sueño largo y tendido.

No acababa de enrollarse y prepararse a dormir en paz, cuando lo asustó el grito que lanzaba Matilde. «¡A ver si se levanta, sinvergüenza! Ya lleva siglos durmiendo... alístese para lo que le espera». Ya sabía qué era lo que tenía que hacer. Debía apurarse a tender su lecho y aplanar a golpes de mano la nudosa almohada sin funda que usaba, lo mismo que tenía que hacer con el desordenado lecho de Matilde.

El estrago mental y físico que le causaba esta diligencia, le hacía creer que se lo tragaría su ahuecado vientre y lo arrojaría a la hondura de la enorme mica de porcelana apestosa y desbordada que Matilde mantenía a su alcance. Era tal el asco que le causaba verla desahogarse a mitad de la noche, que prefería aguantar y apretar así se reventara. Sin embargo, lo más repelente de la situación, era tener que vaciar y lavar el asqueroso recipiente, precisamente antes del desayuno. Perdido el apetito, Mío pasaba con dificultad el poco de changua escasa de huevo y de pan y sobrada de cilantro que Matilde le preparaba muy temprano todos los días, acompañado de amenazas: «¡Y hay de que vomite...! ¡Se queda en ayunas...y a comer fueite...!» Eso no sucedería esa mañana. Matilde había sacado su hediondo receptáculo. «Hasta lo habrá desaparecido cansada de olerlo» pensó Mío contento de no verlo.

Largos y tediosos fueron para Mío esos primeros días de enero de 1941 que vivió bastante maltratado desde la noche del 31 de diciembre cuando Matilde lo aterrorizó con la más extraña de sus locuras nocturnas: Perseguirlo envuelta en una sábana blanca y esparciendo inciensos azufrados que invadieron

maléficamente el tenebroso espacio debajo de su catre donde se refugió creyendo que no lo encontraría. «¡Qué le pasa a usted!» le gritó Mío tratando de evitar el palo de escoba con el que hurgaba su escondite. «¡Cállese... que bien merecido lo tiene... y salga de ahí... rata inmundada!», fue la respuesta que recibió esa noche maldita. Lo inexplicable del caso fue la posterior conducta de Matilde cuando logró su propósito de sacarlo de su refugio y se arrodilló y le pidió perdón por lo que le hacía. Víctima de sus desvaríos, Mío comprendió que tenía que estar preparado para aguantar nuevas y repentinas manifestaciones de locura, así no hiciera él nada para provocarlas.

Sucedió unos días después de su último ultraje, cuando escuchó que Matilde invocaba a un tal Calixto llamándolo a gritos que lo asustaron porque los dirigía a alguien que él no podía ver. «¡Calixto! ¡Calixto Cienfuegos! ¡No me abandone! ¡Mire que estoy aquí... para lo que me necesite!».

«¡Loca... loca de atar!», se dijo Mío, aterrado de oírla y peor aún, de verla marchar como los uniformados armados que había visto últimamente recorriendo las solitarias calles del barrio, pegados a las verjas o apostados en algún lugar oscuro. Sus gritos de: “¡Alto! ¿Quién va?”, y el eco lejano de uno que otro disparo, le hacían creer que habitaba un mundo de fantasmas surgidos de las profundidades del páramo de San Benito. Ahora tenían nombre y hasta aparecerían de veras cuando a Matilde le diera por llamarlos.

Eran las seis de la mañana del 18 de enero de 1942 cuando Matilde despertó a Mío, no como solía hacerlo, a gritos y maldiciones, sino con suavidad tal que le hizo creer que estaba soñando. Vestida formalmente, le pronosticó que ese día sería inolvidable para él, que se vistiera mientras le traía su desayuno. «Ahora el loco debo ser yo», se dijo Mío sorprendido por el cambio obrado en Matilde.

Su arribo a la Plaza de Bolívar ocurrió un par de horas más tarde cuando desembarcaron del tranvía de franja blanca que los había traído y se dirigieron a la Calle Real en dirección al Café-Billar de Foudoix. Sorprendido, el buen hombre, recibió a Mío con palabras de felicitación por lo grande que lo encontraba. «Te ves muy bien... tanto tiempo sin verte...», le dijo sugiriéndole que se distrajera viendo jugar a sus clientes. «Es billar... no para que practiques porque es para gente adulta... ellos usan tacos y bolas y otras cosas... ¡Vale la pena ver cómo lo hacen!», le dijo antes de permitirle correr a curiosear por el agitado mundo de su negocio.

Ese día, Mío descubriría que el mundo bien podía estar hecho de bolas blancas y rojas como las que veía correr empujadas a golpes de tacos clavados en sus barrigas por los jugadores, hombres muy bien vestidos, de corbata y sombrero. «Uhhh... tan elegantes...ni se les cae el gorro... con tanto agache y desagache», se dijo maravillado. Atraído por su postura como de fieras en acecho en contemplación del verde horizonte de las mesas de juego, Mío creyó que lo que hacían era tratar de alinear las tres bolas, una roja y dos blancas, para asestarles un golpe de gracia definitivo que las convirtiera en bólidos disparados a las estrellas. Viéndolos apuntar sus logros en el chorizo tendido sobre sus cabezas, hecho de botones de colores que contaban y apartaban con la punta de sus largos palos de ataque, Mío creyó firmemente que el objeto de sus movidas era agotar lo que movían y que el primero que lo hiciera se ganaría el derecho de jugar con la bola del mundo. «Si es que pueden moverla», se dijo.

Aburrido de ver que el sorprendente juego causante de su especulación no acababa nunca, y cuando parecía concluir, comenzaba de nuevo y los curiosos jugadores, entre tacada y tacada se bebían de un solo trago el contenido de enormes botellas etiquetadas, y que el aire que respiraba era apestoso, turbio, humeante, Mío decidió correr a distraerse con los paisajes de islas y lagos esplendorosos y montañas cubiertas de nieve que colgaban de las paredes del enorme salón de juego. Admirado de

su belleza, se propuso pedirle a Foudoix que le contara en donde quedaban esos lugares y si podía, que lo llevara a conocerlos. Fue entonces cuando escuchó el llamado que le hizo Foudoix para que se acercara. Ya a su lado, vio la entrega que le hizo a Matilde de unos billetes que esta se apresuró a guardar en su bolso con la naturalidad de alguien que recibe algo ganado. «Y para ti» le dijo a Mío, «chocolates y figurines coleccionables que puedes cambiar por juguetes. ¡Ah! y regresa pronto... ahora, ¡Apúrate! No sea que te regañen».

Lo ocurrido esa mañana ante Foudoix se repitió nuevamente un par de horas más tarde cuando llegaron a Teusaquillo al norte de la ciudad, a bordo de un lujoso tranvía. Según le contó Matilde durante el trayecto hacia su destino, el coche que los llevaba, era una *Lorencita*. «Así se llama... por la esposa del gran Presidente Santos... la Primera Dama de Colombia... ¿Me oye...? ¡Primera Dama!, como yo...que lo fui no hace mucho tiempo. ¡Y no se burle que es verdad! ¡Más respeto!... criatura necia... que me lo merezco», concluyó irritada por la carcajada que soltó Mío junto con la estruendosa de la gente que viajaba en los asientos cercanos. «¿Qué? ¿No me creen?», les gritó Matilde, enfurecida. «Ya verán. ¡Yaaaa verán!... y usted, Mío, mire bien... porque es la última vez que va a montarse en esta clase de lujos... ¡Muévase!... que ya llegamos».

Lejos estaba Mío de saber que se encontraba en el lugar donde había nacido, mucho menos de comprender las razones que tendría Matilde para dar vueltas y vueltas como si no supiera donde se encontraba. Sorprendido por su errático andar, Mío se dedicó a observar la espaciosa vía arborizada por donde avanzaban. «¡Quintas!... quintas...de veras», exclamó Matilde. «Ni parecidas a la nuestra» se dijo Mío, contemplando sus altas paredes de ladrillo bajo altos techos acanalados, amplias ventanas enmarcadas por paneles de madera calada y jardines muy bien trazados, con verjas de piedra, cubiertas de enredaderas. «Ya me haré a una de estas mansiones...», le dijo Matilde cuando se detuvo frente a la casa de Don Anacleto, según le explicó a Mío en ese instante, un viejo amigo suyo y de su familia. «Se la dará

él... de pronto es el alcalde mismo...» pensó Mío recordando sus pasadas pretensiones.

Ya entrado en años, de cabellos blancos y gran bigote enroscado sobre sus amplias mejillas coloradas, el distinguido señor se dignó escuchar el prolongado saludo adulatorio que le hizo Matilde mientras le mostraba a Mío diciéndole que era su razón para molestarlo. «Al grano Señora. ¡A lo que vino! ¿Qué se le ofrece?» «Cualquier cosa que pueda darme... se lo agradezco Don Anacleto», insinuó Matilde. «¡Señora! Lo único que puedo ofrecerle es leche... puede recogerla... ¡Antes de la siete de la mañana!, cualquier día... un par de veces a la semana. Vaya a La Fuente Blanca... en el Ricaurte... usted debe saber dónde queda... ¡Y no se preocupe por su costo! ¡Es regalada!», concluyó empujándola fuera de la casa. Mío, tras ella, no disimuló la risa que le causó lo sucedido. Bien sabía lo humillada que debía sentirse.

Mío vio llegar la hora de su primer solo por el mundo bogotano cuando en cumplimiento de la orden que le dio Matilde una madrugada lluviosa a comienzos de enero de 1942, partió hacia el Barrio Ricaurte llevando la cantina sin tapa que mantenía en su cocina. «Se va por leche... y ya sabe... derecho por la orilla de la carrilera... hasta que llegue a la Fuente Blanca... y ¡Apúrese! y cuidadito con derramar el encargo... que si lo hace... es mejor que no vuelva», fue la orden que recibió de Matilde antes de ponerlo en la calle.

Triste caminante de la incipiente aurora, Mío cruzó el potrero que separaba el barrio de la trocha del tren y tomó distancia de los rapazuelos de aspecto alevoso que lo seguían. En competencia paralela con el tren que vio pasar repentinamente pitando a su nostalgia de viajero de otros amaneceres menos apurados, corrió y corrió hasta que se le atravesó el monstruo y lo envolvió en la cortina de humo que despedía. Detenido a pocos pasos de la vía,

se agachó y contempló el prodigioso mundo que una vez sintió bajo sus pies, hecho de tonalidades cadenciosas surgidas del prodigioso mundo de rieles convertidos en instrumento musical capaz de arrullar sus sueños de viajero. Así vio llegar el último de los vagones cuando pudo ver nuevamente el rumbo que debía seguir, aún turbado por el trepidar de la tierra sacudida por el paso del poderoso titán de carrilera.

Vestido con un saco raído, pantalones cortos y sandalias de caucho, el último invento de Matilde para sus mal tratados pies, Mío, sintió el aguijón del frío sabanero que lo hería con sus latigazos. Pronto después y en compañía de otros caminantes ateridos como él, se detuvo a la orilla de un caño de aguas negras, apestosas. Tenía que cruzarlo como vio que otros lo hacían ayudándose entre ellos, acaballados en un tronco tendido sobre su tumultuosa corriente.

Asustado sobremanera, se dirigió a uno de los muchachos que lo habían seguido, y le pidió ayuda con su acostumbrada manera de sonreír agradecido. Para su sorpresa, el joven le devolvió su gesto y cogiéndolo de la mano lo condujo al resbaloso tronco que montó con Mío agarrado a su cintura, ambos deslizándose centímetro a centímetro hasta que llegaron al final de la peligrosa senda. «Este Fucha es bravo... y traicionero», le dijo su generoso guía luego de brincar sanos y salvos sobre el terreno fangoso y deleznable al otro lado del caño. «Gracias por ayudarme... mi nombre es Mío». «Sancho», le respondió este. El espontáneo abrazo que se dieron fue de amistad correspondida, sin futuro alguno otro que el recuerdo de su encuentro. Sin embargo, tenía un nombre que Mío jamás olvidaría. Se llamaba Sancho, y corría y alcanzaba al hombre que lo esperaba, su padre, al parecer por el cariño con que lo recibió, por la cogida de manos que se dieron, contándose cosas, alejándose.

Sumido en una nueva y más sentida orfandad que lo llenó de abismos mentales, Mío sintió que tendría que cubrirlos por su cuenta, que solo él podía descubrir la razón de la desaparición de todo lo que amaba. Apesadumbrado, sin querer alcanzar a la gente

que se le adelantaba, ni a Juancho, «¿Para qué? Mejor olvidar lo que pasó... y a lo que voy... voy», pensó contemplando el grupo ya lejano de gente en marcha hacia su destino.

Lo vivido por Mío ese día y su alegría cuando encontró la Fuente Blanca, se convirtió en agitado contar de su experiencia a la sonriente mujer que lo recibió. «Me llamo Mío... y vengo por leche...» le dijo mostrándole la vasija que llevaba. «Sin tapa... no sé cómo la va a cargar... bueno... gusto en conocerlo jovencito... Arminda es mi nombre», le respondió, tratando de entender la enredada historia que le contaba el audaz jovencito, sobre Matilde y Don Anacleto. «¡Oh! Si... por ahí tengo su orden de regalarle una cantinada... bajita o si no se le derrama... la próxima vez que venga, me trae una vasija con tapa», le dijo Arminda mientras cumplía con lo dicho. «Ah... venga y tómese un vaso de leche...», añadió, dándole uno repleto que Mío apuró en un santiamén.

Encantado de su trato, Mío le recibió la cantina a medio llenar y luego de maniobrar un beso dado al aire, se aventuró nuevamente por el camino de regreso a casa. No había avanzado unos metros cuando comprendió que no llegaría muy lejos sin que se derramara la leche. «¿Y ahora qué voy a hacer?», se preguntó precisamente cuando era alcanzado por una yunta de bueyes babosos, doblados como su conductor, bajo el peso de su carga. Viéndolos pasar, se le ocurrió montarse en el carromato que arrastraban. ¡Vaya insensatez! Resbaló y fue a caer a escasa distancia de las enormes ruedas del vehículo. Afortunadamente ileso, pero cubierto de fango lechoso, no pudo hacer otra cosa que levantarse y recoger la cantina, vacía por supuesto, y salir corriendo dejando atrás la yunta y su yuntero que pareció no darse por enterado de su imprudencia.

Lo mejor que pudo sucederle entonces fue la ternura y comprensión que recibió de Arminda cuando lo vio regresar. «¿Qué le pasó?», le preguntó esta mientras lo abrazaba compasivamente. «Me caí... por querer montarme en unos bueyes...», le respondió Mío sin atreverse a mirarla de frente.

«Pues será limpiarlo y llenarle la cantina otra vez... y taparla si es que consigo con qué...», fue la maravillosa nueva que Arminda le dio mientras lo aseaba con un enorme trapo oloroso a leche dañada. «Y ahora... váyase... ¡Y no corra tanto!», le advirtió antes de entregarle la vasija, esta vez, con tapa.

Mío estuvo de regreso a casa luego de haber logrado atravesar la temida corriente del Fucha acompañado de un hombre fornido que lo condujo en hombros al otro lado del peligroso cauce. Contenta de verlo regresar, aunque sin consideración alguna por sus magulladuras, Matilde le recibió la cantina sin concederle una sola palabra de agradecimiento, solamente sorprendida de verla con tapa, y más cuando comprobó que estaba llena hasta el tope. «Así es que me gusta... que la gente sea generosa y no cobre nada... bien que me merezco sus atenciones», fue su comentario, bastante egoísta por cierto.

Tan peligroso y desagradecido oficio no duraría mucho tiempo. Mío iría tres veces más a la fuente de su desdicha hasta el día cuando regresó tosiendo, afiebrado, y sin leche. «Fue que no pude pasar el Fucha», le dijo a Matilde, dispuesto a salir corriendo. «Para mejor será... que ni castigo se merece... Si usted nació como si lo hubieran hecho de mentira, y encima, ¡Inútil! Ni trae leche, llega enfermo, embarrado, y con las sandalias rotas... lo caro que me cuesta mandarlas a remontar», concluyó dejándolo bien librado de lo que pudo haberse convertido en una soberana paliza.

Lo cierto fue que Mío comenzó a sufrir ataques de tos ferina, le dio sarampión, y de encime, paperas y viruela. Todo eso sin intervención médica otra que las plastas de papel periódico saturado de grasas malolientes con las que Matilde le cubría el pecho y la espalda, y las ventosas, así le dijo que se llamaba el extraño ritual que cumplía con un vaso de vidrio, volteado, puesto sobre un cabo de vela prendida que se consumía rápidamente sobre su pecho causándole bolsas de piel inflada. «Para que le extraigan los malos humores que lleva por dentro», mascullaba, obligándolo a mirar fijamente el parche de papel rojo que pegó en la pared cercana a su lecho.

Aún no se recuperaba de tantas dolencias juntas, cuando Mío recayó seriamente una madrugada de mayo de ese año de rarezas físicas. Inquieto como nunca lo había visto, afligido por una extraña bola alojada en su garganta que lo atragantaba y asfixiaba, con fiebre, tiritando y moqueando, Matilde se vio obligada a cargarlo en hombros y llevarlo a la recién abierta Sala Cuna del barrio adonde llegó corriendo, llorando, desesperada. «De no haberlo traído pronto, esta criatura ya estaría muerta. ¡Tiene difteria! Menos mal que acaba de llegar la vacuna», oyó Matilde el comentario que hizo el médico de turno que lo atendió.

Fueron tan especiales los cuidados que recibió Mío del amable galeno, y tan constante sus atenciones médicas y los de una monja asistente suya, que se recuperó totalmente en menos de dos días. «¡Ya puedes irte! Pero vuelves porque te voy a poner todas las vacunas que hay para que dejes de enfermarte. ¡Te vas a mejorar rapidito!», le dijo cariñosamente el Doctor Francisco de Castro Gómez, el nombre y título bordado en su larga blusa blanca que Mío leyó y utilizó para darle gracias por haberlo curado. «Y te vas a tomar este jarabe. No es un manjar, pero te va ayudar... ya verás... tu mamita sabrá darte cosas ricas después», concluyó el complacido doctor, entregándole a Matilde un enorme frasco marcado con la imagen de un pescador cargando sobre su espalda un enorme pescado blanco.

Vacunado contra todo mal conocido y por conocer, Mío se repuso rápidamente de sus dolencias físicas, adelgazó y creció unos centímetros más, cada día mejor parecido, hablador, juicioso, bromista, curioso por conocer al pescador pintado en la botella que contenía el atroz menjunje recetado. «¡Siga así! Ya veré lo feo que se pone», era la constante nota sin regaños que le daba Matilde jocosamente cuando le hacía tragar el aceite de hígado de bacalao viéndolo hacer muecas entre rechazos y discusiones.

Matilde y Mío llegaron muy temprano a la Plaza de Bolívar un lunes de marzo de 1943 y se dirigieron a la esquina de la calle once con la carrera séptima en donde torcieron hacia el oriente de la ciudad. Mío reconoció el lugar inmediatamente y se preguntó si estarían de visita nuevamente a la casa de Foudoix. No en esta ocasión, descubrió muy pronto cuando supo que su destino era el Palacio Arzobispal. Detenidos a la entrada del lugar, Matilde se santiguó y le ordenó que hiciera lo mismo, que se alisara el pelo, se limpiara los zapatos del polvo que habían acumulado por el camino, se estirara los calcetines, y las mangas del saco, se sacara los puños de la fina camisa de lino que estrenaba ese día, se apretara el nudo de su corbatín negro, de seda y templara las calzonarias que sostenían su pantalón.

El minucioso ritual de su compostura fue acompañado de una larga historia con pelos y señales contada por Matilde sobre el lugar en el que se encontraban y a quién “iba” a ver. «Nada menos que... y jamás lo olvide, ¡Jamás! Voy a verme con el Ilustrísimo Siervo de Dios, Monseñor Ismael Perdomo Borrero Arzobispo de Colombia para honra y gloria de la Santa Madre Iglesia». «Otra vez a pedir y pedir, quién sabe qué esta vez», se dijo Mío oyéndola conversar con una monja muy seria, detenida a mitad de la gran portada de entrada al arzobispado. «Soy Matilde Cienfuegos, hermana de Monseñor Simón Tadeo Cienfuegos... que en paz descanse».

Cerca, mirándolos de reojo, estaba un sacerdote sentado tras un pequeño escritorio colocado en el vestíbulo del imponente salón de entrada al lugar. «Vengo a ver si me recibe el Arzobispo... para solicitarle un gran favor... es para este niño», esta vez al cura que la observaba con su aletargada mirada. Asustado, Mío creyó que le había llegado la hora del juicio final pronosticado por Matilde, por lo malo y perverso que era.

Llamados a seguirlo por el aún curioso clérigo, lo siguieron por la escalera de mármol bifurcada que conducía al segundo piso del lugar en donde les ordenó que esperaran a mitad de

un gran salón con ventanas de cristales trazados con motivos religiosos y retratos de curas colgados de sus paredes. Curioso a cual más, Mío se entretuvo viendo el ornato dorado que enmarcaba la puerta por donde se había desaparecido su guía. «¡Es el despacho del Arzobispo!» le dijo Matilde a lo que agregó en voz alta haciéndose notar de las personas que como ella esperaban ser recibidas: «Y todos esos curas con capas moradas y zapatos con hebillas plateadas que ve entrar, son... nada menos que obispos... y monseñores... y los que los siguen, los ve, tan jóvenes, tan elegantes, esos son ¡Seminaristas! ¿Me oye?», futuros curas...para que lo piense».

Luego de respirar profundo y como no era atendida prontamente, decidió continuar sus ya largas explicaciones no solicitadas por nadie de los presentes. «Y los señores, esos que cargan libros enormes y carpetas y rollos de papeles, esos que entran y salen del despacho de nuestro amado jerarca, esos son sus abogados. ¡Vaya si los voy a necesitar!» concluyó Matilde para entonces ignorada y mal vista por los presentes.

Apurada por el llamado que le hacía el cura que la había recibido, Matilde se desprendió de Mío con brusquedad y le ordenó que la esperara sentado en uno de los sillones alineados contra las paredes del salón; temeroso de acercarse a los purpurados que parecían seguirlo con su mirada desde sus óleos colgados en las paredes, se abstuvo de hacer lo que le había ordenado Matilde, prefiriendo quedarse donde estaba.

La verdad de lo que sucedió ese día no le sería revelada jamás. El hecho fue que Mío recibió el sacramento del bautizo el 6 de abril de ese año de gracias divinas, acto que se cumplió en la Capilla del Sagrario, cercana a la Catedral, por un clérigo poco amable que se limitó a leer el papel que Matilde le entregó. Frunciendo el ceño y mirando a Mío de arriba abajo, el cura se le acercó, le puso ambas manos sobre su cabeza y luego de pronunciar unas cuantas palabras que su bautizado no entendió, y de echarle encima una manotada de agua que extrajo de una pila situada a la entrada del templo, lo despidió diciéndole:

«Ya eres hijo de Dios... Gracias a la bondad de nuestro amado Arzobispo... y usted, buena mujer», le dijo a Matilde, «vuelva en un par de horas para que recoja la partida de bautismo de su criatura».

«¡A ver! Escuche y aprenda», fue la lección que recibió Mío cuando se sentó en un escalón del atrio de la Catedral y escuchó a Matilde, leerle el papel que le batía: «En este papel, que es oficial, sellado... ¡Mire bien!, firmado por el Padre Sábado, el cura que le borró con agua bendita su pecado original, consta que usted es hijo de Giuseppe Bresni y de Magda de la Rosa, y que su padrino es... ¡Nada menos que Monsieur Foudoix! Aunque no vino, yo se lo dije y me dijo que sí... que ni más faltaba... que si no venía, fuéramos a verlo».

Mío usaría el apellido Bresni, más no el de su madre. De impedirlo se encargó Matilde. Bien hubiera querido darle el de Cienfuegos de no mediar su honorabilidad de señorita: «Mío Bresni... y nada más... Así se llama usted... y no pregunte nada. ¡Agache la cabeza que le estoy hablando!», le ordenó el día cuando lo forzó escribir cien veces, letra por letra, el nombre que, a su parecer, le convenía.

Mío, Bresni para siempre, aprendería y cumpliría nuevos rituales religiosos que Matilde le impuso muy pronto después de su rescate del limbo y entrada al social de su legitimidad cristiana, todos de preparación para confesarse y hacer su primera comunión. «Muy difícilmente logrará alcanzar el Reino de los Cielos si no cumple con el sacramento de la confesión, y más usted que está cargado de culpas que ni perdón tienen», fue la predicción de Matilde para el inocente Mío; incapaz de comprender lo que le decía, escuchó su aún más acusadora sentencia: «Por sus pecados y falta de atención a lo que le digo... a ver si hace lo mismo cuando se confiese, ¡Prepárese! ¿Me oye? porque bien mal que le va a ir... ¡Ave María bendita! No quiero saberlo», le dijo espantándolo con su pronóstico.

Mío hizo su primera confesión un domingo de junio de 1943, cuando fue llevado por Matilde a la iglesia de La Candelaria y lo acercó a un confesonario de los muchos que había allí, colocados a lo largo de las naves laterales del templo. Desconocedor del rito que según Matilde tenía que cumplir o de lo contrario no podría comulgar, Mío se arrodilló ante la ventanilla enrejada y encortinada en espera del llamado que le dijo Matilde le haría un sacerdote oculto al interior del recinto.

«Buenos días, padrecito», fue el saludo que se le ocurrió a Mío darle al desconocido hombre de perfil borroso que vio metido entre las sombras del confesonario. Habiendo escuchado las palabras que pronunció su confesor en un idioma incomprensible, Mío se tranquilizó cuando lo escuchó, en español, preguntarle si tenía algo de que confesarse, a lo que contestó que él era muy juicioso y muy rezandero. «¡Bueno... bueno... a lo que vino! A ver. Yo le ayudo a purgar sus culpas...», le dijo el hombre sin rostro que para entonces le infundía pavor. «¿Tiene malos pensamientos? ¿Es desobediente? ¿Irrespetuoso con sus padres? ¿Les frunce los hombros... les rezonga... los mira mal?». Finalmente le lanzó una última pregunta que Mío no acertó a comprender: «¿Se masturba? Y si no me entiende, se lo digo como dice el vulgo: ¡Se hace la paja! ¡Y no me lo niegue!», concluyó su despiadado veredicto. Confundido, Mío le respondió: «Sí Señor, ¡Sí!...pero no le entiendo eso de...», y sin poder pronunciar la extraña palabra, quiso salir corriendo del lugar, solo que lo detuvieron las atronadoras palabras que pronunciaba su inquisidor luego de imponerle la penitencia que debería cumplir: “*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*”.

Presintiendo que lo dicho finalmente por el mal pensado hombre era una maldición, algo así como un juicio y castigo por sus enormes pecados, Mío decidió no empeorar las cosas y cumplir de inmediato la penitencia que le fue impuesta por el implacable cura, un monstruo, pensó, de esos que abundaban en su camino. Arrodillado ante el altar mayor, se dio los cien golpes de pecho ordenados y rezó un rosario con todas sus arandelas y le prendió una vela a la Virgen de la Candelaria

patrona del templo: «¡Oiga Señora! Usted sabe que yo no hice lo que me dijeron que dijera que hago», fue su declaración a la enorme estatua colocada a la entrada del templo. Sin más, y con una última santiguada bastante apurada, abandonó el lugar sintiéndose bien por lo liviano de su conciencia.

Llegado el 16 de julio de ese año de 1943, de celebración de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, Mío llegó muy temprano al templo del mismo nombre, en cuyo atrio comenzaban a reunirse los celebrantes de su primera comunión, unos cien, calculó, los niños luciendo traje de paño como el suyo, de pantalón corto, camisa blanca y corbata, medias largas azules y zapatos de charol, y con ellos, las niñas, vestidas de blanco inmaculado, con velo y cofia, algunas con diademas, parecían santas aureoladas, portando sus cirios y sus rosarios de perlas nacaradas, y entre sus manos enguantadas, sus devocionarios estampados con sus nombres, convertidas en Blanquitas de su rica imaginación.

Nostálgico y muy piadoso, Mío exhibió con orgullo su cinta de primera comunión estampada en dorado con el cáliz y la hostia sagrados; igualmente portó su cirio prendido mostrándose feliz entre los comulgantes, a cual más radiantes en el casi que celestial escenario de la majestuosa iglesia enaltecido por la música coral y el esplendor de la ceremonia litúrgica que comenzó a las doce en punto del día con las muchas vueltas de altar dadas por una docena de sacerdotes revestidos formalmente, seguidos por otros tantos jóvenes seminaristas con amito bordado con una cruz, alba, y cíngulo, símbolo de su sometimiento a la voluntad divina, todos en seguimiento del Arzobispo oficiante, revestido este con esplendor jamás imaginado por el asombrado Mío,

Recordando lo que Matilde le había enseñado esa mañana cuando lo vestía, sobre la majestuosidad de la ceremonia durante la cual recibiría su primera comunión, y su amonestación algo

incomprensible para él: “Que la gracia de comulgar que va a recibir le sirva para que se defienda de los demonios que tendrá que enfrentar en adelante”, Mío suspiró para sus adentros y se dijo: «Ahora sí que estoy hecho... me bautizan, me confieso, me acusan de lo que no he hecho...cumpló la penitencia... comulgo... ¿Y me va a ir peor? ¡No es justo!», se dijo pensando en lo eficaz que podría ser el santo sacramento para librarlo de los fantasmas que lo perseguían.

Feliz por todo lo que había visto y sentido, pese al abrumador sentimiento que llevaba de no haber logrado otra cosa que cumplir con los mandamientos de la iglesia sin que por ello quedase libre de culpa, Mío abandonó el templo y se dispuso a seguir a Matilde quien ya iba calle abajo en dirección a la Plaza de Bolívar.

Foudoix recibió a Matilde en su acostumbrada esquina de trabajo, al fondo de su negocio de la Calle Real en donde la hizo esperar para atender a Mío. «Te ves muy bien ahijado», le dijo entregándole un almanaque con fotografías de los Alpes suizos y una bolsa de papel de colores repleta de chocolates, y un billete que Matilde se apresuró a arrebatarse y guardar en su seno. Avergonzado por el proceder de Matilde, Mío le lanzó una mirada de reproche y quiso remediar su mal trato a Foudoix diciéndole que lo quería mucho y le agradecía sus regalos. «Te mereces eso y más», le respondió Foudoix, agregando: «Ahora, ¡Ve a pasear y a divertirte!».

Concluida la correría que hicieron por los alrededores del Café L'Europe, con Matilde distraída en lo suyo de visitar a sus conocidos, dueños de negocios varios a quienes no tuvo pena alguna para pedirles que contribuyeran con su regalo para “este angelito en su primera comunión”, Mío vio llegar con agrado el descanso que le permitió Matilde cuando se acomodó en una banca que encontró vacía, precisamente en el atrio de la Iglesia de Santo Domingo, sobre la Carrera Séptima.

Con su cartera repleta, Matilde se dispuso a escarbarla y manosear su contenido de chucherías, mientras que Mío, sentado a su lado, se ocupaba en pasar las páginas del almanaque que le había obsequiado su padrino, feliz de ver que mostraba y explicaba los mismos paisajes que había visto colgados de las paredes de su café billar.

Atraído por el ruidoso anuncio que alguien hacía al otro lado de la calle, Mío descubrió que lo causaba un payaso con su llamado. «No se pierdan la película del año... Boletas baratas... Luneta de lujo... Entren... entren...», gritaba el colorido personaje instalado bajo un enorme aviso escrito en grandes letras negras. “Pobre Niña Rica”, leyó Mío, estupefacto ante la imagen de una niña le sonreía desde un enorme afiche colgado de la parte superior de la marquesina que cubría la entrada al lugar. «¿Cómo que no? Tiene que ser la misma que conoció mamá Anita», se dijo recordando la promesa que le había hecho a él y a Blanquita de llevarlos a conocerla. «Tiene que ser la misma», se dijo entusiasmado, buscando la atención a Matilde.

No sin temor a su reacción, Mío le propuso que entraran al teatro, que él invitaba y pagaba la entrada con lo que le había dado su padrino. «Quién le dijo a usted que a mí me gusta andar por ahí metida donde una no sabe que puede sucederle!», le respondió Matilde. «¡Pero... y para que sepa que no soy tan mala como le parezco, le voy a alcahuetear su sinvergüencería! Voy a dejarlo entrar... a... a ese antro... y que sea la primera y la última vez. ¡Ah! Y no es usted el que paga... ¡Soy yo!», le dijo mientras lo despojaba de los símbolos de su primera comunión: «Vengan para acá esas reliquias... no sea que las pierda. ¡Que barbaridad! ¡Que barbaridad!», fue lo último que Mío escuchó que decía Matilde, antes de ingresar al tan maldecido lugar.

Sentado a mitad de una larga hilera de sillas de metal frío, incómodo, Mío descubriría el oscuro mundo del cine y los misterios de la noche artificial que lo envolvía. Atravesada por un chorro de luz en abanico luminoso brotada de un orificio cuadrado en lo alto de la pared a su espalda, Mío no supo si

mirar el prodigioso camino blanco trazado por el humo de los cigarrillos que fumaba la invisible audiencia, o la sábana blanca enmarcada por anchas bandas negras en donde terminaba el prodigioso chorro convertido en la imagen saltarina de la protagonista de la obra que actuaba tal y como había contado Anita, rodeada de duendes saltarines que creyó se saldrían del pequeño mundo blanco de su escenario. Efectivamente, Mío sintió que se le acercaban y lo abrazaban, como que querían llevárselo. Aterrorizado, no ya ante ningún fantasma, sino ante la presencia de un ser extraño, cercano, que lo tocaba, que se le arrimaba, brincó de su asiento y pisoteando a los ocupantes de las sillas cercanas se precipitó a lo largo del oscuro corredor resbaloso por donde había entrado, guiado por un incipiente rayo de luz exterior. Así logró llegar al orificio encortinado de salida del tenebroso recinto.

En espera suya a la salida del teatro, Matilde lo vio llegar cariacontecido y llorando, lo que atribuyó a que no le había gustado lo que había visto. Poco sabía del sentimiento que lo embargaba. El infame personaje oculto en la penumbra del teatro, no lo abandonaría jamás, como no lo harían los fantasmas del Tequendama ni las alimañas de El Alto, ni Matilde misma. A partir de ese día que Mío recordaría como el más negro de su corta vida, y sin poder revelar a nadie lo que le había ocurrido, se propuso que no volvería a entrar jamás a un lugar de esos. Por fortuna, Matilde se propuso brindarle otro tipo de diversión en donde ella pudiera vigilarlo. Una de esas distracciones fue la que gozó un domingo a finales de 1943, cuando lo llevó a conocer la Ciudad de Hierro del Parque Nacional.

Mío no logró divertirse como creyó cuando vio los aparatos de diversión repletos de gente de todas las edades. «¿Me deja montar?», le dijo Mío emocionado con lo que veía. «¡Nada de nada señor Mío! Ni se le ocurra que voy a dejarlo treparse en esas cosas. ¡Malos recuerdos es lo que me traen!», le advirtió Matilde. Viéndolo parpadear asombrado del espectáculo que le ofrecía el carrusel de caballitos de madera galopantes que giraba velozmente, adquirió el boleto que le alargó un operario, y le

permitió subirse no sin antes echarle unas cuantas bendiciones. «¡Para que vuelva sano y salvo! No llorando como sabe hacerlo cada vez que se me va sin mi permiso».

Descontento por lo corto de las vueltas que dio a bordo del encantador aparato, y sin poder repetir, mucho menos encaramarse en la gigantesca rueda que vio girar sobre su cabeza, Mío se conformó con mirarla y mirarla viéndola achicarse desde su andar ya lejano del aparato de regreso al Centro. «Un día me escapo y vengo, solito... no me voy a quedar sin volar bien alto... en la rueda... esa de Chicago», el nombre que aprendió, escrito en grandes letras redondas en una tela colgada sobre el arco de luces parpadeantes de entrada a la increíble diversión aérea. Su posterior andanza nostálgica sería de penitente en expiación por su culpa de querer divertirse. Eso creyó cuando tuvo que visitar cuanta iglesia apareció por el camino, tantas que dejó de contarlas, que ya tenía bastante con la multiplicación de las Tres Gracias que Matilde le hacía pedir en cada una de ellas.

Matilde sorprendió a Mío con la noticia que le dio el 24 de diciembre de 1943 durante la celebración de la misa de media noche. «Le llegó la hora de estudiar... ¡Interno! No sé cómo me las voy a arreglar... pero se va... se va... para el Instituto de la Salle», fue la nueva que le transmitió Matilde luego de haber comulgado, cuando regresaron a sus puestos en la primera fila de bancas. «Vamos a dar gracias al recién nacido...», susurró Matilde al oído de Mío arrodillado a su lado. Concluido el oficio religioso, Matilde se apresuró a regresar a su vivienda sin permitirse distracción alguna, ni a Mío correr a reunirse con la gente que se divertía con los fuegos artificiales que lanzaban y revoloteaban en las alturas celestes de esa noche de felicidad cristiana.

«Para empezar», dijo Matilde cuando llegaron a directamente al cuarto donde dormían. «Veamos qué nos trajo el Niño Dios». Haciendo alarde y ostentación de su finura, Matilde dio comienzo al minucioso conteo de los tan anunciados regalos divinos:

«Alabado sea el Señor y su santísimo hijo... más generoso no puede ser... Ya veré cómo consigo lo que falta... y faltará para su apero de estudiante... ¡Diosito lindo no da para tanto!», fue la forma que Matilde empleó para darle a conocer al inocente Mío de dónde provenían los regalos que aparecían sobre su lecho: «A ver qué es todo esto que no le cupo al Niño Jesús debajo de la almohada... un vestido de paño azul, calzonarias, dos camisas, una corbata, dos juegos de ropa interior, ropa de dormir, un par de chinelas, varios pares de medias, un par de zapatos negros charolados, un morral, un lápiz, una pluma, un tintero, un borrador, un sacapuntas, una regla, y un par de cuadernos». «Vaya si el Divino Niño debe ser muy rico... pero con esta... no creo que le va a alcanzar para mucho», se dijo pensando en tanta vestidura, pero nada de juguetes... deseaba tanto poseer una pelota, un camioncito, un globo, por insignificante que fuese.

Mío dio comienzo a su vida de estudiante el 7 de enero de 1944 cuando fue llevado al internado por Matilde y para su felicidad, por su amado padrino. Dejado en manos del Hermano Javier, encargado de recibir a los jóvenes internos, este lo condujo a un salón en donde le practicó un examen de aptitud del que salió airoso, asignado a tercero elemental por lo adelantado que estaba en lectura y escritura. Mío no pudo contar lo sucedido a su padrino Foudoix ni a Matilde. Se habían ido sin despedirse. «Ahora sí que estoy solo...», sentimiento que lo acompañó fuertemente esa primera noche de su internado, desvelado en su mullida cama en el dormitorio del colegio.

Matilde no tardaría mucho tiempo en regresar a verlo. Su primera visita se cumplió exactamente a los ocho días de su internado, y así lo hizo semanalmente los domingos, esforzándose por atenderlo con cariño y paciencia. Incluso dejó de asistir como era su costumbre, a cuanta misa se celebraba en las iglesias del centro con lo que ganaba tiempo para ofrecerle distracciones más mundanas que ocupaban las seis horas que

disponía para estar con él. Brincando a su lado y muy sonriente, Mío la seguía sin preguntar a dónde irían, mostrándole así su agradecimiento. Igualmente le rendía cuentas de su progreso escolar prometiéndole pasar el año y obtener menciones de honor a granel y diplomas que le regalaría a ella y a Foudoix.

Excelente en literatura e idiomas, Mío parecía haber nacido para escribir poesía con propiedad de bardo curtido en la composición de versos cadenciosos, que declamaba a sus profesores con gran elocuencia. Incansable lector de cuanto libro cayera en sus manos, devoraba los incontables tomos del Tesoro de la Juventud que le prestaba el hermano Julián, bibliotecario del colegio, para que los leyera durante las horas de recreo o cuando quisiera. No fue extraño entonces que Mío mostrara un alto nivel conocimientos generales en aumento cada año escolar, suficiente para destacarse en asuntos de geografía e historia patria, aprendidos, lo primero, directamente de su autor, el hermano Justo Ramón, y lo segundo, en los textos escritos por los maestros Henao y Arrubla. Igual dedicación y práctica tuvo en el estudio del manual de la buena educación de Carreño y mayor aún, a los dictámenes del catecismo del Padre Astete, que ya conocía y seguía siendo de obligante estudio.

Poco dado a ejecutar maromas olímpicas, Mío se limitaba a sus curiosas piruetas de canastero zurdo, que a veces le daban resultado. En lo que si mostraba ser muy eficiente era como voluntario para dar brillo a los incontables trofeos obtenidos por los jugadores del equipo de baloncesto, exhibidos en sala de recepción del plantel. Igualmente expuestos, aparecían los mosaicos de bachilleres egresados desde su fundación. Según aprendió del Hermano Gastón, encargado de la Secretaría del plantel, muchos de ellos habían alcanzado fama y prestigio a nivel nacional e internacional. «Aquí estaré un día... retratado... y famoso», se prometía, contemplándolos.

Comprometido a servir en otros campos, Mío fue aceptado como ayudante del Hermano Miguel, encargado de manejar el equipo de proyección de películas instalado en un recoveco

esquinero del gran salón subterráneo donde se cumplían los actos culturales del colegio. Habiendo logrado dominar el miedo que le tenía a la oscuridad, Mío aprendió a disfrutar nuevamente el prodigioso chorro de luz que brotaba de la Brauni, como llamaba su operador el enorme proyector de cine. «Magia... Magia...», gritaba Mío mientras gozaba de las imágenes en movimiento sobre la blanca superficie del telón enmarcado por grandes bordes negros.

Fue así como le apostó al juego de querer ser el protagonista de las películas que veía. Genial detective, como Charlie Chan. Halcón de los mares como Errol Flynn, contrabandista de la Posada de Jamaica, viajero del Tibet, Al Filo de la Navaja, amigo de los niños de la Virgen de Fátima, gitano guerrillero enamorado de la angelical Ingrid Bergman, preguntándose; ¿Por Quién Doblan Las Campanas?. Igualmente sintió ser Ivanhoe, Caballero de La Mesa Redonda. También quiso entender las intrigas demenciales de Hamlet, salvó a Ofelia del desquiciado príncipe y hubiese dado su propia vida para rescatar de la estaca a la mística Doncella de Orleans y librar de su decapitación a la Bolena. Pensó defender a Esmeralda, que amara a Quasimodo, que triunfaran sobre el diabólico mitrado que los perseguía. Perdió la cordura por Catherine, huyó con Heathcliff a sus Cumbres Borrascosas, su propio y tenebroso páramo de San Benito. ¡Ah!, y un día de esos de viaje en coche de celuloide, descubrió a Blanca Nieves con todo y casita encantada y supo que la malvada reina que envidiaba su belleza, la había hechizado y puesto a dormir para siempre. Entonces se convirtió en Príncipe Azul y la despertó con el más dulce de sus besos y se la llevó a su reino, con sus Siete Enanitos, y todos vivieron felices hasta el final de los tiempos.

Enormes fantasías eran esas de las que no acababa de salir cuando el cansado hermano Miguel apagaba el equipo para reemplazar con lentitud desesperante el extinguido rollo de película y encarrilar el siguiente de los muchos apilados en una esquina del cubículo de proyección, tiempo que Mío ocupaba

pensando que el mundo cabía en un chorro de luz que se podía prender y apagar cuando él quisiera.

Sucedió el domingo 2 de febrero de 1947, a eso de la una de la tarde cuando Mío y Matilde, luego de haber asistido a la Misa Mayor en la Catedral Primada, se encontraron inesperadamente con una gigantesca multitud que llenaba de bote a bote la Plaza de Bolívar. Sorprendida, Matilde mostró un inmediato interés por lo que ocurría, tanto que apuró el paso y con Mío de su mano, llegó a las escalinatas del Capitolio Nacional en donde se concentraba la mayoría de los manifestantes.

Mío no olvidaría jamás el rostro de piedra del orador que encontraron, ni el temple de los músculos de su cuello, ni su puño cerrado que cortaba el húmedo aire de la tarde con manotazos de altivez incontenible, ni su portentoso grito: “¡A la Carga! ¡A la Carga!”, ni el rugido de la multitud que le respondía: “¡Viva Jorge Eliécer Gaitán!”, enardecida por su llamado. Agigantado por los altoparlantes instalados en las cuatro esquinas de la plaza, el revolucionario grito parecía sobrepasar los cerros y llegar al horizonte de la sabana y más allá.

Poco fue entonces lo que Mío supo del sombrío orador de saco cruzado y corbata roja, gigantesco para él, que tanto lo impresionó. Sus preguntas no fueron contestadas por Matilde, enfrascada como estaba en vivas y aspavientos unida a la multitud que se dirigía hacia la miedosa turbulencia popular causada por el hombre que la impulsaba.

Afortunadamente Matilde logró escapar del tumulto humano que los arrastraba y torció rumbo en dirección opuesta, hacia su colegio. Afanada, angustiada, nunca antes la había visto así, Mío escuchó el pedido que le hizo al hermano Efrén, Prefecto de la Segunda División. «Hermano... ¡No permita que mi hijo salga de aquí sin mi permiso! Yo soy la única persona que puede venir a recogerlo. ¡De no hacerlo yo misma!, será por algo grave que me suceda». Al escucharla, Mío presintió que el mundo, su mundo

de colegial, tal como lo conocía, dejaría de existir. Tan horrible pensamiento se hizo más evidente ese domingo siguiente cuando Matilde no apareció a verlo como era su costumbre.

Llegada la tarde del 3 de mayo, tres meses después de haber visto a Matilde por última vez, Mío se encontraba en clase de literatura, cuando vio llegar al Hermano Alfonso, en turno de vigilancia de salida de los estudiantes externos, y conversar brevemente con su profesor, el Hermano Jorge. «¡Mío! Venga. Siga al hermano. Lo solicita un señor... dice que es urgente».

Extrañado de tener visita, algo que nunca ocurría, Mío llegó a la recepción del plantel acompañado del Hermano Alfonso quien le presentó a su visitante. «Joven, me llamo Libardo y vengo de parte de su señora madre... ella me pidió que se lo llevara para que la acompañe... está en la Hortúa... enferma, muy enferma la pobrecita. ¡Y tan solita!». «¿Y es que no voy a volver a mi colegio?», le respondió Mío, sin preguntarle qué era lo que le pasaba a Matilde. «Claro que vuelve... yo mismo me encargo de traerlo», le respondió Libardo sin oposición alguna por parte del Hermano Alfonso. «¡Vaya cumplimiento!», pensó Mío recordando lo sucedido la tarde aquella, unas semanas atrás cuando escuchó la orden que le dio Matilde al hermano encargado de recibirlo.

Libardo y Mío llegaron al desolado paraje donde se alzaban los edificios de piedra amarillenta del hospital de la Hortúa, construido entre las arboledas cercanas a la Calle Primera, al sur de Bogotá, en donde descendieron del tranvía que abordaron en la Calle 10 frente a la plaza de mercado de Santa Clara.

«¡Respeten el turno! atravesados del carajo», fue el grito que les lanzaron las personas agolpadas ante la enorme puerta de rejas de entrada a hospital. El asunto fue que Libardo y Mío terminaron su forzado ingreso corriendo tras de una monja que parecía volar llevada por el viento que agitaba su enorme corneta blanca. Así llegaron a una habitación con ocho camas sencillas

pintadas de blanco como el tendido que las cubría, dispuestas en hilera a lo largo del cuarto, todas ocupadas.

A cual más de sobresaltados por la repentina presencia y la conmoción ocurrida segundos después de su llegada, los pacientes que allí había, sufrieron callados las consecuencias de su visita a Matilde. Pese a su aparente estado de estiramiento y rigidez, la mujer se las arregló para asustarlos cuando abrió los ojos repentinamente y en un santiamén se levantó del lecho y se abalanzó sobre Mío gritando: «¡Gracias Dios el cielo! ¡Gracias Señor Todo Poderoso!», mientras lo manoseaba descaradamente.

Recuperada de su ataque de histeria, que no era otra cosa lo que parecía sufrir, Matilde logró convencer al buen Libardo para que desistiera de su compromiso de llevar a Mío de regreso a su colegio. «Para que me acompañe esta noche... al menos hasta que amanezca... usted vuelve por él... yo se lo tengo listo». La aceptación de Libardo a su pedido fue determinante de su inmediato restablecimiento y profundo sueño, nada comparable con el desvelo que sufrió Mío, sentado en una banca en el corredor del lúgubre centro hospitalario, sin poder dormir, asustado como nunca lo había estado.

Prácticamente curada, Matilde vio partir a Mío esa mañana siguiente, carilarga y gimiendo aunque poco convincente de estar sufriendo de algo verdaderamente grave. «¡No se apure hijo! ¡Yo me las arreglo para irme de aquí! ¡Como dicen que no tengo nada! ¡Solo Dios sabe lo que me pasa!», masculló ya cuando Mío corría fuera del cuarto, despreocupado y sin despedirse.

Desafortunadamente, la caprichosa dolencia de Matilde se repitió un par de meses más tarde, precisamente a comienzo de las vacaciones de mitad de año. Invitado junto con otros alumnos y sus profesores, Mío soñaba con la oportunidad de visitar La Isla, en tierra caliente, una finca de propiedad de la comunidad lasallista. Ahora tendría que permanecer al lado de Matilde y exponerse a sus caprichos que no dejarían de ser insidiosos y perversos. Peor aún. Su amigo Libardo no estaría presente para

evitarlo. Eso le dijo cuando llegaron al hospital esa segunda vez. «Mire jovencito. Yo ya cumplí con mi deber de acompañarlo y dejarlo aquí. Es mejor que usted se encargue de su mamacita. Lo que sea que tenga, se le cura con verlo. ¡Ya sabe! Vivo en la misma cuadra... por si me necesita... o de pronto voy a ver qué se le ofrece».

Dada de alta el mismo día de la llegada de Mío, Matilde no tardó en delegarle los oficios de la casa, ahora con los servicios de agua y de luz suspendidos. «No tengo para pagar esos lujos... así que a pasarla con vela y agua de la alberca... como en el Alto...», fue su explicación. «Peor. ¡Peor!», se dijo Mío. «Sin Mamá Anita, sin Blanquita». Resignado a su suerte, Mío cumplió calladamente las órdenes de Matilde evitando a más no poder sus escandalosos arrebatos de ira tan temidos por él. Para completar, Libardo no apareció jamás, ni nadie en el barrio pareció darse cuenta de su existencia. «¡Ciegos y sordos! Son ciegos y sordos», se dijo Mío muchas veces cuando se asomaba a la ventana de la casa y veía que sus vecinos lo veían pero lo ignoraban. Igual cosa sucedía cuando salía de compras ocasionalmente y se tropezaba con alguien. Ni lo notaba ni él se incomodaba con su actitud.

«¡Llegó el recreo! ¡Llegó el recreo!», gritaba Mío cuando eso ocurría. «¿Recreo? Recreo lo que espera cuando vuelva», era lo pronosticado por Matilde. Y lo era pues así veía Mío sus obligaciones domésticas. Si alguien lo hubiese visto cumplirlas, habría dicho que estaba encantado con sus muchas tareas: prender la hornilla, aventar china, salar las onzas de carne que compraba, espantar moscas carnívoras, hervir leche, sacarle natas, pelar papa, desgranar alverjas, y en una ocasión, desplumar la gallina que Matilde sacrificó por tragar demasiado y no ser ponedora. «San Juan Bautista, de qué más será capaz esta... esta... esta... bestia... a mí que no me vaya a dar caldo... que se lo trague ella...», se dijo Mío cuando vio que Matilde le mostraba con arrogancia de verdugo sin alma, en una mano, el despedazado pescuezo del animal, y en la otra la horrible masa de plumas teñidas de rojo de su aún estremecido cuerpo.

Afectado anímicamente por esta y otras experiencias a cual más de crueles, Mío sufría la peor de todas, que era la de tener que dar y dejarse dar fricciones de menjunjes apestosos de cebo y manzanilla, necesarios, según la insufrible mujer, para curarse de todo mal.

Fue precisamente una noche de fiebre y alucinaciones de Matilde, cuando Mío se quedó dormido a su lado, que lo despertó la cercanía de su apestoso cuerpo restregándose contra él, y sintió el fantasmal rastro de sus manos puestas entre sus muslos; aterrorizado, saltó hacia su propio catre en donde se hizo un ovillo de temblores escalofriantes, metido bajo las cobijas que cubrieron el abismo de sustos en el que se sentía sumergido. No dormía aún lo suficiente para no darse cuenta de la presencia de Matilde erguida sobre él, dispuesta a descargarle su conocido fuste de castigo. Sorprendido por la rebeldía que no creía que existía en él, se alzó y se sostuvo precariamente sobre el ahuecado centro de lona de su lecho, y con los brazos en alto y los puños cerrados como había visto hacerlo a los gamines buscapleitos, se le encaró y le arrebató el látigo que batía en alto. Ciego de ira nunca antes sentida, lo descargó con furia inusitada dándole en el rostro a la desorbitada víctima de su propio invento.

Mesándose los cabellos, de por sí desgreñados y malolientes, temblando y rasgándose la sucia camisola que la cubría hasta los pies, Matilde se dio a deambular por el sombrío teatro de su infamia. «Nadie me había golpeado nuncaaaa! ¡Nadie! ni mis padres, ni mis hermanos... ¡Misericordia Señor, Misericordia!», imploraba a ritmo de su errático paso, de repente, torcido, amenazante. Agobiado por la espantosa carga que acababa de echar sobre su conciencia, Mío no alcanzó cumplir su noble propósito de pedirle perdón. Matilde, se abalanzaba sobre él con renovada furia vengativa. Sintiéndose atrapado, atinó a recoger las prendas que había dejado apiladas al pie de su cama y corrió hacia la calle perdiéndose en la oscuridad reinante.

Los gritos y las amenazas de la endiablada Matilde fueron entonces más resonantes que el estallido de los rayos y truenos que turbaban el silencio de la ciudad dormida. La larga carretera de apuros y desvelos conocidos, y los potreros, los baldíos, los chircales, las alcantarillas desbordadas, las solitarias calles que recorrió esa trágica madrugada, fueron testigos de su penoso huir de fugitivo de sí mismo, ya no tanto de sus caídas y sus incontables golpes, ni de Juancho, ni de leche derramada o gente compasiva, o trenes con su tentador pito de sirena.

La edad de la inocencia había terminado para él. Quizá esa edad no había existido nunca, se dijo Mío, llorando en su rincón en el dormitorio del colegio a donde llegó al amanecer del día siguiente de su última y más funesta hora. «Yo solo sé huir, siempre huir, siempre arrepentido de todo lo que hago. “¡Oh Matilde! Usted nunca dejará de perseguirme... siempre enredada en la monotonía de su vida, deambulando por el mundo, llamando a Calixto, invocando fantasmas, enhebrando con diabólico empeño las cuerdas de sus pérfidos designios. ¡Oh Matilde! ¡La veo!, la veo hundida en su vetusto sillón, jurando buscarme... cobrarme lo que no le debo. Ángel de mi guarda, ¡Protégeme! ¡Dame valor porque voy a estar esperándola!”», fue el grito que sin brotar de su boca, estalló en su cerebro y en sus entrañas.

Sucedió una tarde de octubre de ese año de 1947 cuando Mío se encontraba en son de lectura por los lados de la Gruta de la Inmaculada, que vio a Matilde sentada en lo alto de un andén de la calle once, al otro lado del patio de juego de la Tercera División. Vestía sus viejos atuendos negros, usaba sombrero de pluma con velo negro tupido, volteado sobre su mentón, creyó que lloraba, la vio sacar un pañuelo negro, secarse los ojos, apretarse la nariz, en fin, todo en ella delataba una gran pesadumbre. Conmovido, creyó que lo buscaba para perdonarlo, quiso correr a su lado y hablarle y ser él quien le pidiera perdón, pero ya Matilde iba callejón abajo, desvalida y tambaleante. Al verla partir sin haber

logrado conversar con ella, Mío comprendió la enormidad de la carga de conciencia que tendría que soportar por el resto de su vida.

«¡**B**ienvenidos lasallistas! Que la gracia de Dios nos proteja de toda adversidad y nos guie durante este año prometedor de nuevas y grandes hazañas cristianas, académicas y deportivas», fue el saludo de bienvenida que recibieron los alumnos durante la celebración de la misa solemne oficiada por su capellán Monseñor Fidel León Triana ese primer día de clases, 6 de enero de 1948. Mío, entre ellos, recién llegado de la Isla, pidió igualmente la protección divina para él y Matilde. Aún sentía el reclamo que le hizo su conciencia unos meses atrás cuando la vio desaparecer sin haber logrado cumplir su propósito de hablarle.

Los primeros meses del año escolar transcurrieron sin incidente alguno diferente a lo normal de la vida escolar. ¡Alerta! ¡Siempre Alerta!, proclamado en su glorioso himno, sería el mandato que cumplirían fielmente los lasallistas. «¡Que orgullo!», pensaba Mío cuando lo cantaba. Igual orgullo sentía de poder participar junto con sus compañeros en los preparativos de celebración de la fiesta de San Juan Bautista de la Salle, ese próximo 15 de mayo, él con sus poemas y los ajenos que aprendía y declamaba durante la entrega mensual de calificaciones. Entre sus inquietudes escolares, otras distintas a las poéticas, estaba la de participar por primera vez en el desfile militar del día de la Independencia.

Pensando en esa posibilidad, se propuso hablar con el Hermano Ricardo, su profesor de historia, para pedirle que le ayudara a conseguir el uniforme requerido para poder marchar en tan fastuoso evento. «Que lo consigo, lo consigo», se dijo, recreando en su imaginación el hermoso atuendo compuesto de camiseta verde de seda con lazo dorado trenzado y pantalón crema ceñido ajustado por un ancho cinturón de bandas blancas y

verdes con el escudo lasallista por chapa. Fue tan intenso su deseo de lucirlo, que resolvió visitar a Nuestra Señora de Guadalupe en su ermita de la montaña del mismo nombre, adonde podía llegar fácilmente, para pedirle que hiciera el milagro de obtenerlo ya que era bastante costoso.

Mío emprendió camino muy temprano ese segundo jueves de abril de 1948, rumbo al cerro cercano trazado por la trocha formada por los peregrinos que lo trepaban, como él, llevando flores silvestres que recogían por el camino para colocarlas junto con sus peticiones escritas, al pie de la enorme estatua, centinela divina de la ciudad a sus pies. *Rosas para mi Madre*, un poema que había escrito en una hoja desprendida de su cuaderno de notas, sería el mensaje que declamaría ese día en la cumbre de su esperanza.

Piadosamente contemplativo, Mío permaneció varias horas ante la estatua de la Virgen que lo miraba desde su majestuosa altura. Extasiado, no pudo evitar comparar el lugar con el inhóspito páramo de San Benito, ni dejar de sentir nuevamente el helado abrazo de su lúgubre naturaleza. Nada había cambiado. Aún se hallaba sumergido en las sombras de su pasado. Era evidente. Hasta la Guadalupeana parecía confirmar su sentir. Se había desaparecido entre la neblina y privado de contemplarla y experimentar la luz de su maternal mirada. Igual sentimiento lo invadió con la llegada del atardecer cuando la montaña se vistió de rojo crepuscular y la neblina, leve hasta ese momento, se convirtió en tumultuoso navegar de nubes cargadas de presagios de mal tiempo.

Conocedor de abismos semejantes a los peligrosos rumbos resbalosos por los que descendió a tumbos y raspaduras, Mío reconoció que era veterano de las sombras y seguro caminante de precipicios, preparado para enfrentarse al mundo, cualquiera que fuera el que le tocara conocer y vivir. A sus pies, la ciudad bostezaba de cansancio y soledad. Era el anochecer del 8 de abril de 1948.

Aún se escuchaba el eco del campanazo de la una de la tarde del 9 de abril de 1948 dado por el reloj de la torre de la Iglesia de Egipto cercana al Instituto de la Salle, cuando llegaron a oídos de sus ocupantes las primeras ventiscas huracanadas olorosas a cosa quemada que provenían del cercano centro de la ciudad. Distráidos con sus ocupaciones, los lasallistas no escucharon las esporádicas explosiones como de armas de fuego que ocurrían en la distancia hasta que se hicieron cercanas a sus plácidos rincones escolares. La lluvia que caía a esa hora aumentaba en intensidad y las nubes bajas y pesadas presagiaban una tormenta sin precedente.

El impresionante silencio que se apoderó del ambiente colegial fue turbado repentinamente por el llamado que hacía por altoparlante el hermano Arturo, rector del colegio, para que se congregaran en la capilla del plantel, hizo que el estudiantado y sus docentes, abandonaran los lugares donde se encontraban, la mayoría en los salones de clase del edificio central del colegio con vista a la ciudad, otros en el ala sur del edificio, sobre la calle 10, en donde quedaban los dormitorios de los alumnos internos, y en un piso superior, el laboratorio de ciencias y un pequeño observatorio astronómico.

«Hijos míos», escucharon preocupados los presentes en el sagrado recinto, cuna de la espiritualidad lasallista, el anuncio que les hacía su venerado capellán: «Acaba de perpetrarse un atentado contra el Doctor Jorge Eliécer Gaitán y parece que se ha desatado una revuelta popular que amenaza extenderse por toda la ciudad. Nuestra es la hora de confiar en la misericordia divina y pedirle al Todo Poderoso que nos libre de todo mal y peligro».

No se desvanecía todavía el eco de sus palabras cuando el hermano Pedro, Prefecto de la Primera División del colegio, alcanzó a divisar desde su posición en el coro del templo un grupo de revoltosos que trepaba la paredilla que separaba el patio de recreo hundido, el de Santa Teresita, sobre la calle once al costado norte del plantel. Minutos después se escuchó

el estruendo que producía la turba agolpada en las afueras del sagrado recinto que estremeció de pies a cabeza a los refugiados.

Fue entonces cuando Guillermo G., un joven alegre y activo de mirada iluminada, alumno de sexto año de bachillerato, se dirigió a su profesor titular sentado a su lado, y tras de conversar brevemente con él se levantó y se dirigió santiguándose a la puerta del templo. Luego de remover el travesaño que la mantenía cerrada, salió del lugar cerrándola a sus espaldas. Simultáneamente, una campana solitaria colgada de algún balcón en alguna esquina de colegio produjo un largo tañido de bronce vencido que produjo escalofríos a todos los que lo escucharon. Aislados de todo contacto con el mundo exterior, los lasallistas atrapados al interior del templo se dispusieron a pasar allí la noche, todos en oración por su seguridad y la de Guillermo cuya suerte desconocían, al igual que la de quienes habían abandonado el colegio por su propia cuenta.

Interminable fue la agonía sufrida por los asustados lasallistas durante esa larga espera nocturna prolongada más allá de su capacidad de comprender el por qué de su situación. El terror desatado por la muerte de Gaitán, cuyo deceso fue anunciado a través del único medio de información a su alcance, un viejo radio traído por alguno de ellos, se instaló en el ambiente del templo y lo convirtió en un laberinto siniestro sembrado de amenazas mortales para los lasallistas, perseguidos sin razón alguna conocida.

Un nuevo y repentino asalto frontal al colegio asediado esporádicamente desde la noche anterior por grupos de revoltosos que aún permanecían en su alrededores comenzó al atardecer del 10 de abril cumpliéndose así veinticuatro largas horas de insondable miseria humana vividas al interior de la capilla por los trasnochados lasallistas. Para entonces, dos de los profesores de Guillermo que se habían aventurado a buscarlo, encontraron su cadáver a mitad del campo de baloncesto cercano al templo de donde les fue imposible retirarlo ante la avalancha

de forajidos que avanzaba hacia ellos, que los obligó a replegarse nuevamente al interior del templo.

Jugador estrella del equipo de baloncesto del plantel, la bala que acabó con su joven existencia debió haber sido hecha de polvo de estrellas y convertida en meteorito al comienzo del tiempo, y haber viajado mil años luz, invisible, veloz, silenciosa, en trayectoria directa hacia su blanco. ¡Compasivo dardo celestial! Lo había traspasado sin derramamiento de sangre y evitado que fuera pisoteado por la chusma asesina. Así forjaron los hermanos Juan y Pedro la historia de su muerte que habría de permanecer grabada para siempre en la memoria de sus compañeros. Lo habían encontrado tendido de espaldas, con sus brazos en cruz, sus ojos serenamente abiertos como contemplando el enorme hueco negro de proporciones espaciales de su viaje a la inmortalidad.

Así llegó la Parca, con muerto presente y renovado asalto al teatro de sus desmanes. Venía del vientre abierto de la assolada urbe dirigida por el mismísimo Mefistófeles. Vengadora de un crimen cometido por otros, llegaba envuelta en fuego a tragarse, como la vida de Guillermo, la de sus compañeros. Sobre ellos, la ciencia y la verdad, se entronizaba su imperio entre los sísmicos lamentos de las puertas y paredes del templo azotadas por las balas, los golpes de las culatas y las descargas de los machetes.

El desplome de los vitrales representativos de la vida y obra de San Juan Bautista de la Salle, los convirtió en troneras desde donde los asaltantes apuntaban hacia el interior los cañones de los fusiles prestos a acabar con la existencia material de los lasallistas en su mira. Sobre la horrenda escena flotaba el humo y las cenizas del majestuoso órgano importado de Francia, convertido en notas de plomo derretido sobre el ardiente piso del coro.

Un único testigo divino de semejantes atrocidades, la Inmaculada Virgen María presente en su gruta cercana al asediado templo, contemplaba el horror desatado sobre el

mundo lasallista. Sus cenizas caían sobre su efigie de mármol manchándola sin cambiarla ni destruirla. No así con los bandidos asaltantes. A ellos, los cubría de vergüenza imborrable pese al anonimato de sus infelices vidas.

Acorralados por la infamia que se cometía contra ellos, los lasallistas se agolparon ante el altar mayor apresurándose a recibir el sacramento de la comunión administrado por su capellán antes de huir hacia la horrenda noche que los esperaba al otro lado de la puerta de la sacristía, su único camino de escape y posible salvación física. Perdonados y comulgados, comenzaron a abandonar el sagrado recinto.

Vestidos con su uniforme azul, con sus corbatas puestas, muchos en mangas de camisa como sus profesores despojados de sus sotanas y sus cuellos clericales, con sus pantalones negros arrugados y sus misales apretados entre sus manos, algunos con rosarios trenzados entre sus manos, buscaron el amparo de los aleros de las cercanas casas coloniales, golpeando puertas y ventanas sin lograr que se abrieran, sordos sus ocupantes en espera de la derrota de las trancas y los aldabones.

La empinada Calle del Espinazo del Diablo y las tortuosas de la zona fueron el peligroso escenario de la desbandada lasallista por el pavoroso infierno de la ciudad en llamas. Su corazón se convertía en chatarra incinerada, todo, casas, edificios, iglesias, negocios, hasta los románticos tranvías bogotanos y los lujosos automóviles embanderados de los dignatarios asistentes a la IX Conferencia Panamericana, estacionados en la Plaza de Bolívar, frente al Capitolio Nacional en donde se cumplía el histórico evento. Sobre la horrenda conflagración caerían las cenizas de muchas de las iglesias y conventos centenarios y hasta la propia imagen de Cristo Redentor sería arrojada a las calles y sometida al escarnio público. Transformados por la histeria colectiva en chusma vengativa del crimen cometido contra su máximo jefe, su furia destruía el corazón de la patria, su cristianismo, su alma colonial, su señorío, todo dejaría de existir.

Llevado de la mano por su profesor de literatura, Mío llegó a la Plaza de Bolívar en desesperado huir de las malévolas turbas que hacían de las suyas por todas partes. Invasión por los alzados en armas, el augusto lugar se había convertido en el epicentro del horror desatado el día anterior. Las tropas defensoras habían dejado a su paso una horrenda camada de cadáveres tendidos en horripilante masa informe, irreconocible, pisoteada y abandonada.

Sumergido en el caos de la hora, y sin poder acercarse al negocio de Foudoix, su esperanza de encontrarlo se perdió entre la humareda que cubría la Calle Real. En trance de ser alcanzado por las balas o atropellado por los forajidos que corrían desordenadamente en todas direcciones, Mío se encontró huyendo hacia el oriente de la Plaza de Bolívar; desesperado, golpeó al oscuro portón de una casa situada a mitad de la angosta calle empedrada por donde corría. El eco del reforzar de trancas a su interior y los gritos amenazantes de sus moradores que le ordenaban alejarse o le dispararían sino lo hacía, le hizo comprender que su hora final podría estar cerca.

Espantado, se apresuró a buscar refugio bajo el elevado dintel de una casa esquinera diagonal al atrio del templo donde había celebrado su primera comunión. Oculto en el rincón formado por una de las columnas de piedra de la portada, sintió cercano el silbido de las balas que se estrellaban y rebotaban contra los adoquines de la calle enlagueada y no pudo evitar la sensación de estar rodeado de fantasmas prestos a saltar de sus escondites y dejarse ver en todo el horror de su desenfreno.

Aterido y asustado, salpicado por la fuerte lluvia que no cesaba, metido en su escondite, escudriñó la calle que parecía estar libre de revoltosos. «Posiblemente ocultos, como yo», pensó, dudando de su seguridad. Fue entonces cuando apareció ante él un hombre tambaleante que bebía a su paso de una botella desportillada con la que trató de agredirlo. Obviamente ebrio, el malvado hombre clavó su sanguinolenta mirada sobre el aterrado Mío mientras extendía los torcidos tentáculos de sus

brazos y lo apercollaba y apretaba con el nudo de su corbata azul haciéndole gemir de ahogo y desesperación.

Enmarcada por el alero de la casa, con su cortina de agua lluvia desbordada sobre la acera de aquella esquina del demonio, Mío vio alzarse el trazo de una culata descargada sobre la nuca del monstruo que lo asediaba. Con la cerviz quebrada y la nariz esponjada, ahogándose en su propia sangre, el infeliz alcanzó a parpadear en dirección a Mío que contemplaba horrorizado el apurado río de sus arterias abiertas derramadas, mezcladas con otras inmundicias, haciendo gárgaras abismales en la cavernosa jeta de la alcantarilla cercana. Su salvador, un soldado desconocido que lo miró brevemente desde el anonimato de su rostro oculto bajo el casco protector de su vida, continuó su marcha de cazador de fieras humanas, dejándolo en contemplación del cadáver de su atacante que le devolvía su mirada desde el fondo de sus profundas cuencas sanguinolentas.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de la casa a cuyo amparo había acudido Mío, y apareció un hombre vestido de negro portando un fusil terciado, que lo alzó y lo transportó al interior del lugar. Pasado un rato de miedosa observación del estrecho zaguán donde fue dejado por el extraño personaje, Mío observó el entorno claroscuro del patio en donde aparecían montones de bultos de toda clase botados aquí y allá como si sus dueños estuvieran de trasteo, algo poco probable a esa hora de la madrugada. Asustado, no tanto por lo que veía sino por la presencia de alguien que parecía apuntarle con un revólver, surgido de una de las habitaciones situadas al fondo del patio, Mío resolvió abandonar el lugar que lo espantaba con sus misterios

. La madrugada del 11 de abril encontró a Mío corriendo hacia el sur de la Carrera Séptima rumbo a la Iglesia de Santa Bárbara. Allí, una tanqueta que giraba sobre sí misma, aplastaba los restos de la torre del templo que acababa de volar. A él, lo encañonaban los soldados tendidos en posición de tiro a lo largo

los andenes. Sin pensarlo dos veces, Mío alzó los brazos como vio que hacían otros seres atrapados como él, y se unió a la marcha ordenada por las tropas, esta vez hacia el Barrio de las Cruces cercano a las desiertas laderas de los cerros surorientales. Nada le sorprendería más que encontrar donde no creía que hubiese podido llegar la revuelta, a una de sus víctimas. Era una niña de su edad, envuelta en un pañolón negro, que calzaba alpargatas y sostenía entre sus brazos un canasto vacío. Estaba sentada contra el tronco de un árbol seco enterrado entre las grietas del piso de la calle a la que había llegado dejando atrás a muchos de los habían escapado de las tropas que los perseguían.

Testigo del triunfo de la locura sobre la razón, su cuerpo fue mudo escucha de las cuitas y temores de Mío. «¿Qué le habría sucedido a Matilde?», pensó mientras contemplaba el rostro de la difunta, trazado por un hilillo de sangre seca. «¿Estaría muerta y su cuerpo perdido entre los cadáveres hacinados en las calles por donde había huido recientemente?». Atribulado por tan sórdidos pensamientos, Mío sintió que debía ir en su búsqueda. Eso le contó a su callada compañera antes de abandonarla: «Como sea que te llames, te nombro amiga de mi suerte... ojalá aparezca tu familia y te entierren... Yo pediré a Dios por tu alma». Cerca de su soliloquio con la muerte, alguien trataba de prender un vehículo que no parecía responder. Animado por el súbito ronroneo del motor, Mío emprendió rumbo al Barrio de la Independencia separado de donde se encontraba por extensos potreros cubiertos de matorros espinosos y humedales traicioneros y sinuosas colinas arenosas.

Más dispuesto a retractarse de su intención de pedir perdón que de proseguir sin saber lo que podría sucederle una vez que se presentara ante Matilde, Mío cruzó el agrietado piso del jardín de su casa y luego de golpear tímidamente a su puerta, se alejó listo a salir corriendo. Una mujer con el rostro pintado de rojo labial, de pelo negro con rayones de amarillo, se dejó ver junto con un hombre rudo y amenazante asomado sobre su cabeza.

Como ensayados, ambos se las arreglaron para preguntarle al unísono, qué era lo que buscaba. Ninguno de los dos supo responder su pregunta. Se limitaron a decirle que no sabían quién era la persona por la que indagaba, y que mejor se fuera antes de correrlo a patadas. «No puede ser... ¡Si yo vivo aquí! Ustedes tienen que conocerla... ¡Déjenme entrar!», les exigió forzando su paso hacia el interior de su antigua morada. Así alcanzó a dar unos pocos pasos solo para ser alzado en vilo por el hombre que aseguraba no conocer a Matilde. Cargado y llevado bruscamente fuera de la casa, Mío pudo ver desde su posición el sillón de Matilde, bastante maltratado por cierto, colocado en el mismo lugar donde recordaba haberlo visto la noche de su huida, un año atrás, cuando abandonó a su dueña dejándola convertida en fantasma vociferante.

Cruda realidad fue entonces la vivida por Mío en esa hora la más ominosa de su corta existencia. El hogar de Matilde, el suyo en otro tiempo, ya no era de ella. Solo quedaba su fantasma sentado en el mueble de su obsesión de cargarlo. No la había encontrado físicamente, pero sabía que estaba esperándolo. La vio azuzando al hombre y la mujer que lo habían maltratado, para que lo mataran y se lo sirvieran para devorarlo. ¡Oh no! Impredicible como era, lo habría perdonado y enviado de regreso al colegio, o al Ricaurte, a cumplir sus horrendos viajes lecheros, o a misa de medianoche en Nochebuena, o al 20 de Julio a pedirle favores al Niño Jesús, y de seguro, a la plaza de mercado a regatear vituallas, y como siempre, lo habría esperado y sometido a su furia por haber o no haber hecho lo que le pedía. Seguro de la existencia de Matilde, viva o muerta, pero peligrosa en ambos casos, Mío huyó de regreso a la ciudad cubierta de neblina y altas columnas de humo desparramadas. Aún se escuchaba el eco de disparos y explosiones, cada vez más lejano.

El frío y la lluvia que cubría la ciudad esa tarde del 9 de abril, se colaba al interior del templo de San Francisco por las puertas abiertas de par en par al atrio cercano a la Avenida Jiménez. Al amparo de la centenaria portada del templo, los pordioseros de oficio estiraban sus esqueléticas manos y mostraban sus pestilentes llagas implorando la misericordia de los feligreses y transeúntes. A solo unos pocos pasos, en el vestíbulo del templo, ardían las velas agitadas en sus pebeteros por vientos encontrados, y la cera convertida en lágrimas candentes, corría hacia las hendiduras de las cajillas receptoras de óbolos repletas de súplicas hechas por los mendigos de la caridad divina.

Cerca, en la penumbra de la capilla del Señor Caído, Matilde trazaba senderos penitenciales con el crucifijo de su camándula sobre la apergaminada superficie de su rostro. De los retablos y cornisas, remates y columnas doradas en espiral hacia el oscuro cielo raso de relieves opacos, y de los nichos de los altares a un lado de la nave central, brotaba al acompasado murmullo de los rezos a coro de la gente arrodillada a lo largo de las bancas del templo y se escuchaban cercanos los pasos rastreros de los penitentes en movimiento ante los confesonarios. El Santísimo expuesto en su tabernáculo, lanzaba sus rayos bienhechores sobre el piadoso mundo franciscano.

El repentino campanazo del reloj de la iglesia que señalaba la una de la tarde, retumbó sórdidamente en los oídos de los fieles congregados allí. Atraída por la vocinglería y el súbito correr de gente hacia las afueras, Matilde se alzó del lugar donde se encontraba y se unió a la multitud arremolinada a la salida oriental del templo frente al Parque Santander.

Arrastrada por la horrenda estampida humana que se dirigía hacia el sur de la calle, Matilde se encontró cara a cara con la muerte misma. Jorge Eliécer Gaitán, yacía ante ella, como lo estuvo Amadeo unos años atrás, allá en Palmarito. «¡Dios del cielo!», clamó Matilde, contemplando el rostro del moribundo líder. «Que noo se maten... queee mee deeejen morir en paaa...

az...» fue lo que creyó escuchar de boca del Caudillo caído, tal como rogó su sacrificado hermano antes de morir.

Poseída de nueva fiebre revolucionaria, Matilde trazó la frente de Gaitán con la señal de la cruz y empapó en su sangre el orillo de su larga falda negra, y le besó los labios que ya no se moverían jamás para modular su poderoso grito de rebeldía social y política. Como aquella madrugada de infamia fraterna, dieciocho años atrás cuando amaneció abrazada a la estatua de Bolívar en espera de su hermano Calixto, Matilde contempló el escenario de su enconada lucha actual, trágicamente convertido en un nuevo Palmarito.

Los gritos de: ¡Asesinos! ¡Magnicidas!, que había escuchado en ese entonces, retumbaban nuevamente en sus oídos, demasiado cerca para ignorarlos. La chusma entre la que se encontraba, quería linchar al supuesto asesino de su líder. Desorbitado, tras las rejas de un negocio cercano, contemplando la espantosa escena de su inminente asesinato, el infeliz debió morir mil veces ante el espectáculo que le ofrecía la desenfrenada turba.

El feroz aullido lanzado por las fieras que acababan de atraparlo resonó con mayor furia entre la multitud que los vio arrastrarlo, despojarlo de su vestido negro, de su corbata torcida, de su camisa ensangrentada, de su sombrero pegado a su destrozado cráneo, de sus prendas íntimas, patearlo, apuñalarlo, machetearlo, convertirlo en apestosa pulpa sanguinolenta arrastrada a lo largo de la Calle Real. «¡A la Plaza de Bolívar... al Capitolio... a Palacio...!», gritaba la jauría humana vengativa. Erguido sobre su pedestal a mitad de su imperio de piedra, El Libertador fue testigo del macabro espectáculo que le ofreció la turbamulta asesina cuando llegó con su horrenda carga humana masacrada. Ese era el funesto desenlace de su contribución a la historia.

Arrojada una vez más al vórtice de la revuelta, Matilde se encontró frente al negocio de Foudoix. «¡Estoy salvada! ¡Estoy salvada!», gritó desde su peligrosa posición entre los revoltosos

que la empujaban hacia el interior del ya invadido café billar. Convertidos en sórdidos billaristas borrachos, los miserables se trepaban en las enormes mesas de juego batiendo tacos sobre sus cabezas y convirtiendo las bolas de juego en proyectiles disparados hacia las llamas que comenzaban a devorar el lugar. Aterrada, golpeada, aturdida, corrió hacia la calle y se dejó llevar una vez más por la rugiente multitud, esta vez hacia la esquina de la Calle Once en donde se concentraba todo el horror de la tragedia que asolaba la ciudad.

Atrapada bajo el balcón de la Casa del Florero, Matilde escuchó la verborrea de los agitadores radiales que lanzaban arengas revolucionarias a través de altoparlantes ocultos en algún lugar de la plaza de Bolívar. “¡A las calles compatriotas! ¡A Palacio! ¡Al Poder! ¡A la Carga! ¡A la Carga!” El ominoso grito que ella misma había lanzado en más de una ocasión, tenía consonancias con su propia lucha personal. Era la que libraba en nombre de Mío, la verdadera razón por la que aún vivía tratando de recuperarlo. Mío significaba todo lo que ella quería hacer con su miserable vida de mujer estéril atosigada por la aridez de su vientre y el estertor de su sexo atrofiado por la decadencia de su ser. ¡A Sangre y Fuego! oyó y sintió que estallaba nuevamente en su interior el horror vivido en Palmarito, conjugado con el cataclismo actual que se tragaba todo lo que podría servirle para encontrar a Mío. Hasta Foudoix estaría muerto. Eso creyó cuando vio los cadáveres semienterrados entre los escombros que cubrían el sector ya sin trazo alguno que distinguiera la calle de los negocios destruidos.

Mimetizada entre los cuerpos de los caídos a lo largo de Calle Real, sintiendo la muerte silbar, estrellarse cerca, seguirla, acecharla, Matilde logró escurrirse hacia un callejón en subida hacia la carrera sexta. «Solo yo, solo yo puedo salvar a mi muchachito», se dijo escuchando los gritos que lanzaban los oscuros personajes que encontró huyendo como ella hacia los cerros cercanos «¡A la Salle mujer! ¡A donde los curas... a bajarlos!», fue el ominoso llamado que le hacían conminándola a seguirlos.

«¡Todo ha sido en vano! ¡Todo! ¡He llegado tarde! ¡Demasiado tarde!», gritó horrorizada ante las llamas que consumían el mundo lasallista adonde logró llegar a eso de las once de la noche del 10 de abril. Bajo el plomizo techo del cielo huracanado de la hora se perfilaba el incandescente paisaje del mundo lasallista incinerado. Del muñón del campanil del humeante templo, colgaba aún en macabro bamboleo el talle quebrado de sus bronces. «¡Nooo! Mío... Mío... Mi entrañable Mío... ¡Tiene que estar vivo!», gritó mientras corría sendero arriba, hacia el interior del plantel, por entre el pisoteado jardín cubierto de ruinas. «¿Dónde andaría Mío? ¿Qué monstruo urbano se habría llevado el fruto de sus perversiones y maltratos? ¿Yacería destrozado bajo las paredes derrumbadas del internado? ¿Alguna bala perdida le habría rozado la frente? ¿Habría caído en alguna esquina de la ciudad y dejado allí su corta humanidad desperdiciada?, fueron los lamentos que nadie le escuchó. Solo tuvieron eco en el tenebroso ambiente destrozado de la sala de recibo del colegio que bien conocía y recordaba.

Luego de muchos años de andanza furtiva al margen de la ley, vagamente registrada en los anales de Palmarito, el recuerdo de Calixto Cienfuegos permanecía aún en la memoria de sus pobladores pese a no haber dado señales de estar vivo. Solo fue hasta finales de 1940 cuando comenzaron a aparecer pequeños grupos de hombres armados que incursionaban esporádicamente por los pueblos y veredas de la región, que sus habitantes supieron que su comandante era Calixto y que tenía como su centro de operaciones las tupidas y agrestes regiones montañosas al oriente del Valle de las Palmas. Nada extraño hubiese sido para quienes lo conocían, verlo en Bogotá, escurriéndose por los alrededores del lugar donde había caído Jorge Eliecer Gaitán. Conocido suyo desde sus años de estudiante de Derecho cuando el fallecido líder se iniciaba como congresista y surgía como el mejor jurista del país y el más elocuente de los oradores políticos

de la época, su muerte bien podía ser el comienzo de alguna de sus conocidas y violentas intromisiones bélicas.

Diestro en aparecer y desaparecer como por arte de magia, Calixto abandonó el Templo de Santo Domingo al mediodía del 10 de abril, minutos antes del desplome su majestuoso domo destruido a cañonazos. «Algo sucederá que me permita abandonar este infierno...», se dijo mientras corría hacia la Plaza de Bolívar en donde se agazapó entre las humeantes ruinas de los tranvías y automóviles incendiados y las dejadas del saqueo de las ferreterías y almacenes que existían sobre el costado norte de la plaza. Como en Palmarito, se encontraba nuevamente en el centro mismo del terror que no le era desconocido. El recinto del Padre de la Patria se había convertido en campo de guerra sembrado de cadáveres cubiertos de escombros y él, aunque vivo, sabía que estaba muerto para la legitimidad de su causa, marcada por su pasado de fratricida.

La oportunidad de escapar sin ser visto le fue dada a Calixto con la llegada de un contingente de soldados de infantería y unos cuantos tanques de guerra que rodearon rápidamente el lugar donde había amanecido. Las tropas cumplían una labor de limpieza, no de escombros, sino de francotiradores apostados entre las ruinas y paredones cercanos; amparado por el pañuelo blanco que ondeaba en alto, Calixto se mezcló con los espectadores de la barrida militar y se encaminó con algunos de ellos hacia el oriente de la ciudad.

Luego de sortear toda clase de dificultades causadas por las tropas que controlaban las calles, y de batir incesantemente su apestoso pañuelo tratando de congraciarse con los nada amigables soldados poco dispuestos a corresponderle, solamente lo apuraban a desaparecerse alzándole la culata de sus fusiles, Calixto llegó a la plazoleta de la Iglesia de Egipto que encontró invadida de gente evidentemente en huida como él. Observándolos con ojos de sargento reclutador, Calixto comprendió que se hallaba ante una nueva generación de parias de la patria, semejantes a los infelices que lo seguían desde que tomó el camino de las armas

y se perdió en el anonimato de las selvas. De frente ante los sorprendidos prófugos de la justicia, Calixto sacudió sus ropas arrugadas, ya reseca, pegadas a su cuerpo, y se les acercó con cierto aire de familiaridad y comprensión de su estado.

Astuto zorro político cautivador de ingenuos campesinos como aquellos que lo vieron apuntarles con su cayado en la Plaza de Palmarito, y con el mismo talante de superioridad que lo caracterizó en ese entonces, Calixto les extendió su mano y apretó las suyas de necesitados de alguien que los dirigiera.

Miserables despojos de una sociedad marcada por la indiferencia, los infelices se encontraban más cerca que lejos de la inconformidad, más parias que nunca de las instituciones y de la ley. Habían pretendido alcanzar el solio presidencial pero solo habían logrado manosear los aldabones de la Casa de Nariño sin lograr penetrar el magno recinto del poder presidencial. Habían tragado golosinas de toda clase y devorado salchichas y jamones finos y quesos importados expuestos en las salsamentarías de la Calle Real. Se habían indigestado a reventar devorando todo lo que hallaron en los elegantes restaurantes de la Carrera Séptima, y sin desestimarlos, en los comederos de las calles aledañas; hasta habían logrado sentarse a la mesa de los lujosos hoteles del centro de la capital y beber a pico de botella los mejores vinos que hallaron en sus cavas hasta agotarlos y caer embrutecidos sobre los restos de su voracidad.

Otros menos afortunados, habían muerto in fraganti, contentos de irse con la panza repleta. Los sobrevivientes, habían logrado, no solo tragar entero y beber insaciablemente, sino robar y estrenar de todo en los almacenes que saquearon, los de telas finas importadas, los de paños ingleses, los lujosos salones de belleza, los incontables bazares callejeros y cuanto negocio hallaron en su paso destructor. Allí, se habían vestido de ricos, con trajes de paño y finas camisas de seda importada, y habían creído que escaparían de sus pestilencias rociándose con perfumes parisienses, embriagantes; ni siquiera se habían despojado de sus harapos para hacerlo; unidos con renovada

pestilencia, lucían lo robado sobrepuesto con todo y etiquetas de origen; igualmente se habían calzado zapatos que les quedaban grandes, o muy pequeños, los hombres chancleteando, y las mujeres haciendo maromas, trepadas en ostentosas zapatillas charoladas, punteadas, que por su manera de andar se notaba que nunca habían usado tan finos aditamentos.

Para completar sus desmanes, se habían colocado largos brazaletes de relojes engarzados hasta los codos, y en cada uno de los dedos de sus amoratadas manos cuanto anillo habían logrado ensartarse. Herederos de nada, sin trabajo, mendicantes urbanos sin posición alguna digna de conservar, los infelices habían creído suyo el derecho a ser reconocidos y apoyados, y para lograrlo habían convertido el tricolor nacional y los pabellones de todas las naciones del continente en bolsas repletas de reclamos.

La proximidad de una doble columna de soldados que avanzaba sin oposición calle arriba hacia el lugar donde se encontraba Calixto y los desprevenidos maleantes dirigidos por él, lo hizo actuar con celeridad de militar emboscado protector de sus tropas. Pidiéndoles que se apresuraran a liar y cargar sus pertenencias y seguirlo, fue sorprendido por la inesperada presencia de una mujer de mirada desorbitada, en harapos, embarrada de pies a cabeza, que se le acercaba. ¡Imposible! ¡Imposible! ¡No puede ser!», se dijo al escuchar su nombre, dicho a gritos, que pronunciaba, agarrada a su cuello: ¡Calixtooo! ¡Calixto! ¡Calixtooo! ¡Soy Matilde! ¡Matilde! su hermana...

El recuerdo de otra hora trágicamente parecida cuando se ganó en la muerte de su hermano Amadeo el estigma de fratricida, lo sacudió nuevamente con el mismo impacto sentido muchas veces durante su azarosa vida de hombre al margen de la ley, paria de sus principios y lealtades. No era para menos. Matilde, su hermana, estaba ante él, convertida en símbolo de las debilidades de su infame casta, bien llamada Cienfuegos que era lo que él y su casta desataban sobre todo lo que tocaran.

Sin tiempo para contemplaciones otras que las de ponerse a salvo, Calixto se agachó y levantó a Matilde, y con ella desgonzada sobre su fornida espalda, y con sus seguidores en fila india tras de él, se adentró en la maleza que se los tragó rápidamente. Atrás dejaban una ciudad y una patria transformada por el magnicidio y sus consecuencias. Colombia no volvería a sentirse segura de que lo sucedido no volvería a tocar a las puertas de su hasta entonces relativa paz y holgura. Siempre estaría temerosa de verlos regresar, más violentos y vengativos que nunca.

El lugar adonde llegaron los fugitivos luego de varios días de marcha por la cordillera oriental, estaba situado en la Serranía de todos los Santos, al sur del Valle de las Palmas. En sus hondonadas, se refugiaron bajo el tupido techo de las ramas entrelazadas que dejaban filtrar levemente el rojizo fulgor del atardecer de ese último día de su jornada. No fue sino el amanecer del día siguiente, sin fecha para ellos que habían perdido el sentido del tiempo, cuando descubrieron que no estaban solos. Sin palabras otras que las calladas que brotaban de sus miradas perdidas en el misterio de sus pensamientos, se reunieron con los hombres, mujeres y niños que se les acercaron con cara de veteranos curtidos en las lides de la violencia, y con ellos marcharon hacia un claro abierto al fondo de un barranco en donde los esperaba Calixto Cienfuegos.

Confiados en la aparente calma que reinaba en las afueras, los residentes del centro de Bogotá comenzaron a salir de sus escondites al amanecer del 12 de abril. Algo semejante ocurría con los habitantes de los barrios lejanos por donde huían los forajidos sin poder hacer de las suyas gracias a la presencia de las tropas enviadas para perseguirlos.

Congregados en la Plaza de Bolívar, uno y otros fueron testigos del cañoneo causado por las tanquetas del ejército nacional para bajar los francotiradores escondidos en los socavones de las casas y edificios aún en pie, desde donde proclamaban a bala el ocaso de su hora de tinieblas antes de habitarlas. Inmutable en su elevado lugar en la terraza de su edificio de la Calle Florián, Johnnie Walker, el escocés viajero, convertido en estatua promotora de su afamado whiskey, proseguía su marcha, *en sito*, como si nada hubiera sucedido que le impidiese ser el amo de su causa. A su paso, se derrumbaban los últimos paredones de las edificaciones contiguas, y por las calles destrozadas, descargando sablazos de latón aplanchado, corría un general de pacotilla, con guerrera de mentira cubierta de medallas hechas de lata, enloquecido por no tener tranvías que perseguir. El *Bobo de los Tranvías*, como era llamado, se convertiría en leyenda junto con otros personajes, compañeros de su locura, testigos de un tiempo de ingenuas necedades y ocurrencias folclóricas de distracción de la cruda realidad social, política y religiosa de la nación. La patria había sido violada y de ella solo quedaban cadáveres de seres y de cosas.

Doloroso espectáculo fue el que vieron los bogotanos en su búsqueda de amigos y familiares desaparecidos en el fragor de tan inexplicable tragedia humana. En avanzado estado de descomposición, los restos mortales de los caídos aparecían tirados a lo largo de los andenes del Cementerio Central de la ciudad, sobre la calle 26, en largas y tenebrosas pilas de cadáveres destinados a las fosas comunes. De los desaparecidos nadie daría cuenta. Sus restos mortales, bien podrían reposar bajo las ruinas de los edificios incendiados, convertidos en cimientos de los edificios que muy posiblemente se levantarían en el inmediato futuro de la nueva ciudad de Bogotá. Los sobrevivientes, aseguraron muchos, fueron vistos por última vez en desesperado escape hacia los cerros de oriente, perseguidos por las tropas que no cesaban de cumplir con su deber de derrotarlos. No faltó quien dijera que muchos de ellos habían caído intoxicados con chicha y aguardiente, abrazados estúpidamente a las desnudas doncellas de piedra del lejano Aeropuerto de Techo.

La normalidad volvería a reinar en la ciudad y en el país entero. El Presidente Mariano Ospina Pérez había confirmado la victoria del gobierno sobre los delincuentes. Las fuerzas armadas tenían bajo control la capital y él gobernaba todavía consagrado por la legitimidad de su mandato, y los miembros de su gabinete se encontraban al frente de sus ministerios, no colgados de los faroles de la Plaza de Bolívar como se había dicho.

Por su parte, el Honorable Consejo Municipal reunido en pleno, se había pronunciado igualmente para dar a conocer la campaña de reconstrucción de la ciudad a su cargo. Ya estaban en marcha numerosas actividades sociales y culturales y toda clase de contiendas deportivas entre los innumerables equipos de fútbol y baloncesto que existían por esos tiempos, eventos todos encaminados a la búsqueda de la cordura propia de los hijos de la ciudad más culta del continente. Nuevas y alentadoras noticias de índole parecida, informaban que los negocios de la ciudad funcionaban a plenitud, y que las escuelas públicas y los colegios privados de la capital reanudarían sus clases próximamente.

Perdido en la inmensidad de su mente confundida por la desaparición de Matilde, Mío se encontró deambulando por los alrededores de la plazoleta del Barrio Ricaurte, precisamente al frente de la Fuente Blanca. El lugar había sido saqueado y abandonado y su búsqueda de la bondadosa mujer que lo había atendido en aquella ocasión de su infortunio lechero, fue inútil. Preocupado por la suerte de Arminda, la generosa mujer de marras, Mío emprendió camino hacia el aparentemente tranquilo centro bogotano. Su destino esa tarde del 13 de abril, no podía ser otro que la búsqueda de Foudoix. Bien sentía y sabía que detrás de todo lo bueno que había en su vida estaba y estaría su presencia protectora. «Vaya y venga sin Matilde... pero no sin mi padrino», pensó mientras avanzaba por la destrozada Calle Real en donde difícilmente pudo reconocer el lugar donde había conocido la dicha de tener alguien que lo quisiera.

Si Mío conocía la felicidad no sabía cuan completa era, hasta que Foudoix apareció en toda su dimensión física y anímica sentado sobre los restos incinerados de una mesa de billar. «¡Padrino! ¡Padrino! ¡Soy Mío! ¡Soy Mío! ¡Soy Mío!», gritó con todas sus fuerzas mientras corría hacia él y se acogía a la conocida benevolencia de sus halagos, como ahora, al tenerlo entre sus brazos, ambos felices de encontrarse nuevamente.

Dichosa y a la vez amarga fue la conversación que sostuvieron Mío y Foudoix mientras caminaban por entre las ruinas de su café billar. Llevado de la mano de su padrino, Mío escuchó su historia de cómo había llegado muchos años atrás a Colombia, de cómo conoció a su esposa Susana, de la llegada de sus hijos, de sus planes para con ellos, de la fortuna de no haberle pasado nada ni a él ni a su familia. «¡Ni a ti! Mío querido», le dijo mirándolo fijamente. «¡Ni a ti hijo Mío! Dios te protege por ser tan bueno. Y no pienses en Matilde. Si no aparece, para mejor será. ¡Para mejor será! No te preocupes. Yo me encargo de todo lo que necesites», concluyó Foudoix prodigándole a Mío el abrazo de padre que se merecía, ese que hace que los corazones de los que así se quieren, palpiten afanosamente y asome su calor a los brazos que se estrechan y los labios que exclaman, ¡Padre! ¡Hijo!

Sobrecogido de dicha por lo que sentía en ese instante, Mío comprendió que se había hecho hombre en la hora de tinieblas de su patria, y hallado la paz que necesitaba para poder sobrevivir sus tragedias. Foudoix, con sus confidencias, su cariño, su generosidad, su espíritu paterno demostrado con creces, lo había puesto en el camino que lo llevaría a ese destino.

Mío estuvo de regreso a su colegio unos días después de su feliz encuentro con Foudoix, tiempo que pasó alojado en la Maison Centrale de donde se habían ido su esposa y sus hijos, el mismo día del atentado contra Gaitán. «¡Por su seguridad! Por su seguridad, Mío querido, tuve que llevarlos a nuestra casa en la sabana», le dijo Foudoix prometiéndole que lo llevaría a conocer el lugar.

Dotado con dos trajes de paño, varias camisas, unas cuantas mudas de ropa interior, zapatos y otras prendas y cosas necesarias para su cuidado personal, hasta con maleta nueva, y un bolso para guardar sus útiles, Mío llegó a su colegio al atardecer del domingo 18 de abril, llevado por su generoso padrino. Ese día marcaba el regreso de los lasallistas en cumplimiento del compromiso moral que se impusieron desde el instante mismo de su desesperada fuga reciente. La Salle renacía gloriosamente y sus alumnos y sus docentes se entregarían de inmediato a la tarea de su reconstrucción y dichoso recrear de su antigua existencia.

La reanudación de clases tuvo lugar el lunes 26 de abril, cuando repicaron alegremente las campanas del mancillado templo del colegio consagrado nuevamente con renovado fervor durante la misa de Acción de Gracias que celebró Monseñor Fidel León, su salvador espiritual en esa hora siniestra reciente cuando bien supo mantener en alto la fe cristiana de sus pupilos.

Orgullosa de ser miembro de esa noble generación heredera de la vida que pudo haber perdido para siempre, Mío fue el encargado de escribir un poema compuesto por él mismo, que declamó durante la entrega de menciones de honor cumplida el 15 de mayo siguiente, compuesto en honor de San Juan Bautista de la Salle y que llamó: “Resurrección”.

Presente entre los asistentes, Foudoix recibió la Mención de Honor concedida a los mejores alumnos del mes, que le entregó Mío, manifestándole su agradecimiento por todo lo que hacía por él. «Padrino» le dijo, «A partir de hoy, voy a estudiar como nunca antes para poder graduarme de bachiller». «Bien sé que lo vas a lograr» le respondió Foudoix «Y yo estaré a tu lado, como siempre», le aseguró.

Eran las cinco de la tarde del 17 de noviembre de 1952, dos días después de su graduación como Bachiller, cuando Mío tocó a la puerta de la Maison Centrale de donde se había retirado la placa que la acreditaba como posada. Con su ropa y otros pocos

haber guardados en su vieja maleta junto con sus cuadernos de poesía y el diario que mantenía sagradamente, confidente de sus pensamientos, Mío fue recibido por una hermosa joven de grandes ojos negros que lo fascinaron por la ternura con que lo miraban, gesto que correspondió sintiendo un extraño temblor visceral nunca antes experimentado. «¡Angelita! Para servirle jovencito», le dijo en voz muy baja, invitándolo a seguirla. «Pasajero habrá de ser este nuevo rumbo que tomo, como todo lo que me sucede... cuando me tropiezo con la felicidad», pensó Mío contemplando el escenario de descubrimiento de su origen.

Mío compartió esa noche su primera cena hogareña, con Foudoix, su esposa Susana y sus dos hijos, Peter de su misma edad y Lucia de dos años. Su educado porte de joven con clase; su buen hablar; sus breves intervenciones en francés, y su conocimiento de cualquier tema que se discutiera durante las tertulias familiares, le ganaron aún más el cariño de sus anfitriones. La manifestación de agrado por su manera de ser no se hizo esperar. Mío sería invitado a las reuniones sociales de la familia, la próxima, la fiesta de Navidad que celebraría la colonia extranjera en la Belle Epoque, en Yerbabuena. «Nuestro segundo hogar», le dijo Susana.

Inolvidable fue esa ocasión en la que Mío compartió la mesa reservada para la familia Foudoix y disfrutó de los saludos de sus amigos que lo trataron como uno de ellos, solo le causaron grandes inquietudes cuando escuchaban su nombre y lo miraban con curiosidad tal que sintió que él no pertenecía a su clase. Sin embargo, logró divertirse en grande participando en los cantos y danzas europeas que aprendió a bailar llevado por la encantadora Susana.

Mío no olvidaría jamás la historia narrada por Foudoix, al calor de la chimenea prendida en el salón principal del club, luego de los abrazos y besos y felicitaciones que todos se dieron mientras repicaban alegremente las campanas del cercano templo de Yerbabuena, anunciando la Navidad.

«Existió una vez» comenzó Foudoix, «en el tercer milenio, un hombre llamado Nicolás de Patara, obispo de un pueblito griego llamado Mira, que vendía como lo había predicado Jesús de Nazaret, todo que lo poseía para dar a los pobres el dinero que conseguía. De su generosidad nació un personaje llamado Papá Noel... que reparte regalos por esta época... algunos lo conocen como el Niño Jesús... tu protector Mío...», le dijo Foudoix haciéndole un guiño paternal. «En memoria suya» continuó, «se celebraban muchas fiestas, una de ellas, precisamente esta noche, que ya pasó, en un pueblito llamado Kussnacht, el lugar de origen de mi historia, situado a orillas del lago Lucerna... que es un espejo sin mancha que retrata el cielo de nuestra bella Suiza». Tras de una breve pausa nostálgica, Foudoix continuó su encantador cuento: «Mucha gente vestida de blanco, aún marcha allí, durante la Navidad portando sobre sus cabezas grandes mitras obispales, hechas de cartón ahuecado de casi dos metros de altura, que contienen cirios que gotean cera y candela, pero que nunca se queman ni les chamusca el pelo porque los protege el legendario obispo».

Aunque Mío no creyó del todo lo contado por Foudoix, se sintió bien de saber que existían seres que se cubrían de telas blancas y que despedían fuego, pero que no eran tan malos como Matilde. Ella sí que quiso acabar con él vistiéndose de fantasma, cruel y perverso con fuate y candela en mano, y él, había sido protegido de su furia, no por los personajes del cuento, sino por el Divino Infante, como insinuó su padrino esa noche de leyenda extranjera.

Consciente de que no podría seguir de fiesta y holganza, menos ahora, cuando pasado el Año Nuevo de 1953, Foudoix regresó a sus negocios, y Susana a sus quehaceres de ama de casa y preparación de Peter para su próximo viaje a Francia donde ingresaría a una universidad, Mío comprendió la necesidad de ocuparse en algo que le permitiera continuar sus estudios. «Ya

es hora de ganarme un sueldo que me permita salir adelante», le dijo Mío a su padrino una noche después de cenar, cuando le pidió ayuda para conseguir empleo lo más pronto posible, asegurándole que se esmeraría para hacerlo quedar bien. «De eso estoy seguro. Ya me has comprobado lo agradecido que eres hijo Mío», le respondió Foudoix no sin recomendarle que pensara en una carrera universitaria. «Aunque por ahora, es mejor que consigas un buen trabajo. ¡No te preocupes! Ya veré qué hago para conseguirte un empleo que te sirva».

Mío asistió a la entrevista de trabajo lograda por su padrino con el Jefe de Personal del Banco Agrario, amigo suyo. «Su nombre es Camilo. ¡Doctor Camilo Guzmán! Prepárate para los exámenes que te va a hacer. La cita es para el 29 de enero ¡Te va ir muy bien! Eres muy inteligente y bien preparado. Yo te llevé», le aseguró Foudoix.

Los resultados que obtuvo Mío de las rigurosas pruebas de matemáticas, escritura y lectura y geografía que le practicó un asistente del Doctor Guzmán, fueron suficientes para ser nombrado Auxiliar de Oficina de la sucursal abierta recientemente en un pueblo llamado Palmarito. «En el Valle de las Palmas, Provincia de Río Negro», le dijo su entrevistador, luego de hacerle llenar los documentos de admisión que le entregó, que tendría que entregar al gerente de la oficina donde trabajaría. De acuerdo a las instrucciones que recibió finalmente, Mío debía presentarse en Palmarito, ese próximo martes 3 de febrero.

Armado con su carta de nombramiento, y la increíble cantidad de 30 pesos como viáticos de viaje, Mío se despidió de los Foudoix muy temprano ese lunes anterior a su viaje. Reunidos en el jardín de la casa, Mío hizo entrega a su padrino y a su esposa de un poema que había escrito la noche anterior, diciéndoles que lo leyera cuando él se hubiera ido. Finalmente, besó a la pequeña Lucía y se abrazó a Peter, su compinche de travesuras.

Tratando de disimular su pena con una leve sonrisa dirigida a sus igualmente dolidos anfitriones, Mío se dirigió al zaguán de la casa en donde recogió la maleta que había dejado allí, y sin mirar atrás, abrió el portón que cerró cuidadosamente y cruzó la calle, solo para detenerse en el andén del frente a contemplar pensativo la casa donde había aprendido el significado de la palabra, ¡Hogar! Lo había conocido en las veladas diarias, puntualmente después de la cena, siempre amenas y divertidas, cumplidas en la pequeña sala de té contigua al comedor, con su acogedora chimenea de ladrillo rojo, de tiro fuerte y fulguroso llamear de troncos traídos de los cerros de la Calera, olorosos a pino y eucalipto.

Allí quedaba el sofá de abuelo de su amado protector desde donde narraba sus historias de viejo extranjero, nostálgico, patriarcal, sin molestarse cuando se quedaba dormido y Susana lo despertaba y lo acompañaba a su alcoba con el mismo cariño que le prodigaba a Peter y a Lucía. ¡Ah!, y los cuidados de Angelita y su afán por ser ella misma quien le azucaraba el té con leche y las bolitas de mantequilla, y extendía sin medida jalea de mora y de guayaba sobre dobles tajadas de pan de uva, horneado en casa, atenciones que cumplía con una sonrisa picarona. Cómo no recordar, y para siempre, la noche cuando lo besó en los labios al pie del lecho que acababa de prepararle, antes de salir corriendo dejándolo convertido en antorcha que solo podría apagar su entrega. El regreso de su musa a la inagotable llama de su sexo alborotado, no fue un sueño.

Mío lloró calladamente su soledad sintiendo que era la más profunda de todas las vividas hasta entonces. La musa que había logrado disiparla, no estaría con él en su nueva andanza. Solo el sabor de sus besos, la huella de sus mimos, el eco de los versos que él improvisó a su oído, románticos, abismales, delatores de su predisposición a vivir al filo del romanticismo trágico tan en boga entre los poetas bohemios de su época. Fiel intérprete del Nocturno de José Asunción Silva, Mío sentía ser la sombra de la sombra aquella, “larga, larga, larga” que se llevó al bardo y

lo convirtió en espectro caminante noctámbulo de las solitarias calles bogotanas. Él había hecho suyo el tiempo de melancolía del inmortal bardo.

Nunca lo sabría, pero su febril enamorada, ausente en su despedida, lloraba su propia soledad viéndolo partir desde su encierro en la alcoba donde le había entregado su cuerpo sin reclamo alguno de pertenencia.

Habiendo dejado atrás los desordenados barrios construidos al sur de la ciudad, a orillas del río Bogotá contaminado por los chircales y fábricas que comenzaban a enturbiar la pureza de sus aguas, el bus de la Flota del Valle de las Palmas en el que viajaba Mío, comenzó a trepar la cuesta del tormentoso, páramo de San Benito, orquestado por el rugido del Salto del Tequendama.

La borrasca que se cernía sobre la zona a esa hora temprana del 2 de febrero de 1953, transportó a Mío a su propio tiempo de sombras y desatinos. De allí había sido arrancado para siempre de su inolvidable Mamá Anita, y de Blanquita, la princesa de sus sueños de príncipe conquistador de su cariño. Ni ellas, ni sus profesoras Graciela y Sofía; ni su escuelita donde había aprendido a leer y a escribir; ni la estación del tren que vio convertida en cementerio de locomotoras y vagones despedazados, botados a orillas de la antigua vía férrea; ni la posada aquella ruidosa que tanto distraía los quehaceres normales del caserío, ni la bizcochería de los Jaramillo, nada parecía existir. Solo las ruinas de El Alto, que creyó ver humeando.

El bus en que viajaba Mío se detuvo en el retén instalado en el Alto de las Cruces en donde los viajeros fueron informados por los militares que vigilaban el lugar, que dos de ellos los escoltarían para protegerlos de cualquier calamidad que pudiera ocurrirles. Según les dijeron, una banda de forajidos que asolaba la región, había asaltado recientemente un bus de la misma empresa y robado a sus pasajeros antes de incendiarlo y huir llevándose con ellos a uno de sus compañeros. La noticia no fue de mucha importancia para Mío cuya vida estaba cargada de sus propios incendiarios y delincuentes. A él solo le importaba llegar a Palmarito y buscar un lugar donde hospedarse y prepararse para llegar temprano al día siguiente a su sitio de trabajo. «Por

fin tendré algo ganado por mí mismo aunque todo lo que logro, lo pierdo de inmediato...», se dijo, pensando en la posibilidad de un asalto como el contado por los vigilantes de la carretera. Sin embargo, la presencia de los soldados que seguían la flota, fue suficiente para sentirse seguro y poder entregarse a un leve sueño reparador de su fatigado ánimo.

El estridente pito del bus despertó a Mío al paisaje de una calle bordeada de pequeñas viviendas y negocios aún abiertos que se extendían a lado de la vía. Había llegado a Palmarito. Las sombras de la noche comenzaban a deslizarse sobre el lugar y las luces en los postes y los bombillos de las casas a prenderse, como dándole su bienvenida a los cansados viajeros. Rodeada de árboles gigantescos, con su iglesia parroquial y casonas de altos balcones distribuidas sobre sus cuatro costados, la Plaza Mayor del pueblo aparecía desolada y solo unos pocos campesinos reunidos en el andén donde descendió Mío, turbaban el silencio imperante con sus gritos de ofertas de servicios varios a los pasajeros que descendían del empolvado bus de la Flota del Valle de la Palmas, escoltado por los soldados que pronto después torcieron rumbo de regreso al Alto de la Cruz.

Un hombre de cabello blanco, enruanado, sentado en una banca colocada en el andén de la estación, observaba el ajeteo de los pasajeros recién llegados. «Máximo Méndez... sacristán campanero de oficio... para servirle mi amo», le dijo a Mío cuando este se le acercó con gesto de no saber a dónde dirigirse. Enterado de lo que buscaba, Máximo se apresuró a decirle: «Allí mismito, mi amo... al pie del Banco Agrario... queda el mejor hotel que existe por estos lados... el Buenos Aires... y desde ya... su amigo», concluyó. «Desde ya... su amigo también... Mío... me llamo Mío», le respondió dándole un fuerte abrazo de agradecimiento.

Aferrado a su diario y con su maleta a rastras, Mío penetró al zaguán del hotel recomendado y avanzó hacia el interior de un patio empedrado sembrado de rosas, geranios, y helechos en matera colgados de las vigas bajo el corredor de un segundo

piso. En espera de ser atendido, Mío dirigió su mirada a la fuente que se alzaba en el centro mismo del lugar dándole un cierto aire de campiña fresca y perfumada. «Llegó a tiempo... ya iba a cerrar», le dijo la joven que lo miraba con curiosidad mientras regaba las plantas del jardín sembrado a su alrededor «Me llamo Camila... ¿Y tú?».

Encantado por la confianza que le prodigaba la encantadora joven, Mío le devolvió su saludo, no tuteándola como ella lo había hecho, sino con la mejor de sus sonrisas. Llevado seguidamente hacia un escritorio colocado al pie de las escaleras que conducían al segundo piso, Camila aprendió su nombre y de dónde venía, por los datos que anotó Mío con fina y ornada caligrafía en el libro de registro de huéspedes.

Sorprendida por el emocionado abrazo que le dio Mío luego de registrarse, Camila no disimuló su interés en atenderlo personalmente. Habiendo despedido a una sirvienta que se les acercó, procedió a conducirlo a la habitación que escogió para alojarlo. «Tiene aguamanil y regadera, y es la más amplia y mejor arreglada que tengo», le dijo Camila cuando se la mostró. Estando en esas, se fue la luz, al parecer en todo el pueblo. «No se preocupe Mío... que a mí no me faltan cerillos ni velas», le dijo Camila, mientras prendía una vela que había sobre la mesita de noche, disipando el temor que Mío experimentaba en ese instante de recordación de otros cuartos habitados por las sombras, el miedo y la tristeza. Sin embargo, el recibimiento que le hacía Camila, el regreso de la luz, y su gentil despedida: «Bienvenido... nos vemos mañana... que pases buena noche... Mío», fueron motivos suficientes para disipar las inquietudes que sentía. «Tendré que buscar a Máximo para agradecerle sus favores», se propuso mientras rezaba arrodillado al pie de la cama como era su costumbre desde muy pequeño.

Despierto muy temprano y habiendo rezado sus oraciones de agradecimiento a Dios por el nuevo día de vida que le concedía, Mío procedió a vestirse de acuerdo al trabajo que desempeñaría. Traje de paño, camisa blanca, corbata azul y zapatos muy bien

lustrados, tanto como para observarse en ellos, a falta de un espejo que le devolviera su bien cuidada figura. Afuera de su cuarto, se escuchaba el ir y venir de personas apuradas por alguien que llamaba a desayunar.

Nunca antes fuera de lo vivido en casa de los Foudoix, había Mío experimentado tanta paz interior como la que sentía en ese instante en el que la palabra hogar volvía a tener forma y esencia y hasta aroma de café y de pan recién horneado, y perfumes de frutas y gritos de niños y apuros de gente motivada para emprender un nuevo día de logros personales y profesionales. Emocionado, sintiéndose parte del ambiente, y luego de cerrar sin lograrlo del todo, la desajustada puerta de su habitación, se dirigió hacia el comedor que aparecía ocupado por varias personas atendidas por un par de muchachas uniformadas, dirigidas por Camila. Al verlo, esta no disimuló su admiración por él, que mostró con un gracioso gesto de escrutinio de arriba abajo de su elegante figura. «Buenos días...Camila...», fue lo único que acertó a decirle mientras se dejaba conducir por ella a una de las mesas colocada en el centro del espacioso comedor. «Mi padre, Doctor Prudencio Dueñas Acosta», le dijo Camila ofreciéndole asiento al lado del gentil hombre que lo saludaba paternalmente. Elegantemente vestido, como Mío, con excepción del chaleco, reloj de cadena, corbatín y sombrero de fieltro, su aspecto general era comparable al de su padrino Foudoix. Así pensó Mío al escuchar sus palabras de bienvenida dichas en voz baja y pausada que le inspiró confianza inmediata.

La llegada de un grupo de niños en ropas de dormir, interrumpió la charla que sostenían Prudencio y Mío. «Enriquito, Patica y Martica... tres de mis cinco hijos... el mayor, Prudencio, estudia en Bogotá. A Camila, ya la conoce», le dijo Prudencio con orgullo de productor de maravillas. «Su madre, Doña Isadora», se explicó, «No acostumbra a madrugar... ya la conocerá». «Comprendo», asintió Mío mientras trataba de calmar a la inquieta prole enfrascada en disputarse el desayuno que les servía una de las meseras, con lo que quedó involucrado de entrada en los asuntos privados de la familia Dueñas.

Pasado el apuro familiar, Prudencio y Mío se levantaron de la mesa y continuaron hablando entre ellos mientras descendían las escaleras rumbo a la calle. Ya en el andén, se despidieron de abrazo largo y apretado, y partieron, Prudencio, rumbo a su dentistería, y Mío al Banco Agrario, situado a unos pasos del hotel.

Complacida por lo ocurrido entre su padre y Mío, Camila terminó su tarea de atender a sus hermanitos y devolverlos a sus habitaciones, y se dispuso a salir hacia su colegio, el Regional de la Merced. Oronda, con su atado de libros al hombro, muy elegante en su andar de colegiala desprevenida, luciendo su uniforme de blusa blanca bordada, falda escocesa y medias blancas tobilleras, Camila era conocida como la más diligente de las jóvenes de Palmarito y la más dedicada a su familia. Buena hija, condescendiente con sus padres y sus amistades, y muy amable con los huéspedes del hotel a quienes trataba como si fueran de su propia familia.

Nada extraño fue entonces que Prudencio invitara frecuentemente a las personas más importantes del pueblo, entre ellas, el Alcalde Militar, Teniente Fonseca, el Párroco Monseñor Moisés Feliciano Mendoza Montero, el Dr. Fernando Fernández, médico pediatra, padrino de nacimiento de sus hijos, y ocasionalmente, a un hombre llamado El Agachado, porque así andaba, cuyas visitas eran tan cortas y furtivas que preocupaban, no solo a Camila sino al propio Prudencio pese a ser uno de sus mejores clientes. «Usted verá... pero ese señor no me cae bien... ¡Usted verá!», le manifestó Camila en más de una ocasión.

Alfredo Macías Carrillo, Gerente del Banco Agrario de Palmarito, recibió a Mío ese primer día de trabajo cuando lo presentó a los empleados de la sucursal: Su joven secretaria, Blanca Marina Palacios, el cajero Baltasar Serrano, un mensajero de apellido Teófilo Barragán, y un vigilante armado encargado

de hacer valer los derechos de fila de los clientes durante las agitadas jornadas de fin de mes. Este último lo sorprendió cuando se presentó diciéndole: «Soy Elías, *el catire*, para servirle. No se preocupe mi amo... ¡Yo me encargo de cuidarlo para que nada malo le pase!». «Y a mí, ¿Qué puede sucederme?», le preguntó Mío. «Nada patroncito, ¡Nada! ¡No se preocupe!», le aseguró el comedido hombre.

Mío dio comienzo a sus labores en el escritorio situado a espaldas de la casilla donde trabajaba Baltasar. Dotado de una calculadora Remington y de unos cuantos libros de contabilidad empastados y marcados en dorado, Mío cumplió celosamente su diaria tarea de asentar las consignaciones recibidas y los cheques pagados que le alcanzaba Teófilo. También ayudaba con el cierre de caja y la consecución del sello de aprobación del acta de cuadre perfecto de las operaciones realizadas durante el día, emitida por Macías. Una vez logrado y visto que nada quedaba por hacer, Mío se apresuraba a regresar al hotel ansioso de compartir con Camila el encanto de los encuentros vespertinos que ella organizaba con esmerado afán hospitalario.

A tan risueño mundo familiar regresó Mío una tarde al final de su primer mes de trabajo, cuando encontró a Camila vestida con un hermoso traje de seda, exquisitamente ajustado a su cintura, desprendido en amplias crinolinas que la hacían ver como flotando sobre los altos tacones de sus zapatillas blancas. Esa noche, Camila lo acompañó a cenar y lo distrajo con sus historias de colegiala y las interesantes de su cargo de administradora del hotel. Más tarde, reunido con otros huéspedes en el corredor principal del segundo piso, Mío descubrió el pequeño pero fascinante mundo nocturno de su anfitriona. Estaba musicalizado por los Panchos, el trío mexicano más famoso de la época, presentes en los discos de pasta montados en un gramófono manejado por ella misma. «Sin un amor la vida no se llama vida. Sin un amor no hay salvación», fue el bolero que escuchó Mío llenándolo de intensas emociones románticas.

Por lo que supo Isadora, que le contó su hija, Mío no parecía tener familia alguna ni nadie a quién rendir cuentas. «Vaya si ahora querrá que seamos sus parientes», le contestó Isadora. «Preséntemelo. Ya es hora de saber qué es lo que pretende», concluyó precisamente cuando Mío, recién llegado de su trabajo, se acercaba a donde se encontraban conversando Camila y su madre, en el jardín del hotel. «Doña Isadora... ¡Encantando de conocerla!», fue lo poco que acertó a decirle Mío antes de escuchar su inesperada respuesta: «¡Vaya ...Vaya! Con qué usted es el señorito que anda embolatando a mi hija con... con sus majaderías... ¡Mire que no soy ciega ni sorda!», le dijo Isadora, sin permitirle responder a su absurda acusación. A partir de entonces, Mío trató de mantenerse alejado de la peligrosa mujer, así la clasificó, y de no poder evitarlo, muy cuidadoso de lo que decía o hacía en su presencia.

Caso contrario era su relación con Prudencio. Cumplidor de su papel de esposo y padre sin tacha, el “buenazo” Doctor Dueñas, así lo llamaba todo el mundo, se comportaba a la altura de su calificativo, sirviendo igualmente a sus numerosas amistades, a su clientela, receptora de sus servicios de odontólogo, el único en Palmarito con título universitario, y obviamente con generosidad sin límites y amor incondicional hacia su familia.

Bondadoso, puntual, atento y muy dado a compartir sin distinción ninguna la vida social y religiosa de los palmeños, Prudencio tenía fama de ser muy generoso con sus pacientes, tanto en descuentos como en la forma de pago por sus servicios. El hecho era que aceptaba a cambio de dinero, toda clase de productos de campo, incluyendo pollos y gallinas, hasta gallos de pelea y no pocas veces una que otra res que tenía que vender a los carniceros locales o cambiarla por carne ya preparada. Todas estas provisiones iban a parar a manos de Natividad, su empleada de confianza, encargada de la despensa de la cocina del hotel.

Sumadas sus cualidades humanas y profesionales a su anhelo de mantener un elevado perfil como hombre de hogar capaz de

sostenerlo, Prudencio gastaba sus ingresos todos en cubrir los gastos no solo de su profesión sino los del hotel y los de su familia y casi que un rubro aparte, los de Isadora; exigente y despilfarradora, su mujer no era ninguna caja de ahorros. Ella solo sabía promover su imagen de mujer de clase alta, costara lo que costara.

Para lograrlo, había encontrado una manera de obtener notoriedad, bastante costosa por cierto. Ya eran tres los autos que había estrellado, el último, un Bel Air del año. Alarmados, los palmeños procuraban no cruzarse en su camino cuando se lucía zigzagueando por las calles del pueblo tratando de superar los 165 kilómetros por hora, la máxima velocidad de su nuevo Chevrolet. «Por fortuna, no mata a nadie... solo tumba postes... tumba vacas, tumba todo...» se dijeron los testigos de sus desvíos el día que la vieron descender de su maltrecho bólido, aturdida, despelucada y acusándolos de ser los causantes de sus percances. «No ve que se atraviesan en mi camino... ¡Ahora es a usted al que le toca pagar!», concluía Isadora diciéndole su alarmado esposo, con razón para sentirse así. El bolsillo de su mujer tenía más huecos que los que causaba.

Palmeño de cepa, Prudencio Dueñas Acosta era hijo único, nacido y criado con profundo amor cristiano. Enviado por su acaudalado anciano padre a completar sus estudios de secundaria en un colegio de Bogotá, Prudencio se graduó de bachiller a finales de 1930 para luego ingresar al Colegio de Odontología de la capital a principios de año siguiente, cuando contrajo matrimonio con Isadora, única hija de Doña Evita Parra viuda de Cuestas, administradora de la residencia en donde se hospedaba, cercana al lugar de sus estudios. Tras de obtener su título, Prudencio regresó a Palmarito a principios de 1934 y estableció su práctica en un amplio local esquinero sobre el costado norte de la plaza principal de Palmarito.

El empeño inicial de Isadora cuando llegó a Palmarito fue el de ocupar el lugar que creía se merecía como esposa de odontólogo recién graduado, noble descendiente de una de

las más antiguas familias de Palmarito. Ansiosa por alcanzar tan deseada posición, no le causó ninguna gracia la decisión que tomó Prudencio de convertir su casa paterna en un hotel que llamaría Buenos Aires, como efectivamente lo registró notarialmente antes de su inauguración el 3 de enero de 1935, unos meses después del nacimiento de su primer hijo al que bautizaron con el nombre de su padre de acuerdo a la tradición de primogenitura.

Consciente de que ningún dinero le sería suficiente para satisfacer las crecientes demandas de su mujer, Prudencio vivía en cacería de clientes ingenuos para convencerlos de que se hicieran su chapita, como llamaba las dentaduras postizas que producía, con dientes engastados en oro y muelas con calzas de plata, para lo que usualmente requería que se extrajeran el total de sus dentaduras, operaciones totalmente innecesarias en la mayoría de los casos, cuando los pacientes solo sufrían de caries y no necesitaban ser desmueleitados.

Fiel creyente del dicho popular: “*Quien bien siembra bien recoge*”, Prudencio había adornado sus dientes frontales con puntos dorados y enmarcado sus colmillos con bien talladas coronas que deslumbraban a sus clientes. Al fin y al cabo, “*se necesita de una vitrina bien vistosa para poder vender*”, pensaba con espíritu de comerciante. Nunca antes en la historia dental de la región, nadie había gozado de tan buena salud dental, ni se había reído con tan esplendoroso brillo de dentaduras perfectas, como sus agradecidos clientes. Orgullosos, se jactaban de poseer dos cajas, una para roer huesos y otra para comulgar y sonreír como santos. Sin embargo, la presencia de los teguas que trabajaban las veredas y pueblos de la región y hasta su misma plaza en donde colgaban en sus consultorios dudosos diplomas de grado, hacía que Prudencio se esmerara en la finura de su trabajo que consideraba superior al aparentemente “*bueno, bonito y barato*”, otro de sus dichos, de sus competidores.

No queriendo desprestigiarlos, mucho menos denunciarlos, Prudencio se propuso competirles en calidad y precio. Para

lo primero, utilizaba los mejores materiales importados que podía comprar en los depósitos dentales de la capital, y para lo segundo, no cobraba las extracciones, siempre y cuando el paciente ordenara caja, ojalá superior e inferior, o puentes con dientes de fina porcelana, salpicados de puntos dorados, hasta con funda de oro, con ventana o sin ella.

Uno de esos clientes necesitados de brillo, era su compadre Matías, dueño de la mejor gallera de Palmarito en donde arriesgaba semanalmente unos cuantos pesos en gallos de pelea, majaderos, que casi siempre veía morir aguijoneados por los giros envalentonados y sanguinarios de El Agachado. Su relación con este no pasaba de ser amistosa, sostenida únicamente por el buen cuidado que hacía de su enorme dentadura natural, prudentemente conservada y sin extraerle una sola pieza por mucho que le doliera. Agradecido, El Agachado compensaba las pérdidas de gallera de su esmerado dentista, haciéndole llegar toda clase de animales de campo, especialmente conejos, que Isadora gozaba viéndolos multiplicarse.

No habían transcurrido cuatro meses de su arribo a Palmarito cuando Mío fue ascendido a Cajero Auxiliar. La seguridad de su empleo y el magnífico salario que devengaba le permitía pagar anticipadamente la mensualidad de ochenta pesos que era lo que le costaba su estadía en el hotel Buenos Aires. Con lo sobrante, compraba de contado camisas y ropa interior y hasta vestidos de puro paño, todo disponible en el Almacén Rivas. También adquirió cuatro tablas de madera cruda y doce ladrillos que utilizó para hacerse un estante de tres pisos que instaló contra una de las paredes de su alcoba y llenó muy ordenadamente con libros revistas que adquiría localmente, junto con sus diarios personales empastados por él mismo en cartulina gruesa, a modo de tapa, que señalaba con letra gótica trazada con tinta china como había aprendido del bibliotecario de su colegio.

Sumados sus gastos, Mío logró ahorrar veinticinco pesos quincenales que guardaba celosamente en su mesita de noche, dejando diez pesos para gastos imprevistos. Uno de ellos, el costo del pequeño radio que le vendió un agente viajero diciéndole que era un transistor de origen japonés, que terminó sirviéndole de compañía permanente, pese al caprichoso ir y venir de las ondas captadas por el novedoso aparato. A sus nuevas posesiones se agregaron las que halló una tarde cuando regresó de su trabajo, ya colocadas en su alcoba. Una mesa de madera y una silla con asiento y espaldar de mimbre. «*Flotan buenos aires...* gracias a Camila», se dijo convencido de ser ella la que lo dotaba de tales comodidades. Igualmente le atribuía el presente de unos cuantos paisajes de montañas cubiertas de nieve, y lagos y abetos y casas con chimeneas y siluetas de gente ocupada en quehaceres campestres, colgados de las cuatro paredes del cuarto. Parecían originales excepto que estaban hechos de piezas sueltas, muy bien unidas, cubiertas con vidrio, y enmarcadas pobremente. «No importa. Me hacen sentir bien, se parecen a las de mi padrino», se dijo Mío, conforme con los nada valiosos rompecabezas.

Atendido tan finamente, no faltaba otra cosa sino conquistar el amor de Camila. Su presencia diaria al otro lado de la puerta de su alcoba, cuando le dejaba una gran taza de café tinto puesta en bandeja de plata, y lo despertaba con un alentador llamado de; ¡Buenos días! Miiii...ooo!, dicho con ronroneo de paloma mensajera. «Si supiera que estoy loco por ella», se dijo recordando los poemas que le escribía, confiados a su diario compañero de sus intimidades.

Tan prometedor despertar diario, lo fue de luces y campanas, una madrugada de mayo, a solo tres meses de su llegada a Palmarito cuando Camila amaneció a su lado. La hermosa joven había cruzado el umbral de su pasión y había llegado, tinto en mano, directamente al lecho donde se desperezaba en espera de su tentador llamado. «Eres Mío, Mío solamente Mío... Mío», susurró Camila abrazada a su conquista. El eco de la naturaleza campesina en su propio despertar natural celebrado por los

gallos victoriosos, y el repique de las campanas que anunciaban la segunda misa del día, la de las ocho en punto, parecían responder al vigor sexual de los amantes del Buenos Aires.

Mío y Camila vivieron su idilio sin otro afán que el de satisfacerlo. Su alcoba, el pueblo, sus calles, las bucólicas riberas del aurífero cauce del Río Palmarito, los campos reverdecidos por las lluvias de su eterna primavera, todos esos rumbos los vieron pasar, ella envuelta en una enorme ruana verde, y él, buscando sus encantos entre los pliegues cómplices de sus inquietas manos exploradoras. Convertida en su prenda favorita, Camila usaba su ruana hasta para ir misa, y sin falta, cuando Mío la invitaba a la matiné de los sábados en el Cine Paraíso.

Acompañados por Natividad, ordenada por Isadora, era más lo que disfrutaban su íntimo acomodo en la última fila de asientos del Paraíso, que la película del día. Mientras la muy juiciosa sirvienta dormía en su silla, o pretendía hacerlo, ellos protagonizaban su propia escena de amor. Como James Dean y Natalie Wood, protagonistas de la película *Rebelde sin Causa*, que habían visto recientemente, Mío y Camila, desafiaban los principios morales y cristianos de su tiempo, y Natividad era su mejor aliada, al menos fue eso lo que le exigieron un día de regreso de cine: « ¡Cómo no voy a ser su confidente mis niños!», les respondió la humilde mujer. “Si la niña Camila es mi ahijada de nacimiento. ¡Ah! Tan bonita... redondita... colorada... ¡Así era sumercé!, y así es y será. ¡Tal y como la trajo al mundo el Doctor Fernández! De eso ya van quince años cumplidos precisamente el día de la llegada de Don Mío aquí presente... Si. ¡Claro que sí! ¡El 2 de enero!». «¡Que coincidencia Camila! Y no me habías contado», dijo Mío mirando de reojo a Camila mientras se dirigía a Natividad y le daba un beso que hizo sonrojar a la ingenua delatora de la edad de su amada Camila.

De humilde origen campesino y sin pariente alguno conocido, Natividad había crecido al servicio de la Familia Dueñas desde cuando fue abandonada, tendría tres años, por su madre, una campesina que les traía de vez en cuando hortalizas y gallinas criollas, cuyo nombre o apellido jamás supieron. Isadora la llamó así por haber llegado precisamente la noche de Navidad de 1935. Esmerada, prudente, tierna, Natividad aprendió a leer y escribir por su propia cuenta, y de una otra muchacha, cocinera de planta de los Dueñas, su estilo de cocinar que mejoró con su propia sazón.

Los afortunados que gozaron de sus exquisitos platos no pudieron olvidar jamás su delicia y abundancia. Eran como para repetir los succulentos desayunos en doble porción de huevos pericos y chocolate de harina y arepas que consumían los viajeros madrugadores, contentos de partir eructando de llenos; igualmente se hablaba de sus almuerzos y de las onces de media tarde, y de la siempre succulenta cena que servía a las siete de la noche en punto; finalmente, y con mucho cariño por su significado familiar, la merienda a las nueve de la noche, compuesta de colaciones diversas, té o agua de panela. «Nada pesado», les aseguraba Natividad a sus más que satisfechos comensales.

Feliz de cumplir el todo de sus obligaciones diarias, Natividad era la última en retirarse a su habitación y la primera en salir antes del amanecer cuando preparaba el delicioso café tinto esperado por los residentes directamente en sus habitaciones. Prudente y leal, ella guardaría celosamente su conocimiento de los amaneceres de Camila, no propiamente en su lecho.

Prudencio, quien ya había sospechado del amorío de Mío con su hija, se limitó a escuchar a Isadora cuando le pidió que no se descuidara, «Su hija no va por buen camino. Mire a ver qué hace con ella... embolada como parece estar con ese majadero que no se sabe quién es ni de dónde viene». No siendo capaz de meterse en asuntos privados, Prudencio no tuvo que pedirle explicaciones a Mío. Este le evitó esa molestia con la revelación

que le hizo de sus sentimientos por Camila. «Matrimonio a la vista, hijo querido. ¡Como lo ordena Dios y la sociedad!», fue la respuesta de Prudencio a su futuro yerno.

De acuerdo, y en atención a una posible mejor situación económica, Prudencio le aconsejó que renunciara a su puesto, que él le enseñaría su profesión y lo haría socio suyo, heredero de su lucrativa práctica. «Aprenderás durante tus días libres, te los pagaré», le prometió Prudencio. «Empezaremos con extraer muelas... y luego tomar moldes, montar cajas... ¡Eso sí! Sin título, por ahora, que yo te cubro con el mío. ¡No te preocupes! Tener diploma es de poca importancia para los pacientes, lo que importa es trabajarles bien», le aseguró Prudencio. Ante semejante propuesta, Mío no supo si agradecer su generosidad o burlarse de su ingenuidad; prefirió lo segundo, se agarró la cabeza a dos manos y se dijo: «¿Yo dentista? ¡Ni por el chiras!».

Pasado el tiempo de propuestas y suposiciones, y siendo hora de anunciar el compromiso de su hija, Prudencio se encargó de dar a conocer la noticia, primero a Isadora, y luego a todos los personajes del pueblo, que la transmitieron a sus amigos y estos a los suyos hasta que no quedó nadie en la región que no la conociera. Por tal motivo, la familia Dueñas Cuestas celebró numerosas veladas usualmente los sábados al anochecer cuando se servían deliciosos quesos nativos y exquisitos vinos extranjeros comprados al Agachado, quien fuera de ser gallero y matarife, era importador de toda clase de lujos apetecidos por sus amistades de alto rango social.

Las reuniones así atendidas, eran amenizadas por Los Ruiseñores del Valle, un trío conocido por Prudencio, feliz de verles reír desde sus magníficas dentaduras naturales que él cuidaba gratuitamente. Se lo ganaban por sus pasadas serenatas, cuando aún creía que Isadora las merecía. Por su lado, Mío participaba con sus poemas, muy románticos por cierto, que declamaba con elocuencia de orador profesional merecedor de aplausos y pedidos de repetición.

«Como que acabo de ser nombrado rey de la comarca y tengo sentadas mis reales sobre un trono de mil años, con todo y reina y descendientes», fue la ingeniosa frase emocionada que Mío pronunció una tarde a finales de octubre de 1953 cuando Camila le reveló que estaba esperando, mientras acariciaba su vientre sonriéndole picarescamente. Atónito, la atrajo hacia sus brazos diciéndole que se sentía dichoso, que era el ser más feliz del mundo, elocuencia que selló con un beso muy leve y sin apretones que Camila le devolvió de la misma manera diciéndole: «Me fascina tu delicadeza, pero... ¡No es para tanto! Si solo tengo unas semanas y ni se nota».

No pasó mucho tiempo antes de que Camila mostrara barriga y se sintiera cansada, tanto como para no asistir a clases, para desconcierto de sus padres y de sus profesoras. Despreocupada de sus deberes, Camila dormitaba a deshoras, no salía de su alcoba, y cuando lo hacía, era envuelta en su enorme ruana verde, encubridora de pasadas picardías amorosas. Sin permitirle a Mío acompañarla o distraerla, su indiferencia fue tan severa, que Mío llegó a temer que había dejado de quererlo.

«¡Mío! Es hora de arreglar nuestros asuntos», le dijo Camila una mañana cuando lo acompañó a desayunar, algo que no hacía últimamente. «Vamos a ver a Monseñor. Yo ya le hablé. ¡Casi que me echa de su presencia! ¡Bravo que es! Me regañó hasta que se cansó. Que de no ser por la amistad que tenía con mis padres, nada merecidos de sufrir la vergüenza de mi desatino, ¡No nos casaría! Pero como a ti eso no te interesa, ¿O estoy equivocada?», concluyó mirándolo a los ojos buscando saber si lo que le imputaba era cierto. Tratando de darle un giro cómico a la situación, Mío le respondió: «Eso de desatino... no sé qué tan cierto sea... más bien tino... diría yo. Por lo demás, Camila mía, tú sabes que te amo, que soy tu esposo, así no estemos casados», concluyó abrazándola.

«Dizque se quieren casar. ¡Vaya! Si ya se comieron el bizcocho», les dijo Moisés Feliciano Mendoza cuando se reunió con la joven pareja transgresora; posando su poco cándida mirada en la panza de Camila, y otra, castigadora dirigida a Mío. Sin embargo, terminó aceptando su petición, no sin decirles que se mantuvieran alejaditos el uno del otro hasta después de su desposorio que programó por él para el 6 de enero del año siguiente. «¿Qué se cree el curita ese? Que vamos a obedecer su exigencia... ¡Ni que lo sueñe!», se dijeron cuando salieron del despacho parroquial. No obstante, resolvieron cumplir con lo ordenado, tanto que dejaron de mostrarse cariñosos en público y hasta resolvieron que se acabaría el tinto a la cama y todo otro embeleo pasional, de esos que tanto les gustaban.

Camila hizo saber a sus padres su decisión de casarse, inmediatamente después de haber regresado del despacho parroquial, noticia que Prudencio recibió con agrado no así su mujer quien se mostró bastante molesta y nada complaciente para escuchar a Camila. Sin embargo, Isadora se manifestó satisfecha con la intención de su hija de hacerse ella misma su vestido de novia, «Que también me sirva de traje de calle», le dijo Camila entusiasmada. «Pero que sea apropiado para usar con enaguas de alto vuelo... para que disimule eso que ya se le ve», le respondió Isadora, palpando maliciosamente el delicado vientre de Camila.

A partir de ese momento, Camila comenzó a cuidar celosamente sus seductoras prendas íntimas, las que se desaparecían entre las manos de Mío cuando lo visitaba de madrugada y se entregaba a su desenfrenado amor; organizada y muy pulcra, Camila seleccionó las más delicadas y mejor bordadas, y las guardó entre bolsas de terciopelo perfumado. Lo mismo hizo con la diadema de plata con esmeraldas y su collar compañero regalados por sus padres en sus quince años. Igualmente guardó su rosario de cuentas transparentes y su libro de oraciones empastado en cuero grabado con su nombre, todo recuerdos de primera comunión. Pronto se haría a un hermoso azahar y alistaría sus medias largas de vena negra y compraría

zapatos con broche de plata, de tacón alto, bastante alto, «Para poder alcanzarte», le dijo a Mío cuando los adquirió.

No menos ocupado en lo suyo de arreglos de boda, Mío ordenó a Marco Aurelio Ramos, sastre de Prudencio y otros personajes de Palmarito, un traje de paño, a su medida. Igualmente se aprovisionó de una corbata de satín azul, un cinturón de cuero negro con hebilla de plata, zapatos charolados, una camisa blanca de pechera bordada y botones de nácar. También se hizo a un ensamble de interiores que le ofreció como regalo el avisgado sastre.

En cuanto a los anillos matrimoniales, Mío los escogió en la joyería de Don Jacinto Plata, hombre de gran prestancia por la calidad de su trabajo y buena disposición para engastar cualquier prenda que le trajeran sus clientes, o que él les vendiese, así fueran de vidrio de botella, o verdaderos diamantes, rubíes, topacios, o las más preciadas, las esmeraldas en bruto que se vendían en plena plaza causando toda clase de discusiones entre los “esmeralderos”, así se llamaban sus vendedores, y la gente que las adquiría.

Comprometiéndose a cubrir con la prima de Navidad, la mitad del valor de las argollas que le recomendó Don Jacinto, y el saldo en cuotas mensuales, Mío se comprometió a hacerlo en seis meses... máximo.. o antes si me aumentan el sueldo», le aseguró, diciéndole que siendo símbolos de su compromiso de amor eterno, no podría debérselas por mucho tiempo.

De acuerdo con el arreglo, Mío obtuvo el préstamo deseado, y de paso, que el generoso joyero le sacara brillo al crucifijo que lo acompañaba y protegía desde su infancia. «Se lo merece... por aguantar tanto manoseo», le dijo Mío sonriéndole con picardía.

Entusiasmado con la idea de una nutrida concurrencia a lo que imaginó ser la boda del año, Mío dio a conocer verbalmente su compromiso matrimonial a un reducido grupo de personas, las más prestantes de Palmarito, incluyendo las autoridades locales,

los huéspedes permanentes del hotel y sus compañeros trabajo, hasta Pedro Elías, el catire fue merecedor de su invitación. Posteriormente, les hizo llegar las tarjetas impresas en papel pergamino que ordenó junto con Camila, a Don Severino Sarmiento, calígrafo y litógrafo, el único del pueblo.

De acuerdo, y como regalo de ocasión, Severino se ofreció a imprimir, a costo propio, unos mil o más volantes que haría llegar a las veredas y pueblos cercanos invitando a sus pobladores. «¡Vaya! Si no son ustedes la pareja de novios más apuesta y prometedora que jamás haya visto en mi vida de impresor distribuidor de buenas noticias», les manifestó, feliz por su contribución.

Agradecida por el regalo, Camila se permitió abusar de su generosidad diciéndole: «Don Severino..ya que usted es tan amplio y dadivoso, y si no le molesta, imprima una invitación muy, muy especial para Malvina, mi prima, y su marido, Crispín Mariscal Valladares. Ellos viven en los Estados Unidos y van a venir a nuestra boda», se explicó Camila, agregando: «¡Ah! y ponga que son mis padrinos de boda», concluyó, entregándole un papel escrito con los nombres citados. Terminada la diligencia, Mío escuchó pacientemente la rápida explicación que le dio Camila sobre el asunto de su padrinzgo. «¿Cómo así que Malvina y su marido Crispín vienen a nuestra boda?». «Claro que sí. Yo los llamé para invitarlos y aceptaron... ¡Aunque ni casados estarán!». «No hables así de Malvina... a lo mejor es cierto lo de su matrimonio o no podrá ser nuestra madrina», opinó Mío y no volvió a hablar más del asunto.

El 2 de enero de 1954 encontró a los palmeños ocupados en el desmonte de los restos de los enormes arreglos de cintas tricolores, y de incontables faroles y banderines, deslucidos y chamuscados, cenicienta recordación del año viejo cuando se

quemó tanta pólvora y se lanzaron tantos voladores que hicieron irrespirable el aire del pueblo.

Eso fue lo que experimentaron los ocupantes de un automóvil con capota blanca y cuerpo verde oliva que se detuvo a eso de las 9 de la mañana frente al retén instalado a la entrada de Palmarito. El policía de turno se deshacía en saludos de bienvenida ante el conductor asomado a su ventanilla. Pronto después, el vehículo reanudó su marcha hacia el centro de la plaza, en dirección al Hotel Buenos Aires en donde se apeó su joven chofer uniformado y abrió la puerta del compartimento de pasajeros, luego de apartar a los curiosos que se acercaron pretendiendo mirar su interior.

Crispín Mariscal Valladares y Malvina Cuestas abandonaron su coche, él, tanteando el piso con su fino bastón negro de mango blanco tallado, y ella, adelantada a su marido, vestida con falda plisada y blusa de lino blanco, sin mangas, corriendo hacia los brazos de su prima Isadora que la esperaba bajo el marco de la puerta de entrada al hotel, rodeada por sus hijos, el último, en brazos de Camila. Tras de ellos, su conductor cargado de un sinnúmero de maletas de todo tamaño, se mostraba preocupado por el montón de desaforados palmeños que trataban de treparse en su vehículo. «Incivilizados. Parece que nunca han visto nada semejante», masculló para sus adentros.

Sorprendido por el bullicio que hacían sus compañeros congregados en la puerta del banco, Mío suspendió lo que estaba haciendo y se les unió dispuesto a averiguar qué era lo que sucedía en las afueras. Había olvidado por completo que ese día era el anunciado por Camila de la llegada de “los parientes gringos” como los llamaba Prudencio. Afanado, se encaminó hacia el hotel en donde lo esperaba Camila evidentemente molesta por su tardanza.

No obstante, lo abrazó cariñosamente y lo condujo a los recién llegados, ya acomodados en sendos sillones colocados a mitad del jardín de entrada al hotel. Abrazado cariñosamente por

Crispín y muy confiadamente por Malvina quien lo cautivó de inmediato con sus grandes ojos negros y sus generosos labios que sabía fruncir como chupando cerezas, Mío sintió que su corazón se apretaba en nudos de ideas y erráticos giros imaginativos sobre lo que podría sucederle a partir de ese momento.

Consciente de la llegada de los Valladares, Prudencio se apuró a la extracción de la raíz de una muela partida en la boca de un desafortunado paciente, y luego de verlo calmar su evidente dolor con un trago doble de aguardiente tomado de la cantimplora que llevaba consigo, se deshizo de su blusa de trabajo, alisó su enorme bigote cuadrado, peinó a dedo sus ya canosos cabellos, leyó la hora que marcaba su reloj de cadena, lo acomodó en uno de los bolsillos de su apretado chaleco, se puso el saco que colgaba del brazo movable de su equipo de dentistería portátil junto con su elegante sombrero de fieltro que ajustó a su cabeza, y luego de observar a su paciente, tranquilo al parecer por lo boquiabierto que estaba dormido en su silla de tortura, abandonó el consultorio y se encaminó hacia el hotel. Seguido por los curiosos que le preguntaban quiénes eran los recién llegados, Prudencio calmó su curiosidad y todos quedaron contentos con la invitación protocolaria que les extendió para que asistieran a la fiesta que daría esa noche en honor de los Valladares.

Justo fue el decir de los invitados a la anunciada reunión, miembros de la alta sociedad de Palmarito, que los Valladares eran lo más cercano a realeza que jamás había visitado el pueblo. Aún más, la famosa pareja parecía traerles nuevas oportunidades económicas. Esa fue la impresión que recibieron con la presentación que les hizo Crispín de una botella llena de un líquido amarillo transparente, estampada con el rostro de Malvina. «Champú de Diosas», así tradujo Mío el nombre del producto citado en inglés por su elocuente vendedor.

Crispín concluyó su cuña publicitaria diciéndole a su asombrada audiencia: «Si alguno de ustedes quiere a viajar a los Estados Unidos de Norte América, a conocer mi factoría, solo tiene que decirlo. Yo me encargo de enviar los papeles que

necesite para obtener su visa. ¡Ah! Y si también quiere quedarse y trabajar conmigo, le aseguro que va a ganar mucho, mucho dinero, ¡En dólares! Tantos que no sabrá qué hacer con ellos». Su oferta de trabajo, que Mío entendió que era para él cuando Crispín la hizo con lanzándole un guiño prometedor, no era nada desdeñable. «Ya veré si es cierto», pensó, dispuesto a comentar el tema con su proponente.

Concluido el memorable evento, Mío aprovechó el momento de reposo que se dieron los Valladares antes de retirarse a su habitación, para conversar con Crispín y sorprenderlo con la claridad y fluidez de su inglés. Lo que no anticipó fue la intromisión de Malvina. Queriendo corregir su pronunciación, lo parodió burlescamente, logrando avergonzarlo y hacer que se despidiera de su marido con un breve y casi inaudible: «*Good Night*». Preocupada por el efecto que causó su imprudencia, Malvina corrió tras de él y lo sorprendió con un beso en la mejilla y un leve susurro: «*Dear. I Love you*, y como vamos a emparentar, me puedes llamar, ¡Madrina!», comentario que solo logró confundir aún más al poco acostumbrado Mío a tuteos y confidencias femeninas.

Los días siguientes a la llegada de los Valladares transcurrieron sin incidencias otras que las ocupaciones propias de los preparativos para la celebración de la fiesta de los Reyes Magos cuando los palmeños recibirían a la recién elegida Reina del Departamento, Yolanda I. En su honor se ofrecería una cena bailable en el Club Social de Palmarito, sin menoscabo de la recepción anunciada por la familia Dueñas, en la misma fecha y lugar, con motivo del matrimonio de su hija.

La caravana de vehículos que seguía el lujoso convertible destapado en el que viajaban Yolanda I y sus princesas, llegó a la Plaza Mayor de Palmarito a las 10 de la mañana de ese 6 de enero tan esperado por los palmeños y todos los habitantes del Valle de las Palmas. Merecedora de un gran recibimiento, la hermosa mujer descendió de su elegante auto, y junto con las tres hermosas princesas que la precedieron, avanzó por el sendero pintado de rojo abierto especialmente para su paso hacia el estrado erigido en el andén frente al Ayuntamiento en donde la esperaban el Alcalde Fonseca, los miembros del Consejo Municipal, Monseñor Mendoza, Alfredo Macías Carrillo y muchos otros personajes de la industria y el comercio local. Cerca de ellos, la banda municipal cumplía sonoramente su oficio de animar el grandioso recibimiento de Yolanda.

Alta, delgada, vestida con un hermoso traje largo, de seda azul, levemente descotado, de pelo rubio trenzado cuidadosamente bajo una rica diadema de oro blanco incrustada con esmeraldas, y portando un pequeño bolso dorado de lentejuelas plateadas colgado de su muñeca derecha, Yolanda conquistó inmediatamente el corazón y la voluntad de todos los presentes. Nunca antes había llegado a Palmarito una reina como ella, ni tantos y tan importantes personajes como los que descendieron de sus propios autos. «¡Viva Yolanda! ¡Vivan las Princesas! ¡Viva el Gobernador! ¡Viva Monseñor Feliciano! ¡Viva Palmarito! ¡Viva!» gritaba la multitud. Igual cosa hacía la gente agolpada en los balcones engalanados con festones multicolores de las casas alrededor de la plaza. Notoriamente alegre, el Agachado disfrutaba el festejo junto con un grupo de hombres armados que disparaban sus armas al aire y se abrazaban ostentosamente con las mujeres que los acompañaban en el balcón del Club Social.

La Familia Dueñas Cuestas hizo su aparición a las dos de la tarde de ese día de bodas y de reinas. Posando para el fotógrafo oficial del pueblo bajo los balcones del Buenos Aires, escucharon los gritos de: «¡Viva Camila! ¡Viva Don Prudencio! ¡Viva Doña Isadora!», que les lanzaba la gente amontonada en la plaza. Elegantemente vestido de sacolevita, Prudencio no disimulaba el

malestar que le causaba su esposa con su estrambótico peinado estilizado por Malvina, que coronaba su obesa figura envuelta en un vestido largo negro ceñido que destacaba su avanzado embarazo. Colgada del brazo de Camila, Isadora se mostraba tal y cual era. Orgullosa, desafiante, excesivamente melosa, pensó Prudencio cuando lo abrazó y lo besó, gesto que no hacía nunca, al menos públicamente.

El agitado paseo con vuelta de plaza que dio entonces la aparentemente feliz pareja escoltando a su hija, estuvo marcado por la ruidosa interpretación que hacía la banda municipal de una confusa y desconocida tonada militar. Así todo, Camila hizo su entrada al templo, a unos pasos delante de sus padres. Aferrada a su pequeño libro de oraciones y con su rosario engarzado entre sus dedos cubiertos por un delicado guante blanco, Camila avanzó a compás de la tradicional marcha nupcial hacia el grupo formado en el presbiterio por Mío, sus compañeros de trabajo, y los Valladares.

El matrimonio de Mío y Camila fue consagrado durante la Misa Pontifical que ofició Monseñor Enrique Castillo, Obispo de la Diócesis de Río Negro, conjuntamente con Moisés Feliciano. Una vez concluida la ceremonia, los recién casados fueron escoltados por sus padres y padrinos hacia la puerta del templo en donde se detuvieron brevemente a escuchar los ensordecedores gritos que lanzaba la multitud congregada en el atrio. “¡Vivan los novios! ¡Viva Camila! ¡Viva Mío!” «Ni que fuera el desposorio de Blanca Nieves con todos sus enanitos», pensó Mío recordando la película que habían visto recientemente.

Su llegada al Club Social fue realmente espectacular. Recibidos por Prudencio e Isadora bajo un arco hecho de azucenas y cintas de colores, estos los condujeron al segundo piso donde esperaban Yolanda I y sus acompañantes. Con ellos, los Monseñores celebrantes de su boda, y los notables del pueblo, curiosamente amables con el Agachado cuya presencia no fue vista con agrado por la mayoría de los asistentes.

La elegante cena que ofrecieron los Dueñas y el Alcalde Fonseca fue servida a las siete de la noche luego de que los más de cien invitados suyos fueran atendidos con entremeses a cual más de apetitosos, acompañados de jugos de frutas y bebidas licores de toda clase, tantos que los festejantes no parecían dispuestos a nada formal excepto continuar bebiendo y bailando al compás de Los Ruisiñores del Valle, encargados de amenizar musicalmente la fiesta.

Sentados finalmente alrededor de enormes mesas redondas cubiertas de fina mantelería bordada y arregladas con hermosa cristalería importada, y vajilla de porcelana con cubiertos de plata, los festejantes se dispusieron a disfrutar la exquisita cena compuesta de medallones de lomo al vino, servidos en cama de lechuga crespas con acompañamiento de arroz amarillo con uvas pasas, papa al chupe, postre de natas y sorbetes hechos de toda clase de frutas propias de la región, desde guanábana, hasta curuba, y el más exquisito de todos, salpicón a manera de sangría. Transcurrida la comilona y los repetidos servicios de postres y delicias de toda clase a cual más de azucaradas, la fiesta continuó dando paso a los aplausos a Yolanda I, a los recién casados, a su familia y sus padrinos y a los altos dignatarios que los acompañaban desde su lugar en una mesa engalanada especialmente con altos arreglos florales, elevada a mitad del lujoso comedor.

Llegado el momento de cortar el ponqué de boda ordenado personalmente por Prudencio al prestigioso Restaurante Monte Blanco, en Bogotá, Mío y Camila se aferraron al fino cuchillo de plata que usarían para cortar el más grande de los cuatro pisos del gran bizcocho, coronado en el primero por dos figurillas de novios de azúcar, más acicalados que los propios contrayentes. La caída inmediata de su significativo tope, fue causa de regocijo para todos los presentes menos para Camila que consideró el accidente como premonitorio de alguna calamidad.

Concluida la celebración y luego de incontables brindis y unas cuantas rondas bailables, Yolanda I, sus princesas y sus

acompañantes, partieron rumbo a otras reuniones privadas, entre ellas la anunciada por El Agachado en su finca el Matorral a orillas del Río Palmarito. Para entonces, Mío y Camila se encontraban de regreso al hotel en donde fueron recibidos por Natividad, desvelada, al cuidado de sus hermanitos, despiertos todavía.

Su sorpresa no fue poca ni agradable cuando llegaron a su alcoba y encontraron que estaba amoblada con un juego de alcoba de 4 piezas, cama doble muy bien tendida, con almohadas con fundas bordadas con sus nombres y cubierta con un edredón rojo, dos mesitas de noche con lámparas, y tocador de espejo redondo. Según Natividad, había sido instalado por unos hombres que los trajeron, gente de Bogotá, creyó que eran, un par de horas después de su salida del hotel esa tarde anterior. La verdad es que los recién casados no experimentaron ningún placer al ver desaparecidos los muebles que tanto amaban, confidentes de sus más íntimos momentos y secretos. Lo único que quedaba era el estante de libros de Mío y su mesa de trabajo sobre la que aparecía un enorme florero repleto de azucenas, y una tarjeta que decía: “Regalo de boda de Prudencio e Isadora”:

El poco apreciado lecho nupcial no sería estrenado a cabalidad, ahora que Mío podía ejercer legítimamente su derecho a copular sin sentirse culpable. El impedimento era otro. Camila le había anticipado de regreso al hotel que “Ni lo pensara. Que ella no estaba para esas cosas que... ¡Que le gustan tanto!”. Prevenido así, tuvo que abstenerse de tan dichosa oportunidad, preocupado más por el bienestar de su novia, ¡Su esposa! que por el suyo. Camila dormiría profundamente, abrazada a su almohada nueva y él a la suya, desvelado escuchando el bullicio de la gente y el estallido de la pólvora que invadía todos los rincones de Palmarito.

Prudencio e Isadora, fueron los últimos en abandonar el Club Social pese a la insistencia de esta, siempre dispuesta a festejar en desmedida, en esta ocasión queriendo asistir a la parranda ofrecida por el Agachado en el Matorral. «Yo manejo...

o si usted quiere, acompañemos a esta gente... ¡Mire como se divierten!», insistió Isadora cuando se dirigían a su casa. No acabó de pronunciar la última palabra de su atrevida propuesta cuando ya Prudencio le respondía airado como jamás lo había escuchado: «Solo a usted se le puede ocurrir. ¡Qué vergüenza fuera! Nosoooootros metidos con esa gentuza... ¿No los ve? Todos embriagados...y qué no decir de sus amiguitas... esas de origen dudoso que suele traer... ¡No has visto como se muestran las descaradas!», concluyó agarrándola del brazo sin consideración alguna a su enconada protesta; forzada a seguirlo, Isadora debió experimentar la peor vergüenza de su vida; toda su lucha por destacarse y ser reconocida, se había hecho trizas en un instante. «Vaya, si Don Prudencio no es tan prudente como parecía», murmuraron quienes los vieron y oyeron.

La francachela, desordenada y agitada patrocinada por el Agachado en beneficio del pueblo palmeño comenzó a tomar fuerza en torno a la estatua del Libertador, mudo testigo de escenas semejantes o peores acaecidas durante sus muchas décadas de pétrea soledad acompañada. Al interior del Café-Billar de propiedad de la Niña Conchita, una costeña alegre y vividora llegada al pueblo unos años atrás, repercutían los golpes de los tacos y el chasquido de las bolas mezclado con los madrazos de los jugadores alborotados por el aguardiente y las tentadoras damiselas visitantes en cacería de media noche.

Uno que otro policía vigilaba descuidadamente el ir y venir de la celebración prestos a divertirse y terminar quizá como los muchos borrachitos vencidos por los tragos que ya dormían en el parque y en los andenes atestados de basura. Palmarito celebraba en grande el privilegio de ser escenario de reinados y de bodas suntuosas y de ello daban cuenta los cohetes voladores que culebreaban su viaje hacia la noche esa de explosiones humanas sentidas en todo el Valle de las Palmas.

No amanecía ese día siguiente a los festejos cumplidos en Palmario cuando un grupo de hombres armados hizo al pueblo por los lados de la plaza de ferias. Sus habitantes dormían su borrachera, y los policías y carabineros acantonados en las afueras del pueblo, y el vigilante del retén, yacían borrachos en sus puestos y barracas, embrutecidos por las bebidas embriagantes consumidas en menoscabo de sus deberes. Al interior del negocio de Conchita, Fonseca dormía profundamente sobre una mesa de billar, abrazado a su dueña.

Puyado en el trasero por la punta de una bayoneta empujada por uno de los bandidos asaltantes, Fonseca se despertó sobresaltado tratando de cubrir sus partes íntimas. A su lado, la niña Conchita, alerta igualmente, lucía el esplendor de su desnudez desafiante de los hombres que la miraban con lasciva desfachatez. Expuesto a la vergüenza pública, Fonseca tuvo que aguantar las burlas de sus atacantes y permanecer encogido viéndolos repartirse entre ellos su ropa interior, sus botas y su uniforme con todo y condecoraciones. Impotente para defender su honor de militar sorprendido en cueros, con su hombría desmayada, Fonseca no pudo hacer nada para defenderse; impotente, se resignó a verlos destruir todo lo que encontraban a su paso antes de abandonar el lugar dispuestos como parecían estar, a continuar con lo que fuera que se proponían hacer.

Poco dispuesto a seguirlos, se envolvió en la descartada tela que encontró debajo de su nido de amor y se acercó a la puerta descerrajada de entrada al lugar de su deshonor. La escena que vio entonces era aterradora. La plaza estaba invadida de gente desconocida para él. Sus disparos, mezclados con los relinchos de las bestias alebrestadas que montaban, ahogaban el eco de las campanas de la iglesia lanzadas a vuelo por alguien capaz de hacerlo sin ser abatido.

Moisés Feliciano, despierto desde muy temprano, oraba en su alcoba de la Casa Cural cuando escuchó el estruendo de la balacera que estremecía el tranquilo ambiente de la vivienda. Su precipitada carrera hacia el exterior y su llegada al atrio del templo

fue el comienzo de una tragedia solo comparable a la vivida muchas veces cuando Palmarito era asaltado esporádicamente y sin consecuencias fatales, por bandas de forajidos como los que veía atravesados en su camino. Sin embargo, en esta ocasión, sus desmanes parecían ser más violentos que nunca. Sus disparos y amenazantes gritos de guerra, acompañaban los de los hombres que rodeaban a quien parecía ser su líder. Fue entonces cuando apareció Máximo Méndez, su viejo sacristán retirado, sorprendiéndolo con su desespero y aparente locura: «¡Mi Amo! ¡Es Ella! ¡Dios nos favorezca! ¡Es ella! ¡Es ella!», «¡Tranquilo hombre! Tranquilo», le dijo Moisés Feliciano, antes de correr hacia la mujer que parecía ser el líder de los asaltantes. Horrorizado, reconoció a Matilde Cienfuegos.

En su alcoba, Mío había despertado abruptamente al igual que Camila, ambos consternados por lo extraño de ese amanecer ruidoso, sin razón alguna conocida por ellos. No sin temor, Mío se levantó de su lecho y entreabrió la puerta de la alcoba y atisbó los largos corredores del hotel que vio solitarios, como si nadie en la casa se hubiera enterado de lo que sucedía. Tranquilo de no ver a nadie extraño, se aventuró a salir del cuarto y descender al patio aparentemente libre de intrusos. Agazapado tras de un enorme moyo sembrado de crisantemos, vio a Prudencio, estaba armado con un revólver de juguete, el regalado a uno de sus hijos por Malvina. Al verlo, Mío se rió burlonamente de su ingenuidad, y se dirigió al zaguán de la casa. Temeroso de abrir el portón sin saber qué era lo que pasaba en las afueras, logró divisar el exterior por entre la hendidura de las puertas del hotel solo para descubrir el horror que lo esperaba. ¡Matilde Cienfuegos había regresado a su vida convertida en la mismísima imagen de Lucifer!

Vestida con una chaqueta verde abotonada hasta su cuello, con pantalón oscuro, arremangado, Matilde esgrimía en alto el desnudo machete que portaba y hundía las espuelas de sus embarradas botas altas en los temblorosos ijares de la encabritada bestia que montaba haciéndola brincar y sacar chispas de piedra rastreada por sus candentes herraduras. De las enormes fauces hinchadas de la bestia brotaban vahos apestosos que la

envolvían dándole un aspecto fatídico. Rodeada por los bárbaros seguidores suyos, estos apuntaban sus armas, creyó Mío, a su propio corazón. Parecían dispuestos a hacer saltar las bisagras de la puerta que lo protegía y atropellarlo bajo las patas de sus cabalgaduras antes de entregarlo al monstruo que los comandaba.

La descarga cerrada de fusiles que escuchó en ese momento de horror jamás imaginado por él, lo sacó de su horrenda visión. Los policías y carabineros que llegaron repentinamente, ponían en fuga a los asaltantes y con ellos, a Matilde, desgonzada sobre la cerviz de la bestia que montaba, al parecer herida. Eso creyó Mío al verla desaparecer protegida por su gente, dejando atrás a sus muertos y heridos. Aterrado, Mío se atrevió a abrir el portón que lo protegía y salió al trágico escenario de la plaza invadida por los curiosos que deambulaban por todas partes, asustados como él. Entre ellos, Moisés Feliciano, repartiendo bendiciones a diestra y siniestra, y el alcalde Fonseca, en mangas de camisa y pantalones de dril, dando órdenes que nadie le obedecía.

Sobre el andén, frente al hotel, yacía el cuerpo de Pedro Elías, el catire, desaparecido recientemente sin que nadie supiera de su paradero. Conmovido, Mío se le acercó y recogió un papel ensangrentado que apretaba entre sus manos. Era uno de los volantes de invitación a su boda. A su lado, Máximo Méndez, levemente herido, un roce de bala le había marcado la frente, nada más, se santiguaba repetidamente mientras gritaba: « ¡Es Ella! ¡Es Ella!».

Los días y los meses vividos desde esa hora fatal del asalto a Palmarito estuvieron sembrados de terribles presentimientos para todos sus pobladores. El trágico hecho había dejado secuelas desafortunadas de consecuencias impredecibles. Fonseca, su malogrado alcalde había sido destituido de su cargo y reemplazado por un tal Sinforiano Candela, amigo íntimo de El Agachado, de quien se rumoraba era amante de la Niña Conchita

y financiador de la discoteca *El Asalto* que se construía en un lote contiguo a la iglesia del pueblo. Impotente para impedir que el lugar se convirtiera en centro de sinvergüencería y despilfarro moral y económico, Moisés Feliciano comenzó a dar muestras de una profunda depresión, tanta que dejó de dar misa y se encerró en el locutorio, el mismo donde Simón Tadeo había dado señales de no querer vivir. Pronto solicitaría su traslado a otro curato, según le dijo a Máximo Méndez: «¡Es Ella! ¡Es ella mi amo! ¡Nos matará a todos como mató a nuestro amo y señor Simón Tadeo!», fue su constante afirmación demencial.

Para colmo de males, el comercio local en general, decayó notoriamente con la suspensión de algunos de los viajes que hacía la Flota del Valle de las Palmas. Extorsionados sus dueños por los bandidos que merodeaban por la región, con sus buses incendiados y sus pasajeros abaleados y sin presencia alguna de la fuerza pública con excepción de unos cuatro policías temerosos de ejercer su oficio, el futuro comercial y turístico de Palmarito no era nada alentador.

Suerte parecida sufrían Prudencio e Isadora. Su negocio no era frecuentado como antes, y su prestigio y sus ingresos se desvanecían rápidamente. Los mal encarados hombres de El Agachado, enviados para velar por la seguridad de los palmeños, se hospedaban en su casa exigiéndoles que los atendieran gratuitamente. De ellos se sabía que su centro de sus operaciones era la hacienda de su jefe, El Matorral, desde donde este manejaba sus muchos negocios, entre ellos, la descubierta y muy conocida Gallera de Palmarito que abría los fines de semana; allí se jugaba El Agachado la vida de sus gallos y su prestigio de hombre de negocios amigo del pueblo, prestigio que crecía a diario pese a los rumores que corrían sobre sus actividades.

En cuanto a su profesión, su ejercicio no favorecía a Prudencio. Isadora, lo culpaba de su decadencia personal y financiera. Camila, de no ocuparse de Mío ahora que su futuro en el banco peligraba, y para completar su desgracia, sus antiguos clientes, de no atenderlos debidamente. Todos esos incidentes

colmaron su paciencia, tanto que decidió vender el local que ocupaba, junto con su contenido de muebles y equipos de trabajo, incluyendo el derecho de exhibir su diploma al tegua que lo adquirió por cinco mil pesos, ¡Mucho!, para lo que vale su nombre, ¡Desprestigiado!», le dijo Isadora cuando le entregó el dinero de su venta, destruyendo así lo poco que le quedaba de dignidad.

Humillado y prácticamente arruinado, Prudencio se propuso buscar nuevos territorios donde ganarse la vida: Las veredas de la región adonde llegaba semanalmente a lomo de mula portando su maletín repleto de materiales para hacer moldes, junto con la pinza que utilizaba para extraer con dolor, dientes buenos y malos, raigones podridos, enormes colmillos y hasta cordales atravesadas. Sus clientes, hombres rudos, borrachos y peligrosos, y por pedido suyo, sus mujeres y sus hijos. Desdentados pero agradecidos por su promesa de regresar con sus puentes y sus cajas, le pedían que fueran “Enchapaditas en plata y oro... así cueste más Don Prudencio”.

Inimaginable fue entonces el futuro de su familia. Las perspectivas inmediatas no parecían serle favorables para proyectar empresa o actividad otra que no fuese la de sobrevivir el momento en espera de cambios sociales y políticos que permitieran vivir en paz y sin temor alguno. Por otro lado, quedaba la promesa de los Valladares cuya partida ocurrió muy pronto después del asalto, aterrados y jurando no regresar jamás, pero reafirmandole a él, y con gran firmeza a Mío y Camila, que los ayudarían si alguna vez se decidían a emigrar.

Amanecía el 16 de julio de 1954 cuando Camila dio a luz en su lecho conyugal, en presencia de Mío, Isadora y Prudencio, los tres empeñados en discutir el nombre que le pondrían al recién llegado. Atendida por Natividad, convertida en partera y por lo tanto madrina de nacimiento, Camila se apresuró a llamar a

su hijo, Mío Segundo, lo que pareció agitar a la criatura que comenzó a llorar estrepitosamente. «Por lo de Segundo. ¡Nadie quiere serlo!», opinó Natividad esmerada en la limpieza y acomodo del recién nacido. Llorando de alegría, Mío contempló largamente la maternal escena que ofrecía Camila amamantando a su hijo. «Nuestro hijo crecerá sano y salvo de todo mal... siempre conmigo... con mi Camila. Nos protege el Divino Niño Jesús». Cerca del lecho conyugal, aparecía la cuna que había ordenado al mejor tejedor de mimbre del pueblo.

No habían transcurrido ocho días del nacimiento de Mío Segundo, cuando fue llevado a la habitación de sus abuelos, según Isadora, para criarlo y librarlo de las penurias que le esperaban a manos de sus inexpertos padres. Resignada a su suerte de perseguida por fuerzas superiores a su capacidad de resistirlas, Camila se vio obligada a permanecer con su hijo y alimentarlo en presencia de Isadora, viéndola ejercer su imprudente papel de abuela. Impotente para evitar su intromisión, Camila halló consuelo en el creciente amor de Mío a cuyos brazos regresaba tarde en las noches buscando la protección que le brindaba sin exigencia alguna.

Sus vidas se consumían en el desconcierto social y económico que reinaba no solo en Palmarito sino en el país entero. Los asaltos a pueblos indefensos se repetían día tras día, se hablaba de matanzas provocadas por las presencia de bandidos que asolaban los campos en las remotas regiones de Boyacá y el Valle del Cauca. La Violencia, un fenómeno político sin precedentes en la historia de la nación, casi una guerra civil que venía acabando con la vida y los bienes de miles de colombianos en Boyacá, y el Valle del Cauca y muchas otras regiones del país desde ese fatídico 9 de abril de 1948. En lo que se refería a Palmarito y el Valle de las Palmas, en aparente calma desde el asalto perpetrado por Matilde Cienfuegos, desaparecida aunque posiblemente activa, nadie confiaba que no volvería con renovada furia y peores designios ahora que corrían vientos huracanados de violencia extendida a todo el país.

Sería la una de la mañana del 13 de diciembre de ese año del nacimiento de su hijo, cuando Mío soñó con el regreso de Matilde. En su pesadilla, la pérfida mujer aparecía sentada al borde de su lecho, pálida y convulsionada, diciéndole con voz cavernosa: «¿Por qué me abandonaste muchachito mío? ¿Por qué?». Camila, a su lado, se daba vueltas entre las cobijas revueltas por las contorsiones de Mío que la habían despertado. Surgido de la pesadilla que parecía sufrir, Mío abrió los ojos y se irguió tambaleando y sudoroso ante el asombro de su espantada mujer. «¡Mío, Mío! ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?», le preguntó Camila sacudiéndolo y atrayéndolo hacia ella. «¡Camila! ¡Camila!! Es Matilde. Quiere llevarse mi corazón... ¡Mi corazón!», fueron las palabras que pronunció Mío antes de salir corriendo, descalzo, vistiéndose rápidamente con el pantalón que halló colgado al espaldar de un asiento.

«¡Noooo! ¡Nooooo! ¡Noooooo! No más... ¡Nooooo!», escuchó Camila que gritaba su infeliz marido. Detenida en el balcón del comedor del hotel adonde acudió inmediatamente después de ver partir a Mío, Camila lo vio perderse entre las sombras fúnebres de esa madrugada de fantasmas que lo habían sacado de su lecho. Acostumbrado a sortear los laberintos de la noche, su instinto de baquiano lo llevaba hacia su destino, el esperado desde el día cuando que huyó de Matilde luego de haberla golpeado, acto que nunca pudo perdonarse.

El momento era entonces de tormentosa hechura: ¡Castigo o perdón! ¡Muerte o Vida! Lo causaba Matilde desde las cavernas de donde había surgido para castigar, para matar, desgraciadamente. Se lo había dicho cuando le arrancaba el corazón. Pero él llegaría a tiempo para rescatar su existencia. Nada ni nadie se interpondría en su camino. Ni el temor que le tenía a su verdugo, ni la tromba de los desquiciados que comandaba. No tenía duda alguna. Eran los rufianes que lo habían asediado durante el Bogotazo, como se llamó finalmente lo ocurrido ese día nefasto del 9 de abril de 1948. Lo supo cuando los vio en Palmarito. Los presentía cercanos, en espera suya, metidos en los torcidos rumbos de la cordillera y el misterio de sus cañones y laberintos verdes de

infinitas longitudes no trazadas en mapa alguno. Allí estarían apuntándole desde sus escondites. Le dispararían, harían trizas de su cuerpo, o lo capturarían y lo enterrarían vivo en la manigua y nadie volvería a saber de él.

Lo único cierto era que estaba dispuesto a enfrentar a Matilde, así muriera en el intento. ¿No era acaso su jornada actual, la más definitiva de todas las jornadas de su corta existencia? ¿No era acaso el sórdido despertar a la realidad de la resurrección de su Némesis, que creyó había desaparecido para siempre, solo para verla convertida en dirigente de malhechores vengativos, asaltantes de pueblos indefensos? ¿No era acaso su destino actual el abismal del Tequendama?.

Sumido en tan sórdidos pensamientos, Mío se encontró en una hondonada en donde se alzaban unos cuantos cambuches levantados entre las sinuosidades del lugar. Allí, bajo una enramada, colgaban desordenadamente numerosas hamacas que rozaban los bultos de cosas apiladas desordenadamente en el oscuro espacio de las toldas. Unos pocos fogones prendidos indicaban la presencia de gente despierta, huidiza.

Del otro lado del tenebroso lugar, se alzaba una columna de humo inconfundible entre la neblina del amanecer, teñida por un halo rojizo, fantasmagórico sobre la ondulante cima hacia donde se dirigía. Atraído por lo extraño del fenómeno, sintió y vio un grupo de seres que trepaba la pendiente. Iban callados y cabizbajos, temerosos de acercársele. El calmado escrutinio que hizo de ellos, le reveló lo que ya presentía. Eran los asaltantes de Palmarito. Había estado en la mira de sus armas. Bien podía asegurar que eran los asaltantes de su amado colegio. Los que lo persiguieron a lo largo de las calles asoladas por sus desmanes. Eran niños entonces, y seguían siendo niños.

Imposible creer que podían ser violentos, capaces de cometer fechoría alguna. No parecían serlo desde su vestimenta campesina, su andar encogido bajo sus ruanas, unos, otros en camisa sin cuello, metidos en sus maltrechos pantalones de dril

embutidos entre botas negras altas y embarradas, su mirada perdida en sus dolencias íntimas. Sin embargo, desmentían su aparente estado pacífico los fusiles que portaban terciados, sus machetes, sus revólveres; parecía que solo les importaba seguirlo como si fuera uno de ellos, como si supieran hacia donde se dirigía y qué buscaba. No sabía que lo conocían de nombre, que Matilde les había dicho que era el heredero de su causa y que pronto estaría entre ellos y se quedaría para dirigirlos.

Impredecible destino era ese suyo de viajero en confrontación con su pasado. Había llegado a la más alta cumbre de recuperación de su vida o a un nuevo abismo donde podría perderla para siempre. Pasado el momento del extraño encuentro selvático con los sin nombre que finalmente se unieron a él, Mío coronó la cima del cerro y descendió hacia un claro abierto en la maleza de donde provenían las llamas de una enorme hoguera prendida sobre una intrincada mole de palos atravesados.

El poderoso grito de horror lanzado por Mío repercutió en el horizonte de su desgracia como el aullido de un lobo herido. Era el estallido visceral de su atormentado ser. Era la prolongación de su sufrimiento. Era el lamento de su alma reclamando lo perdido, el dolor de toda una vida de penas morales y materiales. Sus manos alargadas hacia los calcinados restos de Matilde Cienfuegos se llenaban de sus cenizas reconocibles todavía. Eran los girones de su chaqueta verde, los sebosos y retorcidos cordones de sus escapularios, el calcinado cuero de sus altas botas negras, repletas de huesos, sus pies, detenidos para siempre. Un crucifijo del que solo se quedaba el rostro del Redentor, yacía derretido entre las rotas costillas desprendidas de su caja torácica descuadrada, botín de cuervos que ya comenzaban a revolotear en las cercanías.

El estruendo causado por el desplome de la pira funeraria marcó el final de la maldita existencia de Matilde. Pronto se desintegraría su todo material y se convertiría en maleza encubridora de su paso. Los infelices seguidores suyos, testigos de la macabra escena, vigilantes de ojos muertos para la luz de

recuperación de la paz perdida, recordarían y hasta cuidarían con esmero el terreno de la desaparición de su comandante. Mío por su lado, trataría de librarse de su fantasma y de sus seguidores. Su causa, no era la suya. Tendrían que confrontar su miserable existencia de fugitivos de su propia patria desde cuando decidieron abandonarla creyendo que no les perdonaría sus desmanes.

El amanecer del 13 de diciembre de 1954 vio partir a Mío de regreso al mundo de los vivos. Atrás quedaban los verdaderos hijos de Matilde. Su destino estaba en manos del hombre que vio esa madrugada, montado en un caballo negro, contemplando la candente escena de la incineración de Matilde. Calixto, así oyó que lo llamaban a gritos de ¡Viva Calixto!, los acompañantes de su reciente drama. Su nombre no le era extraño. Lo había escuchado de la boca de Matilde. No era un fantasma. Era real. Parecía seguirle, creyó Mío cuando se detuvo y posó su mirada en la silueta ecuestre erguida en la cima más alta de su reino de maldades.

El Jinete de la Cordillera, así lo bautizó Mío, bien podría ser el ejecutor de la obra que Matilde no pudo cumplir, en contra suya, de la patria, de la humanidad entera. Su fatídica estampa le decía que estaba ante el más cruel y vengativo de los enemigos de Colombia.

La decisión de abandonar Palmarito fue tomada por Mío el mismo día de su regreso a casa. Pese a las maquinaciones de Isadora, quien en profundo desacuerdo con Prudencio se oponía ferozmente al viaje de su hija, muy joven, según ella, para enfrentarse al mundo y mucho menos con un hijo recién nacido. El hecho fue que Mío y Camila y su hijo partieron, sin su consentimiento, al filo de la madrugada del 30 de diciembre de 1954, cuando un auto de servicios especiales contratado por Prudencio, los condujo a Bogotá.

No fue sino hasta que llegaron a la capital, que Mío y Camila acordaron viajar hacia la Costa norte del país. Nada sabían del por qué de su escogencia. Solo el recuerdo de los Valladares. Su promesa no había sido olvidada. De cumplirse, Mío trabajaría y ahorraría lo necesario para viajar a los Estados Unidos. Esto le dijo a Camila cuando abordaron el vuelo que los llevaría a Barranquilla ese 31 de diciembre. «No te preocupes. ¡Noooo te preocupes! Mira que llevo una carta de recomendación de mi jefe dirigida al gerente del Banco de la Costa». Nunca le reveló la tristeza que sentía de haber pasado por Bogotá sin visitar a Foudoix. Jamás le había hablado de él ni de su propia historia.

La llegada de los Bresni ese 2 de enero de 1955 fue motivo de gran satisfacción para Serena viuda de Chalad, dueña de la Posada del Líbano, su casa de huéspedes situada en Boston, un sector residencial de Barranquilla en donde vivía con sus hijas, Aisha y Jazmine, presentes cuando los recibió. Mío, con su acostumbrada manera de saludar muy amablemente explicar con claridad lo que quería, supo ganarse su confianza y más cuando les contó que trabajaría en un banco de la ciudad y que muy posiblemente permanecería en su casa por un buen tiempo. «No se preocupe. No le voy a cobrar por anticipado. Me paga cuando reciba su primer sueldo. Además voy a darles la única habitación fuera de la mía y las de mis hijas que tienen baño adentro. Es muy fresca y acogedora. Hasta tiene cama cuna, para su bebé. ¡Les va a gustar!», fue el amable recibimiento que les hizo Serena antes de mostrarles las cinco alcobas situadas alrededor del comedor que también servía de sala de reuniones. Igualmente les señaló el patio trasero de la casa, sembrado de trinitarias y unas cuantas palmas y totumos que daban sombra a la cocina, el cuarto de la sirvienta, y la alberca con lavadero instalada contra una de las paredillas que lo encerraban.

En cuanto a sus huéspedes, Serena no recibía a nadie que no necesitara permanecer como mínimo una semana completa, preferible un mes o más. De hecho, cobraba ciento cincuenta pesos mensuales por persona, suma que exigía por adelantado sin compromiso de su devolución o ajuste en caso de una menor estadía. En cuanto a la disposición de los fondos recibidos, estos iban a parar al fondo del enorme bolsillo de sus largos batones de medio luto, de donde extraía lo necesario para los gastos diarios de sostenimiento de su negocio.

Celosa vigilante de sus bienes, Serena permanecía diariamente y desde muy temprano, sentada la entrada de la posada meciéndose rítmicamente en su mecedora, siempre dispuesta a conversar con sus inquilinos y atenderlos personalmente. Bien sabían estos que su vigilancia era permanente, de día, y hasta de noche, cuando se retiraba a su alcoba dejando la puerta abierta, por lo que algunos de sus huéspedes creían que seguía vigilando y posiblemente durmiendo con un ojo abierto.

La Posada del Líbano estaba ocupada por esos días de la llegada de los Bresni, por un par de agentes vendedores de pólizas de seguros de vida, y un joven piloto de la empresa de Fumigación Aérea del Caribe, Álvaro de Castro. Amanda Duarte, otra residente, azafata internacional de Avianca, les fue presentada el día que llegó acompañada por dos de sus compañeras de vuelo. «Andariega de las nubes. Puede ser mi tabla de salvación», se dijo Camila cuando la conoció.

Aisha y Jazmine, bellas a cual más, compartían con su madre el manejo de la posada, aunque era Aisha la más acuciosa. Siempre dispuesta a colaborar con los oficios caseros propios del amanecer, Aisha partía a eso de las ocho de la mañana rumbo a las oficinas de la Naviera Colombiana, a orillas del Magdalena, en donde trabajaba. Atractiva trigüeña, de porte sobrio y prudente, representaba sobradamente la belleza y misterio de su raza libanesa. De mirada triste, pensativa, ostentaba una larga cabellera negra ondulante desparramada sobre su mejilla derecha, que ocultaba su marca de nacimiento de color púrpura, que se extendía desde su frente hasta la seductora curva de su bien formado cuello de cisne.

Jazmine, no menos hermosa, con sus grandes ojos negros, soñadores, curiosos, labios llenos, rosados, tentadoramente húmedos, de voluptuosas sinuosidades cimbreadas, generosa en curvas trazadas sutilmente por los pliegues de sus vestidos tropicales volanderos, se ocupaba más en acicalarse y lucir bien a toda hora que en trabajar o ayudar con los oficios de la casa. Su diario existir comenzaba a eso de las diez de la mañana

cuando salía de su alcoba, ya desayunada, y se daba a retozar plácidamente sentada al lado de su madre, balanceándose en su propia mecedora, felizmente dueña de su ambiente y de sus horas primaverales.

Tranquilo y pausado era en verdad el diario acontecer de la residencia de Serena. Remedo quizá de un hogar formal que si existió, nadie sabía cuándo ni dónde ni con quien lo había formado, Serena dejaba ver claramente la necesidad que tenía de crear y mantener un ambiente en el que ella pudiera brindar algo de su ternura materna, más que imponer el carácter formal y pasajero de un negocio hotelero cualquiera. Una de esas actitudes, tenía que ver con su tradicional gusto por la intimidad hogareña propia de una casa de familia, especialmente al llegar la noche cuando no podía faltar el momento de entablar conversación con alguien que estuviese dispuesto a hacerlo. Así, y luego de ver que se cumpliera toda otra diligencia de arreglo de la cocina y limpieza general de la casa, y que la sirvienta de turno, empleada por días, acabara su oficio y le dejara unos vasos y una jarra de agua fresca puestos sobre la mesa del comedor, y mientras Aisha y Jazmine escuchaban en sus respectivas alcobas *El Derecho de Nacer*, la novela radial del momento que estaba causando una verdadera revolución social en el país, Serena se acomodaba nuevamente en su mecedora a ver pasar gente, charlar a gritos con los conocidos y de aparecer algún huésped, hablar y hablar hasta cuando se retiraba a su habitación, la última en hacerlo.

Serena parecía disfrutar el mundo que había creado para ella y sus hijas. Sin embargo, su gran preocupación y causa de desvelo permanente, era su futuro, especialmente el de Jazmine, cortejada por Haydar Abramajah, un joven de origen turco libanés que había regresado recientemente a Barranquilla luego de haber terminado su bachillerato en Bogotá. Su llegada a la vida de Jazmine ocurrió una tarde a finales de 1954 cuando la conoció en la Heladería Americana en donde disfrutaba de una copa de helado en compañía de Álvaro de Castro.

Siempre dispuesto a brindarle toda clase de atenciones propias de un cortejador, Álvaro creía que Jazmine le correspondería sus atenciones y hasta llegaría a quererlo. «Me ama... ¡Me ama!», fue su reacción el día que un otro residente le contó que había visto a Jazmine curioseando sus pertenencias. Según el chismoso huésped, Jazmine tenía entre sus manos el modelo de un Clíper de la Pan American que colgaba del techo su alcoba y lo movía como queriendo echarlo a volar. Ignoraba que Haydar visitaba la posada y que Serena parecía estar de acuerdo con su propuesta de permitirle ver a su hija.

Respetuoso, tranquilo, amable, hijo de padres acaudalados, Haydar la había deslumbrado no solo con su manera de ser sino con su espectacular auto de carreras, un flamante Ford Fairlane 500, verde, de capota retractable, el único auto de su clase en toda la ciudad y posiblemente en el país, capaz de correr a 194 kilómetros por hora, algo imposible de alcanzar en ninguna carretera nacional. Eso oyó Mío que le contaba Haydar a Serena y a su hija la tarde que la invitó a dar unas vueltas por los alrededores del barrio.

Presente en el balcón de la casa, acabado de llegar de su trabajo, Mío sintió que Haydar no era de confiar; su atrevida mirada lasciva, avasalladora de la esbeltez corporal de Jazmine, como que sabía que podía manipular a la hermosa joven y doblarla a sus caprichos, le decía que las intenciones del “turco ese infiel mal aparecido”, así lo etiquetó Mío, no eran tan sanas como parecía creer Serena, a quien consideraba una alcahueta, confiada de más, y demasiado tolerante.

Eran las seis de la mañana del lunes 4 de abril de 1955, cuando los aún adormilados residentes, agolpados en la terraza, vieron llegar la carroza de la Funeraria El Traslado Celestial y detenerse al frente mismo de la posada. Sentada en el balcón de donde había permanecido toda la noche en espera de Jazmine,

Serena contempló la dolorosa escena que le ofrecían Álvaro de Castro y Mío Bresni y un par de hombres desconocidos para ella, descargando un ataúd que solo podía contener el cadáver de su hija. La llamada que escuchó muy temprano ese amanecer y la apurada partida de Álvaro y de Mío la habían sumido en el más horrendo de los presentimientos. Algo terrible le había ocurrido a Jazmine.

Pasmada de dolor, con los ojos muy abiertos, sin derramar una sola lágrima, Serena creyó escuchar a su hija diciéndole que ya volvería, que solo iría a ver de cerca la desembocadura del Magdalena, a navegar por el Caribe, a descubrir el Amor que la esperaba en el horizonte de sus sueños. Eso le había dicho minutos antes de partir muy temprano ese sábado anterior, llevada por Haydar a conocer a sus padres en su casa de Pradomar. Jazmine se había trepado al auto de su enamorado midiendo sus exquisitos contornos envueltos en los pliegues sedas y velos de su ropaje diseñado y cosido por ella misma. Girando como una bailarina de porcelana envuelta en los remolinos sedosos de su ingenua juventud enardecida, le había dicho adiós con el agite de sus hermosos brazos blancos, con su risa de alegría en ingenua entrega al azar de su primer aventura romántica.

El cadáver de Jazmine fue velado en el comedor de la casa hasta la madrugada del martes 5 de abril. Mío y Álvaro, desencajados, pálidos como lo estaban Aisha y Camila, hasta Mío Segundo con su llanto, sufrieron en silencio y sin testigos, su propio dolor. Serena había cerrado y trancado la puerta de entrada de la posada y se había sentado en su mecedora a contemplar con rostro de piedra el holocausto de su vida.

Serían las ocho de la mañana de ese segundo día de duelo privado al interior de la posada, cuando Amanda llegó a la residencia dispuesta a hospedarse nuevamente como era su costumbre. Su llegada coincidió con la salida que hacían de la casa Álvaro y Mío y dos hombres transportando el ataúd de Jazmine. Incrédula, solo acertó a dirigirse a Serena, sentada como siempre en su mecedora y en el mismo lugar donde

acostumbraba hacerlo; inconsolable, sorda a su manifestación de duelo, la agobiada mujer le devolvió su gesto con el suyo de mártir, apagado, frío, ignorante de su pronta despedida. «Estaré en el Hotel del Prado... hasta pasado mañana... por si me necesita», le dijo y también a Camila, quien muy solícita con ella la acompañó de regreso al auto que la esperaba.

Luego de conversar brevemente con Camila y de esta entregarle un sobre abultado, Amanda se trepó al vehículo que era el de transporte de personal de cabina de Avianca y le pidió al conductor del vehículo que siguiera brevemente la carroza que transportaba el cadáver de Jazmine. Ella jamás olvidaría la escena que presenció en ese instante: Doblado bajo el peso de su tragedia, Álvaro de Castro, sentado a un lado del féretro, contra la ventanilla trasera del coche, la miró llorando y le dijo Adiós, que ella leyó bien en el gesto que le hizo de despedida. Mío, a su lado, lo miraba compasivamente. Su soledad no era solamente la de no ir acompañados por nadie más. No. Era la de dos seres a mitad de una ciudad como todo conglomerado urbano, indiferente al dolor ajeno.

Arrodillados ante la fosa en donde acababan de colocar el cuerpo de Jazmine, Mío permaneció callado, sumido en el dolor que sentía, acrecentado por las palabras fúnebres que Álvaro pronunciaba: «¡Jazmine! Quizá nunca supiste cuándo te llegó la oscuridad definitiva que cubrió tu rostro nacarado, lo volvió ceniciento y se apoderó de tus grandes ojos negros perdidos en la oquedad de sus ojeras. ¿Cuál fue tu última visión? ¿Fue acaso algo súbito, orgiástico, alucinante? ¿Lanzaste un grito de placer o de terror? ¿Qué monstruo poseyó tu albura? Infamia que no quedará impune, ¡Lo juro!».

Así concluyó su dolorosa manifestación de pena inconsolable, que compartió largamente, abrazado a Mío, ambos contemplando el oficio de cubrir la tumba de la difunta que hacia un hombre que los ignoraba. Dejándolo ocupado en su tarea de sepulturero, se alejaron lentamente rumbo a su tristeza. «Mío, regrese a la posada. Vea de cuidar a su esposa y su hijo y también a Serena

y a Aisha. Yo veré que hago con mi vida... por ahora, me voy a volar», le dijo Álvaro, pidiéndole que no le contara a nadie de su decisión.

El cadáver del infortunado hombre fue hallado unos días después de la tragedia que se llevó a Jazmine. Destrozado entre los restos de su avioneta desplomada sobre un algodón acabado de fumar, cercano a la desembocadura del Sinú, la muerte lo había reclamado de su vértigo aéreo y precipitado a las cavernas donde yacía su adorada ausente. Velado por los curiosos que llegaron al lugar de la tragedia y permanecieron allí hasta que llegó una avioneta de propiedad de la empresa donde trabajaba, enviada para transportarlo a Bogotá, su ciudad de origen.

Álvaro sería recordado por el pañuelo blanco manchado de pintalabios que usaron los testigos de su infortunio para cubrir sus ojos luego de haberlo encontrado amarrado a la barra de mando de la pequeña avioneta destrozada que había pilotado. Así decía la nota especulativa publicada en el Heraldo unos días después del accidente, causado según el editor, por un error humano. En cuanto a Haydar, dijeron las malas lenguas, que había sido hallado convertido en chatarra, como su flamante auto estrellado en algún lugar de la Cordialidad, y que jamás se supo qué sucedió con su cuerpo.

La Posada del Líbano dejó de serlo el mismo día del enterramiento de Jazmine. Serena se había refugiado en su alcoba junto con Aisha en el instante mismo de la partida de la carroza fúnebre que se llevó a Jazmine. Su estado de ánimo les impedía ver más allá de las sombras que se habían apoderado de la casa en la que fuera de los Bresni, no quedaba sino su dueña y su hija, desaparecidas para el mundo. El fantasmagórico ambiente de la casa se convirtió entonces en el escenario sin testigos del ir y venir de los Bresni desesperados por encontrar una salida a la terrible situación en que se hallaban.

«Amanda... ¡Claro que sí!», se dijo Mío al anochecer del 8 de abril, viernes santo, sentido en su significado en el tenebroso ambiente que lo envolvía. Pensaba en Amanda, la azafata de Avianca y en la llamada que había escuchado que Camila le había hecho recientemente. «Si vuelvo a verla, le pediré que nos ayude a irnos lejos de este infierno», pensó contemplando a Camila abrazada a Mío Segundo, ambos dormidos profundamente. Tranquilo y confiado en que algo bueno sucedería que cambiara su suerte, bebió de un sorbo el vaso de leche que encontró en la mesita de noche del cuarto, y sin desvestirse, se acomodó a su lado y se durmió poseído de sentimientos de amor y de ternura conyugal.

Mío despertó eso de las cinco de la mañana del sábado santo, solo para encontrar que Camila y Mío Segundo no estaban en la habitación. Preocupado al no ver sus maletas y notar que el armario estaba vacío, y el cajón de la mesita de noche tirado en el piso junto con su diario, gritó desesperado: «Ni drogado que hubiera estado para no oír nada. ¡Me dejó! ¡Me dejó! ¡Se llevó a mi hijo! ¿Cómo pudo suceder?».

Atormentado por su afiebrada imaginación recogió su diario y se precipitó fuera la habitación tropezando aquí y allá con las mecedoras y los muebles arrumados en la sala. Vano intento el suyo fue entonces su loco golpear a la puerta de la alcoba de Serena, de llamarla a gritos como lo hizo ante la de Aisha, y de irrumpir en todas las alcobas de la casa y explorar sus soledades fúnebres. Estaba solo con la muerte de todo lo que lo rodeaba. Desesperado, se precipitó hacia la calle que aparecía desierta como su vida cuyo rumbo inmediato lo dictaba la locura que parecía haberse apoderado de él.

Habiendo llegado a la Vía 40, paralela al Magdalena, y logrado pasar frente a la Escuela de Grumetes de la Armada Nacional sin ser molestado por el guardia que vio apostado en la entrada de la base, tomó rumbo hacia el oscuro horizonte trazado por el cercano caserío de Siape, Por allí pasó de largo siguiendo un estrecho sendero de arena que conducía, según el nombre trazado

en un par de leños colgados de una palma, al campamento de Las Flores. Fede le había contado que allí vivían temporalmente los ingenieros y obreros encargados del mantenimiento de Bocas de Ceniza, la siempre revuelta desembocadura del Magdalena.

Detenido en los tajamares, al final de la trocha del pequeño tren de carga de materiales de relleno, luego de haber cubierto atrevidamente los arenales cenagosos y las trochas cubiertas de guamachos espinosos y costillares blancuzcos de barcazas hechas pedazos como los despojos podridos de largas tiras de cigarrillos inservibles desechados por la cercana fábrica de la Colombiana de Tabaco, Mío creyó ver llegar la hora del anclaje definitivo de su vida. Eso fue lo que experimentó antes de caer y golpearse contra las rocas, entre los durmientes de la vía férrea. De su frente brotó un hilo de sangre que rodó por su rostro y manchó la almohada de piedra y arena sobre la que descansaba. Su amado diario, arrastrado por la corriente, se hundía lentamente tragado por el huracanado río.

Sola, sin Mío, el último de los residentes que vio partir furtivamente, tal y como vio hacer a Camila con su hijo unas horas antes, muy de madrugada cuando abordó el bus de Avianca en el que Amanda solía partir cuando amanecía en la posada, Aisha decidió cerrar todas las ventanas de la casa y tapar con trapos y periódicos cualquier rendija que dejara penetrar el más leve rayo de luz; hasta los respiraderos en lo alto de las habitaciones fueron cubiertos. Era su forma de aislarse totalmente de la realidad del mundo exterior, de querer morir asfixiada, de poder desaparecer sin causar ruido alguno ni molestar a nadie.

Inmensamente adolorida, Aisha no lloraba, ni siquiera gemía. De ella solo quedaba una última chispa que utilizó para cerrar los ojos de Serena luego de verla morir unas horas después de la partida definitiva de Jazmine. Con su enorme lunar de nacimiento amoratado más de lo normal, y su larga cabellera enredada en las patas de su propia mecedora colocada frente a la

de su madre, Aisha se fue muriendo lentamente pero con fuerza suficiente para mecer ambas sillas hasta que se exhaló un último suspiro dejando que la Parca se instalara definitivamente en la siniestra vivienda.

La pestilencia que invadió la posada y se extendió por todo el vecindario, hizo que los asustados vecinos llamaran a la policía esa tarde de abril 10, domingo de Resurrección. Quienes de ellos figonearon la llegada de una ambulancia del hospital de Barranquilla, no lograron ni lograrían comprender jamás el horrible final de Serena y Aisha. Solo vieron sus cuerpos cubiertos con sábanas amarradas cuando eran transportados por los hombres que se los llevaron dejando atrás la casa de la tragedia convertida en una cueva maloliente. La Posada de la Muerte, fue el nombre que le dieron.

Mi nombre es Fede. Cumpló 75 años y algo más de cuarenta de haber empezado a grabar en mi memoria lo que he vivido desde el día cuando llegó a mi hogar un ser muy querido, allá por la década de los años cincuenta, y se convirtió en mi hermano, con la misma fuerza que uno de sangre. Su nombre es Mío Bresni. Sin embargo, y antes de narrar su historia, quiero referirme a la mía.

Nací en Barranquilla el 8 de diciembre de 1924, la Arenosa, llamada así por estar sembrada en las secas colinas playeras cercanas al Gran Río de la Magdalena. Ciudad de clima húmedo y caliente aliviado solamente por los vientos alisios de principios de año que encrespan el río y sacuden con sus lánguidos silbidos su contorsionado entorno, Barranquilla está poblada por gentes muy francas, muy dicharacheras, muy tolerantes, despreocupadas y bulliciosas; de corazón afiebrado y muy dado a palpitar emocionadamente por todo lo que signifique fiesta y ruptura de

lo rutinario de su quehacer urbano, por sus arterias tropicales corre la música que lleva metida en su entraña cumbiambera. Cuna del Carnaval, su fiesta pagana, Barranquilla marcha hacia el futuro compartiendo su existencia con los pálidos cachacos ansiosos de acercamientos comerciales y turísticos. Estos la gozan y no parecen extrañar el frío de su tierra bogotana ni su quieto vivir tan diferente al temerariamente festivo de la vida costeña.

Nuestros más cercanos vecinos, los cartageneros, serios y tradicionales, miran mi Barranquilla con recelo y algo de menosprecio, según ellos, por no contar a su haber, un glorioso pasado. Sin embargo, los apacibles samarios hijos de las playas y serranías al occidente de mi ciudad, y los de más allá, los errantes guajiros, y nuestros ricos vecinos venezolanos, llegan a mi Barranquilla dispuestos a gastar sus valiosos bolívares comprando todo lo colombiano y extranjero que abunda en sus mercados a orillas del río. En eterna lucha con las lluvias tropicales que convierten sus calles en peligrosos arroyos que arrastran todo lo que encuentren hacia los caños que vierten sus aguas al ancho cauce del Magdalena, La Arenosa, marcha hacia el mañana pujando entre querer ser ciudad no pudiendo dejar de ser pueblo.

Mi mundo familiar estaba compuesto por mi esposa, la Niña Regina, y nuestros hijos, el mayor Ángel María, de 18 años y Clarita Segunda, de 16, ambos internos en colegios católicos, y los mellizos, Francisco de Asís y Rita de Casia. Mi hermano menor, Angelín, desempleado y embobado con su mujer Reyna, pura coincidencia con el que ostentaba porque lo había sido de un carnaval reciente, vivía en el Alto Prado, el sector más distinguido de la ciudad.

Mi madre, Doña Clara Altagracia Castellanos Bustamante, prácticamente abandonada por mi padre, Don Nito Guerra Palacio, vivía en Bellavista, arriba de la Vía 40, el puerto más amable y apacible para mi fatigada nave urbana. Acompañada por mis tías paternas, Alma y Zenaida, sufridas solteronas, beatas

atormentadas por la conducta de su hermano, su existencia no era la más feliz de todas. Sentada en su mecedora en el balcón invadido por helechos y trinitarias, mi madre veía pasar el mundo callada y resignada a su suerte, con sus ojos de noble matrona santandereana de buen origen, perdidos en la distancia. Desde esa atalaya de tristeza, mi madre vivía atada a su pasado de alcurnia y dichas pasajeras, respetada por la sociedad barranquillera y muy orgullosa de su estirpe, aunque venida a menos.

Con ella a mi lado, de pie contra la balaustrada en la terraza de su casa desde donde se alcanzaba a ver el Magdalena, sentíamos sus últimos apuros de cauce apurado hacia Bocas de Ceniza, siempre midiendo con sus ondas atrapadas por sus orillas cenagosas, el ir y venir del progreso nacional. Mi mente viajera presentía entonces el apurado paso de nuestras vidas sumergidas en el tedio y la incertidumbre, la suya especialmente, en espera de mi padre, siempre fiel y sumisa, cristianamente sumisa.

Dueño de El Mirador, en cercanías de Sabana Grande, un pueblo del interior del Atlántico, Don Nito vivía allí con Zoraida, su concubina de muchos años, y sus tres hijos, Serafín, Miguel Ramón y René, Angelín y yo aprendimos a quererlos y tratarlos como si fueran nuestros hermanos legítimos. También tratábamos con respeto a Zoraida y no dejábamos de llegar a su casa cuando íbamos a Sabana Grande a visitar a Don Simón Juvenal y Doña Gracia Acevedo, mis prolíficos suegros próximos a cumplir 80 años de vida conyugal.

En cuanto a mi educación se refiere, quise ser postulante del Seminario de San Luís Beltrán desde muy temprana edad, cuando sentía el llamado sacerdotal. No tuve el valor necesario para hacerlo aunque si logré servir piadosamente a la iglesia de mi barrio, en donde fui asistente del párroco y su acompañante durante sus visitas de extremaunción propiciadoras de un final cristiano para sus fieles. Habiendo logrado terminar mis estudios de bachillerato a la edad de diecisiete años, conseguí mi primer empleo como auxiliar de caja en la Sucursal del Banco de la

Costa situada en pleno Paseo Bolívar, epicentro de la vida comercial de la ciudad.

De mi oficio, que ejercí hasta el año de 1956 cuando me retiré sin haber faltado un solo día ni jamás haber llegado tarde, ni siquiera con un minuto de retraso, quedan mis largos dedos callosos como resultado de haber operado durante más de diez años un mamotreto mecánico separador de cheques recibidos y pagados. Su operación me convirtió en el empleado más valioso de todos los operadores de equipos de registro de transacciones que había en nuestra oficina. De mí dependía el cumplimiento a tiempo del canje bancario que debía completarse sagradamente entre las cuatro y cinco de la tarde de lunes a viernes, y los sábados al medio día. Un solo error de dedo, una diferencia de centavos, cualquier problema de cables o tornillos, o de energía que demorara el proceso, podría causar mi despido y el de nuestro Cajero Mayor, el Señor Mier.

De mi vida laboral, recuerdo mis paseos por la orilla del Magdalena, cercano al Paseo Bolívar, cuando la chiva que me llevaba al trabajo adonde debía llegar a las ocho en punto, ganaba tiempo, el suficiente para visitar la Iglesia de San Nicolás de Tolentino en donde prendía una vela al Santísimo y oraba por los míos y mis compañeros de empleo. Ocasionalmente aprovechaba algún “puente”, de los tantos que disfrutamos, para ir de paseo con mi familia a Soledad, donde quedaba el aeropuerto internacional, a ver llegar y partir los aviones de la Pan American pionera de la aviación colombiana que en un futuro se llamaría Avianca. Nunca pensé vivir la aventura de volar pero si me imaginaba lo que sería hacerlo; el solo hecho de pensarlo me aterraba sobremanera. Mientras eso ocurría, me limitaría a viajar por tierra, ojalá a la Guajira fronteriza con el rico país venezolano; adonde sí llegué con mi familia y mi madre, fue a su ciudad nativa, Bucaramanga. Hubiésemos podido continuar nuestro viaje por los Santanderes y llegar a Bogotá, la capital, pero no quise hacerlo por temor al frío y la altura, y un cierto recelo con los cachacos que me parecían ariscos, altaneros y elitistas.

Hoy, cuando me atrevo a salir de paseo por la ciudad, mi primer instinto es hacer un recorrido por el Paseo Bolívar y llegar hasta el viejo edificio de piedra que ocupaba el Banco de la Costa. De mi antigua sede de trabajo solo quedan paredones desnudos y rincones oscuros donde funciona un mercado de pulgas, desordenado y maloliente. Aún escucho el incesante rodar de los carros de las registradoras Remington y su eterno arrojar de largas tiras de formas continuas de estados de cuenta. Aún resuenan en mis oídos los gritos de sus operarios: “Está sobregirado”, lanzados al desconcertado cliente causante del desacierto. “Pásemelo que ya vengo y lo cubro”, era siempre la confiada respuesta que escuchaba. En fin, todo ese acontecer me transportaba al corre corre, laborioso, honesto y consagrado de esos tiempos memorables.

Todas estas cosas están consagradas en mi memoria y en una que otra hoja suelta metida entre mis libros de estudio. Mi lectura, obviamente apropiada a mis inquietudes espirituales, era y sigue siendo la Liturgia de las Horas, que heredé de mi abuelo y él de su padre y de mi parte, mis descendientes. Confieso que también leía El Heraldó, y de vez en cuando El Tiempo, periódicos que compraba en la tienda de la esquina de mi casa, la de la niña Marta, en donde esperaba diariamente la chiva del Porvenir que me llevaba al trabajo. Durante el recorrido, recuerdo, hojeaba la prensa con la intención de leerla detalladamente a la hora de almuerzo que tomaba en mi puesto de trabajo. Así terminaba el viaje agazapado detrás de las páginas sin percatarme de si el chofer de un día era o no el mismo del anterior.

Mío Bresni, me fue presentado por el Señor Mier un día a mediados de enero de 1955. Sorprendido con la noticia de que íbamos a trabajar juntos, escuché su saludo a secas de: «Me llamo Mío Bresni...», saludo que le correspondí igualmente. Alto y delgado, de porte altivo, parecía malgeniado, de cabello castaño ondulado con breves ensayos rubios, labios bien formados y cejas profusas unidas en un fruncido ceño enigmático, sus ojos vivaces, con matices verdes, proyectaban la más triste de las

miradas que jamás había visto en un rostro que a mi juicio no revelaba tener más de veinte años.

Llevado por mí a conocer al grupo de operadores encargados del manejo de los estados de cuentas de clientes, no faltó quien dijera: “Esto se nos va a llenar de *cachacos*”. Así llamábamos a los bogotanos, cuya manera de saludar nos causaba risas nada respetuosas. “¡Ala! ¿Cómo te va?”, para no mencionar el tan trajinado “*sumercé*”, que no sabíamos si era usado por respeto o por servilismo. Sin embargo, Mío me sorprendió por la forma amable y generosa que tuvo para mostrarme y describirme la nueva registradora eléctrica de la Remington, recién adquirida en reemplazo del anticuado equipo que yo usaba, nada bienvenido, en mi caso, porque significaba el principio del fin de mi oficio que ya consideraba vitalicio.

Habiéndome dicho que no me afanara, que él me colaboraría en la transición que tenía que hacerse entre su sistema y el mío, y que aunque él mismo no lo conocía bien, aprenderíamos juntos, regresé a mi puesto satisfecho, pero bastante preocupado por la montaña de cheques que me esperaba y el tedioso proceso de su ordenamiento y registro en largas tiras de sumadora. De cuadrar al centavo, podría salir a las cinco en punto y llegar rapidito a mi casa de la 75, cercana al Estadio.

Así transcurrió ese mes enero de 1955 familiarizándome con mi asistente y aprendiendo a usar el equipo que eventualmente reemplazaría el que yo usaba. Fue tal la eficiencia que logramos en el registro paralelo de los cheques que procesábamos en cadena, que logramos cuadrar al centavo nuestros registros lo que nos permitió salir de trabajar al minuto exacto de cierre de las actividades diarias.

Fue un día a comienzos de febrero cuando, contrario a mi usual apuro por regresar a casa inmediatamente después de terminar mi jornada de trabajo, invité a Mío a dar una vuelta por el Paseo Bolívar. Complacido, aceptó de inmediato. «Le voy a presentar a mi compadre lotero, Miguel Ramón», le dije

mientras caminábamos hacia la plazoleta de San Nicolás. Lo que no le dije era que mi amigo no acertaba a venderme ni la fecha de los sorteos. Sin embargo, y por aquello del dicho: «*Tanto va el cántaro al agua...*», siempre compraba dos décimos del mismo número, de la Lotería del Atlántico. «El ganador... Fede... lo cobramos y nos lo repartimos», opinó Mío cuando lo adquirí. «Siento que eres de buena suerte», le dije, convencido de acertar en esa ocasión.

Por lo que supe que me contó Mío ese día de búsqueda de fortuna, estaba alojado en la Posada El Líbano. «Nos sirve la misma chiva...», le dije. No olvido la breve explicación que hizo de su vida durante el recorrido. «¡Bogotano!... Bogotano puro... y casado felizmente con Camila... tenemos un hijo... Mío Segundo, y vengo de trabajar en el Banco Agrario de Palmarito, cerca de Bogotá... nada importante». Eso fue todo lo que supe porque no volvió a decir palabra alguna hasta que llegamos a su destino cuando se despidió con un simple: «Hasta mañana, Fede».

Así dio comienzo nuestra amistad, rica para mí en el descubrimiento de su personalidad, nada variable, siempre amable y servicial, dispuesto a colaborar, tanto en mi trabajo como en otros asuntos personales. Respetuoso de mis creencias religiosas, Mío no daba muestras de ser muy piadoso. Sin embargo, recuerdo verlo meditar y orar para sus adentros cuando me acompañaba a San Roque al final de nuestra jornada de trabajo en donde prendíamos una vela y soltábamos una que otra moneda en las cajillas recolectoras de óbolos. «A ver si rezando y pagando mantenemos el puestico», le dije en una ocasión. «O nos ganamos el cielo. A lo mejor allá no sufrimos. ¡Y no cuesta, espero!», me respondió con mucha seriedad.

El rasgo más descriptivo de la personalidad de Mío era su constante estado de euforia contrario a la tristeza que se reflejaba su mirada; lejana, íntima, dejaba ver sus estados de ánimo. «¡Qué mundo este! No saber qué pueda pasar hoy, mañana. ¡No me gusta!», comentó Mío un día cuando recorriamos el sector

de los caños, por los lados del mercado de pescado y frutas del mar. «¡Tanto pordiosero! Tanta basura... malos olores... igual a Bogotá. ¡Qué suciedad y abandono!». «¡Mío!», le dije. «A mí, ¡Nada me asombra!», y no hablamos más del asunto. Resolvimos ignorar los huecos de las calles, las alcantarillas destapadas, las destartadas chivas, los escandalosos afiches obscenos pegados en los muros, las palabrotas de la gente de la calle, los antros de los hoteluchos repletos de miserias humanas, los negocios malolientes de los pasadizos de la plaza de mercado, a orillas del río, las paredillas vencidas de los solares abandonados, hasta el vergonzoso congregar de los mendigos en la plazoleta de San Nicolás. Fuera de darles limosna, unas pocas monedas, hasta comida, y muchas sonrisas, nada más podíamos hacer para cambiar su condición.

Mi amistad con Mío era suficientemente fuerte como para invitarlo a mi casa adonde lo llevé una tarde cualquiera a comienzos de marzo, dos meses después de su llegada al banco. Para mi satisfacción, la Niña Regina lo recibió amablemente y con gran aspaviento de preguntas y muestras de querer volver a verlo. «¡Ah! Y traiga a su familia que me gustaría conocerla», fue su despedida al complacido Mío.

Nunca podré olvidar lo ocurrido un día a finales de ese mismo mes de marzo, cuando Mío me acompañó a comprar los encargos que me había hecho ese día la niña Regina; distraídos más de la cuenta, no sentimos el paso de las horas hasta cuando oscureció y emprendimos el regreso a mi casa hasta donde Mío quiso acompañarme, preocupado por mi suerte conyugal más que por la suya. Cuando llegamos a eso de las ocho de la noche, encontramos a mi mujer en espera nuestra, en el mismísimo andén de la casa, con las manos en jarra, su conocida pose cuando me tardaba en llegar: «Y a ti, ¿Qué te pasó? ¿Qué horas son estas de llegar?», me increpó duramente tanto que me caló hasta los huesos como un latigazo de la Santa Inquisición. Igualmente hizo con el asustado Mío a quien le gritó: «Apúrese a su casa jovencito que usted también la va a pagar».

Aparentando estar preocupado, y cocinando una de mis nada creíbles envalentonadas, me apresuré a descargar lo comprado en un estante de la cocina antes de correr a cambiarme de ropa, la de usar en casa, una enorme camisa abierta y pantalones recortados hasta la rodilla, y me dediqué a lavar el corredor de losetas descoloridas que brillé con cera transparente hasta borrar las huellas de los pies descalzos de todos nosotros incluyendo las de la negra Tomasa, la más reciente adquisición de la Niña Regina, enviada por Fernandito, uno de sus trece hermanos, próspero y prometedor abogado y político. Esa noche, cené solo en el patio de la casa cuidando de no turbar el sueño de mi mujer. Rezado el rosario y meditado sobre mi vida, me aseguré de no despertarla cuando me recliné a su lado poco esperanzado en un leve copular conciliatorio.

Serían las cuatro de la mañana del 10 de abril de ese año de 1955, cuando sonó el teléfono de mi casa. Sorprendido por lo temprano de la hora, me apresuré a contestar temiendo recibir una mala noticia. Efectivamente lo era. La persona al otro lado de la línea, un ingeniero fluvial del campamento de las Flores, me llamaba para informarme que Mío Bresni había sufrido un accidente. «Me pidió que lo llamara. ¡No se preocupe! Lo llevé al Hospital de Barranquilla. Creo que necesita de usted», concluyó y colgó sin mayores explicaciones.

El lugar donde se encontraba Mío ese día, fecha de trágica recordación nacional, era una enorme y antigua edificación de aspecto conventual desde donde se divisaba el desordenado perfil de asentamientos urbanos construidos a orillas del Magdalena, dominados por las torres de la Iglesia de San Roque de Montpellier.

Desconocedor del lugar, me dirigí, primero a la sala de emergencia que encontré atestada de gente amontonada frente a una monja enfermera que trataba de atender a los presentes en medio del caos causado por sus demandas. Viendo lo difícil que

me sería ser atendido, y luego de fisgonear el par de cubículos que allí había, y descubrir que Mío no estaba allí ni en ninguna parte de la sala, me propuse buscarlo por mi cuenta. Angustiado, deteniéndome aquí y allá, asfixiado por el aire que respiraba impregnado de olores alcanforados y hedor de cosas podridas, me santigué y ascendí los escalones de ladrillo gastado que conducían al segundo piso en donde quedaban las habitaciones de los pacientes.

Las monjas enfermeras de la Presentación encargadas de la administración del hospital, discurrían a esa hora por los corredores en cumplimiento de sus funciones. Con sus tocas enormes como alas de palomas mensajeras, y sus largos rosarios de cuentas negras brillantes pendientes de sus amplias cinturas disimuladas entre los pliegues de sus largos y amplísimos hábitos, las caritativas mujeres cumplían con amor y compasión y sin escrúpulo alguno, sus deberes de enfermeras del cuerpo y del alma de sus pacientes. Fue precisamente una de ellas, la que al verme, me preguntó qué era lo que buscaba, la que reconoció el nombre de Mío y me condujo al pabellón donde se hallaba.

Encontré a Mío en un cuarto con seis camas, tan cercanas la una de la otra que parecía que eran una sola. Viéndolo dormir profundamente, como sedado por el suero que le entraba gota a gota, atribuí su estado al descalabro que parecía haber sufrido, dado el vendaje que cubría su frente. Tranquilo, me dispuse a estar a su lado el tiempo que fuera necesario para que se despertara y me contara que era lo que le había ocurrido.

Serían las tres de la tarde cuando Mío despertó súbitamente y me sorprendió con el fuerte apretón de mano que me dio. «¡Que ojeras tienes... como que el enfermo eres tú!», me dijo sonriendo. «De tanto velarte», le dije cariñosamente. Poco después apareció un enfermero que se ocupó en auscultarlo rápidamente y sin más, se dirigió a la cama cercana en donde hizo lo mismo con el paciente que la ocupaba y así con otros hasta que abandonó la sala tan calladamente como había llegado.

La noticia que recibimos de una monja que visitó a Mío tan apurada como el enfermero de la visita anterior, fue la buena de su recuperación y que había sido dado de alta, me permitió hacer los arreglos económicos del caso. Habiendo firmado como su fiador, una letra por 150 pesos, cantidad que sería cubierta eventualmente por los Seguros Sociales a los que estábamos afiliados, partimos del hospital. Vestido precariamente con la camisa y los pantalones enfangados que tenía puestos cuando fue ingresado, lo conduje al bus que nos llevó a mi casa adonde llegamos sin habernos cruzado una sola palabra fuera de su pedido de darle posada hasta que regresaran Camila y su hijo. «¡Están de viaje!», fue su explicación, sin mencionar la tragedia ocurrida en la Posada del Líbano de la que me había enterado por un breve informe radial al que no le puse mayor atención. Siendo Semana Santa, mi costumbre era la de mantenerme alejado de toda cosa mundana, inclusive de lo social tanto como para no haberme preocupado por Mío a quien no veía desde el sábado anterior al Domingo de Ramos.

Desconcertada por el estado físico de mi amigo, la Niña Regina a quien le expliqué a mi manera lo que le había sucedido, le ofreció una muda completa de ropa que Mío le recibió avergonzado. También se ofreció a alquilarle una pieza, la que colindaba con la cocina, en el patio de atrás, la de San Alejo, donde Tomasa solía dormir durante las sofocantes horas del mediodía. Eso sí, «por un tiempo corto, y por cien pesos mensuales, sin descuento» insistió mi mujer. «Y espero que vaya a trabajar el lunes mismo. ¡A ver si se compra algo nuevo para presentarse!».

Eso hicimos inmediatamente. Visitamos el recién inaugurado almacén Sears y le sugerí que abriera una cuenta rotativa, lo último en sistemas de crédito a plazos. Nuevamente fiador suyo, y con una cuota inicial que le presté, y treinta y seis letras firmadas por ambos, Mío se hizo a un par de pantalones, una camisa, varios juegos de ropa interior, y otras prendas. También lo convencí para que comprara un juego de alcoba completo

incluyendo cuatro almohadas y varios tendidos de sábanas, y un edredón de satín morado.

La presencia de Mío transformó notoriamente mi diario quehacer de cerrar la puerta de la casa como lo hacía antes de su llegada, a las siete en punto de la noche. Por el contrario, terminada la comida, lo invitaba a que nos sentáramos en sendas mecedoras puestas en balcón de la casa. Enfrascados en animadas charlas con nuestros vecinos, que no dejaban dormir a la Niña Regina ni a los mellizos, bajábamos la voz o nos íbamos al patio de la casa en donde permanecíamos hasta altas horas de la noche. Nunca faltaban temas de conversación.

Así transcurría mi vida de hogar por esos días de mitad de año de 1955, enriquecidos por nuestra creciente amistad. Igual sucedía con nuestros vecinos, atraídos por la forma de ser de Mío, siempre hablador y dispuesto a entretenerlos con sus historias. La más interesante, la que nos narraba con pelos y señales mostrándonos fotografías y almanaques de Suiza y sus cantones, un país no más grande que nuestro departamento. Según él, su gente hablaba varios idiomas pero se entendía muy bien ya que se habían propuesto aprender sus respectivos idiomas lo que les evitaba crear una nueva Babel. Igualmente no necesitaban de entendimiento otro que el de aplicar la ley nacional que establecía no tener ejército ni siquiera policía ya que no existía conflicto alguno entre ellos ni con ningún país extranjero, que no pudieran solucionar pacíficamente. «Son tan mansos como sus vacas Holstein», nos contaba Mío, «Yo las conozco... hay muchas en nuestro país. ¿Las han visto? ¡Yo sí! Parecen estar pintadas en el paisaje sabanero, entre el verde azul de la sabana de Bogotá» aseguraba.

Como no le faltaba gracia y jocosidad a su elocuente verbo, recuerdo que nos hizo reír mucho cuando nos contó que los tales animales parecían ser muy dichosos porque eran ordeñados por hermosas campesinas quinceañeras, y que el exquisito jugo lácteo extraído era bebido por ellas directamente de las opulentas ubres

de los felices vacunos. Sin embargo, no todo lo que contaba era tan alegre. Las noticias que se recibían diariamente a través de la prensa y la radio, que él comentaba, eran de confrontaciones violentas que ocurrían entre las fuerzas del orden y grupos de delincuentes dispersos en varias zonas del país, la más afectada, el Valle de las Palmas donde había vivido y se encontraba Camila con su hijo. Tales noticias nos causaban gran dolor y angustia, sobre todo cuando no recibíamos noticias de su familia.

La respuesta de Camila a una de las cartas que Mío le había enviado recientemente, fue recibida el martes 26 de julio de 1955. Según lo escrito, que me leyó Mío, el mundo de Palmarito se había vuelto muy peligroso. Había sido tomado por gente extraña sin ley ni orden ni respeto alguno por la vida y los bienes de los palmeños. *“Mi papá no ve la hora de vender el hotel, sin huéspedes, en decadencia total... Incluso, le tenemos miedo al Agachado... sus hombres ocupan el hotel a su gusto y cuando quieren. Se rumora que el Agachado patrocina la violencia que nos sacude. Malvina me escribió diciéndome que me vaya para los Estados Unidos y deje todo esto que anda tan mal... que ella me ayudará para que mis padres y mis hermanitos lo hagan después. Mío, estoy preocupada. Isadora me dice que acepte la invitación de Malvina, pero que me vaya sola. Parece empeñada en acabar con nuestro matrimonio... lo peor es que quiere que le deje a nuestro hijo...mientras me establezco”*. «¡Tamaño descaro el de esa bruja!», exclamó Mío interrumpiendo su lectura. Sin embargo, se tranquilizó cuando me leyó el final de la carta. *«No temas. Me haces mucha falta... no voy a pararle bolas a las malignas intenciones de Isadora. Y tú, perdóname por haberte dejado... no volveré a ser tan ingenua como para creer que puedo vivir sin ti»*.

La sorpresiva llegada de Camila y Mío Segundo ese domingo 28 de agosto del 55, nos sorprendió gratamente pese al disgusto que sufrió Mío por la falta de consideración de Camila de no anunciarle su llegada, enfado que conocí mientras su familia

descendía de la buseta que los trajo del aeropuerto, la que transportaba el personal de vuelo de Avianca.

Olvidado el incidente, el momento no era menos que feliz para Mío y nosotros. Reunidos en el balcón de nuestra casa, con los mellizos empeñados en jugar con un hurraño y malhumorado Mío Segundo, y luego de comernos el exquisito plato de arroz con camarones que era la comida de ese día, y de bebernos una botella de vino que la Niña Regina tenía guardada para una ocasión especial, Mío condujo a Camila y a su hijo a su habitación de donde no salieron sino hasta el día siguiente, con excepción de una corta salida suya a calentar un biberón y llevarse una jarra de jugo de naranja que no faltaba nunca en casa.

Confiados en una larga permanencia suya, la Niña Regina se propuso hacer de Camila su mejor amiga dándole su confianza y sin temor a molestarla, encargándola de algunos de los oficios de la casa que Camila cumplió a regañadientes. Nada inclinada a buscarse problemas, la Niña Regina decidió no preocuparse. «Que haga lo que se le dé la gana» se dijo.

«Mío, ¿Qué hacemos aquí pasando necesidades... y de sirvienta? Me hubiera quedado en mi casa», escuché que le decía Camila a su esposo, un día poco después de su llegada. «Camila, no ha cambiado», me confesó Mío cuando le dije que había escuchado lo que le contaba. «¿Sabes qué le respondí? ¡Nada! Fede. ¡Nada! Qué más podía hacer. ¿Qué hago ahora Fede?». «¡Nada! Nada Mío. Amanecerá y veremos», le contesté dudando de mi no pensada opinión.

Pese a la incertidumbre que le causaba la inestabilidad de su esposa, Mío se sentía satisfecho y optimista. Los 500 pesos de sueldo que devengaba le alcanzaban para cubrir todas sus necesidades: el arriendo, el transporte diario, la cuota quincenal de la deuda a 36 meses que había adquirido y sus incrementos ya que siendo rotativo el crédito le permitía pagar y comprar lo que necesitara logrando así tener de todo aunque nunca dejara

de deber. También le alcanzaba para ayudar para el mercado, treinta pesos en granos, verduras leche y bollos de mazorca y otros comestibles que fue lo que la Niña Regina le dijo que le costaba de más desde su llegada. Finalmente, le sobraban algunos pesos para ahorrar y distraerse sencillamente, como era llevar a Camila al Dorado, un cine al aire libre, adonde los acompañaba anhelando que la Niña Regina lo hiciera igualmente, algo que no logré jamás. Ella no concebía un espectáculo semejante; creía que nadie iba a ver la película proyectada sobre un telón agujereado, con parlantes roncacos, montados sobre dos palmeras secas, sino a descararse. «¡Cama ambulante sobre ruedas! Por fortuna no le anda su cacharro...», era su opinión basada en mi propia especulación y manía de contarle con pelos y señales lo que veía y que me escandalizaba igualmente.

Respecto a mi sueldo, su distribución estaba a cargo de la Niña Regina, para que nada faltara en nuestro hogar y pudiera ahorrar para la educación de los mellizos y la de Clarita Segunda y Ángel María. Todo era posible ya que contábamos con 400 pesos mensuales adicionales provenientes de la venta de leche de unas cuantas vacas que nos regaló Don Nito, que pastaban en su finca, y los cien pesos del arriendo de la pieza de la familia Bresni. También contábamos con la prima de navidad y la esperanza de aumento de sueldo. ¡Ah! Y la cesantía, un mes por año de trabajo, dinero guardado por nuestro patrón, razón principal para querer permanecer toda la vida a su servicio. Nuestros vecinos también contribuían. La Niña Regina, mi diligente y ahorradora mujer, les prestaba dinero, a intereses de usura y a no más de seis meses. Así todo, teníamos lo que necesitábamos, lo más valioso, un techo propio.

Separada de las casas vecinas por un estrecho espacio limitado por una pared de ladrillo baja y cubierta de vidrios rotos, nuestra casa tenía una pequeña terraza de entrada adornada con materas sembradas de matas tropicales siempre en flor, verdes y frondosas. Su interior, constaba de seis alcobas con baño y grandes ventanas protegidas por barrotes de hierro pintados de blanco. Un corredor paralelo a estas, de baldosas frías y

resplandecientes de lo bien brilladas, se extendía hasta el patio trasero en donde habíamos colocado unas cuantas mecedoras de mimbre apetecidas por todos nosotros para el retozo y la zanganería.

La cocina de mi casa era tan espaciosa que permitía moverse a gusto alrededor de una larga mesa tasajeada y condimentada hasta sus entrañas por los preparativos culinarios que allí se hacían. En un mueble abierto, con grandes cajones, se guardaban piñas y naranjas y papayas mamey y limones y grandes pencas de yuca, ñame, papa y racimos de plátanos. Cerca, contra una de las paredes, había un mostrador alacena en donde reposaba una Coleman de alcohol, poco utilizada.

A falta de nevera, manteníamos un enorme trozo de hielo metido entre una caja de madera en donde se conservaban frescos los bocachicos y arenques que nos traía un pescador de Ciénaga, junto con las botellas de gaseosas embotelladas que le comprábamos a la Niña Marta. También manteníamos dos botellones de agua hervida previamente, y una jarra con agua de coco indispensable para los arroces y los guisos y el arroz de lisa, el plato favorito de Mío. ¡Ah! No faltaban yerbas medicinales ni el botiquín con toda clase de pastillas, jarabes y mentolados que la Niña Regina usaba para curarse de sus enfermedades y las de todos nosotros.

Siendo pocas las veces que Mío y yo teníamos que trabajar fuera de las ocho horas normales de trabajo, ambos llegábamos a casa antes de las seis de la tarde dispuestos a ayudar a la Niña Regina con sus oficios de preparación de la cena y otros que quisiera asignarnos. Pronto después, y no más tarde de las siete y media de la noche, comíamos sin afán alguno, para luego levantar la mesa y permitirle a la Niña Regina que acostara a los mellizos, y se retirara a dormir que bien merecido lo tenía. Igual cosa se permitía Camila con la excusa de poner a dormir a Mío Segundo.

Mientras tanto, Mío y yo completábamos la limpieza de la cocina y veíamos que todo estuviera en orden antes salir al balcón en donde permanecíamos sentados en nuestras mecedoras hablando de todo lo imaginable que se nos pudiera ocurrir. Llegadas las nueve de la noche, Mío se apuraba a su habitación y yo, al patio trasero, a leer y releer algún capítulo de la Biblia escogido al azar, y rezar el santo rosario hasta que me vencía el cansancio cuando procedía a apagar las luces, tranquilo de escuchar el silencio que reinaba en toda la casa. Luego de probar la cerradura del portón principal y echar una mirada al garaje oscuro en el que permanecía sobre bloques de concreto mi viejo y destartado Chevrolet, inútil por falta de un repuesto que valía más que el carro mismo, me retiraba a mi alcoba. Sin atreverme a rezar en voz alta un último padrenuestro, lo hacía mentalmente para no despertar a la Niña Regina. Orando así, me acomodaba a su lado, cuidando de no fastidiarla.

Aún conservo la enorme piel de res que cubría nuestro lecho conyugal, cuyo dueño debió ser monstruoso en sus tiempos de cría, allá en el Mirador. Su aspecto de toro acostado que parecía mugir presto a arremeter, y los cortes de cuchillo carnicero que le habían dejado sus cuatro largas pezuñas estiradas como queriendo atrapar algo o alguien, hizo que Mío se pronunciara de manera muy divertida cuando la vio: « ¡Ese monstruo dormido se va despertar una noche de estas! Y como duermes en calzoncillos, te va a embestir donde más te duela», me dijo con su reconocido tono de cachaco burlón. Así, entre bromas, comodidades hogareñas y grandes esperanzas de lograr un futuro mejor, llegó a su final ese año de 1955, inolvidable para mi familia y para los Bresni, cuya vida parecía haberse arreglado definitivamente.

El descuadre que mostraba la planilla de registro de cheques que había pagado por ventanilla ese miércoles 8 de febrero de 1956, era de tal magnitud que no podía ser cubierto con lo que devengaba así trabajara sin cobrar sueldo durante cuatro años por lo menos. ¡Dieciocho mil pesos! se habían esfumado en algún momento de descuido y manipulación de los muchos fajos de billetes que pasaron por mis manos ese día de mi descalabro como cajero, trabajo que me fue ofrecido cuando mi entrañable máquina fue dada de baja y trasladada al cuarto de San Alejo.

A la investigación del caso ordenada por el Señor Mier, llegaron los más altos directivos de la sucursal, los doctores Arnulfo Cardona, Pulecio Santana, Andrés Arroyo, Simón Bolívar Rodríguez, Renato del Río, Francisco de Paula Santander Rosado, Pedro Heredia Murillo, la Señorita Resguardo del Cancel, Secretaria de Gerencia, veinte otros cajeros, el personal de Fiduciaria, cuatro auditores internos, y Mío, con su kilométrico listado de transacciones listo para su verificación con los registros llevados por los operarios de las estruendosas máquinas llamadas las NCR, “*enecierres*” las llamábamos, que habían reemplazado las tarjetas individuales llevadas a mano.

Igualmente terminaron involucradas como ayudantes de búsqueda, las cinco negritas del aseo, los diez patinadores, y hasta los vigilantes armados que desencasquillaron sus carabinas y se colocaron en posición defensiva, gesto que me pareció ser de formación de un pelotón de fusilamiento dispuesto a rematarme si abandonaba la escena. Al verlos, recurrí a desgranar mi rosario enredado en el fondo de uno de los bolsillos de mis anchos pantalones blancos, sin importarme las risas y bromas maliciosas causadas entre mis compañeros por mi aparente manipulación íntima.

No fue sino hasta la media noche de ese día, cuando los extenuados participantes en la investigación yacían agotados en sus lugares de trabajo, y yo, en el mío, a punto de dormirme, que vi mentalmente la cara del cliente que me presentaba un cheque al portador, de dos mil pesos. «¡Dios santo y bendito!

Claro que sí. ¡Le había entregado veinte mil!». Esperanzado en su recuperación, me propuse examinar uno por uno todos los cheques cambiados ese día. Como era lo exigido, debía tener anotada al respaldo, su dirección y el número de su cédula de ciudadanía.

Con el consentimiento de Foliaco, y en compañía de Fernandito, mi cuñado, abogado y candidato a la gobernación del departamento, poseedor de un auto alemán, un Volkswagen que no solo le servía de transporte sino de tienda de campaña para sus frecuentes escapadas románticas, partimos en búsqueda no solo del dinero perdido, sino de mi honor. Prácticamente atrapado en el interior de su auto, con las rodillas pegadas a mi quijada, arrancamos al amanecer de ese jueves siguiente a mi infortunio, hacia Las Delicias, un barrio al occidente de la ciudad.

Ramón Piña, así se llamaba el sospechoso, nos recibió con curiosidad y desconcierto por lo temprano de la hora, y más al ver la desesperación pintada en mi cara. Explicado mi error una y otra vez, me confesó que lo que le explicaba era cierto, pero que no había tenido tiempo para devolver el sobrante. «Bueno. Será dárselo. Espero que no me demande, porque, viéndolo bien, la falta es suya, ¡Señor Banquero!». Agradecido le prometí volver a verlo y traerle algún regalo. «No se moleste... que si lo pienso dos veces... ¡Pero como soy muy honesto!», me dijo riéndose a carcajadas de su afirmación.

Pese a la algarabía y regocijo de mis compañeros, trasnochados pero satisfechos de haberme colaborado, renuncié a mi puesto inmediatamente después de reintegrar el dinero perdido, cuando Mier levantó el acta de Estado de Caja correspondiente que daba cuenta de la solución del caso. Mi renuncia fue aceptada sin tener que pagar, por honesto y afortunado, el preaviso de ley de cuarenta y cinco días obligatorio. Agradecido, trabajé normalmente hasta el fin de la jornada, la última de mi vida de banquero asalariado.

La decisión que tomé, me salió cara. Tuve que dormir en una hamaca colgada en la sala de mi casa, exilio impuesto por la Niña Regina cuando llegué, desempleado, y sin poderle explicar la razón de mi ausencia por una noche completa, algo que jamás había hecho. No fue sino dos meses después cuando me acogí a un retiro espiritual durante la Semana Santa, y serví de Nazareno el Viernes de Tinieblas, y sufrí las peladuras que me causaron las andas del Santo Sepulcro, que mi mujer me permitió regresar a nuestro lecho conyugal.

Reparado el dinosaurio de mi Chevrolet por un mecánico coleccionista de partes de carros estrellados, según él, me di el gusto de estrenarlo como taxi de servicio público, sin licencia oficial. Preocupado por no tenerla, me limité al transporte de personas conocidas y a llevar a Mío al trabajo cobrándole igual que lo que le costaba ir en chiva. De paso, recogía pasajeros en el Paseo Bolívar necesitados de viajes cortos, y ocasionalmente, llevaba turistas al aeropuerto de Soledad, una ruta muy productiva por la oportunidad de conseguir dólares sirviendo a los gringos que recogía y me ocupaban para sus diligencias en la ciudad. Lo que si evitaba era llevar gente al Barrio Chino donde quedaba la Zona Roja. Además, no trabajaba los domingos, día que dedicaba a mi familia y a los oficios religiosos de la iglesia del Seminario de San Luís Beltrán donde organizaba la recolección de las ofrendas y llenaba las pilas de agua bendita y hasta leía la epístola y los anuncios parroquiales.

Fue precisamente en San Luis donde celebramos la ceremonia del bautizo y apadrinamiento de Mío Segundo Bresni Dueñas Cuesta, un día de agosto de 1956. Aún recuerdo los berridos de los bautizados mientras eran ungidos profusamente con agua bendita y cubiertos de bendiciones por Monseñor Abello y Abello, mi padre espiritual.

Las lluvias y coletazos de los huracanes que azotan anualmente las islas del Caribe y de paso la costa norte de Colombia con inesperadas tormentas tropicales que podían trasladar de sitio en un santiamén, la geografía costeña, llegaron repentinamente, como todos los años, a mediados de septiembre, sorprendiendo a los barranquilleros por la furia que traían, peor que todas las tormentas juntas sucedidas en épocas pasadas. Mío, que de todo hacía alarde, comparó las atronadoras ráfagas de viento y copiosas lluvias que hacían que los arroyos de la Arenosa se desbordaran y causaran tragedias incalculables, con La Violencia que ocurría en algunas partes del país. «Fede... soplan vientos de guerra... y son peores que estos», me dijo un día cuando de regreso del banco a donde fui a recogerlo, tuvimos que esperar el agitado paso de un arroyo cercano a la Vía 40, demasiado peligroso para aventurarse a cruzarlo.

La vida de Fernandito llegó a su final cuando se lo llevó un arroyo, llamado la Felicidad. La prensa local del día siguiente trajo la terrible noticia, en primera página, acompañada de una fotografía de lo que parecía ser el “*Escarabajo de la Muerte*” como llamó la prensa el auto que encontraron unos pescadores en un playón cercano al campamento de las Flores, en Bocas de Ceniza. En su interior, en el asiento delantero del vehículo, captado por la cámara del periodista que se hizo presente en el lugar de la tragedia, se veía el cuerpo de Fernandito, doblado sobre el cuerpo de una mujer, desgonzada, como él, entre los jirones de sus ropas enfangadas. Según se supo unos días después, sus cuerpos fueron llevados a la Escuela de Medicina para ser estudiados por los futuros galenos, de quienes se rumoraba, arrojaban al Magdalena los destrozados cadáveres que recibían, evitando así al erario el costo de su enterramiento.

El nombre de Fernandito Juvenal y todo lo que pudiera recordarlo desapareció rápidamente de la memoria de su familia y de sus amistades. Hasta la placa de metal dorado enmarcada en madera tallada que colgaba de la puerta de su bufete en la Torre del Banco de la República en el Paseo Bolívar, fue removida.

Suerte igual le ocurrió a su imagen de campaña, sonriente y coquetona. Fue raspada de todas las paredes, postes, cercas, vallas y piedras donde había sido pegada. Otros Juvenales, jóvenes, de carrera como la suya, proclamarían muy pronto después de su desaparición, su propio juego político. No los perseguiría el recuerdo de su pariente. El olvido es parte de nuestra tradición partidista. De la mujer que lo acompañaba, nunca se supo quién era. Los chismosos contaban y contarían por siempre que veían su cuerpo flotar en los arroyos, deslizándose, desnudo, hermoso todavía, hacia las revueltas aguas amarillas del Magdalena, y que allí se hundía y se perdía, posiblemente de regreso a su origen para volver una y otra vez.

Las campanas de la iglesia colonial de San Antonio de Sabana Grande, repicaron alegremente y sin cesar, ese día viernes 7 de septiembre de 1956. El hermoso templo de estilo gótico, sería desde ese momento el epicentro de las ceremonias de celebración del octogésimo aniversario de boda de Don Simón Juvenal y Doña Gracia Acevedo. Su entorno de tres naves separadas por majestuosos arcos, los recibiría con la llama de cientos de cirios prendidos y enormes floreros con rosas rojas y blancas traídas del interior del país. Allí, bajo la protección de un enorme crucifijo iluminado por los rayos del candente sol que penetraba los cristales de las altas ventanas ojivales, se cumpliría la misa pontifical oficiada por Monseñor Sixto Juvenal, hermano de Don Simón, acompañado por seis monseñores, doce diáconos y veinticuatro acólitos y una docena de seminaristas. El organista, un italiano llamado Luciano, antiguo residente de la parroquia, dirigiría el coro de novicias del Convento de Santa Clara, haciendo eco celestial a los cantos sagrados entonados por los preladados oficiantes. Cientos de estudiantes uniformados de los colegios privados de La Presentación y María Auxiliadora responderían igualmente los aleluyas y Deo Gracias de la ceremonia.

Eran las once de la mañana cuando la gente agolpada en la Plaza Mayor del pueblo vio aparecer a los homenajeados sentados en un trono dorado, aterciopelado, en una carroza en forma de nube plateada y vaporosa que todos reconocieron ser la utilizada por la Reina del Carnaval de Barranquilla. Pronto después, el espectacular vehículo en cuyas entrañas se ocultaba su conductor, comenzó a rodar lentamente permitiendo que la multitud agolpada a su alrededor observara de cerca a la octogenaria pareja vestida elegantemente. Don Simón con sombrero blanco alón con cinta negra adornada con una enorme pluma tricolor, y su mujer Doña Gracia Acevedo, en traje de novia, amarillento, sin velo, con su cabello blanco, el poco que tenía, alisado y con moña postiza, negra, brillante, y ambos tratando de ondear sendos pañuelos blancos. Maquillados escandalosamente, más parecían cadáveres embalsamados que personajes vivos. Bajados de su pedestal, en andas cargadas por sus hijos, la triunfal pareja fue conducida al interior del templo. Tras de ellos, cientos de supuestos familiares suyos y toda clase de personajes de la política, la industria local y nacional.

Invitados especiales de la Niña Regina, Mío y Camila no lograron acercárseles hasta cuando pasaron cerca del lugar donde se encontraban, a un lado de la gran portada del templo; empujados hacia su interior, ambos terminaron sentados en la última hilera de bancas, para disgusto de Camila que no quería perderse de nada de lo que iba a suceder al otro extremo del sagrado recinto.

El grandioso evento culminó a eso de las dos de la tarde cuando se dio comienzo a los festejos populares de celebración de la extraordinaria longevidad de los homenajeados. Todos los invitados gozarían de la felicidad de los lugareños entre los que no faltaban reclamantes de la paternidad de Don Simón Juvenal. Faltos de respiración a causa del humo de los pebeteros agotados y el olor del incienso quemado profusamente, y ensordecidos por el vitoreo de sus admiradores y el estruendo de los fuegos artificiales, y para colmo de males, exhibidos en el balcón de su vivienda como si fueran personajes de circo, Don Simón y

Doña Gracia resolvieron irse de su propia fiesta sin despedirse de nadie. Divertidos y sin preocupaciones, sus hijos y los cientos de celebrantes, no se dieron cuenta de su deceso y muchos partieron sin enterarse. No fue sino horas más tarde, alrededor de las once de la noche cuando la Niña Regina y Fede se les acercaron para conducirlos a su recámara, que descubrieron que ya no estaban.

La legendaria pareja no estrenaría el recién comprado juego de alcoba adquirido por sus hijos. Solamente les serviría para ser velados y disfrutar de una eterna luna de miel en traje de novios, tal y como estaban durante la ceremonia de su aniversario. Su tumba sería cubierta por una tonelada de rosas descoloridas, restos de aquellas que adornaron la iglesia durante su elevación terrenal. La fecha de su partida, se celebraría anualmente, como lo sería el carnaval tragicómico que había servido de marco festivo a su repentina muerte. Ellos resucitarían año tras año, en efigie, para ser homenajeados nuevamente, y así, para siempre.

La heredad campestre construida años atrás por Don Nito, cercana a Sabana Grande, fue escogida por su dueño para celebrar la fiesta que ofreció ese sábado 8 de septiembre, pese al fallecimiento de los Juvenal y Acevedo. ¡El Rey ha muerto! Que viva el Rey”, se dijo Don Nito. La muerte de los patriarcas del pueblo, ocurrida a mitad de la fiesta que ellos hubiesen gozado hasta su final de no haberse ido antes de tiempo, no sería impedimento para celebrarla.

De acuerdo, Zoraida dispuso de diez mil pesos que alcanzaron para comprar cincuenta gallinas, cien libras de arroz, cien docenas de bollos de mazorca, doce barriles de sifón y seis cajas de whisky escocés en adición a toda clase de frutos de mar y de río y exquisitos manjares costeños y otras delicias nativas preparadas en casa.

Fede y la Niña Regina, entre los numerosos invitados ya instalados en la sala y los patios del Mirador, encontraron acomodo en las sillas de reclinar puestas bajo un enorme palo de mango. Allí encontraron a Angelín y Reyna. Embarazada, la hermosa mujer lucía su aún brillante corona de reina, firmemente puesta sobre su cabeza. Observando la escena desde el corredor principal de su casa, sentado con Doña Clara y los hijos de Zoraida en un diván lombardo de dos plazas, Don Nito parecía disfrutar su presencia y la cordialidad que existía entre ellos y su legítima esposa.

Sin Mío Segundo a quien habían dejado en Barranquilla junto con los mellizos, al cuidado de Tomasa, los Bresni disfrutaron el tumultuoso evento a su manera, en particular Camila con sus bromas y desparpajo, confianzuda y metida donde no la llamaban; hasta se hizo cómplice de Zoraida y de Doña Clara cuyo estado marital conocía de sobra; finalmente le arrebató su corona a Reyna y se la impuso con gran alarde y sonora declaración de coronarse princesa de la fiesta. Fastidiado sobremanera por el proceder de su mujer, Mío prefirió no acompañarla, y como solía hacerlo cuando necesitaba encontrarse con él mismo, buscó la sombra refrescante de un árbol alejado de la casa.

Recostado contra su tronco, Mío se dedicó a trazar las iniciales de su nombre sin llegar a tallarlas. Solamente las delineó con la yema de sus dedos. Poco o nada gozaría los festejos que ocurrían a su alrededor. Su estado de ánimo no era el más indicado para gozar la ocasión. Lo vivido hasta esa hora de su vida más o menos tranquila, no era suficiente para olvidar que aún no sabía cómo enrumbar su existencia y la de su familia. La insistencia de Camila para que viajaran a los Estados Unidos no podría ignorarla. Ella se había comunicado con su prima Malvina y le había pedido que le enviara los documentos prometidos por su marido para solicitar la visa de residente que les permitiría viajar y vivir en Norte América.

Cansado, ojeroso y con tortícolis tras de haber dormido en una hamaca puesto que Camila lo había rechazado cuando

quiso meterse en la suya, Mío fue el primero en madrugar y ayudar a Fede a cargar unos cuantos racimos de plátanos y un costal repleto de cocos que colocaron sobre la capota de su Chevrolet a falta de espacio en el enorme baúl repleto de maletas y cachivaches. Finalmente ayudaron a Doña Clara a treparse y sentarse en la silla delantera. Acomodados en el asiento trasero, Angelín y Reyna y Camila, pujaban para apretarse y dejar espacio para Mío. Despedidos por la Niña Regina, de regreso a Sabana Grande donde se cumpliría el sepelio de sus padres, y con Fede al timón partieron de regreso a Barranquilla.

«Trazada por borrachos lujuriosos para darse gusto ¡Matándose!», oyó Fede que decía Mío para sí mismo al ver la señal de cruce de caminos que lo encaminaba hacia la peligrosa carretera de la Cordialidad. Bien sabía lo que recordaba Mío; no había olvidado la tragedia que se había llevado a Jazmine y su enamorado. Contento de poder ayudarle a rehacer su vida, Fede observó brevemente a través del espejo retrovisor, la escena que le ofrecían Mío y Camila, ambos contemplando el desértico paisaje por donde pasaban, cercano al pueblo de Soledad, en las goteras de Barranquilla. En el horizonte corría la majestuosa nave aérea del Colombiano de Avianca dejando atrás el poderoso eco de sus motores acelerados al máximo antes de su despegue. Pronto se elevó y se perdió entre las nubes, bajas y tormentosas que cubrían la zona.

Los pequeños barrios de la periferia barranquillera, en pausa de fin de semana, vieron pasar el auto de Fede rumbo al Paseo Bolívar y por esos lados, calle arriba, por el 20 de julio, hacia su casa en Porvenir. Halagado por el grito de alegría que lanzó Mío cuando llegaron, y el bostezo de Reyna dormida en brazos de su marido, Fede detuvo el auto y con Mío, apurado por Camila para que lo ayudara, se dispuso a descargar los pocos bultos que aún quedaban sobre la capota del auto, desmantelada por el camino, a saber cómo o por quién. Abatida por su viudez con marido, Doña Clara fue ayudada por Angelín a salir de su asiento, y con

ayuda de Reyna, llevada a sentarse en una mecedora puesta a la entrada de la casa. Allí dejó caer su delicada humanidad mal tratada.

Sentado en una esquina del patio trasero de su casa, ese anochecer del 24 de diciembre de 1956, Fede leía con Ángel María, recién llegado del seminario donde estudiaba con esperanzas de llegar a ser sacerdote, los hermosos pasajes bíblicos de la Natividad consignados en su maltratada biblia, mientras que la Niña Regina y Clarita Segunda, de vacaciones de fin de año, preparaban la cena navideña.

Cumplido el ritual de dar gracias a Dios por los favores recibidos y por la cena a punto de comenzar, Fede se dispuso a servir el vino de consagrar embotellado en un curioso garrafón de cerámica tallada en forma de copón, regalo de Navidad del Obispo Sixto Juvenal, primo hermano de la Niña Regina. Pronto después, reunió a su familia alrededor de la mesa arreglada especialmente para la ocasión y dio gracias a Dios por el inmerecido banquete que consistía de perniles de cerdo en salsa de piña, verduras, y natillas, obra de su mujer, y buñuelos preparados por Camila, gracias que repitió una y otra vez en interminables plegarias dichas con pasmosa lentitud y exagerado misticismo.

Habiendo cenado hasta agotar las viandas y el vino bendito y las jarradas de la deliciosa avena helada que solo sabía preparar la Niña Regina, y siendo las doce en punto de la noche, Fede y su familia y los Bresni se abrazaron y se felicitaron por la suerte de poder compartir esa hora cristiana que los unía y les permitía gozar no solo sus bienes sino la paz y la seguridad de un hogar intachable. Ni hablar de regalos. Estaban en el pesebre instalado en la sala, para su disfrute esa próxima madrugada junto con el más suculento de todos los desayunos del año.

Fede conoció la razón del prolongado estado de depresión en el que se encontraba Mío, un día a comienzos de febrero de 1957, cuando lo acosó a preguntas sobre la razón de su proceder. «Fede... ¿Recuerdas la carta que me entregaste el año pasado, antes de Año Nuevo?...No quería contarle pero es hora de que lo haga», le explicó Mío antes de soltarle la dura verdad de sus intenciones. Él y su familia se irían para los Estados Unidos. La carta mencionada era de Malvina y su esposo, y contenía los documentos necesarios para que solicitaran su visa de residentes. «No me diga esas cosas. ¡No me cuente ahora que se van a ir!», exclamó Fede. «No me diga esas cosas».

Pese a la tristeza que le causó la decisión de los Bresni, Fede se mostró dispuesto a ayudarles con los preparativos de su viaje. En su compañía y aprovechando el transporte que les ofrecía, se dedicaron a conseguir los documentos que les pidieron el día que solicitaron la cita consular cuando serían entrevistados por alguien encargado de concederles o no la tan buscada visa.

Concedida la cita para el 31 de mayo a las 11 de la mañana, los Bresni se adelantaron a llegar tres horas antes al consulado americano situado en un edificio cercano al Banco de la Costa. Llevados por Fede nada apurado en su conducción de su automóvil, encontraron una larga cola de solicitantes que daba vuelta a la manzana entera. Asediados por los vendedores de fundas de cuero adaptadas al tamaño de sus pasaportes, y por los tinterillos tramitadores de documentos, los Bresni esperaron en fila pacientemente hasta que llegaron a la entrada del lugar unos minutos antes de la hora que les correspondía para su entrevista.

La ficha de admisión que les entregó un portero uniformado, no significaba que iban a ser atendidos de inmediato. Eso ocurrió dos horas largas después luego de haber permanecido en el corredor del primer piso. Callados y cuidándose de no empujar a nadie, o de perder sus papeles, los Bresni escucharon a sus acompañantes contar sus peripecias y desvelos para poder obtener sus propias visas. Todos anhelaban vivir, “el sueño americano” tan proclamado por esos años de finales de la década de 1950

cuando la gran nación americana se recuperaba de sus conflictos bélicos y renacía convertida en la más poderosa democracia del mundo.

El llamado que les hizo un Marino apostado a la entrada de la sala donde serían entrevistados, los sorprendió con su orden de detenerse tras de las rayas amarillas que marcaban el piso. Pronto fueron llamados a acercarse a una ventanilla en donde esperaba un hombre alto, fornido, en mangas de camisa, que los miró con curiosidad antes de recibir los documentos que Mío le presentaba; tras de revisarlos y sin decirles nada que los animara, se retiró de su puesto y se perdió tras de una puerta que había a su espalda.

Transcurrieron cuarenta y cinco minutos interminables antes de que el hombre regresara trayendo consigo un sobre amarillo sellado que le entregó a Mío diciéndole: «Welcome to The United States of America», a lo que agregó en español bastante trabado: «No olvide que usted y su familia deben viajar antes de la fecha indicada en el sobre que acabo de entregarle. Lea lo que dice». “Para ser abierto solamente por las autoridades de Inmigración, INS. Válido hasta el 30 de junio de 1957”, así tradujo Mío el texto del documento que les permitiría vivir legalmente en la gran nación norteamericana.

Abrazados, eufóricos, los Bresni llegaron a la calle en donde los esperaba Fede, fumando, algo que nunca le habían visto hacer. Agitado y cariacontecido y despojado de su corbata que colgaba descuidadamente sobre sus hombros, escuchó lo que tenía que decirle Mío. «¡Fede! ¡Fede! ¡Nos dieron la visa! ¡Nos dieron la visa!». Al escucharlo, Fede se apresuró a comprar un paquete entero de cigarrillos Pielroja y una caja de fósforos a un vendedor en carreta de mula que por allí pasaba.

Faltaban dos semanas para que se cumpliera la fecha de vencimiento de la visa concedida, cuando Mío y Fede hicieron un último recorrido por la ciudad y los sitios donde habían vivido

tantas y tan inolvidables experiencias. Su nostálgico paseo incluyó las oficinas del Banco de la Costa donde Mío cobró sus prestaciones y se despidió de sus compañeros de trabajo con su acostumbrada efusividad. Contrario a lo sucedido a Fede cuando se retiró de la entidad, a Mío le fue descontado el preaviso de cuarenta y cinco días que no podía cumplir. Con lo que recibió ese día, en efectivo, y otros dineros ahorrados cubrió el costo de los pasajes aéreos que recogieron en las oficinas de Avianca cercanas al banco.

Los Bresni se despidieron de la Niña Regina, aún en su lecho, al amanecer del sábado 29 de junio, un día antes del vencimiento de su visa, luego de haber dejado sus maletas en el balcón de la casa en donde Fede esperaba la llegada del taxi que los llevaría al aeropuerto. Conmovida, La Niña Regina los abrazó largamente, en especial a Mío Segundo a quien bendijo diciéndole que no olvidara que era su madrina de bautizo. Acto seguido, colocó un papel amarillento, arrugado, entre sus manos. «Es una oración muy antigua... de cuando murió nuestro Señor Jesucristo...», le dijo, mirando de reojo a sus sorprendidos padres. «Si la rezan, evitarán morir ahogados, quemados, o envenenados o de repente. Le ayudará usted, Camila, ¡A ser más cuerda! Y a usted ¡Mío! paciente y menos aventurero», concluyó mirándolos fijamente. «¡No se preocupe Regina! ¡Yo soy como soy y Mío es como es!», fue la respuesta, bastante altanera por cierto, que le dio Camila— Un último adiós poco efusivo, una corta visita a los mellizos, dormidos, y su apurada salida al balcón en donde los esperaba Fede, sentado el taxi que los llevaría, marcaron su poco amigable partida del hogar que había sido suyo durante dos años. Sintiendo su propia carga de recuerdos, todos permanecieron callados durante el viaje al Aeropuerto de Soledad.

Ya al interior de la pequeña sala de espera, junto con otros viajeros, escucharon las recomendaciones que Fede les hacía. Que dejaran de pelear, que pensaran en su hijo, que él les guardaría el juego de alcoba... «¡Trataré de conservarlo! Yo pago lo que se debe... hasta ahorro a ver si puedo ir a visitarlos».

«Fede... ¡Soñar no cuesta nada!», le dijo Mío mientras avanzaba hacia la puerta que conducía al campo abierto donde aparecía la nave que se los llevaría.

Consciente de su apuro, Fede se tragó un último deseo no expresado— que le escribiera semanalmente y le enviara fotografías y tarjetas. Simplemente se resignó a un rápido abrazo antes de verlo correr tras de Camila y Mío Segundo y desaparecer al interior del enorme avión que pronto después inició su lenta marcha hacia la pista de despegue.

Fumando tras de una cerca limitante con la pista del aeropuerto, Fede vio elevarse el gigantesco avión y desaparecer en el blanco azul horizonte profundo de esa madrugada jamás imaginada por él. La poderosa nave que se llevaba a su mejor amigo y a su amada familia, se adiestraba en las alturas hacia su largo viaje rumbo a Norte América. Su destino inmediato lo conocía, era Montego Bay, en Jamaica. De allí, partiría hacia el aeropuerto de Idlewild, a orillas de la bahía de Flushing, en el condado de Queens, Nueva York.

Transcurridos los primeros minutos de vuelo, Mío, lector incansable de todo impreso que cayera en sus manos, extrajo una tarjeta de brillante que encontró en el bolsillo del espaldar del asiento frente al suyo y se dedicó a leerla. Viajaba a bordo de un Lockheed L-1049 concebido por Howard Hughes, con fuselaje presurizado y cuatro motores Wright R-3350 de dieciocho cilindros. Su velocidad de crucero era de 600 kilómetros por hora. Increíble, pensó Mío mirando por la ventanilla de su asiento el esplendoroso astro rey que parecía tocar con sus rayos la bruñida superficie del ala izquierda de la poderosa nave, símbolo de Colombia en vuelo de cóndor como el de su escudo, soberano, invencible.

Pensando así, Mío posó su mirada en el húmedo cristal de la ventanilla de su asiento. Tras de su transparencia plástica, resbalaban gotas diamantinas de rocío como lágrimas desprendidas de la enorme cuenca sideral, más allá del espacio protector de la nave. «¿Será que comprendes lo que es ser colombiano?, le dijo Mío a su hijo dormido en los brazos de Camila somnolienta, cansada, en su asiento, a su lado. «Los amo... Los amo» se dijo, soñando, vislumbrando el amanecer de una nueva vida para ellos, para Prudencio y su familia, para Fede y la suya.

Abrumado por su carga de recuerdos, extrajo de su bolso de mano, un libro en blanco, acarició de paso sus documentos de entrada a los Estados Unidos, y comenzó a escribir su Adiós a Colombia: “A bordo del Colombiano de Avianca. 8:45 de la mañana del 29 de junio de 1957. *¡Adiós tierra querida que me vio nacer sin nombre ni apellido bajo la sombra de un destino nefasto! Tú me diste el estruendo de los vientos huracanados de tus valles de revueltos ríos; tú quisiste devorarme con las fauces espumantes del Tequendama y arrastrarme al lecho de piedra de su abismo cargado de misterios. Pese a tanto mal causado, te amo entrañablemente porque en mí todo lo que sea sufrir y llorar es razón para olvidar y perdonar; me hieren tus espinas y me duele la herida que te causan. Conmovido viajo sintiendo el látigo de la violencia golpear la cordillera de tu cuerpo. En ti anidan mis ilusiones de quedarme, porque en la angustia que me causa abandonarte no cabe otra cosa que mi esperanza de regresar a tu seno. De no lograrlo, pensaré en ti y me arroparé en el recuerdo de todo lo que me diste, y escribiré en poesía mi nostalgia y calmaré con versos la sed que siento de volver a tu regazo. ¡Cómo me duele, Colombia, tu dolor! Siento que me llega tiro a tiro, revuelta a revuelta, golpe a golpe de locura fraterna desatada sobre tu piel verde, esmeralda, azul, serpentina, piel de tierra fértil, eras de vientre henchido que nunca sembraré! ¿Cómo pude dejarte, patria mía, perdida en el laberinto de este medio siglo cargado de odio y de violencia? ¡No lo sé! Mi corazón atormentado está, y para siempre. El tuyo*

dejo igual, por el mortal abrazo de tus hijos rebeldes, violadores de tus leyes, despiadados saqueadores de todas tus riquezas. Parias son que conspiran con las sombras que esconden el fantasma de Matilde Cienfuegos. ¡Oh Dios! Presiento ver caer la lluvia negra de sus cenizas sobre tus sueños como cayó sobre los míos. Sus restos cubrirán tus rutas como cubren las mías. ¡Oh, mi Bogotá! Jamás olvidaré las llamadas del 9 de abril cuando se incineró en tus calles la paz y la concordia y el único hogar que tuve, se convirtió en cenizas. ¡Oh suerte! Por amor filial, nació de nuevo en remozada estampa de eterna vida lasallista. ¡Patria Mía! Volveré a tus caminos, a vivir en ti, si es que no me muero de tristeza y mi corazón reviente de esta pena que me atosiga ya, cuando mi planta quieta, aún pisa el último pedazo de tu suelo. ¿Qué será de mi cuando descienda en tierra extraña y vea partir esta nave fría dejándome huérfano de ti, si es que se puede ser más huérfano de lo que ya me siento? Nada tengo; nada dejo, nada, fuera de mi diario flotando en algún lugar del mar. Y mi corazón que late por ti. Vedlo aquí, en mi pecho abierto al porvenir; aún encadenado a mi pasado, a San Benito, a mamá Anita, a mi Princesa Blanquita, a mi padre ¡Mi Padre! Foudoix, a Susana, a sus hijos... ¡A Angelita!, a nuestra entrega jamás olvidada, a la soledad que me dejó su amor; ¡Ah! El Tequendama y sus fantasmas. Como no he podido librarme del horror de su abismo, tendré que regresar para lograrlo. ¡Hasta pronto mi Colombia amada! ¡Hasta pronto!”.

El aeropuerto de Montego Bay, situado a orillas de las doradas playas jamaíquinas, fue el lugar en donde los viajeros descendieron del Constellation y se dirigieron a la sala de pasajeros en tránsito. Allí permanecerían un par de horas hasta su regreso a bordo. Al abandonar la nave y pisar con desconfianza el cemento gris de la plataforma del terminal, Mío y Camila sintieron que se había roto definitivamente el vínculo físico con su patria, extraña sensación que los mantuvo pensativos durante su primera estadía en tierra extranjera, lo suficientemente larga para meditar sobre su decisión. De creerla incorrecta, ya era demasiado tarde para cambiar de rumbo.

De regreso al avión que pronto después despegó y se elevó sobre la inmensidad del Caribe, los Bresni vieron aparecer en el horizonte los sinuosos contornos tropicales de Cuba trazados por el sereno abrazo de las pujantes olas que besaban su alargada superficie. Era el último gran pedazo desprendido del continente latinoamericano, que pronto dejarían atrás para ser reemplazado por el infinito trazo de luces de la costa norteamericana enfilada hacia el hueco negro de la noche por donde llegarían seis horas después a la capital del mundo.

En las entrañas de la nave flotaba el confuso rumor del ajeteo de los pasajeros ocupados en manosear sus pasaportes verdes y los sobres sellados de sus visas. ¿Qué será de ellos? pensó Mío observando su inquieto estar tratando de acomodarse en sus asientos y ver del bienestar de sus hijos, unos pocos de brazos, como Mío Segundo, dormidos, ausentes de la realidad del momento. ¿Sabrían criarlos en el idioma de la madre patria, en su religión, recordándoles la historia nacional, las costumbres? ¿O lo harían de acuerdo a lo que tendrían que aprender de la nación que estaba pronta a recibirlos? ¿Aprenderían los pequeños a decir Papá y Mamá, o, Pop o Mom? ¿Les gustaría llamarse Pedro, Pablo, o Carlitos y José? ¿O preferirían ser Peter, Paul, o Charles y Joseph? ¿Se casarían con los Pérez y Rodríguez de todas partes, o lo harían con los Smith de Nueva York, o los Grande de Italia, o los Parsons de Boston, o los Jacobs de Israel, hasta con los Wang de la China? Solo Dios sabría qué otros injertos multinacionales sucederían.

El anuncio hecho por el capitán del vuelo sobre el estado del tiempo y la hora de llegada a Nueva York, y el ajeteo de los acuciosos tripulantes de cabina hizo que Mío se alistara a seguir sus instrucciones. En su mente se amontonaban sus recuerdos. No le impedirían hojear su pasaporte ni manosear el sobre que debían presentar a las autoridades americanas junto con la declaración de inmigración que habían recibido.

Atraído por el bolso de tela que escarbaba una mujer sentada en la fila de asientos opuesta a la suya, Mío supo qué era lo que

contenía, cuando su dueña que lo vio curiosear le dijo: «Son papas criollas y concentrado de curuba y de mora». Sorprendido por su revelación, Mío opinó que todo eso sería decomisado por los agentes de inmigración que los esperaban. «Prohibido introducir al país productos de origen vegetal... eso es lo que leí en el papel que nos dieron. Aunque si se lo encuentran, ¡Bobos no serán! Se lo tragan», concluyó sonriéndole con picardía a su ya alertada dueña. El asunto no pasó de ser una charla divertida como todas las que iniciaban los viajeros poco dispuestos a entablar conversaciones ajenas a sus intereses.

El esperado comienzo de descenso de la nave hacia su destino final, anunciado por su capitán, coincidió con el apagón de las luces a su interior. Una que otra bombilla individual prendida, el susurro de los pasajeros delatador de sus miedos, de penas indecibles, de esperanzas muchas, de nostálgico sentir la patria ya lejana. Unos cuantos de ellos prendieron cigarrillos, uno tras otro, que consumían nerviosamente, o bebían el contenido de sus licoreras de bolsillo, brindando entre ellos por Colombia y por los Estados Unidos, la patria adoptada que los recibiría muy pronto.

En ese ambiente de aparente alegría y tranquilidad aunque estremecido por el vigor de las turbinas, se movían las azafatas ajustando espaldares y mesitas de comer y verificando que los pasajeros se ajustaran sus cinturones de seguridad y que los compartimentos sobre sus cabezas estuvieran cerrados. Pronto se acomodarían en la última fila de la cabina, se amarrarían a sus respectivos asientos y mirarían triunfantes el vientre de la nave preñado de sustos, pero en calma.

Al tumulto y afanes de llegada de los pasajeros que aplaudían estruendosamente cuando la nave tocó tierra en el aeropuerto de Idlewild de Nueva York, se unió el chillido de los frenos y el violento espasmo de su estructura en encuentro de neumáticos hirvientes y concreto reforzado. Eran las 10 de la noche del 30 de junio de 1957, momento de engendros transformadores de mundos por venir.

Ya en la sala de inmigración, en espera de dar el último paso de su larga jornada de inmigrantes, Mío y Camila, se abrazaron y se dieron besos de alegría compartidos con Mío Segundo, mezclados con suspiros de nostalgia. Solo Dios sabría de su suerte inmediata en manos de sus padrinos de visa. De los Mariscal dependía la suerte de su nueva andanza. Solo Dios sabría igualmente lo que ocurriría de nuevo en el anonimato de las Furias ocultas en las selvas colombianas. Allí se ocultaba Calixto Cienfuegos, amenazante, ya no sobre Palmarito, sino sobre la nación entera. Su diabólica presencia, desatada a mansalva, en despoblado y de una y otra forma sentida en actos criminales cometidos contra el pueblo mismo, en campos y veredas y ciudades, en los infinitos llanos orientales, en los llanuras, en las cordilleras, a lo largo del Magdalena Medio, en los esteros, las ciénagas, en los arrecifes y acantilados del Caribe. Venía del gran macizo colombiano, del asolado y violento Valle de las Palmas, cuna de sus infamias. Su historia era la de Mío y su familia. La habían traído con ellos y en ellos permanecería para siempre, aun en la esperada existencia pacífica que les deparaba el sello de admisión al “Sueño Americano”.

“*Welcome to New York*” leyó Mío el enorme letrero que aparecía a la salida del aeropuerto, visto desde la ventanilla del bus de Rockaway que los llevaba al terminal de la Greyhound, en el corazón de Manhattan.

Fede no supo o no quiso saber cómo ni cuándo se había desmoronado el poco de tranquilidad económica que le quedaba. Lo cierto fue que los infortunios familiares comenzaron a sentirse profundamente a finales de ese año de la partida de los Bresni, cuando su futuro como taxista quedó convertido en un trasto de carro varado en el garaje de la casa y él no encontró otra salida que buscar trabajo, cualquier trabajo. En tanto, cuidaría de la Niña Regina, cada día más enferma, sin causa

aparente. Para completar, Doña Clara, ciega, asmática, coja, agobiada por extrañas fiebres y súbitos desmayos, demandaba su presencia diaria pese a las ahora más frecuentes visitas de Don Nito. Tratando de no echar más leña al fuego, como sucedería si la dejaba morir en el abandono, Don Nito se las arreglaba últimamente para llegar a su casa de Bellavista, precisamente al anochecer cuando los vecinos retozaban en sus mecedoras, en el balcón de sus casas, dedicados a escudriñar la vida ajena.

Don Nito cumplía con ostentación premeditada su papel de marido fiel, convencido de serlo, simplemente porque no abandonaba su deber de proveer a su mujer de todo lo que necesitara para sostenerse. Proveedor de dinero, lo era también de toda clase de productos del campo y mercancías que descargaba de su camión. No queriendo ser responsable de la muerte por hambre de Doña Clara, Zoraida aceptaba callada el despilfarro de sus bienes, a lo que contribuían Fede y Angelín con su también desmedidas exigencias que no sabía si interpretar como un deseo suyo de arruinarla.

Lo peor de su condición de concubina le ocurrió a Zoraida cuando a Don Nito se le dio por dejar de vivir al atardecer del 6 de noviembre de 1957. Su corazón se detuvo en seco a mitad a solo un escaso kilómetro del Mirador. Allí fue encontrado por unos jornaleros a su servicio, inclinado sobre el volante de su camión, y con su pie derecho pegado al acelerador en lo que pudo haber sido su último gesto para impulsar su propio motor agonizante. Llamados por alguien que dijo ser conocido de su padre, supieron que había fallecido cerca de su hacienda.

Fede y Angelín encontraron a Zoraida sentada a la orilla del camino, contemplando el cuerpo de Don Nito extendido a sus pies sobre un lecho de hojas de plátano recién cortada; vestida con una bata estampada con rosetones enormes, les ofrecía su soledad proyectada sobre el plano amarillento de esa noche de luna llena iluminada por las llamas de una fogata cercana. Rodeada de sus hijos y unos cuantos peones, Zoraida se mecía

al ritmo de una cadencia tropical que brotaba de un transistor colocado sobre una peña cercana a su lugar de duelo.

Don Nito fue velado en la funeraria de Sabana Grande y llevado al cementerio local en donde fue sepultado en una bóveda común y corriente. Así cumplieron sus hijos su voluntad conocida desde cuando su padre les manifestó que no quería ser causa de disgustos post mórtem. Complejo que era. Todo lo que dejó fueron problemas y muy serios: el gran señor de la comarca murió sin testar lo cual implicó problemas legales de gran envergadura, no tanto para Doña Clara en cuanto a la propiedad de su casa de Barranquilla, sino para Zoraida a quien en un último intento por hacer valer sus derechos de esposa legítima, demandó e interpuso todos los recursos a su alcance para quedarse con el Mirador y todos sus bienes. Sin embargo, las influencias locales se encargaron de favorecer a Zoraida; cumplidas las diligencias notariales del caso, esta recibió la escritura de propiedad de El Mirador, herencia que legitimó sus derechos materiales adquiridos a costa de su honra que nunca recuperaría, ni ella aspiraba que se la devolviera la sociedad de su tiempo.

Agravada por su pérdida material, fuera de sus achaques de salud y los desvaríos de sus cuñadas, y como sospechaba que los alimentos que consumía, provenían de Zoraida, Doña Clara resolvió no probarlos y dejar que la inanición y el fastidio la atacaran y la mataran rápidamente. Sus exequias, poco notadas, se cumplieron el 15 de junio de 1958, en la Iglesia de la Inmaculada de Barranquilla, y su enterramiento en el cementerio de su ciudad natal de Bucaramanga a donde fue llevada por Fede.

Con la muerte de Doña Clara, su casa cayó en desuso y total abandono luego del traslado de Alma y Zenaida a un sanatorio de Puerto Colombia donde murieron un par de meses después, el mismo día y a la misma hora. Para entonces la ciudad crecía desordenadamente y el precio de la tierra aumentaba a la par con los impuestos sobre la propiedad; esto último hizo que Fede se apurara a vender su casa paterna cuya escritura figuraba a su

nombre desde cuando le exigió a Don Nito que lo hiciera antes de que decidiera convertir a Zoraida en dueña de lo que era de su madre. El valor que recibió por la propiedad, fue de cuatro mil pesos que fueron a parar, la mitad a su hermano Angelín, y la otra para cubrir deudas y los gastos que ocasionaba el sostenimiento de su casa del Porvenir.

Necesitado de nuevos ingresos, Fede resolvió aceptar el empleo que resultó de sus gestiones ante el Banco de la República, entidad administradora de las minas de sal de propiedad de la nación. Su lugar de trabajo sería Manaure, un caserío playero cercano a la frontera venezolana, en la Península de la Guajira, prodigiosa región costeña llena de mitos y leyendas de caciques de rango divino, bondadosos y justicieros. La sal en las piscinas de evaporación, consagrada por la religión y la cultura universal como materia ritual de griegos, judíos y cristianos sería el símbolo de la nueva existencia de Fede, bendecida por su paciente esfuerzo como buen administrador de su cosecha.

Lejos de Barranquilla, sin su familia, su única compañía fue entonces la de los cosecheros de sal, curtidos como chicharrones viejos, con sus agrietados pies sangrantes abiertos a los agujijones de los ácidos salinos. El compartiría sus penurias, comería ñame y arroces insulsos y bollos sin sabor, y mucho coco, que nunca faltaba con su recia pulpa blanca y su refrescante jugo como vino de dioses. Él sería su mejor amigo, su mejor vecino, alivio a su destino, no otro que la incierta cosecha periódica que les permitía devengar un mísero salario que se evaporaba tan rápido como las pesadas aguas estancadas. Tercos bebedores de ron, su sueño de una vida mejor estaba al otro lado de la frontera, en Venezuela, en los bolívares que podrían ganar para adquirir carros guajiros, mercancías de contrabando, revenderlas en su tierra. Mientras tanto, solo podían exorcizar las lluvias para que no llegaran a diluir el fruto del mar del que vivían.

Fede viajaba quincenalmente a Barranquilla, en donde permanecía el fin de semana acompañando a la Niña Regina cada vez más delicada de salud. Amargas y solitarias fueron

esas cortas estadías sintiendo que no podía hacer nada para devolverle la salud, y peor aún, su fallecimiento podría ocurrir en su ausencia. Poco o nada era el consuelo que le quedaba de atenderla por unos días y ninguno el que obtenía de llevarla al médico y comprarle las medicinas que le ordenaba para tratar su anemia crónica, lo único que pudo sacarle al galeno sobre el mal que afectaba a su mujer.

Dando prioridad a su cuidado, Fede hallaba tiempo para revolver los trebejos que guardaba dentro de la carcasa de su Chevrolet, al que trataba de darle encendido, montado como estaba sobre ladrillos y sin batería, no por optimismo alguno de prenderlo sino por simple deseo de sacarse la chispa que le causaba su muerte mecánica. Era entonces cuando recordaba con mayor fuerza a los Bresni. En la oxidada guantera del destartado carro, guardaba algunas de las postales que le habían llegado muy esporádicamente. Ninguna mostraba una dirección de remite, pero si contenían mensajes breves descriptivos de su imagen que concluían así: *“Fede. Ruega a Dios por mi pronto regreso. Escríbeme”*. En cumplimiento de su deseo de comunicarse con Mío, Fede contestaba cada una sus cartas contándole sobre su vida y sus quehaceres, solo para guardarlas en espera de una dirección a donde enviarlas. Pensaba tanto en hacerlo, que llegó a creer que su contenido sería leído por Mío, llevado por la fuerza de su empeño en escribirle.

Así transcurrieron esos años de la década de los setenta, con Fede yendo y viniendo en cumplimiento de su trabajo y de su deber de velar por su hogar y ver que nada faltara. Dolorosas jornadas, aún más por el grave estado de salud de la Niña Regina. A su dolor, se agregó el de ver graduar a sus hijos, no como él quería, de curas y monjas. Aquella fotografía de Clarita Segunda en traje de monja, la de su primera comunión, había sido reemplazada por la de su boda ocurrida antes de su graduación como Licenciada en Idiomas. Por su lado, Ángel María se había comprometido con una joven cachaca, de dieciséis años, ya embarazada, y sin casarse. Y de los mellizos, ni hablar. Pensaban estudiar en la capital. Así, y con los cinco hijos de Reyna, de

visita constante, la casa de Fede se convirtió en un agitado jardín infantil difícil de sostener y cuidar desde lejos.

Pese a su enorme carga doméstica, la Niña Regina se esforzaba por cumplir su deber de abuela y esposa fiel y trabajadora. La reciente llegada al país de televisión al país, aunque solamente la gozaban los bogotanos durante unas pocas horas diarias, y los costños de vez en cuando, era motivo de distracción de la enfermedad que parecía consumir la poca energía que le quedaba. Según le contó a Fede, su vida era otra con la llegada de tan avanzada tecnología. Reunida con su prole ante el novedoso aparato que adquirió Clarita Segunda, veía desfilar por el ovalo negro de la pantalla del prodigioso invento, los más curiosos personajes, desde ratoncitos animados hasta personajes reales, el más reconocido, uno llamado El Santo.

Otros programas eran educativos presentados por académicos reconocidos por su sabiduría literaria y científica. Hasta la santa misa se transmitía diariamente, oficiada por un cura que impartía su bendición sacerdotal durante un programa llamado el *Minuto de Dios*. Incrédulo a morir, Fede desvirtuó lo que contaba su mujer. «¿Quién dijo que la misa en pantalla es válida?» comentó el día que vio al sacerdote que la impartía metido en el altar de vidrio de extraño transmisor de “herejías”, según él.

Víctima de la enfermedad que ningún galeno supo diagnosticar, la Niña Regina sintió llegada la hora de su muerte cuando llamó a Fede al anochecer de un viernes, el último de noviembre de 1989 para decirle que si quería despedirse y arreglar cuentas, se apurara a viajar o no lo esperarían.

Fede viajó inmediatamente a Barranquilla a donde llegó veinte horas después de haber viajado a bordo de un camión proveniente de Maicao cuyo conductor, un guajiro, no pronunció una sola palabra, solo se limitó a decirle cuando se subió que de no tenerle miedo a la velocidad y a no parar en ninguna parte, ni siquiera a comer, lo llevaría sin cobrarle. Su carga, le dijo, era

muy valiosa y debía entregarla lo más pronto posible. Aceptado el reto, Fede se acomodó en la cabina, bien agarrado a los bordes del asiento y se dispuso a orar, no solo por la Niña Regina sino por su salud y la del chofer para que el cielo lo protegiera de un accidente.

Ya en Barranquilla, al otro lado del Puente Alfonso López Pumarejo, en un lugar en donde podía encontrar transporte hacia su casa, Mío se despidió del aún afanado conductor de quien supo que se dirigiría al terminal de buques. Agradecido, insistió en pagarle por su favor, a lo que el hombre le contestó que era él quien le debía algo por su paciencia, y sin más, arrancó y se perdió en el largo trayecto de continuidad del puente, que lo llevaría a su destino.

Sin detenerse a recoger el bulto de bollos dejados en el jardín de su casa por su proveedora de siempre, Fede corrió a la alcoba donde halló a Tomasa sentada en una mecedora puesta al pie de la cama de la Niña Regina; al verlo, Tomasa brincó asustada y avergonzada de que la hubiera encontrado en su dormitorio, y sin decirle nada, llorando y mirándolo compasivamente, salió del cuarto dejándolo reclinado sobre el lecho contemplando a la Niña Regina.

Viéndola despertarse lentamente, Fede la besó con profunda ternura, se apretó a ella con delicadeza, y escuchó su postrer pedido. «Fede... llegaste... a tiempo», le dijo, sonriéndole desde su profunda palidez mortal. Recuperada lo suficiente para enderezarse, le pidió que se recostara a su lado. Complacida, le habló entre susurros y lágrimas diciéndole que le regalara su ropa a la negra Tomasa, que la dejara tomar siestas más largas, que permitiera que su sobrina la ayudara mientras él regresaba, que dejara que sus hijos cuidaran a los suyos, «Que los críen ellos... yo... ooo... les di... a cada uno... su merecido».

Finalmente, le reveló el lugar donde guardaba los ahorros que había hecho. «Debajo del colchón Fede. ¡Ah! Y no se te ocurra vender la casa ni el juego de alcoba, tan caro como salió,

y que te sirva hasta que te mueras». Agotada por el esfuerzo que hacía para expresar su última voluntad, le pidió que la sacara al balcón, que quería morir antes de que se pusiera el sol. Así se fue, en brazos de Fede, mirando el rojizo horizonte de esa tarde de su partida definitiva.

De regreso a Manaure, Fede viviría su duelo sin esperanza alguna de regresar a vivir a Barranquilla. Solamente iría a ver a la Niña Regina, a llevarle flores y cuidar su tumba en el cementerio de Barranquilla; él le hablaría de su soledad, del olvido de sus hijos, de la venta que haría de la casa, de la distribución por igual del dinero que obtuviera, y de no guardar nada para él. Ella sabría comprenderlo, le daría un buen consejo, sabio y oportuno. Él viviría sin esperar que sus hijos o sus nietos vinieran a verlo. Él trataría de ir a ellos. Mientras tanto, viviría de la sal de la tierra, la pensión que cobraba, y muy tranquilo con su conciencia.

Parco en lo material, Fede no buscaba poseer nada que no necesitara. Los pocos bienes materiales que tenía, el más costoso y significativo de ellos, el juego de alcoba que le recordaba la vida y la muerte de los sueños de sus antiguos dueños. Lo demás, un pequeño radio de batería, una Coleman de petróleo, un abanico eléctrico y una cantina de tres recipientes de pedernal, siempre lista para cambiarla por otra con comida que le traía de un merendero cercano, una doña prieta muy alegre y comedida. El desayuno se lo proporcionaba en la cafetería de las oficinas de la administración de Salinas a donde llegaba muy temprano luego de haber leído algún pasaje bíblico y rezado al menos un rosario, lo usual de su vida cristiana.

Muchos fueron los años y las horas vividas por Fede desde su viudez, oteando el horizonte desde el alba hasta el ocaso, meciéndose en su hamaca, o sentado en su mecedora, raras veces en su lecho, repasando las hojas de su desbaratada Liturgia de las Horas, leyendo y releendo salmos, laudes, vísperas y recordatorios de nacimientos, bautizos, primeras comuniones, confirmaciones, ordenaciones sacerdotales, matrimonios, y

muertes, muchas muertes. Hasta la de Joselito Carnaval, fallecido para él, porque nunca volvió a la fiesta de su resurrección.

Fede esperó la llegada de la Navidad de 1999 sabiendo que ya no celebraría su advenimiento, solo el recuerdo de muchas otras, en familia. Era la última del siglo XX y él la recibiría sin festejo alguno, ni siquiera se regalaría un alfiler. La Navidad llegaría y lo encontraría desarreglado, a medio vestir, metido entre los pantalones de la única pijama que poseía, mirando con desdén el ventilador apagado, como él, como su vida, como su mente que lo llevaba a los parajes de una dichosa inconsciencia.

Meciéndose en su hamaca extendida en el corredor de su vivienda, Fede contemplaba el horizonte marino de ese viernes 24 de diciembre de 1999, encrespado, tormentoso. Los trazos de los rayos en el oscuro horizonte de Manaure, presagiaban una tormenta tropical. Fue entonces cuando un auto de esos modernos que veía pasar últimamente, se detuvo a la orilla del camino playero, cercano a su vivienda. De reojo, despreocupado, Fede vio descender del vehículo, una tras otra, a varias personas encabezadas por un hombre vestido de traje blanco tropical, alto, delgado, apurado. El viento mecía sus largos cabellos, hablaba con sus acompañantes, les mostraba el camino, se dirigía hacia él. «Fede! ¡Fede! ¡Soy yo! Tu ahijado, Mío Segundo», exclamaba con un acento extraño. Tras él, Camila Bresni, escoltada por Francisco de Asís y Rita de Casia, Ángel María y Clarita Segunda y sus cónyuges María Fernanda y William Arturo. Con ellos, sus hijos, gritando, saltando, corriendo, ágiles como las gaviotas que revoloteaban sobre sus cabezas bajo un cielo de repente despejado y luminoso. De último, avanzando lentamente por el sendero trazado en la arena por sus predecesores, ¡Mío Bresni!

Las llamas de la hoguera prendida en un recodo de la playa de Manaure iluminaron la noche del encuentro más feliz jamás visto por quien esto escribe, Mío Segundo Bresni. Es la historia que escuché que se contaron mi padre y Fede atando los cabos sueltos de su existencia. «Poco a poco Fede de mi alma... que ahora tenemos toda la vida que Dios nos conceda para recordar lo que nos sucedió desde el instante aquel de nuestra despedida en Soledad, cuando partimos hacia la más profunda de todas las soledades, la extranjera, que presentiste esa madrugada de amargura que nunca pude calmar... ¡Hasta ahora! Fede querido, hasta ahora, aquí, contigo y nuestros hijos... ¡De regreso a la Vida!».

Este obra se imprime por demanda
desde un ejemplar.

Editorial Ave Viajera S.A.S.
Primera Edición, Mayo 2013
Bogotá, D.C., Colombia

